



LA PERDICIÓN

ANNA COLLOMORE

Lectulandia

Annie Phillips está encantada de dejar atrás su pasado y empezar de cero en la isla de Belvedere en California, como niñera de la maravillosa familia Cohen. Su nueva vida la deslumbra, empieza a sentir algo por el vecino de al lado y todo es mucho mejor de lo que jamás pudo imaginar. Sin embargo, pronto aparecen grietas en el aparentemente perfecto mundo de Annie. La culpan por errores que no recuerda haber cometido. La puerta de su dormitorio no deja de inquietarla. Libby Cohen, a quien antes sentía como una hermana mayor, se ha vuelto fría e implacable. Y de repente, nota que está siendo observada. El miedo da lugar a alucinaciones terroríficas... ¿Estará volviéndose loca? ¿O habrá empezado a formar parte de algún juego siniestro?

Lectulandia

Anna Collomore

La perdición

ePub r1.0

Titivillus 15.03.15

Título original: *The Ruining*
Anna Collomore, 2013
Traducción: Meritxell Pucurull

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*para mis alegres primas, unas mujeres hermosas,
brillantes, valientes, con una pizca de locura
y realmente adorables.*

CAPÍTULO UNO

NUNCA HE ESTADO en California. Durante mis primeros dieciocho años de vida, era otra la que veía salir el sol sobre las colinas de San Francisco, hundía los dedos de los pies en el océano Pacífico y engullía, en un embarcadero de Fisherman's Wharf, unas magdalenas de frambuesa compradas en Cups and Cakes. Siempre se trataba de otra chica y mi vida transcurrió sin que me preguntara el motivo. Entonces, un día me llegó el turno. Un mes antes de trasladarme, y a través de las fotografías que me enviaban los Cohen cada dos días en correos electrónicos y cartas, supe que las calles de San Francisco eran empinadas, que mi nuevo vecino tenía vistas a una inmensa bahía con un patio cimentado a lo lejos y que el sol brillaba eternamente. Pero no lo palpaba, de modo que no estaba preparada para lo esencial, aquello que te penetra en los huesos después de adentrarte en un lugar y percibir cómo te envuelve. Lo había imaginado con pelos y señales, sin embargo nada puede precaverte ante un lugar y el modo cómo cobra vida, salvo estar presente.

El día que recibí la carta de la Universidad Estatal de San Francisco, mi padrastro estaba repantigado en el sofá que hacía un año habíamos ido a buscar al Ejército de Salvación. Fumaba dentro de casa, a pesar de que mi madre le pedía constantemente que no lo hiciera. Aquel sofá de segunda mano ya estaba en mal estado cuando lo compramos, pero al cabo de dos meses, se hundía por el centro y el sudor de Dean lo había deslucido. Las puntas de sus dedos estaban perpetuamente ennegrecidas por la nicotina y me alegré de no haberme molestado en enseñarle la carta. No hubiera permitido que la cogiera con sus manos cochambrosas. No quería que la echara a perder con su mugre. Tenía manchas en las palas de los dientes. Y me ponía enferma.

El humo había comenzado a resultar insoportable y la mirada de Dean todavía estaba clavada en el televisor. Crucé el reducido espacio entre el salón y la cocina, y me dirigí al reducto de linóleo verde y amarillo descolorido que delimitaba nuestro vestíbulo. Dejé la mosquitera en su lugar, mientras escuchaba la puerta de entrada oxidada y pordiosera golpear contra la pared de nuestra dilapidada casa. Detestaba vivir allí.

Era un día gris y, si hubiera pasado toda mi vida en Detroit, hubiera llegado a la conclusión de que el aire carbonizado de todos los cigarrillos de Dean se había colado por la ventana para posarse sobre la ciudad. Detroit casi siempre era así. Miraras por donde miraras, todo tenía distintos matices de gris. El césped, el pavimento, los edificios, pero también los animales y las personas. Si observabas con detenimiento, la palabra «desesperanzador» estaba garabateada en todas las cosas, bajo los exteriores tatuados y pintados con grafiti.

California era lo opuesto a Detroit. California era dorada frente a un Detroit gris. Siempre había sabido que tenía que ir allí, desde que había visto *Pequeña Miss Sunshine* cuando iba al colegio. Y en el instante en el que di con el anuncio de los Cohen en la bolsa de trabajo virtual de la SFSU, la Universidad Estatal de San Francisco —«Recién llegados al Condado de Marin / Somos una familia de 4 personas y buscamos una nanny»—, tuve la certeza de que era mi lugar. Juntos, los Cohen y yo, podíamos ser unos recién llegados. Dean y mi madre no estaban al corriente de nada, por supuesto. Era un secreto, mi pasaje para una nueva vida, y necesitaba que así fuera.

Necesitaba romper con mi realidad.

«¡Hoy es el primer día en nuestra nueva casa! ¡Pronto también será la tuya!». Alguien —probablemente Libby Cohen— lo había escrito en la parte de atrás de una de las fotografías, con una caligrafía impecable. La fotografía mostraba a todos los Cohen sonriendo alegremente frente a una enorme casa amarilla, con molduras blancas y dos balcones. Walker Cohen rodeaba con un brazo la cintura de su mujer y Jackson, el bebé, permanecía acurrucado en el interior del otro brazo. Walker estaba bronceado y era atractivo. No tenía más de treinta y cinco años. Libby era preciosa: radiante, delgada y joven. Llevaba un vestido recto, de color verde, y lucía un aspecto inmejorable, con sus rubios cabellos recogidos en un moño suelto en el cogote y un elegante collar dorado alrededor del cuello. No se parecía en nada a las mujeres de Detroit. De hecho, era una de las mujeres más hermosas que había visto nunca.

Zoe, de tres años, permanecía de pie junto a Libby, separada a escasa distancia. Parecía como si la fotografía la hubiera cogido desprevenida. De modo que parte de su brazo, justo donde había estado tendiéndolo en dirección a su madre, tal vez para cogerla de la mano, salía borroso. Su cuerpo estaba girado hacia un lado, pero incluso de perfil me di cuenta de que era adorable. Tenía una cabellera abundante de color castaño, del mismo tono que el pelo de su padre y le caía por la espalda en forma de tirabuzones, que tal vez no hubieran crecido tanto de ser todavía tres en la familia. Llevaba un vestido blanco corto, de lunares, con un peto. Tenía los ojos grandes y una expresión seria. Recuerdo que hubo un instante que me pregunté por qué Libby no había tomado otra fotografía, una con Zoe mirando a la cámara, pero aquel pensamiento quedó eclipsado a los pocos segundos por mi entusiasmo. Su vida parecía perfecta. Era el tipo de vida que siempre había deseado y saber que iba a formar parte de ella se me antojaba un milagro.

El día que me marché de Detroit, me puse aquella fotografía en el bolsillo trasero de los vaqueros. Se quedó más que arrugada, porque me sudaban las manos por los nervios y no dejé de sacarla, una y otra vez, para mirarla mientras colocaba los últimos enseres en la bolsa. Mi habitación en casa de Dean apenas era lo bastante grande como para que cupiese una cama doble y una cómoda. Ni siquiera podía cerrar la puerta porque la cómoda atrancaba la puerta, de modo que continuamente estaba cubriéndome, susurrando por teléfono y metiéndome algodón en las orejas

cuando me resultaba exasperante escuchar la risa áspera y ronca de Dean y la voz extenuada de mi madre. Nunca había gozado de intimidad, por lo que había desarrollado aquellos complejos y tal vez otros de los que no era consciente. Tenía que esforzarme por no mostrarme apocada fuera de casa.

No esperaba que mi madre recordara mi marcha, de veras, de modo que me sorprendió cuando aquel día salió de la cama y se apoyó en la entrada de mi puerta una hora antes de que llegara mi taxi. Su cuerpo enjuto parecía que no iba a sostenerse en pie mucho más tiempo. No pude evitar sentirme tensa. En los últimos tiempos, se había convertido en mi respuesta natural.

—Hola, tesoro —dijo.

Tenía una voz pastosa y congestionada. Y los ojos entrecerrados y enrojecidos.

—Hola, mamá.

—¿No vas a despedirte como es debido?

Los ojos de mi madre estaban anegados en lágrimas, aunque su rostro se mantenía extrañamente inerte. No era un secreto que deseaba marcharme. Pero no me había enfrentado a la realidad ni me había permitido sentirme culpable hasta aquel instante. De algún modo, la abandonaba a merced del desdichado con el que había decidido vivir. Rodeé con mis brazos aquel cuerpo demacrado y la atraje hacia mí.

—Te quiero, mamá —susurré, sintiendo las frágiles costillas de su espalda bajo los dedos—. Te quiero de verdad.

Al principio, no dijo nada, solo cedió a mi abrazo mientras permanecía lánguidamente de pie entre mis brazos. Luego, balbuceó algo que no pude comprender, de modo que me retiré y acerqué el oído en dirección a sus labios.

—No te preocupes —decía, repitiéndolo una y otra vez en un hilo de voz parecido al canto de un carrizo—. No te preocupes por ella.

—¿Por quién, mamá? ¿De quién hablas?

—Ahora está bien, ¿me oyes? Dios cuida de ella. Ha llegado el momento de dejarla marchar. No te preocupes en California, ¿de acuerdo... pequeña?

Sentí cómo se deslizaban mis lágrimas por las mejillas y manchaban su vestido camisero de algodón fino. Hablaba de Lissa. Hundí el rostro entre su cuello y su hombro, pues así evitaría ver a Dean contemplándonos con aire socarrón. Nunca antes había dicho nada para absolverme de la muerte de mi hermana.

—Pero ¿qué será de ti?

Era algo a lo que había estado dando vueltas desde el día que me había jurado marcharme. No había sido precisamente la mejor madre del mundo, pero nunca me había hecho ningún daño. Y ahora sus dos hijas se iban.

—Yo ya tuve mi oportunidad —me susurró aproximándose al oído, para que Dean no pudiera oírla—. Ahora te toca a ti. Sal de aquí y no vuelvas.

Me soltó, recuperando la compostura y mirándome con más decisión de la que había tenido en años.

—No vuelvas, ¿me oyes? —dijo en voz alta, provocando más miradas sarcásticas

de Dean.

Arrastró los pies por el lúgubre comedor, en camisón, y se dirigió hacia el dormitorio. Era la personificación de su propia falta de porvenir.

—No lo haré —susurré, sin tener la certeza de si podía oírme o no.

Hubo un tiempo en el que mi madre fue hermosa. O al menos lo era en una fotografía que tengo de nuestra infancia. Estábamos pasando el día en el lago, y sus largos cabellos, rebeldes y alborotados por el viento, le rozaban ligeramente parte de la cara, mientras vigilaba cómo jugábamos Lissa y yo en el agua. Entonces, parecía satisfecha. Pero ahora las cosas que, en otro tiempo, le aportaban belleza habían desaparecido: su sonrisa radiante o la luz de sus ojos. Signos de salud y vitalidad. Era imposible mantenerse hermosa después de ver morir a uno de tus hijos.

Ya no podía soportarlo más. Era como si las cosas con las que me había acostumbrado a vivir, de repente, se amplificaran: la amargura de Dean, el olor a cigarrillos, el eterno tictac de un reloj estropeado del abuelo en el rincón —un objeto monstruoso que ocupaba demasiado espacio en nuestras minúsculas habitaciones— y la grasa solidificada que cubría la cocina, sin importar con qué frecuencia la limpiara. Introduje el resto de enseres en la bolsa, en cinco minutos exactos, me recogí el cabello en una cola de caballo y salí. Esperé en la acera hasta que apareció el taxi, con veinte minutos de retraso. Y, en el avión, mientras miraba por la ventanilla cómo nos alejábamos de Detroit, no estaba segura de si volvería a ver a mi madre. La realidad de mi vida en Detroit, una realidad de la que había deseado escapar día tras día, había llegado a su fin. Había desaparecido, como si nunca hubiera formado parte de mí. Y para abandonarla en el pasado, no podía permitirme el lujo de entristecerme por dejar a mi madre atrás. Ella había tomado sus propias decisiones y, durante años, yo había tenido que vivir una situación en la que no tenía ni voz ni voto. Ahora iba a vivir con una nueva familia. En California me reinventaría. Finalmente, tendría la vida que merecía.

CAPÍTULO DOS

—¡ANNIE!

Libby corrió hacia mí mientras salía de la terminal de las líneas aéreas estadounidenses, grácil a pesar de su altura y con unos tacones de diez centímetros. Estaba incluso más radiante que en las fotografías. Su cabello rubio era tan brillante que prácticamente resplandecía. Su figura curvilínea tenía una cintura más delgada que la que yo había lucido, incluso en mis años preadolescentes más larguiruchos. Llevaba unos zapatos de tiras de piel de serpiente con tacón de aguja, conjuntados con una sencilla camiseta blanca, metida por dentro de una falda acampanada negra de chifón. Unas enormes gafas de sol con montura blanca ocultaban media cara. La otra mitad estaba radiante: piel hidratada y labios con un perfecto tono rosado. Sus brazos robustos dejaban entrever las horas que había dedicado al gimnasio, o tal vez solo había ganado una lotería genética. Y también tenía un aspecto juvenil. Resultaba casi imposible suponer que tenía dos hijos, y uno ya de tres años.

—Hola, señora Cohen.

Le tendí la mano, pero la ignoró completamente, inclinándose para darme un beso en la mejilla.

—Libby, cariño. ¡«Señora Cohen» me pone años encima! Llámame Libby, ¿de acuerdo? Eres exactamente igual que en las fotografías —me lo dijo en un lenguaje raramente altivo, sin detenerse para respirar—. Te reconocería en cualquier parte. Divina, tesoro. Eres, sencillamente, encantadora. Vamos, tenemos el coche fuera, pasada la zona de recogida de equipajes. Le dije a Walker que pagara unos pocos minutos de parking, pero ha preferido hacer la ridiculez de dar vueltas una y otra vez. Es una locura, una incomodidad, pero está empeinado. Ya sabes cómo son los hombres —dijo, y me guiñó un ojo—. ¡Oh, pero tus maletas! ¡Pues claro! ¿Qué número es?

—Esto es todo lo que llevo —contesté, indicando con la cabeza la bolsa verde del equipaje de mano.

Libby empujó ligeramente sus gafas por debajo del puente de la nariz y miró detenidamente la bolsa con una expresión de extrañeza.

—Es broma. ¿Vas a vivir con nosotros un año entero y esto es todo lo que llevas?

—Supongo que voy ligera de equipaje.

Sentí cómo el rubor se desplazaba de mis mejillas hasta las orejas y la frente. Lo cierto es que era casi todo lo que poseía. Me invadió un pensamiento repentino y enloquecedor de que tal vez todo aquello era demasiado bueno para ser verdad. Tal vez, cuando los Cohen supieran de dónde venía, no me permitirían acercarme a un kilómetro de sus perfectas vidas.

—La mejor opción —afirmó Libby—. Las chicas listas no llevan equipaje, yo siempre lo he dicho. Saben dejarlo en el pasado. Vamos —dijo, apretando el paso frente a mí, en dirección a la zona de recogida de equipajes.

—No quiero que Walker dé una vuelta de más.

Un Range Rover negro frenó justamente en la curva mientras las puertas automáticas se abrían frente a nosotras. La bocina sonó tres veces: dos tonos breves y uno largo. Durante un segundo atisé una mirada de irritación en el rostro de Libby antes de que se transformara en una gran sonrisa. Walker salió de un brinco del asiento del conductor y se dirigió hacia la parte trasera del coche con ademán avergonzado. Llevaba una camisa de cuadros abotonada, vaqueros y chanclas, pero parecía sacado de un anuncio de Levi's. Bronceado, musculoso, atlético. Era difícil decir qué mitad del dúo Cohen era el más atractivo.

—No me grites por lo de la bocina —empezó él—. Ha sido cosa de Zoe. Esta señorita no sabe cuándo parar. Se ha salido de la silla de seguridad ella sola. Es bastante lista, tienes que admitirlo.

—Bastante pesada —respondió Libby restándole importancia—. Dejando de lado lo peligroso que es. Supongo que tendremos que echarle un vistazo a su silla.

—Lo siento cariño.

Walker se inclinó hacia Libby y la besó apasionadamente, como si hubieran estado separados durante días y no unos escasos veinte minutos.

—Walker, esta es Anne —dijo Libby después de liberarse de su abrazo—. Coge su bolsa, ¿quieres?

—Sí, mamá —respondió él, guiñándome un ojo.

Tuve la sensación de que Walker había crecido en el sur, por sus gestos y facciones duras. De Texas o incluso de Kentucky. Parecía uno de esos tipos a los que nunca les había preocupado nada, que habían sorteado cada década de vida con el tipo de confianza del que yo carecía. Libby subió al asiento del copiloto mientras Walker cogía mi bolsa. Muy a mi pesar, me sentía nerviosa e incómoda. Siempre me comportaba así cuando había chicos atractivos a mi alrededor. «No pierdas los papeles, Annie —me dije—. Trabajas para este tipo». Además, probablemente tenía quince años más que yo. El hecho de que se pareciera a Hugh Jackman de joven era irrelevante.

—¿Eso es todo? —preguntó Walker refiriéndose a mi bolsa.

Su mirada de admiración implicaba que tal vez Libby no era de las que llevaba equipaje ligero, tal y como había insinuado.

—Sí. Mmm...

—Vamos, Walk —gritó Libby por la ventana—. Zoe se está poniendo de mal humor.

—Tú mandas —suspiró Walker burlándose.

—Entre tú y yo —dijo mientras arrojaba mi bolsa al asiento trasero—. No puedo alegrarme más de que estés aquí. —Alzó los ojos al cielo—. Lo único que deseaba

era que regresara mi mujer —dijo con teatralidad.

—Muy divertido —apostilló Libby desde la parte delantera—. ¡Te estás pasando de la raya, Walk!

—Al ataque, entonces —dijo con acento británico, lo que me provocó risa.

Su personalidad bondadosa era un tanto incontenible, como un niño. Entendí que Libby no pensara que era divertidísimo después de tantos años con la misma cantinela.

—Su carruaje, ¿señora?

Walker se echó a un lado y abrió la puerta para que yo entrara.

Y esperando en el interior de un vehículo que parecía una cueva en comparación con los demás coches en los que había estado, se encontraba el angelito más dulce que había visto en toda mi vida. Permanecía abrochada a su sillita, engullendo un biberón, mirándome por debajo de unas largas y tiesas pestañas. Sus rizos castaños se zarandeaban ligeramente en el asiento estático y sus pies estaban enfundados en unos calcetines y unos zapatos con hebilla. Me quedé embelesada al mirarla y, por un segundo, olvidé la perfección de Libby y el agotador optimismo de Walker.

—Tú debes de ser Zoe —dije tendiendo la mano—. Yo soy Annie. Me alegro muchísimo de conocerte.

—Mi mamá y mi papá ya me han dicho tu nombre —dijo en una dicción que resultaba extraña por su precisión, algo adorable viniendo de la boca de una niña de tres años.

—Esto no ha sido de muy buena educación, Zoe —la riñó Libby—. Por favor, pide perdón a Annie.

—No seas tan dura, cariño —dijo Walker—. Solamente tiene tres años.

—No pasa nada, de veras... —empecé a decir.

—No, Annie, Zoe tiene que aprender buenas maneras —me interrumpió—. De hecho, es algo en lo que espero que nos ayudes. Walker, ya sabes lo importante que es para Zoe aprender a ser más educada. Todavía hace cosas como lo de la bocina.

—Papá me ha dicho que podía tocar el pito —protestó Zoe, sacándose el biberón de la boca momentáneamente.

—Traidora —dijo Walker despertándome la risa.

—Papá no te ha dicho que apretaras con toda la fuerza de tu cuerpo la bocina hasta provocar lo que se llama contaminación acústica —respondió Libby.

Miré a Walker, pero hacía caso omiso, inclinado para ajustar el dial de la radio. Libby miró directamente a Zoe.

—Pide perdón a Annie —repitió.

—Lo ziento, Annie —dijo Zoe con voz seria y mirada inquieta—. Encantada de conocerte.

Su formalidad excesiva armonizaba con su agudo hilo de voz y aquel ceceo era lo más dulce que había oído.

—Yo también estoy encantada de conocerte —contesté.

—¿Me das la mano?

Zoe alargó la mano y yo la metí en la mía, advirtiéndole que Libby nos miraba por el espejo retrovisor.

La manita de Zoe estaba caliente y pegajosa. En ella —y en sus ojos, que me evaluaban atentamente mientras le dirigía una sonrisa— había confianza. Sentí una repentina necesidad de gustar a Libby, de hacerlo todo bien, de ser la niñera más ejemplar que había tenido la familia Cohen. Hacer que aquella pequeña y dulce niña me quisiera tanto como yo sabía que la querría.

—¿Dónde está el bebé? —pregunté en voz alta, mientras Zoe volvía a ponerse el biberón en la boca, tarareando.

—Jackson está en casa —dijo Libby—. Estaba echando una siesta cuando nos fuimos y no quería molestarle, así que lo dejé en la cuna.

—¿Solo? —se me escapó antes de poder contenerme.

Había bajado la guardia, asombrada por la ciudad que entreveía desdibujada desde la ventanilla. Pero dejar solo a un bebé, incluso un par de minutos, era una irresponsabilidad. A los niños les sucedían cosas terribles cuando no los vigilabas. Cosas terribles de las que nunca se podía dar marcha atrás.

Sentí un estremecimiento que comenzó en la columna vertebral y me llegó hasta el cuello.

—Claro que no —respondió Libby sin alterar el tono, abriendo un espejito para comprobar el pintalabios.

Se quitó las gafas de sol y se puso otra capa de rímel en las pestañas, y fue entonces cuando vi lo joven que aparentaba ser.

—Está con la enfermera. Hoy es su último día —dijo lanzándome una sonrisa de oreja a oreja—. Por eso te necesitamos. Walk y yo no podemos con los dos. Zoe, silencio, por favor.

Zoe se había quitado el biberón de la boca, de modo que el tarareo era más estridente.

—¿Qué estás cantando Zoe? ¿Cuál es esta canción tan bonita? Me resulta familiar.

Zoe me ignoró y continuó tarareando, golpeando la parte de atrás del asiento de su madre para seguir el ritmo.

Frenamos en un semáforo y vi cómo un hombre vestido con una camiseta desteñida nos adelantaba en una bicicleta, con un caniche en la cesta delantera. Puede que me comprase una bicicleta. Sería una forma divertida de explorar la ciudad.

—Zoe —Walker le llamó la atención, mirando preocupado a Libby—. Deja de golpear el asiento de mamá, ¿de acuerdo?

Subió más el volumen de la radio, y sus dedos tamborilearon nerviosos —no, con energía— en el volante.

—¡«CWADLE AND ALL»!^[1] —gritó Zoe tratando de impresionarme y provocando que diera un respingo.

La miré y vi cómo me sonreía, con los brazos extendidos. Aparentemente, aquello había sido la apoteosis de lo que ahora reconocía como la canción de cuna *Rockabye Baby*^[2]. No parecía que fuera la primera vez que honraba a sus padres con una actuación. Oí a Libby suspirar desde el asiento delantero.

—Lo siento, Annie. Zoe tiene esta melodía en la cabeza desde hace meses y nos tiene hasta la coronilla, pero te lo dedica. Aunque le provoque dolor de cabeza a su madre —dijo Walker lanzando una clara indirecta.

Como era de esperar, Libby se había vuelto a poner las gafas de sol y apoyaba la cabeza en el cristal.

Pero yo apenas escuchaba, porque la casa que se alzaba frente a mí era mucho más imponente que en las fotografías.

Era grandiosa. Se trataba más bien de una finca o de un castillo. Era similar a una versión de una obra teatral de *Orgullo y prejuicio* que había visto en la BBC. No veía más que molduras y plantas. Además, estaba rodeada de césped, de modo que alimentaba la ilusión de que se extendía por doquier.

Entramos en un garaje enorme, de cuatro plazas, y Walker apagó el motor.

—Yo cogeré a la niña y llevaré dentro las cosas de Annie. Libs, ¿por qué no se lo enseñas todo?

—Vamos —dijo Libby, llevándome fuera del garaje—. Empezaremos por la parte de atrás. La primera impresión tiene que ser la mejor.

Resultaba fácil percatarse de que la casa se encontraba en una cresta, sin embargo no había logrado verla al final de la carretera que serpenteaba hasta lo alto de la colina, ni tampoco había prestado mucha atención al paisaje. De modo que cuando Libby me llevó por un camino enladrillado hasta el lado izquierdo del garaje, lo último que esperaba ver era agua corriendo en todas las direcciones.

Estábamos en una terraza desde la que se contemplaba la bahía de San Francisco. Las garzas planeaban en círculos buscando su próximo festín. El sol de media tarde golpeaba las olas, semejante a un millón de gemas minúsculas. El agua cristalina era de un azul tan puro y vívido que se fundía con el cielo azul. Era extraordinario.

—Bienvenida a Isla Belvedere, Annie —dijo Libby con un tono de voz reverencial—. El lugar más hermoso de la Tierra.

CAPÍTULO TRES

ZOE SE ACURRUCÓ en mis brazos. Estaba hojeando el anuario —el curso de orientación preuniversitario tendría lugar dentro de tres días y quería estar preparada— mientras leía en voz alta, distraídamente, el libro de Zoe sobre las fábulas de Esopo. Ella recitaba algunos de los versos conmigo, regocijándose cada vez que se anticipaba al final de una frase.

—¿Por qué no me cuentas la historia si te la sabes tan bien? —le pregunté dándole un codazo.

Ella rio y dio un pequeño alarido, metiéndose bajo la manta de la lujosa habitación «familiar» de la segunda planta, alias el «salón personal de Zoe», porque nadie más utilizaba el salón sino ella, y ahora yo. Mi mente comenzó a ir de un lado a otro mientras la vocecita de Zoe entonaba estribillos en la habitación. Me había visto sumida en una vorágine las últimas veinticuatro horas y me sentía presa de una confusión extrañamente cercana a la felicidad. Únicamente me había sentido así una vez con anterioridad: cuando un amigo del colegio me había invitado a pasar las vacaciones de Navidad con su familia. En su casa, todo era tan perfecto —un caos maravilloso— que me invadió la felicidad con solo arrellanarme y mirar cómo desenvolvía los regalos frente a mí. Las pilas de regalos, las risas, las lucecitas blancas centelleando en las ventanas, las decoraciones con dulces colgando de un acebo auténtico. Era difícil de explicar. Aunque en realidad no formaba parte de aquella realidad, era divertido alzarse como espectadora, adentrarse en la calidez que emanaba, como si la energía de su felicidad pudiera llevarme también a mí a la felicidad si la absorbía en mi interior. Luego, tuve que regresar a casa con Dean, mi madre y Lissa; tenía remordimientos por haberla dejado sola.

Pero ahora, la voz de Zoe revoloteaba a mi alrededor mientras me acurrucaba en el antiguo sillón de dibujos verdes y azules que había en el salón, y guardaba algo más en el puño: la certeza de que, en esta ocasión, no tenía que marcharme. El anuario sobre mis rodillas lo atestiguaba. Ahora esperaba, mirando cómo transcurrían los minutos frente a mí, en vez de aferrarme a ellos desesperadamente mientras veía cómo se escabullían. El hecho de tener un futuro con muchas opciones era formidable. Lo curioso del caso era que me resultaba difícil sentirme cómoda en el interior de aquella felicidad recientemente encontrada. Me senté con Zoe, con el sentimiento inconfundible de que no la merecía. Con la gente como yo no había lugar para los milagros, especialmente después de lo que había sucedido con Lissa. Me había invadido aquella sensación extraña y desconcertante de que se avecinaba algo terrible. «¿Cómo podía hacer que perdurara? ¿Cómo podía creer que merecía una

nueva oportunidad?». Lo único que podía hacer, decidí, era trabajar hasta la extenuación, haciéndolo lo mejor que pudiera. Haría creer a todo el mundo que lo merecía, hasta que también yo creyera que lo merecía. Ese era el plan.

El salón era perfecto. Toda la casa era perfecta. Había mucho más que ver y asimilar de lo que probablemente podía en mi primer día, y se me pasó por la cabeza que tal vez, durante meses, descubriría objetos —ceniceros de marfil, lámparas de cristal y primeras ediciones de Mark Twain— antes de conocer la casa de arriba abajo. Nunca había visto una vivienda semejante, excepto en las revistas y las películas. El modo en el que se fusionaba aquella desarmonía era sorprendente, como si se hubiera planeado meticulosamente, aunque Libby me había contado que gran parte de la decoración eran abalorios comprados en su luna de miel y otros viajes. Únicamente la habitación de Zoe tenía la extraña particularidad de ser minimalista en comparación con las demás, con una cama de tamaño reducido, cubierta de almohadas azules, una mecedora en el rincón, una estantería y una cómoda con un par de muñecas de porcelana alineadas en lo alto.

—Es demasiado pequeña —había argüido Libby con brusquedad—. No sabes lo preocupada que estoy de que rompa los objetos valiosos que hay en el resto de la casa. Créeme, Annie, sé lo que hago.

Y, por este motivo, mi pequeña tenía sus libros y su Falafel, un cerdito de peluche con el pelo hediondo por la constante presencia de sus dedos y dientes.

Al parecer, Zoe tenía por costumbre morder el pelo de Falafel cuando perdía los nervios. Pero ¿qué la ponía nerviosa en Isla Belvedere? Si hubiera existido un Edén, sin duda hubiera sido muy parecido a ese lugar.

Arquitectura. Historia del arte. Iniciación a la fotografía. Teoría de las religiones del este. Hojeé el libro mientras mis párpados se volvían pesados. Zoe ya había caído adormilada a mi lado, con el pulgar en la boca y rodeando firmemente a Falafel con el brazo. ¿Qué área de estudio era la mejor para reinventarme?

Aquella era una de las particularidades de dejar una familia que no te importaba. Tenías que empezar de nuevo.

—¿Qué me dices de diseño de interiores?

La voz musical de Libby podría haber sido una guadaña por la facilidad con la que me sobresaltó despertándome.

—¿Te has quedado dormida trabajando, Annie? —preguntó mientras se desplazaba por el espacio que había entre nosotras, tan ligera como la bata que llevaba encima del camisón, justo cuando estaba a punto de caer dormida—. Supongo que no es un gran principio.

—Lo siento mucho —conseguí farfullar, sintiendo como el rubor me recorría las mejillas hasta las orejas.

Siempre me había ruborizado con facilidad, no únicamente cuando me sentía incómoda, sino por todo: preocupación, ansiedad, enfado, hiciera lo que hiciera. No necesitaba apenas nada para que me ardiera la cara y las orejas latieran con el ardor

de mis emociones, a menudo terriblemente intensas.

—Ah, estoy tomándote el pelo —dijo rompiendo a reír—. Has tenido un día muy ajetreado. Es difícil acostumbrarse a los niveles de energía de una niña de tres años. ¿Te importa si me siento?

Hice un gesto con la cabeza y se sentó a mi lado, apoyando sus pies enfundados en unos mocasines encima de la mesa de centro immaculada, con un sobre de cristal, que había frente a nosotros. Me sorprendió la relajación de sus formas. Pero, de nuevo, no estaba acostumbrada a relajarme en lugares tan lujosos.

—Bueno, es más duro el bebé —dije con cautela—. ¿Por qué no dejas que cuide de él más a menudo? Te podrías tomar un descanso.

—No, no... —respondió agitando la mano y dando un sorbo largo al vaso de vino—. No da problemas, de veras. Se pasa casi todo el día durmiendo. Además, me encanta tener su hermosa carita cerca de mí. A veces, solo quiero estrecharlo entre mis brazos, ¿sabes?

—Sí —sonreí, mirando el anuario al tiempo que me esforzaba por ocultar mi reacción.

La simpatía de Libby me aturdí y me sentía un tanto incómoda por cómo me afectaba. Quería gustarle. Así había sido desde mi infancia, una niña desesperada por tener amigos en el colegio.

—Tienes los hijos más formidables que he visto —dije lanzando una mirada a Zoe—. Es tan dulce, hecha un ovillo. —Sonreí—. Y me parece muy divertido el nombre de Falafel. ¿Cómo se le ocurrió?

—Oh, cosas de su padre —dijo Libby poniendo los ojos en blanco—. Básicamente, es un niño de diez años en un cuerpo de adulto. Todos los chicos son así. Para siempre. No tengo ni idea, creo que simplemente estaba haciendo bobadas con Zoe, sugiriendo nombres como «judía» o algo parecido, y surgió «Falafel».

—O «Fluffel» —dije—. Me pregunto si cambiará cuando deje de cecear.

—Probablemente no. Y, bueno, de todas formas ya está bien.

—Me gusta cómo se relajan los hombres con los niños —comenté—. Es como si... —enmudecí buscando las palabras.

—¿Qué? —me animó a continuar.

—Lo siento —dije, con un movimiento de cabeza—. No quiero resultar sentimental, pero es exactamente como quiero ser algún día. Es bueno saber que para algunas personas ya es una realidad.

—De modo que... —Libby comenzó a decir con prudencia— me imagino que esto significa que con tus padres no fue así.

Asentí. No estaba preparada para contar la sórdida historia de mi familia. Por muy agradable que pareciera, no pensaría lo mismo si estuviera al corriente de todo.

—Sé unas pocas cosas sobre ti —dijo con delicadeza—. Sé que podría haber resultado difícil crecer en una ciudad del interior como Detroit, ir al instituto...

Levanté la cabeza. No le había contado nada acerca de mi escuela. ¿Cómo lo

sabía? Pero me sostuvo la mirada amablemente.

—Tuvimos que comprobar el currículum —dijo—. Las cosas básicas. Es lo habitual. Vas a vivir con nosotros, cuidar de nuestros hijos.

—¿Y qué averiguasteis?

Sentí una punzada en el corazón. Libby me miró como si estuviera sorprendida de que lo preguntara.

—Nada —dijo—. Al menos, no mucho. Solo que tu escuela era dura, pero aun así conseguiste sacar unas notas académicas excelentes. Nada de lo que preocuparse, diría. —Sonrió un poco, tirando de la esquina de mi sudadera—. En todo caso, me impresionó.

—Gracias —mascullé.

—¿Puedo ser sincera contigo? —preguntó a continuación.

—Por supuesto.

Zoe se arrulló un poco más cerca, eliminando los centímetros que pudieran existir entre nosotras. Su cercanía me recordaba a Lissa, cuyo afecto nunca había tenido límites, al contrario que la agresividad de Dean y los pocos cuidados de nuestra madre.

—Veo que eres un poco reservada con tu pasado, pero no hay nada de lo que preocuparse. Si crees que vamos a juzgarte porque no vienes de una familia adinerada, estás totalmente equivocada. Y puede que te sorprendas al saber que tú y yo no somos tan distintas.

—Por supuesto —contesté con ironía—. Y me sorprende oírlo.

—Oh, para —dijo ella—. ¿Es porque me siento cómoda en esta vida lujosa? Créeme, tú también te acostumbrarás. No se necesita mucho tiempo. Cuando era joven, vivía en una caravana. Tenía dos trabajos para poder estudiar. Me gustaste por este motivo. Me pareció que tendríamos mucho en común.

La miré y me sorprendió ver que sus ojos expresaban franqueza y honestidad.

Nadie, hasta ese momento, había mostrado interés por mi vida ni me había valorado. Ni siquiera yo. Y ahí estaba Libby, afirmando que ella y yo nos parecíamos mucho. Lo que significaba que tal vez su vida no estaba tan lejos de mi alcance.

Sin embargo, había un detalle en el que diferíamos: nunca me habría sentido cómoda con tanto dinero. Nunca me hubiera habituado a la sensación de seguridad, como si una catástrofe me esperara en cada esquina, como si siempre estuviera escapando de la pobreza y de la tristeza. Nunca hubiera dejado de mirar por el rabillo del ojo. ¿Cómo podría? Lissa había sido la única fuente de felicidad en mi vida, y había muerto. Todo por una estúpida piscina hinchable que Dean había insistido en instalar y una estúpida puerta que nunca se había molestado en reparar. Y un estúpido tú, una voz susurraba desde algún lugar en el interior de mi cabeza. «Un estúpido tú que tenía que haberla vigilado mejor». Lo cierto era que yo era la persona menos cualificada para cuidar de los hijos de Libby y Walker. La última vez que había cuidado a una niña, había fallecido. Por supuesto, mamá estaba en casa. Pero Lissa

siempre estaba bajo mi responsabilidad. Era una regla tácita.

—Eh —dijo Libby suavemente sacándome de mi ensimismamiento—. Hablemos de otra cosa. Vaya, es la primera vez que hemos tenido la oportunidad de conocernos y ya te he hecho llorar.

Me dio un pañuelo de la caja que había sobre la mesa. Me froté los ojos. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando, pero como era de esperar, no había hecho más que empezar.

—¡Lo sé! —exclamó emocionada, levantándose del sillón—. ¿Qué me dices de meter en la cama a la Bella Durmiente? Voy a servirte una copa de vino bien fresco para mí... y otra para ti. Y luego haremos limpieza general.

Lo de la copa de vino sonaba bien, pero limpiar no era exactamente lo que más me apetecía en aquel momento. Tenía la cabeza hecha un batiburrillo y, el cuerpo, como si me hubiera arrollado un camión.

—De acuerdo —dije—. Por supuesto, si no te importa que beba mientras trabajo. Y que sea menor de edad —añadí, porque creí que era mi responsabilidad.

—Estás en la facultad —dijo Libby—. Creo que una copa de vino, de vez en cuando, no va a causar ningún daño irreparable. No estoy sugiriendo que bebas de un modo desenfrenado —contestó medio en broma medio en serio—, sino que te sentará bien tomarte una copa para relajarte cuando no estás trabajando. Por cierto, no estás trabajando.

—De acuerdo.

—¿Has pensado que te iba a hacer limpiar la casa a las diez de la noche? Ten un poco de confianza en mí, Annie, no soy una bruja de pies a cabeza. ¡Me refería a hacer limpieza en mi armario! Hace siglos que tengo que deshacerme de un montón de ropa. ¿Tenemos más o menos la misma talla, no?

—Mmmm...

—¿Usas una cuarenta?

—Cuarenta y dos —corregí yo.

—Bueno, tal vez te vengan pequeñas algunas prendas.

Se esmeró en no mostrar desaprobación. Seguramente, como mucho, Libby usaba una treinta y ocho. Su cuerpo delgado cuadraba a la perfección con los demás objetos que decoraban su vida de un modo irritante.

—Pero tengo unos diseños holgados que te quedarían magníficos. Y no te lo tomes a mal, pero no le vendría nada mal un cambio de imagen a tu guardarropa —comentó mientras echaba un vistazo a mis viejos Levi's y mi sudadera de Detroit Lions.

No supe cómo vestirme hasta los veintidós. Y, lo mires como lo mires, no te creas lo que cuentan. Vestir bien implica invertir dinero. Al menos, un poco.

Me sonrojé durante un segundo, hasta que me di cuenta de que llevaba razón. Realmente, no era ningún secreto que vestía de forma desaliñada. Lo hacían muchas jóvenes de mi edad. Y me ofrecía una ropa que iba a desechar y que probablemente

me convertiría en la chica mejor vestida de la SFSU. Además, sería la mejor ropa que iba a tener en mi poder. Muy a mi pesar, ser consciente me resultó emocionante. Nunca había estado al tanto de la moda porque no me lo podía permitir.

Mientras Libby se dirigía hacia el enfriador de botellas para llenar su copa y servirme una a mí —tenían un armario para controlar la temperatura tan grande como una nevera y únicamente se empleaba para almacenar vino—, guardé el anuario de cursos en la bolsa de Whole Foods que encontré doblada bajo el fregadero de la cocina. Esperaba que también tuviera algunas bolsas viejas que prestarme.

Una hora más tarde, estaba oficialmente ebria. No solo por el vino, sino por toda la experiencia. Me senté en el suelo del «armario» de Libby, que en realidad era una habitación que no tenía más uso que el de guardar su ropa. Las estanterías estaban hechas a medida y me desconcertó que incluso fuera más grande que la de Zoe. Una de las paredes estaba forrada con compartimentos de zapatos hasta un techo que debía de medir tres metros de altura, si no más. Era vertiginoso. Como mínimo, había cientos de pares de zapatos, algunos de diseñadores de los que había oído hablar, pero nunca visto de cerca (Kate Spade, Jimmy Choo, Manolo Blahnik) y un puñado con la suela roja que sabía eran signo de opulencia. Había algunos de diseñadores que no conocía. Tenían nombres que parecían italianos o españoles, y la numeración era distinta. También estaba bastante segura de que Libby no era miembro de Personas por el Trato Ético de los Animales. La mitad de sus zapatos y bolsos parecían de piel de serpiente, y la sección de abrigos de piel en la esquina derecha del fondo debía ser auténtica. Libby no era el tipo de persona que vestía prendas sintéticas.

—Así pues, ¿tienes pensado qué vas a estudiar? Mira, prueba este —dijo, y me lanzó una camisa de seda blanca.

—Realmente, no —suspiré—. Me refiero a que siempre he estado interesada en el arte, pero se me da bastante mal, así que imagino que no es más que una ilusión.

—Hay muchos tipos de arte —observó Libby, despreocupada, con la cabeza enterrada en una larga hilera de vestidos coloridos de tirantes.

—Supongo que hablas de bellas artes. ¿Pintar, dibujar, hacer esculturas... y todo eso? ¿Sabías que hay algunos tipos de arte que generan beneficios?

Eché al suelo un montón de vestidos de diseño con el mismo miramiento que alguien podría conceder a una naranja florecida.

—Mmm... —Intenté pensar algo que decir—. ¿No?

—Ser joven e idealista está bien. Pero irás muy por delante de los demás en la universidad si te riges por el hecho, y es un hecho, de que no puedes basar tu vida en un sueño. Necesitas dinero. Yo lo entendí pronto y mira dónde estoy ahora —dijo con conocimiento de causa—. Créeme, hubo un momento de mi vida en el que fui como tú.

—Lo dudo —mascullé enojada a mi pesar.

No había modo de que Libby, que parecía recién salida de la universidad, lo hubiera tenido tan difícil como afirmaba. Parecía que hubiera nacido en el satén que llevaba puesto. Incluso si me hubiera tocado la lotería, nunca me hubiera movido en el lujo con la confianza con la que ella lo hacía. Siempre me hubiera sentido como una impostora. También tenía la sensación de que tanta extravagancia «no era correcta».

No podía evitar pensar en lo que mi familia hubiera hecho con el dinero de dos costosísimos pares de zapatos de Libby. Tampoco me quejaba exactamente, ahora que ella había decidido convertirme en la beneficiaria de su ropa usada.

—Escucha —dijo en tono serio—. No pongas en duda nada de lo que te digo. Yo creo en la franqueza y siempre seré franca contigo, tanto si te equivocas, como si mereces que te elogien o si estás resentida como ahora. Oh, sí, yo lo estaba —arguyó respondiendo a mi mirada asustadiza—. Sé lo que me digo. No te contaré ni una sola mentira. Te lo prometo. Te aseguro que no soy como mi hermana. —Puso los ojos en blanco en lo que pareció un destello de amargura—. Nunca sabrá lo que es preocuparse por otra cosa que sus emociones. Siempre tendrá satisfechas todas sus necesidades. Siempre tendrá todo lo que desee, con solo tender una mano. Nunca sabrá lo que es estar preocupada de veras, preguntarse si llegará a mañana o al día siguiente.

Libby colocó la copa de vino en uno de los estantes y se volvió hacia mí, deshaciendo el lazo de su camisión mientras lo hacía. Se arrodilló y me agarró con firmeza las manos y fue tan inesperado que no me dio tiempo a reaccionar; lo único que pude hacer fue dejarme llevar por la intensidad de su mirada.

—Pero Annie, yo estuve. Yo estuve ahí —hizo una pausa, como decidiendo si deseaba continuar—. Me adoptaron —dijo al fin, conteniendo sus palabras entre unos labios que se retorcían, como si tuvieran mal sabor—. Soy hija de una drogodependiente. Aparentemente, es un milagro que saliera ilesa —observó riendo con amargura—. ¿Sabes lo que afectan las drogas a un bebé? Tanto da, me adopté una familia de clase media que más tarde se quedó en la bancarrota. Ahí tienes el tráiler. Y ya está. Sufrimiento por todas partes.

—Lo siento de veras —respondí con un nudo en la garganta.

Libby se había acomodado en la alfombra de pelo que había junto a mí.

—Para ser sinceros —dijo Libby—, yo no lo siento. Puede parecer sensiblero, pero me hizo fuerte. Me enseñó a luchar por lo que quiero. Y, por otro lado, aunque éramos pobres, mis padres eran afectuosos. Pero, de todos modos, la cuestión es que no deberías de preocuparte por el pasado. Lo que importa es quién eres ahora.

«¿Pero quién era ahora? Todavía era la chica que había dejado que su hermana se ahogara». Y Libby merecía saber la verdad.

—He bebido demasiado vino —dijo—. Normalmente no tengo tanta retórica. Pruébate esta ropa antes de que pierda el conocimiento.

Señaló una enorme pila que ocupaba casi todo el suelo.

—¿Estás segura?

—¡Por supuesto! Estaría bien que otra persona la usara. Dios sabe que no la necesito. Adelante, pruébatela.

Me levanté a trompicones y con poca elegancia. También me sentía un pelo ebria. No estaba acostumbrada a beber. Casi nunca lo hacía. Cogí tantas cosas como pude y permanecí de pie, incómoda.

—¿Qué haces? —preguntó.

—¿Hay un cuarto de baño que pueda utilizar?

Al oírme, Libby se echó a reír.

—Vamos —respondió entre risotada y risotada—. ¿Lo dices en serio? Estamos entre mujeres. Además, el baño no está limpio. Molly no vendrá hasta la semana que viene. Es la asistenta. Pruébatela. Te prometo que no intentaré nada.

Alzó las manos fingiendo rendirse con ademán burlesco. Me ruboricé y volvió a reírse otra vez. Había algo en todo aquello que me gustaba. No había tenido muchas amigas en el instituto. Había formado parte de un grupo, pero sin implicarme. Nunca me había sentido lo bastante cómoda como para invitar a nadie a casa de Dean y mi madre.

Me quité la camiseta y me metí la primera pieza de ropa por la cabeza, un vestido veraniego azul, de tejido vaporoso, con un estampado de cachemira.

Podía sentir la mirada penetrante de Libby. Me quité los vaqueros por debajo del vestido. Había un gran espejo de cuerpo entero en uno de los lados de la habitación. Tenía un marco de madera oscura, apuntalado con un pie de bronce. Observé mi reflejo, enmarcado en la madera pulida. Con aquel vestido, estaba preciosa. No pude evitar darme cuenta. De estilo cruzado, se ataba en el pecho y se ceñía con un lazo en la cintura, estilizándola.

Libby se alzó y se colocó detrás de mí, tirando de la cintura del vestido. Alargó la mano hasta mi cabeza. Yo me encogí. Simplemente quería apropiarse de la cinta negra que sujetaba mis cabellos en un moño desordenado. Me la sacó y mis cabellos cayeron por la espalda en una maraña de ondas encrespadas.

—Sorpriente —dijo ella, encontrándose con mis ojos en el espejo—. Si no fuera por el pelo, podríamos ser hermanas.

Me reí al oírlo. Libby era, con diferencia, mucho más guapa y glamurosa que yo. Intenté ignorar el hormigueo que se deslizaba por mi columna y por encima de mis hombros.

«Es así —oí decir a una voz en mi interior—. Así es como se siente uno cuando está cerca de alguien». Lo que le había llegado de un modo natural a las demás chicas, pero nunca a mí —al menos, hasta que murió Lissa—, me estaba sucediendo ahora.

—Me viene un poco estrecho —dije sonrojada.

Me estaba sintiendo muy violenta. Nunca me había sentido así. Aunque estaba cansada y ebria. El reloj que colgaba de la pared del fondo marcaba, a través del

espejo, medianoche.

—Estás gordita —dijo Libby con una sonrisa—. No tienes nada de qué preocuparte. Puedo enseñarte cómo sacarte unos kilos de encima rápidamente.

Yo le devolví la sonrisa un tanto incómoda. Nunca había creído que tuviera sobrepeso. Libby bostezó, un gran suspiro que le otorgó un aspecto más vulnerable.

—Será mejor que te deje descansar —dije—. Me puedo probar el resto mañana.

—Muy bien —accedió—. ¿Por qué no te la llevas a tu habitación? La ropa que no te vaya bien la puedes tirar.

—¿Hay una casa de caridad por aquí cerca? Tal vez podría darlos.

—Por supuesto —contestó Libby con indiferencia—. Alguna habrá. La buscaremos por la mañana.

Era sorprendente la facilidad con que había olvidado cómo se sentía uno al no tener lo necesario. Cómo podía iluminar una noche entera dar con una prenda de ropa bonita en la beneficencia.

Libby se volvió hacia el guardarropa, esperando a que cogiera toda la ropa para apagar la luz del techo. No me tendió una mano. «¿Aunque por qué debería hacerlo?», me recriminé. Estaba siendo muy generosa. Y yo estaba siendo muy crítica. Demasiado. «¿Solo porque sabía un poco más sobre mí de lo que me resultaba cómodo?». Respiré hondo y la seguí por el pasillo.

Libby se volvió hacia mí con una expresión extraña.

—¿Todo va bien, Annie?

Le tenía que contar lo de Lissa.

—Hay algo que deberías saber —dije.

—Muy bien.

Esperó. Habíamos llegado al final del pasillo que conducía al ala principal. Era ahora o nunca.

—Sea lo que sea, estoy segura de que no va a cambiar nada.

—Tenía una hermana —dije al fin, de corrido—. Murió.

—Sí, lo sé.

—¿Cómo puedes saberlo? —Sus palabras me hirieron. Sentí que me invadía el pánico. De pronto, me temblaron las piernas—. ¿Qué sabes?

—Annie, relájate.

La voz de Libby era afectuosa, cálida y tranquilizadora.

—La necrológica de Lissa apareció durante una búsqueda en internet, cuando me estaba informando sobre ti. Estaba allí. No era difícil de encontrar. Lo siento —dijo abrazándome.

Me envolvió con sus brazos. Parecía fuerte y protectora, de un modo maternal que no había experimentado desde hacía tiempo.

—No quería sacarlo a colación, porque sé lo difícil que debe ser para ti.

—Pero no lo sabes todo —dije hundida en su hombro y forcejeando para alejarme.

—Entonces, ¿qué?

Me observó expectante, con sus ojos brillantes e inquietos.

—Fue culpa mía —susurré.

Nunca lo había dicho en voz alta.

—Me dijo que fuera a jugar con ella y no le hice caso. Quería continuar leyendo. Y entonces, quince minutos más tarde, estaba muerta. Si hubiera ido, eso no hubiera sucedido jamás.

—No fue culpa tuya —arguyó Libby.

Yo lo negué con un gesto, tragando saliva con dificultad. No podía llorar. No podía darle la impresión a Libby de que era débil o inestable o cualquier cosa menos capaz. No podía arruinar lo mejor que me había pasado hasta ese momento.

—No —dijo entonces con seriedad y me levantó el mentón, obligándome a mirarla a los ojos—. No es culpa tuya. Y si veo que crees lo contrario, me enfadaré. La autocompasión es un vicio, Annie. Lo único que conseguirás con eso será hundirte.

Pestañeeé. Nunca había esperado una reacción semejante. Era parecido a la ira, pero no del tipo que esperaba. Me sentía débil y agotada. Todo mi cuerpo flaqueaba, febril. De repente, estaba exhausta.

—¿No eres consciente de lo maravilloso que es esto para ti, Annie? —me preguntó Libby con las manos sobre mis hombros.

Mientras la amabilidad de su voz me envolvía, advertí cómo el pánico disminuía lentamente. La sangre retornaba a mi cabeza; veía con mayor claridad. Vi su rostro, perfecto a pesar de la preocupación, en mi campo de visión. Colocó cuidadosamente la palma de su mano sobre mi mejilla.

—Walk y yo estamos al corriente de lo peor —dijo—. Aun así creímos que encajarías muy bien en nuestra familia. Eso debería de servirte de alivio. No tienes nada que ocultar.

—Quiero dejarlo todo atrás —conseguí decir al fin—. No quería arrastrar todo eso conmigo hasta aquí.

Noté cómo me brotaban las lágrimas a pesar de mis esfuerzos por contenerlas. No quería llorar. Estaba enredándolo todo de un modo lamentable, y tan solo era mi segundo día. No podía confiar siquiera en no echarlo todo a perder en veinticuatro horas.

—Y lo harás —respondió Libby con firmeza—. Walker y yo somos muy discretos. Puedes contarnos tus secretos. No diremos ni una palabra de tu familia, de lo de Lissa —dijo e hizo una pausa— a nadie. Así que deja de llorar, tesoro. Todo irá bien.

—De acuerdo —asentí, frotándome los ojos con la manga de la sudadera.

—Llorar no te sienta bien —observó con tono crítico—. A algunas chicas les da un aire vulnerable y dulce, pero tú te pones horrible.

Me atraganté riendo en la manga, mientras me secaba los ojos.

—Zoe no sabe lo que tiene —dije sorbiéndome la nariz—. Va a alucinar.

—Lo dudo mucho —respondió Libby con una sonrisa, ajustándose el lazo—. Ahora, vete, ¡tienes que dormir! Ya acabaremos lo del armario otro día. Por cierto, ¿ya has escogido tus clases?

—No. Mañana me levantaré temprano para hacerlo.

—De ningún modo, lo haremos ahora. Nos lo podemos sacar de encima en un periquete si lo hacemos codo con codo. ¿Dónde está el listado de asignaturas?

—En mi habitación —dije.

—Magnífico. Vamos. ¿Y qué me dices de diseño de interiores?

Me siguió por el pasillo hasta que llegamos a mi habitación y se sentó en el edredón blanco que cubría mi cama. Dejé el listado a su lado y lo hojeó hasta que encontró lo que quería. Con la punta del dedo, golpeteó la descripción de un curso, impreso en blanco y negro.

—Esto es lo que estudié y me encantó. ¿Sabes que dirijo mi propio negocio, no?

—Sí, desde casa. Lo comentaste en tus cartas.

—Bueno, pues si tú nos has investigado tan bien como nosotros a ti —dijo Libby con una sonrisa—, sabrás que mi negocio es increíblemente lucrativo. Además, es muy divertido. Básicamente leo la revista *House Beautiful* cada día y paso el rato dibujando en un bloc. Bueno, vale, hay mucho más aparte de eso. Pero es genial, además de que es la carrera perfecta cuando tienes niños. Y aunque aún no los tienes, algún día llegarán —comentó con una sonrisa de complicidad—. Podría encargarme de dirigirte, si así lo deseas. Y al acabar, hay mucho trabajo.

—Me encantaría —dije realmente emocionada—. De veras.

—Muy bien, entonces inscríbete en el primer curso y en cualquier clase de diseño que te deje libres las tardes a última hora y las noches. Recuerda que te necesito aquí. ¡Será divertido! —dijo alegremente con un destello en los ojos—. Nunca he tenido a una protegida. Me da un aire bastante importante, ¿no?

Reí al oírlo. Era divertido ver a Libby cuando se quitaba su coraza de doña perfecta. Estaba encogida y con las piernas cruzadas sobre mi cama. El cabello le caía medio revuelto del recogido. Imaginaba que no se daba el gusto de relajarse muy a menudo. Me gustaba que se hubiera soltado sin muchos circunloquios.

—Gracias Libby —dije con cautela—. No sé cómo agradecerte todo esto. — Señalé la pila de ropa que cubría la butaca en el rincón de mi dormitorio.

—Déjalo —contestó—. De vez en cuando necesitas que alguien crea en ti. Tuve a alguien así cuando tenía tu edad. Me salvó la vida. Me dio oportunidades...

Libby enmudeció y, entonces, se le ensombreció el semblante.

—De lo contrario, te hundes.

—No voy a ver cómo te hundes, ¿de acuerdo? No bajo mi techo.

No pude evitarlo. Me incliné y la abracé, agarrándola torpemente por encima de nuestras piernas cruzadas.

—Vale, vale, me voy. —Se echó a reír—. Va a dar la una.

Y entonces salió de la habitación con altivez, como si yo no le hubiera dejado el hombro perdido de mocos; como diciendo que el secreto más importante de mi vida, lo que me había estado abatiendo cada día a lo largo de cuatro años, podía pasarse por alto, como si sus palabras me hubieran quitado un peso de encima y fueran el mejor obsequio que había recibido nunca.

CAPÍTULO CUATRO

MI PRIMERA NOCHE en la SFSU se celebraba una fiesta. Se llamaba «Desorientación», un juego de palabras inspirado en las siete horas del curso de orientación preuniversitario que habíamos tenido aquella mañana. Normalmente, pasaba los fines de semana trabajando con los Cohen, pero Walker había convencido a Libby de que necesitaba tomarme una noche libre para «integrarme».

—¿Y qué me dices de integrarse en casa? —había preguntado ella un tanto irascible, pero Walk se había limitado a sonreírle, le había besado en la frente, y ella lo había pasado por alto.

Era de agradecer la actitud relajada de Walker. Era de agradecer el modo cómo rodeaba a Libby con los brazos hasta que su tensión de tipo A se desvanecía visiblemente, deshaciéndose en el bálsamo de su marido. Daba las gracias interiormente cada vez que lo hacía, porque para mí significaba más que únicamente una noche libre con los que serían mis compañeros de facultad. Simbolizaba una promesa de que aquellas relaciones, las parejas felices, existían y tal vez existirían para mí.

Y ahí estaban Libby y Walker, en su nido de felicidad, y ahí estaba yo, yendo a mi primera fiesta en la universidad.

—Ten cuidado —había dicho Walker cuando me dejó cerca de la rotonda—. Toma un taxi para regresar a casa, no sea que te estrelles en el campus, ¿vale? Te necesitamos a las diez de la mañana.

Asentí y me despedí con la mano mientras salía del coche, contoneando los dedos de un modo seductor que me sorprendió incluso a mí. Oí un silbido en mi espalda mientras arrancaba, y me volví para dar con los ojos brillantes de una chica que reconocí vagamente haberla visto por la mañana. Me había sonreído de oreja a oreja desde cerca de la máquina de café, fuera de la gran sala de seminarios en la que había tenido lugar el curso de orientación.

—¿Quién es ese? —preguntó asombrada, repiqueteando una puntera de llamativa piel roja en la acera—. ¿Estás con él?

Vestía un top de lentejuelas negro con vaqueros estrechos y unos llamativos zapatos rojos de tacón. Llevaba unos grandes aros dorados en las orejas, y el cabello rubio con las puntas hacia fuera. Tenía los brazos delgados y musculosos cuando los cruzaba, y sacaba pecho con confianza. Me hacía sentir al mismo tiempo admiración y que era exasperantemente anodina, desde donde permanecía de pie, con un vestido negro de tubo y chanclas.

—Mmm, no. Vivo con él.

—Eso es incluso mejor —dijo silbando—. No son así de donde yo vengo.

—¿Y dónde es eso? —pregunté con timidez.

Sentía la energía que desprendía, algo que me resultaba electrificante y un poco intimidador.

—Kentucky —dijo pronunciando «Kin-tuckee» y acentuando el «kin»—. Tú eres la chica que patina, ¿no? Me encantan las figuras de patinaje. Practiqué un poco hasta que me metí en gimnasia.

Y, en aquel momento, un grupo de chicos con gorras de béisbol y vaqueros pasaron por nuestro lado con unas latas de cerveza en la mano. Uno de ellos se volvió y le echó una mirada a Morgan, de pies a cabeza. Ella le sonrió y yo crucé los brazos sobre el pecho con ademán protector.

Era cierto. Habíamos tenido que presentarnos en el curso de orientación y, por alguna razón, yo había escogido compartir mi obsesión por las figuras de patinaje. Quería ser Katya Gordeeva. Quería vivir una historia de amor trágica parecida a la suya. Sin embargo, nunca había patinado sobre hielo más que en mis sueños. Supongo que había sido más fácil que compartir la vida real. Formaba parte de mi reinención.

—Hace mucho que no patino —dije a Morgan—. Es algo que hacía de pequeña.

—¿Me puedes repetir tu nombre? —preguntó distraídamente mientras echábamos a andar una al lado de la otra en dirección al complejo de apartamentos en el que se celebraba la fiesta de «Desorientación».

—Annie —respondí.

—¡Qué bonito! Como en *Little Orphan*.

—No se aleja demasiado.

Tal vez percibió mi rechazo a hablar o tal vez se animó con la energía del lugar, pero sacó un frasco diminuto de piel con un monograma que daba a entender que eran sus iniciales y retiró dos vasitos. Vertió un líquido claro en uno de ellos y me lo entregó, llenando el segundo mientras yo lo cogía. Lo olí. Olía a quitaesmalte y a todo lo que quema. Oía al aliento de mi madre a media tarde.

—Vodka —confirmó Morgan—. Gordon's. Barato y sencillo. Lo único que tenía en la maleta. ¡Salud!

Brindamos y echamos un trago. Sentí como el alcohol me abrasaba el cuello y cómo se tensaban los músculos y, por un segundo, tuve miedo de vomitar. De alcohol nunca había probado mucho más que la cerveza, debido a todos los hábitos de mi madre. «Pero esto es lo que hacen los universitarios», me dije a mí misma mientras tomábamos otro chupito, y luego un tercero, y nos adentrábamos en un callejón angosto bordeado por un lado con una reja y por el otro con apartamentos iluminados, atestados todos y cada uno de ellos de estudiantes de la SFSU que bailaban sobre las mesas, bebían cerveza de los barriles boca abajo y daban sorbos a vasos de plástico rojos.

—Esto es lo que venía buscando —dijo Morgan señalando a un grupo de chicos

sin camiseta, en la esquina, con el pecho garabateado con distintas letras del alfabeto griego.

—No eran así en Kentucky —dijo.

Tampoco eran así en Detroit. Los chicos con los que había crecido eran tipos duros de ciudad, con la visera girada y vaqueros caídos. Habían idealizado a Eminem y Proof. No es que me importara. Había algo que me resultaba atractivo en los chicos malos.

El hecho de pensar en los chicos de Detroit me recordaba a Daniel, el único chico con el que se podía decir que había salido en serio. Daniel podría haber sido mi novio, pero a los cuatro meses no quise que lo fuera. Quería y no quería. Quería que me besara en el asiento delantero de su coche, con el gusto de su lengua a Lucky Strikes. Quería que me sostuviera la cara entre sus manos y me mirara a los ojos del modo en que lo hacía cuando intentaba decir algo importante, por lo que sentía un interés particular. Quería caminar los diez bloques hasta su casa después del instituto y deslizarme por debajo de sus sábanas durante la escasa media hora que teníamos para estar a solas antes de que su madre llegara del trabajo.

Pero, entonces, al cabo de cuatro meses, quiso venir a mi casa, saber más de mí, saber lo que le había ocurrido a Lissa, conocer a mi madre y a Dean. Y todo se fue a pique. Hasta aquel momento, todo había sido una fantasía. Si lo hubiera incluido en mi vida, nunca hubiera funcionado. Así que rompí y los últimos meses de instituto deambulé por los pasillos fingiendo que no lo veía, como si me hubiera quedado en blanco en un discurso de historia de América solo porque sus ojos azules se habían tropezado con los míos.

—Vamos —dijo Morgan impaciente, tirando de mí entre el gentío por un patio exterior.

Se movía por el jardín como una experta, esquivando con su pequeño cuerpo codos y bebidas. Se detuvo, me tendió una mano y yo la cogí. Me sentía ebria, ligera y un millón de veces más confiada con la mano de Morgan tirando de mí. Además, su poción mágica me recorría las venas y me llegaba al cerebro. El caos resultaba alarmante: era hermoso. Morgan y yo conseguimos abrirnos paso hasta el apartamento y, de camino, los ojos de una docena de chicos se volvieron; no únicamente los suyos. Parecía el primer paso a mi metamorfosis.

Morgan gritó algo por encima de la música. Sonreí como si supiera lo que decía. No importaba que no lo supiera, porque en aquel momento podría haber estado de acuerdo con cualquier cosa que me propusiera. Al fin encontramos un espacio cerca de la cocina, un lugar en el que estar de pie sin que nos dieran empellones. Un chico alto, de hombros robustos y con los ojos rojos se acercó a nosotras con un vaso para cada una a modo de bienvenida.

—Gracias —conseguí decir, sorbiendo del borde después de que Morgan hiciera lo mismo.

—¡Cómo no! ¿Sois de primer año?

Hablaba mirando única y exclusivamente a Morgan, aproximándose para escuchar su respuesta. Lo observé mientras inclinaba su oído hacia ella, entonces deslizó la mano hacia la parte baja de su espalda. Ella se dobló como si fuera su pareja de un modo innato, una danza coreografiada. Yo daba sorbos a la cerveza caliente, diluida y sin espuma, contemplando la habitación mientras me esforzaba por dar espacio a Morgan con su nuevo chico. ¿Cómo iba a conocer a gente? Parecía que todos los demás supieran lo que se llevaban entre manos, como si hubieran crecido sabiendo cómo entrar en una habitación llena de desconocidos y dominar la situación. Yo quería volver a casa. Me asombró pensar en los Cohen —en casa— así, con tanta simplicidad. Quería acurrucarme en el sillón junto a Zoe, acunar al pequeño Jackson entre mis brazos, reír con Libby mientras contaba historias sobre su propia juventud extraviada y complicada, antes de que se abriera camino.

Intenté mirar a todas las personas que tenía alrededor desde una perspectiva antropológica. Intenté transformarlas en monos, para ver si mi antiguo truco del instituto todavía funcionaba, y así fue. Todos se habían convertido en primates en celo. Las chicas no llevaban apenas ropa, doblando sus cuerpos al son de la música con afán de seducir a los chicos, que observaban, acechaban, se aproximaban y reclamaban. Era así de fácil y de extraño, y no estaba segura de si me iba a gustar el escenario de la fiesta universitaria. Morgan y su chico se habían escabullido hacía un buen rato, y yo comenzaba a sentirme exhausta, mareada e invisible, a treinta segundos de llamar a un taxi, cuando noté una mano sobre mi espalda.

—¿Quieres más? —preguntó el chico, señalando mi vaso.

Me sentía tan aliviada de que alguien hubiera advertido mi existencia que sonreí con impaciencia. «Patético», me dije a mí misma, sintiendo cómo el rubor se extendía hasta las raíces del pelo. No obstante, al mismo tiempo, era agradable que se dieran cuenta de tu presencia, y el chico en cuestión era atractivo. Medía metro ochenta y era musculoso. Sus robustos hombros se estrechaban en una complexión estrecha y su camiseta naranja mostraba unos músculos bronceados mientras abría el surtidor del barril.

Me miró como para confirmar que no me había ido. Le lancé una sonrisa y esperé que fuera insinuante y no del todo incómoda, y me la devolvió, revelando una mandíbula cuadrada y un hoyuelo en su mejilla derecha. Me hizo señas para que lo siguiera, de modo que avancé hasta la sucia cocina de baldosas de linóleo.

—¿Quieres ir arriba? —gritó.

Sentí que me ruborizaba todavía más.

—¡Solo para hablar! ¡Te lo prometo! —exclamó, y sonrió al percibir mi malestar.

—¿Cómo puedo estar segura? —bromeé jovial—. No pareces de fiar.

—Estoy terriblemente ofendido. —Alzó una mano hasta el pecho en un gesto teatral—. Te doy una oportunidad para hacer las paces. Arriba.

—Oh, no hay duda de que no me siento segura.

Sonreí, pero no me resistí cuando me puso mi mano en el interior de la suya, una

mano grande y fuerte, y me llevó escaleras arriba hasta su pequeño dormitorio, en la parte izquierda del pasillo. Llamó dos veces y, entonces, me acompañó al interior, cerrando la puerta suavemente tras de sí.

Me senté al borde de la cama e intenté no fijar la mirada en las almohadas, en su cuerpo a mi lado, o en el mareo que estaba comenzando a sentir con más intensidad que un zumbido. Las paredes estaban forradas de imágenes de Charlie Brown.

—¿Qué me dices de esta obsesión? —pregunté en voz alta—. Hay aquí unos ocho pósteres de Charlie Brown.

—Tres son de Woodstock —corrigió—. Y la obsesión nació de una larga y maldita historia con el nombre de Charles Brown.

—¿Es esta tu habitación?

—Culpable. Y ahora que me has insultado dos veces en cinco minutos, creo que ha llegado el momento de tu penitencia.

Se inclinó y me besó, rodeándome la cintura con los brazos y acercándose hacia él. No besaba mal, e imagino que en otra situación hubiera disfrutado, pero en lo único en lo que podía pensar era en el sabor de su lengua (¿pizza?). Era repetitivo e insistente, y un tanto agresivo, por no decir incómodo, con todos los Charlie Brown y Woodstock mirando. Vi un destello plateado en la mesilla de noche...

Lo aparté.

—¿Es esto un collar?

—¿Dónde?

—Aquí —dije señalando la mesilla.

—Sí —admitió acercándose hacia él de nuevo.

Puse mi codo contra su pecho.

—Espera, ¿un collar de chica?

—Sí, el de mi novia —dijo—. Quiero decir, lo que sea, mi exnovia. Es una bruja.

Las cosas no encajaban. El reloj de su cama, que había iluminado las piezas de plata lanzadas sin pensar, como si la propietaria estuviera segura de que volvería para pedir las, como si estuviera acostumbrada a hacerlo, marcaba las dos de la madrugada.

—Debería irme.

—No me vengas con historias.

Su aliento caliente me hizo cosquillas en la cara.

—Es un rito de iniciación. Todas las chicas de primero se enrollan en la Des-O. Yo soy un buen partido —me informó—. ¿Sabes que soy un veterano? Me refiero a que mírame.

Estiró el cuello para contemplarse, lleno de admiración, en el gran espejo que adornaba la parte de atrás de la puerta de su dormitorio. Consciente de mi oportunidad, forcejeé para levantarme.

—Tengo que trabajar por la mañana —dije sintiéndome raramente culpable—. Y me va a llevar una eternidad conseguir un taxi...

—Eres muy guapa —farfulló el chico, al darse cuenta de su error—. ¿Sabes por

qué me gustas? —Llevó las manos de mis caderas a la cintura de mi vestido—. No estás esquelética. Por eso me gustas.

Me separé con brusquedad y me dirigí hacia la puerta. Aquel halago, de doble cara, hería. La noche estaba siendo un desastre. Tenía que salir de ahí. Pero me sentía muy mareada. No estaba segura de si podría llegar a casa.

—¿Qué eres, lesbiana? —quiso saber.

—No —tiré para abrir la puerta, con la cara encendida por la indignación y temblándome el cuerpo, en parte por los nervios y en parte por la embriaguez—. Pero preferiría cortarme los ovarios antes que liarme contigo.

—¡Te estás perdiendo el mejor polvo de tu vida! —gritó mientras bajaba las escaleras.

Quería vomitar.

Y así lo hice, en el jardín, que afortunadamente estaba vacío.

Miré para ver si encontraba a Morgan durante unos pocos minutos antes de caer en la cuenta que ella no estaba preocupada por mí, así que ¿qué sentido tenía preocuparse por ella? De todos modos, solamente había sido mi amiga durante un total de veinte minutos. Lo más probable es que estuviera llevando a cabo el rito de iniciación para los de primer año mientras yo la buscaba a trompicones.

El taxi tardó cuarenta y cinco minutos en llegar. Me quedé dormida en la curva con los brazos descansando sobre las rodillas, y la cabeza sobre los brazos. Me desperté con el pitido de la bocina sonando a menos de treinta centímetros.

Cuando llegamos a Isla Belvedere, comenzaba a salir el sol en el horizonte, en una imponente imagen de un amanecer amarillento. Al cabo de unas horas tenía que levantarme para trabajar como niñera. Decidí entrar a hurtadillas por la parte de atrás antes que por la principal. Haría menos ruido, y la puerta de atrás, que llevaba a la terraza y a la piscina, estaba más lejos del dormitorio principal. Walker y Libby no eran mis padres, pero no estaba segura de lo que pensarían de mí si entraba en su casa tambaleándome, apestando a cigarrillos y a alcohol. Sentía que ahora que mi madre no estaba los papeles se invertían y empezaba a actuar como ella.

Me liberé de la desagradable sensación de aquel pensamiento y me quité los zapatos, abriendo la puerta con el menor ruido posible.

Recorrí el largo camino hasta la piscina advirtiendo cómo, a pesar de mi intenso dolor de cabeza, cobraba vida hasta lo más minúsculo con el amanecer. Realmente, era maravilloso. La casa descansaba en una colina con vistas a la bahía, y el reflejo del sol en el agua era lo más hermoso que había visto a lo largo de mi vida. El hecho de volver a casa de los Cohen estaba comenzando a purificar mi infernal noche.

Al asomarme a la barandilla que había junto a la piscina, atisbé un movimiento en la periferia. Me volví justo a tiempo para ver a un chico de cabellos rubios en la segunda planta de la terraza de los vecinos. Una casa edificada en lo alto de la colina y que se cernía por encima de la de los Cohen. Muchas de las mansiones de Belvedere se ocultaban tras un ingenioso jardín; sin embargo, la casa de los vecinos

era una excepción. Se había construido un poco más arriba, en la colina, y dominaba la de los Cohen, a la manera de un perro guardián. Desde mi punto de vista aventajado, en la cubierta de la piscina, podía vislumbrar sin complicaciones los vecinos que se hallaban en una posición más elevada, en terrazas de distintas alturas, a lo lejos de la finca.

El vecino llevaba una camiseta y calzoncillos, como si acabara de salir de la cama. Me daba la espalda y le vi forcejear con el cerrojo de una puerta corredera antes de que volviera a escabullirse en el interior. Luego, se volvió y me escondí rápidamente. Pero mi rodilla chocó contra la barbacoa, sonando de un modo estrepitoso contra la parrilla. Varios utensilios de la barbacoa cayeron de la bandeja lateral y retumbaron en la cubierta de la piscina.

—Maldita sea —mascullé.

Me arrodillé detrás de la barbacoa, con el corazón saliéndoseme del pecho. Me dolía endemoniadamente la rodilla. Y era muy probable que me hubiera visto.

De acuerdo, no había duda de que me había visto. De hecho, me hubiera visto cualquiera.

Me senté torpemente, con la espalda contra la barbacoa, agarrándome la rodilla que me dolía. Me saldría un moretón. Mi instinto me decía que entrara corriendo en la casa y me escondiera en la habitación, pero me daba reparo moverme por si todavía estaba mirando hacia casa de los Cohen. Tal vez creyese que ya me había metido dentro. Estaba empezando a relajarme de nuevo cuando oía una puerta que se abría y se cerraba a pocos metros, y unos pies que caminaban hacia la entrada de la piscina. Cuando me di cuenta de lo que ocurría, ya estaba junto a la entrada de la piscina, sonriéndome.

—Hola —dijo—. ¿Descansando?

—Mmm... ¿sí?

Sentí el rubor en mis mejillas. Era una de las peores y más extrañas noches-madrugada de toda mi existencia.

—¿Estás bien?

En esta ocasión habló en voz alta, lo bastante alta como para despertar a los Cohen.

—¡Shhh! —Me dirigí hasta la puerta y la entreabrí—. Estoy bien. ¡Deja de gritar! ¡No son ni las seis de la mañana!

—Lo siento —dijo susurrando en voz alta—. Es que... iba a salir a correr, y juraría que te he visto caer, pero ahora sospecho de otra cosa.

Tenía unos ojos grandes y francos, pero detecté cómo una pequeña sonrisa se abría camino en las comisuras de su boca. Muy a mi pesar, pensé que era atractivo. Tenía un cuerpo atlético y robusto, aunque no era mi tipo. No tenía siquiera aspecto de saber lo que eran las cadenas que se cuelgan del bolsillo ni de haber tenido unos pantalones que le quedaran mal. Además había algo en él que encontraba muy atrayente. Probablemente, apeataba a alcohol, sudor y otros olores poco seductores. Y

si no podía olerme, como mínimo, podría ver los estragos que la noche había dejado en mi cara. No estaba en mi mejor momento. Me limpié los bordes de los párpados en un intento fútil de extraer los restos de máscara. Al percatarme que era una batalla perdida, saqué pecho y fingí sentirme segura.

—Por supuesto que me he caído —dije cruzando los brazos por encima del pecho—. Me refiero a que es cierto. ¿Por qué tendría que estar sentada? Pasar el rato junto a la piscina a horas intempestivas de la mañana no está entre mis preferencias. Me he resbalado con el agua —proseguí fracasando en el intento por resultar indiferente—. Pero estoy bien. Juraría...

Miré cómo sus ojos se deslizaban hacia la superficie de madera que cubría la terraza y regresaban luego a mi cara.

—Sí —dijo, con suspicacia—. De acuerdo.

—Te agradezco que hayas venido a ver cómo estaba.

—Es mi deber como vecino —dijo—. Hago rondas por el vecindario para ver si puedo ayudar al caminante menos sagaz entre nosotros, como un perro guardián.

—Bueno —respondí poco convincente—. ¡Aquí estoy! ¡Sana y salva! Así que puedes ir a merodear en el jardín de otro.

—Por supuesto —dijo él—. *Ciao*. Tal vez te vea por aquí... Si tú no me ves primero.

Entonces, sonrió con malicia y regresó a su casa, metiendo las manos con indiferencia en los pantalones cortos que se había puesto justo antes de acudir en mi rescate. Cuando ya casi había llegado a la puerta principal de su casa, se volvió.

—Eh —gritó a través de nuestros respectivos jardines.

Lo miré desde donde estaba, junto a las puertas correderas de cristal que llevaban al salón de los Cohen. Únicamente podía divisar su cuerpo por encima de la reja que rodeaba la piscina. Utilicé una mano para taparme los ojos de aquel horripilante sol que parecía haberse inventado para que me estallara la cabeza.

—Me llamo Owen —gritó.

—Vale —dije más para mí que para él.

Se quedó ahí de pie, esperando expectante. Moví el brazo para informarle de que le había oído, pero no hizo ademán de marcharse.

—¿Y tú? —vociferó.

—¿Qué?

Me acerqué a la reja con el deseo de que no oyeran mi voz en casa de los Cohen.

—¿Y tú? —gritó de nuevo—. ¿Cómo te llamas?

—Annie —contesté en voz alta.

—¿Qué?

Oh, vaya por dónde. No daba tregua.

—¡Annie! —voceé—. Me llamo Annie, ¿vale?

En ese momento se volvió sonriendo y desapareció por la puerta de entrada.

Con la dignidad que me quedaba, crucé la terraza y abrí la puerta corredera que

llevaba al salón. Luego, subí las escaleras hasta mi habitación, donde caí inmediatamente dormida.

El resto del día transcurrió en una especie de nebulosa, como acostumbra ocurrir tras una noche de borrachera en la que no has dormido. Las pocas horas que transcurrieron después de echarme, me sentí despierta, fuerte e increíblemente desbordante, como si el alcohol hubiera abandonado mi organismo. Era un torbellino. Arreglé la cocina, organicé el armario de Zoe, pinté y construí con ella un nido de pájaros para el jardín. Después, tuve un bajón terrible que no pude aliviar ni comiendo un plato de macarrones con queso. Zoe se comió media ración de mis tres cuartas partes. Lo único que quería era volver a la cama. Nunca había estado tan cansada, y Zoe podía agotar a cualquiera en sus mejores momentos. No había pensado cómo compatibilizar una vida social normal en la universidad con los deberes y el trabajo de niñera. Sinceramente, no se me había ocurrido que tendría vida social, ya que había pasado gran parte del instituto trabajando y cuidando de mamá después de las clases. Creía que mi trabajo en San Francisco sería un respiro después de mi vida en Detroit.

De repente, me sentía preparada para nuevas oportunidades. Oportunidades excitantes. Una, en particular, tenía la forma del chico de la puerta de al lado. Nunca había conocido a un Owen. Por cierto, ¿qué tipo de nombre era aquel? No sonaba tan pretencioso como Libby y Walker, y no recordaba a familias opulentas como Alistair o Blake. Esos eran los pensamientos que merodeaban por mi cabeza aquella tarde, cuando Libby se esfumó tras las cortinas de su despacho y Zoe y yo nos entretuvimos por la casa. Sentía el impulso incontenible de salir fuera, para ver si podía cazar otra miradita de Owen al rescate o del Owen perro guardián, tal y como lo había estado llamando en mi cabeza durante todo el día. No obstante, me mantuve a raya. No quería parecer excesivamente entusiasta. Y, por otro lado, me quedaba todo el año para conocerlo. Y entonces tuve una idea brillante. Tenía la excusa perfecta para hablar con él. Era demasiado obvio. Tenía que darle las gracias por haber comprobado que estuviera bien. Me refiero a que no podía no darle las gracias, porque sería de mala educación. O eso es lo que me dije. Mientras Zoe ponía extensiones de pelo a la muñeca Miss Kimmi a última hora de aquella tarde, di vueltas a lo que diría. (También pensé por qué alguien había creado una muñeca que estimulaba un comportamiento tan insulso en los niños). Mientras le sujetaba la merienda (plátano cortado, sin manteca de cacahuete debido a su alergia), pensé en la ropa que me pondría. Era una preocupación nueva, aunque era divertido cómo el hecho de tener más ropa la había propiciado. Aunque era mucho peor, ya que tenía la cabeza en otro sitio cuando debería estar cuidando de Zoe.

Y entonces lo dijo.

Zoe balbuceaba de aquel modo transitorio que tienen los niños cuando ya no son

bebés. Sus formas del primer día se habían disuelto en el tipo de habla en el que se encontraba más cómoda. Decía cosas como «aguanta» cuando quería que le aguantara algo —probablemente como resultado de haber escuchado el «¿quieres que te lo aguante?» de sus padres— y «tengo hambre». Era adorable, pero no resultaba una interlocutora muy estimulante. Entonces, cuando la puse a dormir la siesta, frunció el ceño con inquietud y comenzó a chuparse el pulgar enérgicamente.

—¿Qué? —pregunté mirándola, pero ella se limitó a esconder la cabeza en el pecho y a moverla una y otra vez, apretando los labios.

—¿Qué, tesoro? ¿Qué sucede?

—Tienes un problema —me informé.

—¿A qué te refieres, Zo? ¿Por qué tengo un problema?

—Has despertado a mamá y ahora está muy enfadada.

Una sensación de pánico me atravesó el pecho.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté esforzándome por mantener un tono de voz neutro.

Zoe volvió a sacarse el pulgar de la boca para hablar. Y resonó mientras se lo sacaba.

—Ella enfadada —dijo, y luego, se volvió a meter el dedo en la boca.

—Lo sé, cielo —dije cuidadosamente, tratando de no enojarme—. ¿Pero qué te ha dicho?

En vez de contestar, Zoe se dio la vuelta y se agarró a Falafel.

—¿Zoe? —pregunté una vez más.

No obstante, sacudió la cabeza con vehemencia, como si estuviera tan furiosa conmigo como su madre. Me sentí frustrada; sin embargo, solo era una niña pequeña. Era normal que no lo entendiera.

De modo que, en vez de intentarlo de nuevo, la arrojé con el edredón de cachemira, a rayas, que normalmente decoraba los pies de su cama, envolviéndole los hombros, alzados hasta el cuello. Parecía muy tensa. Como si careciera de toda la inocencia despreocupada de la que gozaban los demás niños. Demasiado extraño para una niña de tres años. En general, a los niños les aterrorizaba ver alterado a un adulto, pero por lo visto no era el caso con Zoe. Para saberlo, tendría que ir a la fuente.

De repente, entendí por qué Libby me había estado evitando durante todo el día.

Bajé las escaleras de dos en dos (la casa disponía de tres tramos de escaleras separadas que conectaban con las dos plantas principales, un hecho que resultaba increíble) y me dirigí hacia el despacho de Libby. Era una habitación soleada con suelo rústico que, al parecer, habían traído del rancho del padre de Walker. Unos ventanales que iban del suelo hasta el techo recubrían la parte de atrás y daban a la Bahía de San Francisco, y unas puertas francesas la separaban de la miriada de habitaciones que completaban el resto de la planta baja. Una alfombra con dibujos azul celeste cubría la mayor parte del suelo y, en las ventanas, colgaban unas cortinas blancas con un delicado bordado confeccionado con puntillas. En el centro de la

habitación había una gran mesa de caoba. En la superficie, una taza recargada de café, decorada con la letra «L», varias pilas de papel y un ordenador portátil. Le confería a la estancia un efecto profesional pero sereno.

Libby permanecía sentada, con las piernas cruzadas, al otro lado de la habitación, rebuscando en un catálogo lleno de muestras de telas y colocando de vez en cuando algunas de las muestras encima del tablero que tenía en la parte posterior. El bebé, a su lado y en su sillita, parecía dormido. Por primera vez, me percaté de que no me habían mencionado para nada a Jackson cuando Libby me había informado de mis responsabilidades. Parecía que raramente iba a cuidar de él —únicamente si Libby y Walker salían—. Zoe, por otro lado, había pasado todo el día conmigo. Libby no había ido a verla ni una sola vez. Tampoco había visto cómo la arropaba o le daba la comida. Pero deduje que probablemente se quedaba con el bebé cerca por las tomas de leche y todo lo demás.

El cabello de Libby estaba recogido en una coleta deslavazada, y vestía vaqueros y una camisa blanca. Le daba un aspecto de lo más chic. Estaba descalza y llevaba las uñas de los pies pintadas de violeta chillón. Permanecí de pie, admirándolo todo durante varios minutos, hasta que me contuve. ¿Era repulsivo mirar así? Tal vez. Pero Libby era todo lo que deseaba. No podía evitar admirarla. Y me sacaba todavía más de mis casillas el hecho de que estuviera airada conmigo porque me había demorado y había armado un escándalo en el jardín con Owen.

Si quería ganarme su respeto, iba a tener que dejar de mirarla como si estuviera deslumbrada. Mostrarme tímida e ingenua no iba a reforzar mi credibilidad. Y no cabía duda de que me estaba dando una gran oportunidad. Tenía que aprender a ganarme su respeto. Respiré hondo y llamé dos veces a la puerta antes de sacar la cabeza. Libby sonrió a modo de saludo.

—Hola —dije—. Solamente quería decirte que Zoe está haciendo la siesta. Y también disculparme.

Estreché las manos delante de mí y tomé aire.

De pronto, me sentía insegura.

—¿Pedirme disculpas? —respondió Libby con lo que parecía auténtica confusión—. ¿Por?

—Por haber llegado tan tarde —dije—. Y por haber hablado tan alto con Owen. Imagino que te he despertado. Zoe ha comentado que estabas descontenta.

Entonces, Libby rio y continuó hojeando el catálogo de muestras.

—Ahora mismo no tengo mucho tiempo, Annie —dijo—. Pero no deberías tomarte en serio a Zoe. Te oímos y nos volvimos a dormir. Y, para ser sinceros, no me concierne cuidar de ti. Si llegas tarde, lo único que espero es que eso no interfiera con tu trabajo.

—Muy bien —asentí—. Lo entiendo. Siento haberte despertado. No volverá a pasar.

Al fin, Libby alzó la vista y suspiró. Me lanzó una sonrisa de cansancio.

—Recuerdo lo que era estar en la universidad —dijo—. No soy precisamente una ingenua. Pero quiero que te acuerdes de que tienes un trabajo. No puedo permitirme el lujo de que estés cansada, que apestes a alcohol o que te dediques a flirtear con el tipo de la puerta de al lado cuando estás en el trabajo.

—Oh, no lo estaba haciendo.

—¿No estabas flirteando? He visto a Owen, Annie. Si no le llevara tantos años y no estuviera casada, hubiera perdido la cabeza. Atractivo y dadivoso. Es paramédico, aunque solo trabaja como voluntario. Me lo ha contado Walker. Mira, parece un buen chico. Pero que no vaya a más, ¿vale? No quiero tener que preocuparme de que tengas un romance con el hijo del vecino. Aunque tengo que decir que me siento aliviada de que estés interesada en los chicos de tu edad.

Me quedé muda. Era un comentario sorprendente y envenenado.

—¿A qué te refieres?

—He visto el modo en el que miras a Walker —observó Libby impasible—. No estoy enfadada. Pero no quiero que tengas un enamoramiento adolescente con mi marido y acabes con el corazón roto.

Me ardían las mejillas. Podía sentirlo. Incluso me palpitaban las orejas. Había pensado que Walker era increíble, pero nada más.

—No estoy enamorada del señor Cohen —dije cuidadosamente, deseando que mi voz resultara firme y no temblorosa.

—Tesoro, me ofendería que no lo estuvieras. Es algo muy normal. Es un hombre atractivo. Por otro lado, sé que eres demasiado buena como para hacerlo. No estoy preocupada. Solo me alegro de que hayas tenido ojos para el vecino.

Dado que parecía fútil defenderme y estaba demasiado exaltada como para hacerlo de un modo convincente, redirigí la conversación.

—¿Te importaría que me dejara caer por casa de los vecinos un momento? Quiero darle las gracias a Owen.

Libby levantó una ceja y mi cara inició su rutina predecible, sonrojándose.

—Me caí —expliqué—. Y vino para ver si estaba bien. Es así cómo nos conocimos.

—Oh, cariño —dijo ella—. ¿Estás bien?

—Estoy bien.

—Es muy buen chico —comentó, sin dejar de escribir en su ordenador.

—Mmm... Supongo —dije confundida.

¿Por qué continuaba presionando?

—No digas tonterías, Nanny, dilo. Es fenomenal. Tendrías que estar ciega para no darte cuenta.

Su voz era extrañamente monótona, casi como si hubiera hecho algo que la enfureciera. ¿Y me había llamado «Nanny»? ¿O lo había entendido mal?

—Está bastante bien —le di la razón.

No alzó la vista, pero la expresión de su rostro se relajó.

—Me temo que tendrá que esperar. No puedes salir de casa mientras estás en el trabajo.

—Oh —tartamudeé sorprendida—. Supongo que pensé que como estabas aquí...

Mi voz se apagó mientras ella levantaba la cabeza y me miraba directamente a los ojos.

—¿Sí? —dijo con frialdad—. ¿Qué es lo que pensaste? Yo pensé que había sido clara cuando dije que tu horario hoy sería de diez a siete. Déjame que te lo aclare. De diez a siete significa que estás aquí con Zoe todo el tiempo durante esta franja horaria. No la dejas de lado. Y no te vas de casa. A menos que, por supuesto, yo te lo pida. Nunca saldrás de esta casa sin mi permiso cuando estés trabajando. ¿Así lo entiendes más fácilmente?

—Sí —me vi obligada a decir.

Parecía realmente enfadada. Me pregunté si creía que estaba enamorada de su marido. Tal vez aquel escenario imaginario le estaba afectando más de lo que permitía entrever. No encontraba otra explicación para su inesperada brusquedad.

—Estoy segura de que Owen puede esperar. Aunque tu entusiasmo es adorable.

—De acuerdo.

Por aquel entonces, estaba ruborizada hasta las cejas. Era todo lo que podía hacer para no distanciarme. En vez de eso, saqué pecho y salí de la habitación a paso tranquilo.

—Oh, y Nanny —me gritó cuando iba de camino al pasillo y empezaba a cerrar la puerta—. Me he dado cuenta de que la bisagra de tu puerta estaba rota, de modo que la he quitado mientras jugabas con Zoe en el piso de arriba. No te extrañes cuando veas que falta. La arreglaremos pronto, pero puede que lleve un tiempo. La madera es muy vieja y tendremos que pedir que nos hagan una nueva bisagra a medida. Espero que no te moleste. Todavía tienes el baño para tener intimidad, por supuesto, y el final del pasillo está prácticamente vacío.

—No hay problema —aseguré rápidamente—. No me importa en absoluto.

Pero me importaba. Me importaba mucho. Poder cerrar una puerta por la noche significaba más de lo que Libby podía comprender. Era algo que había estado deseando, algo que me había permitido dormir mejor que nunca en las últimas dos semanas. Y, de nuevo, lo había dicho, aquel título, «Nanny», en vez de mi nombre. Pero puede que se hubiera entremezclado con «Annie» y hubiera oído «Nanny».

«Me estoy poniendo paranoica», me dije a mí misma una y otra vez. Lo que me hacía ver las cosas de un modo pesimista era la falta de sueño combinada con el miedo.

Recorrí el largo camino hasta la habitación de Zoe y, al pasar por mi habitación, no pude evitar advertir lo grande que resultaba el hueco de la puerta que faltaba. Parecía que se tragara el espacio, como si mi vida fuera una especie de exposición de museo, la vida de la nanny adolescente típica. Ahora se podía ver toda la habitación, sin dificultades, desde el pasillo, y no pude evitar la sensación de pavor y repulsión

que aquella repentina falta de privacidad me generaba. Hay personas que necesitan más privacidad que otras. Para algunos, la privacidad lo es todo. Es dignidad. Es satisfacción. Es el único modo de mantenerse cuerdo.

CAPÍTULO CINCO

EL SOL INUNDÓ la habitación, despertándome.

—¡Despierta, despierta, despierta! —la voz de Zoe, que normalmente me hacía reír, también podía ser un megáfono.

Saltó sobre mi cama, chocando dolorosamente su rodilla contra mi codo.

—Zoe, ¡baja! —grité, dándome la vuelta para mirarla a la cara.

Libby estaba de pie en el marco vacío de la puerta, contemplándonos. Esto explicaba por qué no la había oído entrar. No pude evitar el estremecimiento involuntario que experimentaba cada vez que sentía mi espacio invadido.

—Oh —dijo—. Pensé que te gustaría que Zoe te despertara. Parece que habéis hecho buenas migas en un santiamén. Aunque imagino que debería de haber usado el interfono.

Sacudí la cabeza para despertarme. Era cierto. Tenían un interfono para comunicarse, porque la casa era muy grande. Hasta el momento, me había mostrado remisa a usarlo. Rehuía comunicarme con un aparato cuando la persona con quien quería hablar estaba en la misma casa.

—Lo siento, ¿no he oído la alarma?

Miré hacia el reloj de la pared, pero marcaba las ocho en punto. Todavía me quedaba más de una hora para dormir.

—No, no... —Libby aseguró—. Es solo que nosotras...

—¡Vamos a la playa! —gritó Zoe eufórica.

—Sí —dijo Libby—. Hoy hace muy buen día, de modo que Walker ha sugerido que podría estar bien. No importa el trabajo que implique bañar a los niños después de que se hayan ensuciado de arena, pero ya sabes cómo es Walker... —Suspiró teatralmente—. Tiene unas ideas...

—Ah —dije—. Suena bien.

No me emocioné, porque deducía que un día en la playa era equivalente a lamer el suelo del lavabo. Pero lo cierto era que me entusiasmaba la idea de pasar un día en la playa. No había visto nada de San Francisco desde que había llegado, hacía una semana. Esperaba dar un garbeo antes de empezar la universidad, pero había estado tan ocupada cuidando de Zoe que todavía no había tenido ningún día libre. Se suponía que era mañana: el domingo. Tal vez entonces haría finalmente una parada en casa de Owen.

—Pues viste a Zoe y arréglate tú también. Vamos a la playa de Stinson, pero puede que haya alguna gente un tanto esnob, de modo que te sugiero que tomes prestado uno de mis bañadores y te pongas uno de los vestidos que te di. Luego

iremos a comer fuera. Corre de nuestra cuenta, no te preocupes —aclaró Libby antes incluso de que tuviera tiempo de procesar el plan.

Intenté no enojarme por el comentario. Solo velaba por mis intereses.

—Walker ya está metiendo las cosas en el coche y yo he preparado un tentempié. Intenta estar lista en veinte minutos. Te traeré el bañador en un minuto.

Yo asentí mirando cómo se volvía y salía en dirección a la escalera que conducía a la cocina.

—Quiero ponerme el bañador amarillo con los lunares —me informó Zoe con ademán serio.

—De acuerdo —dije—. Un segundo.

Pero ya estaba saliendo pies en polvorosa hacia su habitación, emocionada con la expectativa de un último día de playa antes del comienzo del otoño. Cuando la atrapé, Zoe ya había encontrado su bañador de lunares en el armario y se estaba poniendo la braguita encima de los pantalones cortos del pijama.

—Un segundo, pequeña —dije cogiéndola de las axilas y subiéndola encima de la cama.

—Primero de todo, creo que hay alguien aquí que necesita un pañal para nadar.

Zoe frunció el ceño, enfurruñada, y yo rompí a reír.

—No te rías —le dije—. Así son las cosas. No está permitido reírse.

Le empezaron a temblar las comisuras de los labios y se torcieron hacia arriba.

—No te rías, diablillo —dije seriamente.

Al fin, cedió. Sus carcajadas rodaban por el aire, al igual que los rizos sobre sus hombros: perfectas, hermosas, plenas.

Me las arreglé para encontrar unos pañales para nadar, lo que no resultó difícil dado lo poco recargada que estaba la habitación en comparación con el resto de la casa. La ayudé a ponérselos con un poco de esfuerzo. El traje de baño era un bikini dos piezas con lunares amarillos y blancos, y una faldita de volantes. Escogí un par de sandalias de plástico para completarlo. Le abroché cuidadosamente un pasador de Hello Kitty en el cabello. Entonces, di un paso hacia atrás para contemplar mi obra. «Sí —me dije—. Está adorable». Zoe era la niña más preciosa que había visto jamás. Sentí los remordimientos habituales, los que asociaba con Lissa, seguidos de un tambaleo enfermizo antes de percatarme de que mi cuerpo estaba respondiendo. Era extraño el modo en el que la culpabilidad me provocaba una reacción física.

«O en absoluto extraño», pensé.

Me deshice de la melancolía y bajé con Zoe hasta la habitación. Sobre la cama había un traje de baño de color rojo doblado. Me metí en el lavabo y me lo puse, dejando una rendija medio abierta para poder ver cómo Zoe jugaba con el teléfono que Libby me había dado el día anterior. Hasta el momento, solamente tenía un número. Era un Smartphone, de los sofisticados con todo tipo de aplicaciones descargadas. El viejo de Libby, imaginaba. Zoe parecía que lo manejaba mejor que yo.

Me llevó un segundo quedarme maravillada ante el espejo. Con el vestido semitransparente de Libby, parecía casi hermosa. Me recogí el cabello en una cola de caballo y cogí un libro —una colección de historias de Poe que había comprado para mi clase de literatura gótica—, por si acaso. Zoe descendió a trote las escaleras, canturreando.

—Al fin —dijo Libby al volver la esquina—. Rápido, salid al garaje. El bebé ya está en el coche y Walker está empezando a perder la paciencia.

Walker no parecía impaciente cuando nos apiñamos en el coche. Me sonrió de oreja a oreja y tocó la naricita de Zoe, que cayó presa de otro ataque de carcajadas. Zoe estaba más alegre que nunca.

—¿Adivinas lo que voy a hacer, tesoro? —preguntó Walker, devolviéndole la mirada a Zoe.

—¿Qué?

—Bueno, ¿por qué no echas un vistazo a la parte de atrás?

Zoe y yo miramos con detenimiento el maletero, donde había una balsa hinchable.

—Zoe, ¡es un tiburón! —dije.

Me miró con recelo. Entendí su escepticismo. Deshinchada, se parecía más a una tienda de campaña.

—¡Exacto, chicas! Os voy a llevar al mar en el barco tiburón, ¡de modo que los otros peces os temerán y tendréis todo el océano para vosotras!

—No digas tonterías, Walker. —Libby acababa de abrir la puerta del pasajero con una cesta para el picnic—. El agua estará demasiado fría.

—Nunca se sabe, Libs —respondió, negándose a perder la ilusión—. Esas cálidas olas se te pueden meter por debajo de la piel. —Se volvió e hizo cosquillas a Zoe por debajo de la rodilla—. Y que te entren ganas de darte un chapuzón bien helado.

—Supongo que sí —reconoció Libby.

—A Libby no le gusta la playa —me informó Walker con tono grave—, que es adonde nos dirigimos hoy. Estoy decidido a hacer que cambie de opinión.

—No entiendo por qué no podemos ir simplemente a la piscina —rebatí—. Las piscinas son la opción perfecta. No hay arena, no hace viento, tienes agua para jugar con los niños... No hay medusas, no hay rayas venenosas. Incluso se puede ir al club si quieres un poco de paz.

—Tengo una información para ti, señorita —dijo Walker acentuando de pronto su acento tejano—. La playa de Stinson no tiene rayas venenosas.

Libby suspiró teatralmente, como si estuviera enfadada, pero no había duda de que trataba de disimular una sonrisa. Libby y Walker se llevaban bien. Casaban. Me hacían creer en las relaciones románticas. Observé a Libby, mirando por la ventana; a Zoe, chupándose el pulgar en su sillita, y al pequeño Jackson, de ojos grandes, a su lado. Y observé al bronceado Walker, con sus musculosos antebrazos, sujetando el volante; el modo cómo se movía, jugueteando con su labio inferior, que toqueteaba

con los dedos de la mano izquierda mientras conducía; la ligera sombra de una barba de tres días cubriéndole la mandíbula. Yo no deseaba a Walker, no del modo que había sugerido Libby. No era una universitaria deslumbrada. Walker era muy atractivo, pero no se trataba de eso. En aquel momento, fui más consciente que nunca de que quería ser Libby. Lo ansiaba todo: su vida entera.

Unas pocas horas más tarde, tenía los brazos doloridos y me sentía como si hubiera corrido una maratón. No había nadado nunca antes en el océano, así que no estaba preparada para bracear contra el frío, ni para ser batida por las olas. Walker y yo habíamos salido con Zoe, arrastrándola en la balsa con forma de tiburón, tal y como habíamos prometido. Libby estaba en lo cierto: no había sido una buena idea. Pero yo había entretenido a Zoe con un castillo de arena mucho más de lo que le permitía su atención. Y, al fin, nos hundimos. Zoe se lo estaba pasando de maravilla, pero incluso Walker no parecía poder mantenerse a flote.

—¿Se mete alguna vez? —pregunté a Walker por encima del golpeteo de las olas. Me miró sin comprender.

—¿Quién, Libs? —preguntó.

Asentí.

—No, le gusta tomar el sol. Cree que el mar está sucio y todo eso.

Miré en dirección a Libby, que estaba disfrutando del montaje que Walker había ideado para ella con una sábana blanca, una sombrilla y una silla plegable. Parecía dar sorbos a una bebida, tal vez una cerveza, mientras hojeaba una revista. Tenía un aspecto muy glamuroso ahí sentada, con sus gafas de sol, su gran sombrero de tela y su bikini sin tirantes de rayas azules. De pie, con el pelo empapado y pegado a mis mejillas, pensé que era como si veinte vidas, y no veinte metros, nos separaran.

—¿Qué estás pensando? —gritó Walker.

Me volví hacia él, la violencia de las olas, y una Zoe con los carrillos colorados. Tal vez había más de un modo de conseguirlo todo.

—Es muy divertido —vociferé, abriendo la boca para esbozar una sonrisa—. Es mi primera vez, sabes.

—¿La primera vez que vas a la playa? —Walker me miró sin dar crédito a lo que oía—. Pero tienes...

Cerró la boca, como si hubiera pensado dos veces lo que iba a decir. Entonces, le brillaron maliciosamente los ojos y dejó ir la barca de Zoe durante un segundo, alcanzándome. Cuando se dirigió hacia mí, estrechando el espacio entre nosotros, se me aceleró el pulso. Mantuve la mano en la barca de Zoe, sujetándola.

—¡Papá! —gritó—. ¡Papá, papá, papá!

Pero sus ojos me observaban y no se movieron siquiera un instante. Yo era consciente de que Libby nos miraba desde algún lugar cercano a la orilla, y no me importaba. Era como si hubiera perdido el control.

Y, entonces, se sumergió en el agua y me agarró por las piernas, y antes de que supiera qué estaba ocurriendo, ya me estaba impulsando hacia arriba, por encima del agua hasta que me soltó y salí disparada. Por un instante, volé. Fue un breve sentimiento de libertad delirante. Y, entonces, golpeé el agua, sus dedos helados me arrastraron, una y otra vez, contra la arena hasta que perdí el sentido de la orientación y deseé que me liberara antes de ahogarme.

Y se acabó. Me estaba ayudando a ponerme en pie. Tosí, ahogándome con el agua y la mucosidad. Me quité la arena de los ojos, que me ardían intensamente.

—¿Por qué lo has hecho? —grité, sacudiéndome irritada—. He estado a punto de ahogarme.

Walker me miró preocupado.

Zoe nos contempló a los dos con los ojos abiertos como platos.

—Iniciación —dijo Walker, avergonzado—. Lo siento, no me di cuenta de que podría darte tanto miedo.

—Creo que deberíamos ir dentro —contesté—. Zoe está colorada.

Solo era una excusa, pero cuando la miré con más detenimiento, Zoe estaba colorada de verdad. Más que colorada, de hecho. Mi pequeña estaba achicharrada. Y, entonces, me di cuenta de que no le había puesto protector solar.

—Zoe, ¿mamá te ha puesto protección solar?

—Mmm... —respondió, sacudiendo la cabeza.

—Válgame Dios.

—No pasa nada —dijo Walker—. No tiene tan mal aspecto.

—Estoy mala, papá —dijo al percibir su preocupación y mi pánico. Comenzó a lloriquear.

—Sss, estás bien, flor —respondió.

Yo ya estaba empezando a llevarla a rastras hasta la orilla. Recé para que sus quemaduras no parecieran tan terribles como a la luz del sol. Resultó que fueron mucho peores. Cuando estuvimos en la arena, se hizo palpable que Zoe iba a pasar un mal rato horas más tarde.

—¡No puedo creer que no le hayas puesto crema solar! —La voz de Libby era estridente, estaba más furiosa que nunca—. ¿Cómo has podido ser tan descuidada?

—Lo siento —farfullé.

—¿Que lo sientes? ¿Sabes lo que comporta exponer al sol la piel de un bebé? ¡Debería haber sido la primera cosa en la que hubieras pensado!

—No lo sabía, Libs —dijo Walker, tratando de tranquilizarla—. Tú eres su madre. Probablemente pensó...

—¡Y tú eres su padre! —espetó Libby con frialdad.

—¿Qué me dices de Jackson, deberíamos ponerle crema? Aunque esté en la sombra...

—¡Ya lo he hecho!

Su ira era más aterradora porque estaba controlada. No perdía los nervios del

modo que había visto perderlos a mi madre con Dean, cuando se mudó por primera vez. Estaba completamente tranquila.

Di un paso atrás, mientras hablaban en voz baja, para alcanzar mi bolsa. Había cogido una camiseta para mí. La saqué y la puse por encima de la cabeza de Zoe para cubrirle la piel expuesta al sol. Estaba gimoteando sin hacer ruido, afligida por la discusión de sus padres.

—Silencio —susurré—. Todo irá bien.

Me sorprendía que Libby todavía no le hubiera echado un vistazo a la piel de Zoe, pero me imaginaba que lo haría en cuanto recogiéramos los trastos y entráramos en el coche. Además, las rojeces no habían salido del todo a la luz. Probablemente, serían más intensas y dolorosas al anochecer.

Me senté en el otro lado de la sábana y coloqué a Zoe en mi regazo para leerle mi libro. Les eché una mirada al cabo de un minuto y, al parecer, Walker se estaba disculpando efusivamente. Finalmente, se hizo con la mano de Libby y se la estrechó, y ella le ofreció la mejilla para que se la besara. No podía evitar estar agradecida de que Walker hubiera cargado con su enfado.

—¿Cómo está mi angelito? —preguntó mientras se aproximaba.

—Bien, papá. Annie me está leyendo una historia.

—¿De veras? —Miró el libro que tenía entre las manos—. *¿El pozo y el péndulo?* —preguntó—. ¿No crees que es un poco pequeña para eso?

—Le estoy contando la versión reducida para niños —dije—. Siento lo de la crema protectora. Tenía que haber pensado en ello.

Walker suspiró.

—Probablemente deberías de haberlo hecho —añadió—. Pero yo también. Y Libby —añadió—. No sé por qué le ha puesto crema a Jack y no a Zoe.

—Zoe es responsabilidad de Annie —dijo—. Y, por cierto, puedo oírte.

—¿Te he dicho lo magnífica que es mi mujer? —preguntó Walker, reaccionando rápidamente—. Diría que es la mujer más hermosa de todo el planeta, de veras; si tuviera que apostar mi dinero...

—Oh, por favor... —dijo Libby—. Buen intento. Vamos, hagamos las bolsas y vayámonos de aquí. Podemos comer junto a la piscina, en casa, como la gente civilizada.

—Sí, mamá —estuvo de acuerdo Walker—. Vamos, chicos. Ya habéis oído a la señora. Vamos a cargar las cosas.

—Sabes que odio que me llames «señora», Walk.

—Me lo apunto.

Pero estaba sonriendo de nuevo. Los dos lo hacían. Agarré la mano de Zoe y nos dirigimos al coche, con una bolsa de playa colgada en el hombro y un Falafel, que no era el más maltrecho, bajo el mentón de Zoe.

CAPÍTULO SEIS

LA CARA DE Owen se iluminó cuando él —y, por suerte, no sus padres— abrió la puerta. Había sido un suplicio no ir a visitarlo antes, pero quería demostrar a Libby dónde estaban mis prioridades (con ellos) y evitar que sospechara que me había quedado prendada de Owen, incluso si era cierto (y lo era). Pero era domingo, mi día libre, y podía hacer lo que quisiera.

—Tienes los peores modales que he visto o te ha llevado mucho tiempo recuperarte de la caída —dijo con la mejor sonrisa que había visto nunca.

Le colgaba un palillo de la comisura de la boca y estaba un tanto sudoroso, pero no por eso carecía de atractivo. Todo lo contrario. Me había cogido desprevenida. Tenía un aspecto incluso mejor que la última vez que lo había visto. Suspiré para mis adentros. No era justo. Yo me había pasado media hora eligiendo el conjunto perfecto de mi limitado guardarropa: un equilibrio idóneo entre seducción sutil e informal. Y el maquillaje ideal: brillo de labios y un poco de rímel.

—De hecho, resulta que soy la personificación de los buenos modales —le informé, intentando resultar seductora y más confiada de lo que me sentía—. Tengo tanta educación que incluso te he traído un regalo.

Saqué una caja de plástico de mi espalda. Zoe y yo habíamos estado trabajando en su contenido toda la mañana. Owen miró el lado de la caja y, al ver únicamente una caja marrón, echó un vistazo a la esquina abierta y la olisqueó con escepticismo.

—Si estás intentando envenenarme —dijo—, no va a funcionar. Tengo un estómago de hierro.

—Nunca lo haría. Al parecer, te necesito y mucho.

—Entonces, ¿qué es?

—Invítame a entrar y te lo contaré.

Owen dio un paso a un lado y adoptó una reverencia fingida de mayordomo. No me creía lo atrevida que era. No era propio de mí. Pero es la parte divertida de reinventarse. Llegado el momento, puedes ser lo que quieras. Me sentía esperanzada, pero sin confianza. Imagino que no esperaba que con Owen llegáramos a ninguna parte. Todavía me sentía, en gran medida, como mi antiguo yo, no importaba las máscaras que me colocara mientras tanto. Necesitaría más que una nueva casa, una familia, y una escuela para cambiarlo. Aun así, durante un rato, podía disfrutar fingiendo.

Owen me condujo por el vestíbulo hasta la cocina. Parecía que la casa estaba diseñada con varias habitaciones pequeñas, más que una superficie con grandes habitaciones, como en el caso de Libby y Walker. Y después de ver dos habitaciones

de camino a la cocina —una sala de estar y un comedor, tal vez—, me parecían mucho más familiares y menos formales que cualquier habitación de casa de los Cohen. Aquella ojeada me dijo que eran caóticos pero encantadores, con un sinfín de objetos que no guardaban ningún sentido, pero que conformaban una especie de armonía discordante. El comedor era colorido e iluminado, cubierto de ventanas con vistas a la bahía y decorado con jarrones japoneses y unos muebles en tonos verdes y azules, al estilo europeo vintage. Había una puerta que llevaba a la cocina, a prueba de niños, separada del resto de la casa. Owen la abrió, obstaculizándome la línea de visión. En cuanto pude asomar la cabeza, la vi.

—Annie, te presento a Izzy —dijo Owen—. Isabella, Annie es nuestra vecina. Saluda con educación.

Un enorme perro del tamaño de un poni pequeño ladró dos veces, como respuesta, meneando la cola expectante.

—Saludar es una de las primeras órdenes que le enseñamos —explicó Owen—. Esto y orinar fuera.

—Hola Izzy. —Me arrodillé y le acaricié la cabeza y el estómago. Su áspera lengua me lamió la palma como respuesta—. ¿De qué raza es?

—Es una rodesiana —dijo—. La Izzy aquí presente fue premiada como la mejor de su grupo en Westminster hace unos cuantos años.

—¿Y qué edad tiene ahora?

—Va a cumplir diez. Tenía dos en sus días gloriosos. —Se volvió hacia la perra, cogiéndole el hocico para poder dirigirse a ella directamente—. Solo lo digo por el bien de nuestra invitada, Iz. Tú sabes que te encuentro más gloriosa cada día que pasa.

Rompí a reír al tiempo que me sentaba en un taburete a la larga barra de granito que adornaba el centro de la habitación. Encima, había un plato con un bollo medio mordisqueado. Y encima del bollo había una sustancia que se parecía sobremanera a vómito de gato.

—¿Qué es esto? —pregunté sin tratar de esconder el horror en mi voz—. Por favor, dime que es comida para perro.

—No digas tonterías —respondió Owen—. Izzy tiene, con diferencia, más buen gusto. Soy el único en la familia que come sardinas enlatadas.

—Eres asqueroso.

—Y tú me has traído una caja con una porquería marrón como regalo de agradecimiento —me recordó, llevándose el bollo cubierto de sardinas hasta la boca.

Eché un buen mordisco.

—Mmmm... —dijo entre mordiscos, tapándose la boca ligeramente—. Delicioso.

—Eres asqueroso —repetí y, en esta ocasión, lo decía realmente en serio—. Y Zoe ha estado trabajando como un animal en esta porquería, para que lo sepas. Es pudín con golosinas y es delicioso. Tiene una ración extra de migas y le he quitado los gusanos de caramelo.

—¡Los gusanos es lo que más me gusta!

—¡A nadie le gustan los gusanos! Son horribles. Es como si alguien tuviera un montón de gusanos de caramelo de los que quisiera librarse.

—Me gustan los gusanos de caramelo.

—Díselo a Zoe —argüí—. Probablemente, en estos momentos, los tenga en el fondo del estómago.

Nos miramos un segundo y se hizo un extraño silencio. Me incliné para acariciar a Izzy, porque así tenía algo que hacer con las manos. Owen se aclaró la garganta.

—¿Y te gusta esto? —preguntó al fin.

—Es genial —respondí—. De veras. Los Cohen me han recibido muy bien.

—¿Sí?

—Sí. ¿Por qué estás sorprendido?

—Por nada, de veras. —Owen parecía un tanto incómodo—. Es solo que... No los conocemos muy bien. Creo que mi madre se pasó por su casa unas cuantas veces para invitarles a cenar, pero parece que prefieren ir a la suya.

—Bueno, Libby acaba de tener un bebé —me oí decir a la defensiva—. Y se acaban de mudar, de modo que estoy segura de que todavía se están adaptando.

Esta última parte era una mentira flagrante. Ya tenían la casa en orden y sus pertenencias desempaquetadas como si hubieran vivido ahí durante años.

—Magnífico —dijo Owen, alzando las dos palmas al aire en un gesto inocente—. No sabía que tenías una relación tan cercana. ¿De qué los conoces, por cierto?

—Nos conocimos *on line* a principios del verano —murmuré—. Respondí a su anuncio.

—De modo que, de hecho, no los conoces —afirmó Owen—. Quedaste con ellos por internet.

—Hace dos semanas que vivo con ellos —dije—. Creo que es tiempo suficiente para hacerte una idea de alguien. Me imagino que confío en mi instinto. Libby... me ha calado. No puedo explicarlo. Y, por otro lado, no eres quién para hablar. Tienes mi edad y todavía vives en casa de tus padres.

—Probablemente sea mayor que tú. Tengo veinte.

—Todo un caso.

—Me has pillado.

Me eché a reír. Era divertido hablar con Owen. No parecía que se tomara nada demasiado en serio. Aquel enamoramiento que, en principio, se había basado en algo superficial, como el aspecto combinado con el escenario (ser «salvada» por un paramédico tan atractivo era un encuentro demasiado bueno como para desperdiciarlo), se había fortalecido ahora que me gustaba su personalidad.

—¿Me das un vaso de agua? —pregunté—. Se me está secando la boca de tanto hablar.

—Solo si te unes a mí para un batido. —Sentí que me ruborizaba; ¿me estaba pidiendo una cita?

Entonces, Owen señaló la batidora, medio llena de helado, sirope de chocolate y leche. No se trataba de una cita. Aquí y ahora. Agaché la cabeza, esperando que no hubiera notado la rápida transición de mi rostro a una tonalidad rojo vivo.

Owen cogió un vaso del armario que había encima de la barra y lo llenó con agua del fregadero. Echó un par de bolas de helado enormes en la batidora y las cubrió de sirope de chocolate, suspirando melodramáticamente mientras supuraba lentamente de la botella.

—Se supone que tendrían que haber desarrollado un modo de empaquetarlo de forma más eficiente a estas alturas —señaló.

—Creo que todo tiene que ver con controlar las porciones. Se supone que no tienes que usar la mitad de la botella.

—Cuando lo pruebes, no te quejarás.

Tenía razón. Estaba impresionante. Fuere como fuese, había perfeccionado la proporción de leche, de modo que el resultado final era espeso, como de restaurante, más que líquido, como normalmente eran los batidos hechos en casa. Estaba divino.

—Ñam, ñam —dije—. Gracias por hacerlo.

—Es lo que más me gusta cocinar —respondió.

—¿Ah, sí? ¿Qué más hay en tu repertorio culinario?

—Bocadillos de sardina. Galletas rellenas. Mixtos de queso.

—Una gama impresionante.

—De hecho, creo que nunca he utilizado el horno o la cocina —comentó entre sorbo y sorbo—. Me resultan superfluos. Considero que mi aplastante talento probablemente los haya superado —dijo y rio como suele hacerlo la gente confiada, en voz alta, y echando hacia atrás la cabeza—. Así pues, ¿cuál es tu peor temor? —preguntó cuando al fin recuperó el aliento.

—¡Oh, Dios! —gimoteé.

—¿Qué?

—Nada —sacudí la cabeza—. No es nada, de veras.

No quería decirle lo que pensaba por miedo a ofenderlo.

—¿Eres una nihilista?

—Muy divertido —dije, y fruncí el ceño.

—¿Y, entonces?

—Es solo que detesto este tipo de preguntas.

—¿Qué tipo? ¿Las curiosas? ¿El tipo que muestra un interés en quién eres?

—¡Sí! Exactamente. Las que llevan a conocerse. Únicamente hay una peor, que es: «¿Qué tipo de música escuchas?».

—De hecho —dijo con brusquedad— no era para conocerte. Si me hubieras dejado explicarme antes de sacar conclusiones, te hubieras dado cuenta de que te lo estaba preguntando por otros motivos, por tu bienestar.

—Muy bien, ¿qué? ¿Por qué querías saberlo? Y son los murciélagos, por cierto.

Alzó las cejas, con un amago de sonrisa.

—Volveremos a esto en un segundo. Pero es un alivio. Me alegro de que no sean las arañas, como en el resto de la población femenina.

—¿Por qué? Y, por cierto, es un estereotipo.

—Solo lo he dicho porque hay una tarántula enorme fuera, en la ventana que da al patio, y no quería que te asustaras si te volvías y la veías.

Di un brinco y me volví, con un grito, que no había pensado que fuera capaz de emitir. La araña, con las patas y la mitad de su cuerpo peluda, descansaba perezosamente en el cristal, en la parte superior de la esquina de la puerta izquierda.

—Sí... —dijo—. Sería interesante ver cómo te pones con los murciélagos.

Rodeó el mostrador y se puso a mi lado.

—Dios, hacía mucho que no veía una de estas. Alucinante, ¿no?

—Sin duda —respondí—. Y no del modo al que tú te refieres.

Podía sentir el calor que emanaba su cuerpo tocando el mío. Se encontraban en algún lugar en el medio y echaban chispas hasta formar un circuito eléctrico que esperaba que él también sintiera.

Si él lo sentía, claramente no lo encontraba tan fascinante como la araña, del tamaño de un puño, que había en la ventana.

—Antes tenía una de estas —observó—. Antes de Izzy. Se llamaba Chad.

Lo miré por el rabillo del ojo. Parecía tremendamente serio.

—Continúa —lo animé.

Owen se acercó a la ventana, sus ojos miraban con detenimiento el arácnido peludo.

Izzy me acarició, me tocó la rodilla con el hocico como si se apiadara de mí.

—Sí —dijo—. Tenía diez años. Y por eso tuve a Izzy. Había suplicado a mis padres que me compraran un perro durante años, y mi madre siempre decía: «Un perro no, pero puedes tener cualquier animal que viva en una jaula». Pensaba que era muy insensible por su parte, dado que los animales vivos, sean del tipo que sean, no deberían vivir enjaulados, sin embargo así lo hice y escogí mi animal como premio de consolación.

—Chad —dije yo.

—Chad —confirmó.

—Y Chad, al ser tan repugnante, ¿atraía a los perros?

—No exactamente —dijo, dando unos pocos golpecitos a la ventana hasta que la araña se escabulló, por suerte no hacia la casa de los Cohen—. Mi madre la toleró un tiempo. Todo iba bien. No entraba en mi dormitorio, lo que era positivo, porque así no tenía que limpiarlo. Pero, entonces, comencé a sentirme mal por Chad, y la solté. Y al día siguiente, regresó. Mi madre la encontró enfrente de la entrada, donde se estaba comiendo a un ratón.

—Oh, vaya —me estremecí—. Es de lo más soez.

—Pensé que había sido cosa de la buena de Chad, con ayuda de un gato, pero a mi madre le entró el pavor. De modo que fue el final de nuestra relación.

—¿Cómo puedes estar seguro de que era ella y no otra tarántula que pasaba por casualidad? Aparentemente, abundan en estos lugares —dije, asintiendo hacia la puerta.

Cogí el taburete que tenía detrás de mí y tomé asiento, sorbiendo el resto de batido mientras escuchaba. Me gustaba escuchar cómo Owen contaba historias. Era muy abierto y resultaba fácil hablar con él. Además, era una especie de bicho raro, como yo.

—Sí, bueno... —empezó a decir, pero su voz se fue apagando con cierto pudor.

—¿Qué? —pregunté, al darme cuenta de la oportunidad de sonsacar un poco de información incómoda.

—Nada —masculló.

—No puedes negarte a responder. No después de tu comentario nihilista.

—Bien —suspiró—. Chad tenía una característica que la distinguía de las demás. La había pintado de oro con espray.

Me atraganté, tragándome el batido por la nariz. Tosí varias veces antes de ser capaz de hablar otra vez. No me lo esperaba.

—Dios —dije—. ¿Cómo pudo sobrevivir a esa experiencia? ¿Y por qué tus padres te permitieron tener contacto con cualquier ser vivo de nuevo?

—La pintura del espray no era tóxica —dijo a la defensiva—. Es lo que usan los niños para el cabello en Halloween. No era gran cosa.

—Ya —dije incapaz de contener la risa.

—Olvídalo. No debería de habértelo contado.

—Izzy, tienes suerte de estar viva, ¿no es cierto? —dije en un tono de voz infantil ofensivo, rascando a Izzy bajo el hocico—. ¿No es cierto, perrita?

—Muy bien, muy bien... —contestó poniendo los ojos en blanco—. Todo esto es divertidísimo... Ahora hablemos de los murciélagos.

—Antes tienes que decirme si se te revuelve el estómago con facilidad —le pregunté.

—Tengo un estómago de hierro.

Intenté no imaginar cómo sería su estómago de hierro... o cómo sería tocarlo...

—Muy bien —dije después de ordenar las ideas—. Cuando tenía nueve años, mi madre cerró la puerta a un murciélago. Lo decapitó.

—Dios —dijo Owen—. ¿Cómo sucedió?

—Ella abrió la puerta, el murciélago chilló y se echó a volar, mi madre se asustó, cerró la puerta, y el murciélago no fue lo bastante rápido. Fue muy triste. Por no decir cruel.

—Apuesto lo que sea —dijo asintiendo—. De modo que la imagen de medio murciélago te ha perseguido desde entonces.

—Literalmente, no veo a los murciélagos del mismo modo. Son cabezas y cuerpos desconectados.

—Lo entiendo —contestó—. En un uno por ciento. Creo que incluso eso no

garantiza que haya mucho más que hablar.

—Tú me lo has preguntado —le recordé.

—Y ahora desearía no haberlo hecho —dijo.

Sonreímos, y esta vez fue él el primero en agachar la cabeza. Era uno de aquellos momentos en los que, si hubiéramos estado saliendo juntos, nos hubiéramos acercado o besado o algo por el estilo. Pero no estábamos saliendo, de modo que, en vez de eso, se creó un silencio incómodo entre nosotros.

—Bueno —dije, aclarándome la garganta y retirando el taburete—. Imagino que ha llegado el momento de volver a mis deberes.

—Libérate, fregona —dijo con ironía.

—Cierra el pico.

Me volví hacia la puerta mientras se creaba otro silencio incómodo. Si no me iba en aquel momento, lo que se había convertido en una hora divertida estaba en peligro de irse a pique rápidamente. Pero no podía evitarlo. No me lo había pasado tan bien desde que me había trasladado al condado de Marin. Incapaz de demorarlo más, rasqué por detrás de las orejas a Izzy y me dirigí a la puerta con Owen siguiéndome silenciosamente.

—Ha sido divertido —dijo Owen mientras me abría la puerta.

—Sí —confirmé—. Gracias por el batido. El mejor batido que he tomado nunca.

Le sonreí de oreja a oreja, odiándome por ser tan rara.

—Muy bien, ¡nos vemos por aquí!

—Sí, ¡adiós! ¡Hasta luego, Iz! —dije frotando por última vez la cabeza del perro.

Casi había recorrido medio camino de entrada y cinco segundos en un monólogo interno de rabia en el que me castigaba por ser tan cobarde, cuando oí la voz de Owen en mi espalda.

—¡Annie! —gritó—. Espera.

Corría hacia mí.

—He olvidado pedirte el número —dijo, como si fuera lo más natural del mundo—. No quiero tener que llamar al timbre cada vez que quiera hablar contigo.

—Ah, vale —dije, como si yo también me hubiera olvidado—. Un momento. —Tuve que sacar el teléfono del bolsillo e ir hasta la sección de «Contactos», donde tenía mi número—. Me lo dieron ayer.

—Aquí lo hacemos así.

Me cogió el teléfono de las manos y comenzó a teclear otro número, el suyo, y un segundo más tarde su móvil empezó a sonar.

—Perfecto —dije, pero no me devolvía el teléfono.

Lo miré fijamente, pero estaba ocupado jugueteando con mi interfaz. ¿Se llama interfaz a la pantalla del teléfono? Quién sabe.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—Un minuto —masculló—. Vale —dijo un segundo más tarde, tendiéndome el teléfono—. Ahora tienes mi número y el juego más espectacular con el que han

honrado a los smartphones. De modo que podemos jugar uno contra otro.

—Genial —dije tratando de mostrarme despreocupada, a pesar de que nuestra interacción había acabado incluso siendo mejor de lo que esperaba, ¡con «la promesa de una comunicación continuada»!—. Hasta la vista.

Caminé, a toda prisa, hasta la parte de atrás de la casa, deseando no mirar atrás. No podía enterarse de lo difícil que había resultado irse o de lo eufórica que me sentía. Corrí hasta mi habitación, en la planta de arriba, con la certeza de que estaba lo bastante sudada y ruborizada como para ganarme una pregunta de Libby si no me duchaba antes. Mi cuerpo iba a estallar en fuegos artificiales. Se había convertido en unos rápidos. Era el Gran Premio de Fórmula 1. Corría por delante de mí y no podía controlarlo, pero tampoco quería.

Pasé el resto de la tarde jugando con Owen a Apalabrados, el juego tipo Scrabble que había descargado en mi teléfono justo después de insertar su número en mis contactos. Nunca pensé que podría sentir una pasión tan profunda por un móvil. Si existía una sensación mejor que aquella, no estaba segura de que pudiera soportarlo.

CAPÍTULO SIETE

JUSTO DESPUÉS DE darle la avena con fresas a Zoe, mencioné el tema de pintar con tiza en la acera.

—¿Tienes? —le pregunté a Zoe.

—Mamá —dijo sorbiendo en los labios su bebida al tiempo que se le caía la baba por la barbilla.

—¿Mamá tiene?

Sacudió la cabeza y señaló en dirección al despacho de Libby.

Se trataba de un mensaje ambivalente, pero de todos modos fui y llamé a la puerta educadamente.

—¿Sí? —Libby tenía la voz seca.

Lamenté al instante haberme acercado.

—He pensado que podría llevar a Zoe fuera y divertirnos un poco pintando en la acera —dije—. ¿Tienes tiza?

—Nos acabamos de mudar, Annie —suspiró—. ¿Crees que hemos tenido tiempo de comprar tiza y todo eso?

—Muy bien, vale... Entonces, tal vez juguemos con el aspersor.

Sonreí desde arriba al pequeño Jackson, que estaba jugando en su parque.

Se creía que los niños descansaban sobre su estómago, durante un rato, cada día, para fortalecer el cuello. Jackson no dejaba de mirarnos. Era divertido ver cómo luchaba para mover su cuello en mi dirección.

—Estaré encantada de ayudarte más con Jackson, si quieres —dije esperanzada.

Libby alzó la vista, observándome con suspicacia.

—Jackson está mejor aquí conmigo. ¿Y por qué quieres pasar el rato fuera, de repente? —quiso saber—. ¿Es por el vecino? Sé que ayer fuiste a su casa —dijo con un gesto de desaprobación.

—Lo hice... Quería darle las gracias. Pero no, no es por eso. Tan solo quiero disfrutar del buen tiempo, mientras dure. ¿No dijiste que era poco habitual en San Francisco?

—Sí —dijo Libby—. Normalmente hace mucho más frío.

Me di cuenta de que no estaba del todo satisfecha, pero no entendía qué importancia tenía. ¿Por qué debía de sentirme culpable por conocer a un amigo? O incluso un novio... si llegaba más lejos. Resultó un tanto violento, aun así lo dejé estar.

—Bueno, puedes usar la manguera y el aspersor —dijo de mala gana—. Están en el jardín.

—Muy bien, perfecto.

Y le di la espalda para irme.

—Annie... —su voz sonaba recelosa, inquieta.

Me detuve en la puerta y me volví, esperando a que prosiguiera.

—Es que no sabemos nada sobre ese chico. No quiero que te haga daño si tienes una aventura con él.

Me aguantó la mirada.

—Sé que eres vulnerable, y no sé si estoy preparada para ayudarte si te rompe el corazón.

Tomé aire forzándome a sonreír.

—Estoy bien —contesté—. De verdad. No pasa nada. Pero si pasara algo, no sería nada grave.

—Vale —dijo, retomando el papeleo—. Y por favor, que Zoe no vaya a la calle.

Unos minutos más tarde, Zoe y yo estábamos fuera corriendo hacia el aspersor. Nos lo estábamos pasando tan bien que casi olvidé por qué había querido salir fuera (que, desde luego, era tentar a que Owen también saliera). Pero no podía sacarme las palabras de Libby de la cabeza. ¿Estaba teniendo una actitud protectora? ¿O pensaba que no era lo bastante buena para Owen? Intenté convencerme de que cuidaba de mí.

Quince minutos más tarde, cuando Zoe y yo habíamos apagado el aspersor y estábamos sentadas sobre unas toallas comiendo trozos de manzana, oí el ruido de una puerta que se cerraba de golpe. No podía ver la fachada de la casa de Owen desde donde estábamos sentadas, al final del montículo que formaba el césped de enfrente, pero sostuve la respiración de todos modos, deseando que fuera él.

Izzy volvió la esquina primero, pasando por los matorrales a grandes zancadas. No llevaba correa. Zoe se estremeció mientras comía, y yo la rodeé con mis brazos con ademán protector. Izzy vino directamente a mí, colocando una pata en mi regazo y lamiéndome la cara agresivamente.

—¡No! —gritó Zoe a mi lado—. ¡Perro malo! ¡Vete, perro!

—Shhh... —dije acariciando la cabeza de Izzy—. Es una perrita buena. ¿Ves?

—¡Los perros son malos! —insistió.

—No, tesoro. ¿Quién te ha dicho eso?

—Mamá —dijo mirando a Izzy recelosa.

Izzy olisqueó el trozo de manzana de Zoe y esta se lo alargó, permitiendo que el perro comiera cuidadosamente de su palma.

—¿Ves, cielo? No todos los perros son malos. Este es muy bueno —dije mientras Owen giraba la esquina.

—¡Lo siento! —gritó—. Se ha escapado sin correa. No os está molestando, ¿verdad?

—En absoluto —dije. Y lo decía de verdad. Zoe había comenzado a acariciar el pelaje de Izzy—. Creo que hay alguien que tiene un nuevo amigo —dije a Owen con una sonrisa.

—¡Genial! —exclamó—. ¿Y quién es esta señorita? Creo que no nos han presentado.

—¿De veras? —pregunté sorprendida—. Bueno, es tu vecina desde hace más tiempo que yo. Zoe, te presento a Owen. Vive en la casa de al lado. Owen, esta es mi amiga Zoe.

—Hola —dijo hincando la rodilla en la hierba; cogió la mano de Zoe en la suya—. Me alegro de conocerte.

—Hola —murmuró, todavía cautivada por Izzy, que ahora estaba babeándole en la cara.

—Zoe, Izzy es tan grande que es casi como un poni. Me apuesto a que te podrías sentar sobre su lomo y te llevaría por el jardín.

Zoe miró a Owen sin mediar palabra, luego se volvió a Izzy.

—Creo que es un no —dije.

—Creo que no va a dignarse a hablarme —contestó.

—No puedes culpar a una niña por tener valores.

Owen me golpeó la espalda, haciendo que me pusiera colorada. Había algo en él que me ponía de buen humor. Me hacía sentir que estaba a punto de echarme a reír todo el tiempo, allí donde estuviera. Me sentía más atractiva y con más confianza, especialmente porque llevaba puesto un conjunto de falda y camisa rojo, todavía húmedo por el aspersor.

—¿Qué pasó con Apalabrados ayer por la noche? —quiso saber.

—Caí dormida —expliqué—. Tenía que levantarme pronto hoy para vigilar a Zoe. ¿Por qué? ¿Querías humillarme más?

Cuando lo dejamos la noche anterior, había anotado setenta y dos puntos en mi marcador. Mis palabras eran, en su mayoría, de tres letras.

—Nooo —dijo—. Te eché en falta.

Sentí que comenzaba a ruborizarme de verdad.

Se aclaró la garganta y miró sus zapatos.

—En serio —dijo—. ¿De qué va esto? ¿Eres niñera a jornada completa? ¿La señora Cohen no trabaja desde casa? Mi madre dice que es diseñadora de interiores, pero su coche siempre está en la entrada.

—Trabaja en casa —respondí, un poco temerosa de contar demasiado a Owen—. Creo que los Cohen valoran su privacidad, dado que han prometido valorar la mía. Y voy a la universidad. Acabo de empezar en la SFSU. Mi jornada laboral es distinta cada día dependiendo de mis clases, pero Libby me prometió que no estaría más de veinticinco horas a la semana cuando me contrató. Quiere estar segura de que puede trabajar sin tener que preocuparse por los niños. Y me pagan extraordinariamente bien. No podría permitirme la universidad sin trabajar.

Dejé de hablar repentinamente, turbada por si había explicado demasiado. Pero a Owen no parecía preocuparle. Escuchaba con atención, pero no parecía hacer juicios de valor por la expresión de su cara.

—Y no sé, Libby se ha mostrado muy comprensiva —continuó—. Parece muy contenta de que cuide de Zoe.

—¿Qué me dices del bebé?

—Jackson pasa la mayor del tiempo con ella, hasta ahora. Yo apenas cuido de él. Solamente duerme y come todo el tiempo, de modo que lo tiene en su despacho. Pero, de todos modos, otra de las cosas que ha hecho ha sido ayudarme a escoger mis clases y a matricularme. No tenía ni idea de qué quería estudiar cuando vine aquí hace unas pocas semanas. Únicamente sabía que quería hacer algo creativo. Pero jamás pensé en diseño de interiores, y estoy bastante segura de que es perfecto. Quiero decir, ¡mira la vida de Libby! Mira su trabajo. —Hice una pausa, consciente de que había estado hablando demasiado—. Lo siento —dije, deseosa de cambiar de tema—. Imagino que me he dejado llevar. Hace tiempo que no hablo con alguien de otra cosa que pañales.

—No te preocupes —contestó, atento.

—¿Por qué lo has preguntado? —inquirí, en voz alta—. Son muy buena gente, ¿sabes?

—No lo dudo —contestó—. Solo lo he preguntado porque quería tener una idea de tu horario. —Se revolvió, nervioso—. Pensé que, tal vez, podríamos salir en alguna ocasión. Te podría enseñar un poco San Francisco. Ya sabes, como eres nueva aquí y todo eso.

No estaba segura de si estaba sugiriendo que tuviéramos una cita, pero no me importaba. Fuera lo que fuese lo que estaba preguntando era suficiente como para ruborizarme y provocar que se me saliera el corazón por la boca.

—Desde luego —dije—. Sí, sería formidable.

—Sí. Genial —sonrió, aliviado—. Fantástico. Solo dime cuando estás libre.

—Tengo los domingos libres —expliqué.

—Oh... —Su voz se apagó—. Falta casi una semana. ¿No tendrás tiempo durante la semana?

—No estoy segura. No lo sé hasta el mismo día.

—¿No tienes unas horas fijas?

Me encogí de hombros.

—No. Quiero decir que cuando empiece con las clases, probablemente saldré, supongo. Pero, por ahora, solo salgo cuando no me necesitan.

—Ten cuidado —dijo Owen.

—¿A qué te refieres?

—A nada en concreto. Pero esta situación es un poco anómala.

—¿Anómala?

Parecía muy negativo, y empezaba a molestarme. Aunque Owen me gustaba, no quería que echase por tierra mis ilusiones. Todo iba bien. Lo último que necesitaba era alguien que plantara una semilla de duda.

—No sé, ¿y si quieres cambiar de carrera y Libby se enfada o se siente insultada?

¿Y si te piden que hagas más horas y te sientes mal al decir que no? Ahora todo parece ir bien, pero cuando estás trabajando y viviendo con alguien, las cosas pueden torcerse. Es por lo que la gente dice aquello de «no comer en el lugar en el que duermes», o algo por el estilo.

—Estoy bastante segura de que es: no cagues donde comes.

—El mismo concepto.

—En absoluto —dije con firmeza—. Y, de todos modos, estoy acostumbrada a trabajar duro. Creo que puedo hacerme con el control de la situación.

—No intento fastidiarte. Pero he vivido algunas situaciones en las que he colaborado con amigos y no ha funcionado. Las cosas se complicaron y fue más difícil solucionarlo que cuando solo se es amigo o compañero de trabajo. Por lo que imagino que lo que estoy diciendo es que pongas límites. No te enamores tanto de esta familia como para que se aprovechen.

—Esta familia no lo haría —respondí fríamente, temblándome la voz; estreché las manos en el regazo con fuerza para que Owen no viera lo disgustada que estaba—. Y no sabes de lo que hablas. No los conoces y, por lo que he visto, tampoco sabes lo que es tener un trabajo. Y ni siquiera vas a la universidad.

Lamenté haber estallado así. Tenía las mejillas coloradas en lo que parecía la millonésima vez aquel día, y estaba tan airada que comencé a temblar.

Él no respondió; tenía un aire estoico. Por la expresión de sus ojos me di cuenta de que le había molestado.

—Debería llevar a pasear al perro —dijo levantándose.

—Owen —comencé a decir.

—Tengo mucho que hacer —interrumpió—. Está bien. No has dicho nada que no fuera cierto.

Se sacudió los pantalones y le puso la correa a Izzy.

—Vale.

—Vamos, Iz —dijo—. Encantado de haberte conocido, Zoe. Ya te dedicarás a echarles el lazo a los chicos más adelante.

Se marchó. Después se me ocurrió que podría haber arruinado mi primera y única oportunidad de tener una cita con Owen. Luché por contener las lágrimas que se me estaban formando en el raballo del ojo cuando Zoe balbuceó algo acerca de su nuevo amor por los «perritos».

No fue hasta que me dirigí a mi habitación más tarde para ducharme y hasta que me encontré con la frustración de no ser capaz de cerrar la puerta tras de mí —una frustración que había tenido toda la vida— que me pregunté por qué había reaccionado con tanta intensidad. ¿Era porque finalmente había encontrado un lugar al que pertenecía y gente que me importaba y estaba empeñada en proteger? ¿O era sencillamente porque Libby y Walker conocían mi secreto, y eso nos unía más de lo que creía? Fuera lo que fuese, me sentía mal. El temblor, el enfado. Este tipo de cosas no me habían sucedido desde que era niña. No podían comenzar a pasarme ahora. Tal

vez había echado a perder mi oportunidad con Owen, pero no permitiría que mis emociones se interpusieran en mi trabajo con los Cohen.

CAPÍTULO OCHO

—¿HISTORIAS?

Zoe sacudió la cabeza con rotundidad. Era el día después de que lo hubiera arruinado todo con Owen para siempre, y no llevaba como debiera la labor de niñera. Solo eran las dos de la tarde. Libby y Walker estaban fuera, el bebé estaba durmiendo y ya habíamos hecho casi todas nuestras actividades recurrentes. Habíamos realizado una manualidad con motivos de calabaza para colocar en el jardín de delante en Halloween; habíamos horneado galletas recortadas con forma de estrellas, que Libby probablemente tiraría a la basura por su peligroso contenido nutritivo; habíamos leído cinco historias de *Fancy Nancy* y tres de *Amelia Bedelia*; habíamos visto un episodio de «Dora, la exploradora», habíamos jugado un juego de Red Light, Green Light; habíamos construido una torre de Lego, y Zoe se había ido a echar una siesta para despertarse veinte minutos más tarde, inquieta y lloriqueando. No teníamos el coche, de modo que no podía llevar a Zoe al parque o al zoo. Se me estaban acabando las ideas.

—¿Qué me dices de ir a dar una vuelta?

Zoe miró emocionada durante un segundo, ofreciéndome el principio de una sonrisa con hoyuelos.

—¿En mi triciclo? —preguntó esperanzada, haciéndome sonreír.

—Por supuesto, ¿está en el armario de la limpieza?

—No —dijo, sacudiendo la cabeza y riendo.

—¿En la habitación de mamá? —pregunté jugando.

—¡Nooo!

—¿En el microondas?

—¡Noo!

Ahora se estaba desternillando de risa, y suspiré aliviada. A lo largo de esos dos meses, había aprendido que era muy difícil levantarle los ánimos a Zoe. Si tenía una rabieta o se sumía en un inexplicable episodio de aflicción, nada más que la llegada de un nuevo día la harían cambiar. Era preocupante, definitivamente superaba los límites de una emoción infantil, pero era algo que aún no me había atrevido a hablar con sus padres.

—Bueno, entonces, ¿dónde? —Alcé las manos, confundida—. Si no está en el refrigerador, no sé lo que haré —le informé.

—¡El garaje! —gritó, echándose a reír en el suelo de la sala familiar, una habitación llamada así irónicamente, ya que Zoe y yo éramos las únicas que la ocupábamos.

—Muy bien, muy bien, vamos al garaje.

La cogí de la mano, sintiendo cómo la estrechaba con confianza, uniendo nuestros dos pulsos. Sentí un pinchazo momentáneo. Recientemente habían estado teniendo lugar aquellos persistentes recuerdos de Lissa. Sacudí la cabeza para apartarlos de mi mente. Para ir hacia delante tenía que dejar de tenerlos. Si con ello la olvidaba completamente, entonces aquello era lo que tenía que hacer.

Era obvio que la supuestamente sencilla tarea de desenterrar el triciclo de Zoe de las profundidades del garaje iba a ser más difícil de lo que imaginaba. El garaje era la zona de guerra de los trastos —todo tipo de trastos que ocupaban un espacio que normalmente ocuparían cuatro coches— con un espacio para un todoterreno. Resultaba extraño. No había estado en el interior del garaje hasta aquel momento.

Libby siempre aparcaba fuera; y si Walker nos llevaba, siempre se aseguraba de dejarnos fuera antes de salir del garaje, tal vez por esta razón.

—No sé —dije.

Aquellas noticias aleccionadoras no le sentaron muy bien a mi niña, que de repente frunció el ceño en los principios de una histeria grandilocuente.

—Muy bien —dije—. Echaremos un vistazo. Bueno. Pero vas a tener que parar con la pataleta. Eres demasiado mayor para esto.

—Tengo tres años.

—Exactamente —dije simulando severidad—. Eres básicamente una adulta.

—No —dijo Zoe.

—No discutas —dije amablemente, empezando a buscar entre los escombros—. Tienes mucho que decir, pero yo soy más mayor y sé más que tú.

Zoe se metió el dedo en la boca como respuesta y me siguió por el garaje.

—¡Quédate aquí! —dije, señalando el espacio para el todoterreno—. Y no te muevas. No quiero que acabes enterrada bajo una pila de CD, o lo que sea que tengan aquí.

La luz de la habitación era chillona y escalofriante. Arrojava su siniestro resplandor encima de las cajas, las bolsas y los cubos. A mí ya no me gustaban los garajes; eran peores que los áticos. Albergaban arañas y todo tipo de seres indeseables. Crucé el lugar otra vez y pulsé el botón rectangular rojo, al lado de la puerta de la habitación llena de bazofia. La puerta del garaje se elevó con la estridencia del motor mecánico, y entró la luz natural. Vi cómo ascendía por encima de las chanclas de Zoe, las rodillas, los codos con hoyuelos y la cabeza. Ella sonrió con confianza y se sentó en el centro del suelo.

—No lo veo —dije con escepticismo—. ¿Estás segura de que está aquí?

De lo que no estaba segura es de por qué estaba preguntándoselo a una niña de tres años y esperaba una respuesta fiable.

—Ahí detrás —dijo, señalando hacia la esquina que estaba completamente oscurecida por una torre de cajas de plástico.

Me incliné y detecté un manillar con adornos.

—Uff, Zoe, no sé. Voy a tener que sacar todas estas cajas. Tal vez tendríamos que

esperar a que papá volviera a casa. Podemos ir a dar una vuelta ahora e ir en bici mañana. ¿Qué me dices?

Zoe frunció el ceño de nuevo y comenzó a resollar. Yo gimoteé por dentro y sentí algo como un enfado frustrado subiéndome hasta el pecho. Pero realmente, me dije, ¿cómo iba a pasar el resto de la tarde? Tal vez lo mejor sería arrastrar cajas. Incluso las labores manuales eran preferibles a las pataletas. Arrastré unas cajas hacia un lado, y la intervención divina me llevó hasta un balde lleno de tiza para pintar en la calle (¡después de todo, tenían!) que le di a Zoe. Podría entretenerse un rato mientras desenterraba el triciclo. Al cabo de aproximadamente veinte minutos, pude ver cómo empezaba a emerger la bicicleta, poquito a poco. Estiré del manillar, pero no se movía.

—¿Cómo vas a hacerlo? —susurré, olvidando mi compañía.

Zoe alzó los ojos, pero parecía no preocuparle. Mi hábito de hablar sola no me iba a ocasionar problemas con ella. Volví a centrar la atención al montón de cajas que crecía frente a mí como si fueran los Andes.

Tuve que reorganizar varias pilas pesadas que estaban en la base de la bicicleta atrapando sus ruedas. Me estaba cansando de tanto esfuerzo. Me lancé a una pila y le di una fuerte patada, intentando moverla hacia la derecha. Estaba firmemente metida a presión. Apoyé el peso de mi cuerpo contra la pila, con las manos descansando en las rodillas, sintiendo el sudor gotear por mis costillas.

—Mierda —miré a Zoe.

Por suerte, esta vez no me había oído. Estaba absorta dibujando lo que parecía agua, una larga raya de garabatos coloreados en azul. Canturreaba entre dientes aquella melodía que la caracterizaba, aparentemente inconsciente. Yo apenas me había percatado, pues canturreaba con frecuencia. Era parte de lo que la definía, otro elemento de su personalidad en desarrollo. Tal vez tenía un futuro como músico, ¿quién sabe?

—¿Cuánto deseas ir en bicicleta? —pregunté sin entonación, tratando de controlar mi temperamento.

Antes de que tuviera una respuesta, sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas.

—Quiero ir con mi triciclo —dijo—. Por favor.

Si no hubiera añadido aquel «por favor», tal vez me hubiera resistido en el nombre de la disciplina. Pero ponía una cara tan lastimera y dulce, con aquellos rizos enmarcando su rostro del mismo modo que mi hermana desaparecida...

—Bueno, vale —le di a la pila un último empujón con la cadera, esperando que opusiera resistencia.

Pero en nombre de la física, algo desequilibró la pila en mi primer par de empujones. Y cuando me apoyé con la cadera, desplazando las cajas unos centímetros, cayó rodando, estallando los lados de las cajas inferiores con el peso de las superiores, y esparciéndose su contenido por el suelo polvoriento de cemento. Reprimí mi necesidad de soltar un gruñido y un alarido drástico. Pero ahí estaba: el

triciclo, la pieza codiciada. ¿Era esto lo que los mineros sentían? Cogí el manillar adornado y tiré de él. Todavía estaba aprisionado detrás de algunos objetos, y en aquel momento maldije la desorganización de los Cohen y sentí una ráfaga de orgullo de mi propia tenacidad. Un nuevo buen estirón y ya lo sostenía en el aire.

—¡Zoe! ¡Mira! Lo tengo —lo mantuve en el aire otro segundo en una muestra teatral de victoria.

El canturreo de Zoe aumentó, pero al menos se volvió para mirarme.

«*Rockabye Baby, on the treetop. When the wind blows, the cradle will rock. When the bough breaks, the cradle will fall*»^[3]...

—Zoe —dije con calma—. Te vas a subir a este triciclo, aunque sea lo último que quieras hacer en el mundo. Suelta la tiza.

Dejó de canturrear y me miró confundida.

—La tiza, Zoe, déjala —dije con la mayor calma posible.

Al notar que me aproximaba a mi límite, dejó la tiza a medio arcoíris y se acercó. La ayudé a subirse a su triciclo y le di un empujoncito. Para mi satisfacción, parecía contenta al pedalear por el garaje. Pasaría un rato antes de irnos. Volví al desorden.

Estaba rodeada de ropa, papeles y cacharros. Pero la ropa era magnífica. Dibujos intrincados que recordaban a la India y Sri Lanka, sedas y algodones bordados con hilos dorados, a pesar de que no se la había visto puesta a Libby. Saqué una bufanda de seda. Era una combinación vibrante de verdes y azules, brillantes incluso contra la luz del sol del atardecer que se filtraba por el garaje.

—¡Mamá! —gritó Zoe, al darse cuenta de lo que había encontrado.

Bajó del triciclo y gateó hacia donde estaba sentada, con pilas de ropa alrededor. Agarró la bufanda con el puño, poniendo cara de cachorro mientras tirábamos de ella.

—¿Mamá se pone esta ropa? —pregunté en voz alta, examinando las telas brillantes.

—No, ahora no.

—¿Crees que le importaría que tomara prestada esta bufanda? —pregunté.

Era una de las prendas más bonitas que había visto en mi vida, como el océano y sus muchas tonalidades encapsuladas en una pieza de material sedoso. Me imaginé cómo podría quedarme en contraste con mi piel aceitunada y mis cabellos oscuros, y cómo podría mirarme Owen cuando me la viera llevar.

—No, a mamá no le importa —confirmó Zoe.

—Probablemente no —estuve de acuerdo, teniendo en cuenta lo mucho que me había dado de su propio armario.

La doblé y la dejé a un lado, al tiempo que me apuntaba mentalmente que le pediría a Libby permiso más tarde. Tal vez se trataba de cajas para beneficencia. Tal vez me las quisiera dar. Definitivamente, era algo a tener en cuenta, ya que mi guardarropa consistía principalmente en camisetas y vaqueros, exceptuando lo que Libby me había dado.

—Ven aquí, cariño —le dije a Zoe dirigiéndola al triciclo—. Pedalea un rato más

por aquí, ¿de acuerdo? Quédate en la entrada, donde pueda verte. Tengo que limpiar este desbarajuste.

Había al menos dos cajas de papeles que reorganizar. Me sentí presa del pánico, preocupada porque Libby creyera que había estado fisgoneando.

Aunque casi siempre se mostraba conmigo cálida y comprensiva, empezaba a ver indicios de cambios de humor que me angustiaba se debieran a mi presencia.

Levanté un fajo de papeles de una carpeta de papel manila. En su mayoría, parecían recibos y documentos, pero no quería mirarlos con detenimiento. Si había algo a lo que brindaba apoyo era al concepto de privacidad. Las otras dos carpetas estaban esparcidas por el suelo. Sin duda, el contenido se había mezclado. Lo tendría que separar. En uno de los archivos había la etiqueta «abogado», en la otra «recibos» y en la última «vacaciones».

—No será muy difícil —mascullé entre dientes—. Será fácil. Rápido y fácil.

Sí, era la manera. Se lo contaría a Libby más tarde o lo dejaría estar, como mi madre decía.

Me senté con las piernas cruzadas sobre el frío cemento, con los tobillos por debajo de las pantorrillas. Cogí un puñado de lo que parecían recibos. Las cantidades estaban expresadas en monedas extranjeras, de modo que los puse en la carpeta de «viajes». Había un correo electrónico impreso de recorridos por España y Grecia. Aunque tenía la buena voluntad de identificar la información necesaria para archivarla, revolverlo todo era como husmear secretamente en la vida que deseaba para mí, y era una vida que no había visto tan cerca hasta ese momento.

Había una escritura de la casa. Fue a parar a «Abogado». Un recibo de Harry Winstom de Turks and Caicos (un lugar que no sabía ni pronunciar). Un resguardo de billete de avión para Walker Cohen dirección Madrid, asiento 4C, clase business. A mi pesar, encontré fascinante los lugares en los que habían estado y la vida que habían llevado. Tal vez un día los acompañara en un viaje para vigilar a los niños. Sentí una punzada de envidia abriéndose camino hasta mi corazón y llegando a mis tripas cuando me di cuenta de que probablemente aquello era lo más que podía esperar. Nunca tendría una vida como aquella. Siempre sería la *au pair* que los acompañaba. Aquel sentimiento de envidia era irracional. Pero deseaba mucho más que aquello, mucho más que solamente un trabajo.

Únicamente habían transcurrido unos pocos minutos, pero era consciente de que Zoe no se contentaría con hacer ochos en la entrada. Por suerte, solamente quedaban aproximadamente una docena de documentos que identificar.

Un vistazo a un resguardo de pago de la empresa arquitectónica de Walker me confirmó que sus ingresos anuales en bruto eran muy elevados. Pero no el tipo de «elevados» que había creído se necesitaban para vivir en un lugar como aquel. Sentí una punzada de culpabilidad. No los había mirado a propósito, pero se encontraba más allá de los límites de lo adecuado y profesional. Me mordí el labio y continué. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? ¿Dejar que Libby lo ordenara?

Lo siguiente estaba cogido con un clip. Una declaración en negrita en la parte de arriba de la primera página rezaba: «Últimas voluntades y testamento de Adele Cohen».

—¿Adele Cohen? —susurré en voz alta, y Zoe me miró con curiosidad.

Observé con atención el documento, que obviamente pertenecía al archivo «abogados». Me pregunté quién era Adele Cohen. ¿La hermana de Walker? ¿Su madre? Fuera quien fuese, las cifras que aparecieron de repente frente a mí indicaban que había tenido una gran cantidad de dinero. Más dinero del que podría imaginar. Nunca me había gustado meterme en la vida privada de la gente, en gran parte porque nunca había querido que nadie se metiera en la mía. No me gustaba saber nada sobre el dinero de los Cohen, el dinero de su familia o nada por el estilo. Me daba reparo.

Metí los documentos en la carpeta apropiada. Ordené el resto en dos minutos. De pronto, deseé irme de ahí. Me sentía sucia, como si hubiera hecho algo ilícito, y tenía la necesidad urgente de interponer el máximo de espacio entre los documentos y yo. Miré los archivos que tenía en mis manos, a punto de colocarlos en la caja. Pero, en aquel momento, un coche se abrió camino hasta la entrada. Zoe frenó el triciclo, pero era demasiado tarde. El coche se dirigía hacia nosotras rápidamente. Al final de la entrada, justo antes de llegar al garaje, frenó con brusquedad.

Libby salió del coche y se dirigió a grandes zancadas hacia mí con una expresión de enfado en la cara.

Enterré la carpeta en el fondo de la caja antes de que llegara al interior del garaje, mientras todavía le deslumbraba el sol. Pero no importaba. Me había visto. Solo esperaba que no creyera que había estado fisgoneando a propósito.

CAPÍTULO NUEVE

WALKER QUERÍA DESPEDIRME; Libby dijo que no.

—Esto no es nada profesional —recriminó—. A cualquiera, lo echarían al momento por este tipo de trasgresión.

—Walker, de veras —le reprendió Libby—. Esto no es tu trabajo. No es necesario emplear un vocabulario elevado.

—Ha estado rebuscando entre nuestras carpetas, Libby. Carece totalmente de discreción. ¡Esta chica no es como nosotros! Incluso tú lo dijiste. Yo digo que no se puede confiar en ella.

—No seas ridículo —replicó Libby con tranquilidad, pero con un deje de rabia en la voz—. ¿Sabes cuántas oportunidades ha tenido para robarnos? ¿Y pierdes la cabeza porque accidentalmente ha dado con unas cuantas carpetas? ¿Qué razón tendría para husmear en nuestras cajas? ¡Todo lo que probablemente le tiene lo tiene en su cara! ¿Sabes que dejé literalmente fajos de billetes en la encimera y no los tocó? Y no solo eso, es maravillosa con Zoe. Zoe la adora. Y bien sabe Dios que necesitaba ayuda con Zoe —dijo Libby balbuceando, como si pugnara para mantener la compostura.

Por más que mi corazón se hinchaba ante la confianza obvia de Libby por mí, los comentarios de Walker me hirieron. Estaba escuchando desde el pasillo, fuera de mi habitación. No se podía decir que lo hiciera a escondidas. Zoe se había acostado hacía mucho, pero Walker no bajaba el tono de voz. Probablemente lo podría haber oído desde el interior de mi habitación con la puerta cerrada. Si hubiera tenido una puerta, claro. Libby no había localizado a un técnico de confianza para que tratara la madera antigua.

«Esta chica no es como nosotros». Qué estúpida había sido al pensar que podría encajar en su mundo.

—Ha encontrado algunas cosas que no debería haber encontrado —prosiguió Libby fríamente—. Algunas cosas que no deberían haber estado ahí. ¡Pensaba que te habías deshecho de las cosas de Adele, Walker! —Su voz era aguda, fuerte; sollozaba—. ¡Cómo te atreves! ¿Todavía la amas?

Se hizo una pausa que probablemente solo duró unos segundos, pero para mí podría haber durado una hora, porque en aquellos segundos algo se puso en su lugar. Algo que, por razones desconocidas, me hizo palidecer. Walker había estado casado antes. La carpeta que había encontrado era de su anterior mujer. Era el motivo por el que Libby había reaccionado con tanta sensibilidad. Sin querer, había desenterrado algo que le recordaba a la esposa que su marido había amado antes que a ella. Y en lo

que concernía a Walker... con razón quería despedirme. Quién sabe si todavía tenía la herida abierta. ¿Cuánto dolor sentía todavía por su mujer fallecida? Todo comenzaba a tener mucho más sentido.

—¡Pues claro que no! —gritó Walker—. ¿Y cómo querías que me deshiciera del testamento? Necesito una copia.

—¡Deja de gritar! —dijo ella, llorando—. ¡Vas a despertar al niño!

Como era de esperar, Jackson había comenzado a gimotear a través del walkie-talkie. Entonces, Walker bajó la voz y escuché el sonido de sus murmullos y el consentimiento silencioso por parte de ella.

—Cielo —dijo suavemente—. Por favor, te quiero. Ahora tú eres mi vida.

Al fin, Libby se tranquilizó, y al cabo de unos pocos minutos, Walker dijo:

—La quiero fuera. Quiero que Annie haga las maletas y se vaya a su casa. Ya ha causado suficientes problemas.

—Walker, escúchame —la voz de Libby era más autoritaria y firme que nunca, como si estuviera hablando a una criatura—. No perdamos la cabeza. Annie es lo mejor que nos ha sucedido desde nuestro traslado a esta casa. No te voy a permitir que la despidas. Se porta maravillosamente con Zoe, es increíblemente madura y me gusta. Sé que se puede confiar en ella. Sé que lo que ha ocurrido ha sido un accidente. La creo —estaba hablando con confianza, esta vez en voz alta—. ¿Y qué? Está viviendo con nosotros. Está destinada a oír o ver cosas de vez en cuando que son personales. No es que guardemos esqueletos en el armario. ¿Qué importa si sabe cuánto dinero tenemos o que estuviste casado antes? Sé que valoras tu privacidad, pero lo peor que nos puede ocurrir es que los vecinos sepan cuánto dinero tenemos, algo que por otra parte se mueren por saber desde hace meses.

Se hizo una pausa y, al fin, Walker respondió, forzado.

—Tienes razón —dijo sin alterarse—. No tenemos nada que esconder. Pero es una cuestión de principios. Esta chica no es de la familia, Libby. Es agradable, pero accidentalmente o no, ha sobrepasado los límites.

—Hablaré con ella. Me aseguraré de que no vuelva a suceder. Recuerda lo que hablamos. La necesito aquí. Por Dios, Walker, ¡el niño todavía está llorando! Tengo que ir a verlo. Podemos hablar de ello más tarde.

Mientras oía cómo subía las escaleras, me escabullí de nuevo en mi habitación y me repantigué en la cama con un libro. El alivio que sentí al escuchar a Libby decir que me necesitaban fue inconmensurable, porque yo también los necesitaba. Me encantaba Zoe. Y había comenzado a ver a Libby como a una hermana. Pero era incluso más importante lo que temía que ocurriese si me marchaba. Sin su recomendación, no podría conseguir un trabajo en cualquier parte. Si contaban la verdad sobre mi pasado, mi hermana muerta, a otra familia, sería mi perdición. ¿Quién más me daría una oportunidad tal y como ellos habían hecho, a sabiendas de mi pasado? ¿Y el sueldo que me estaban pagando? Nadie. Tendría que dejar la universidad, volver a casa, trabajar en un empleo con un salario mínimo, en una

tienda de comida o ultramarinos, como todo el mundo. Los Cohen sabían demasiado sobre mí como para poder irme. Y me di cuenta de que en ese momento sabía algo sobre ellos mientras me acurrucaba bajo el edredón mullido de la cama y la luz del pasillo entraba por el hueco de la puerta.

CAPÍTULO DIEZ

LA PUERTA TODAVÍA no estaba reparada. Ni siquiera sabía qué era lo que no funcionaba bien antes y por qué se necesitaba una semana entera para repararla, pero cada vez me costaba más dormir por las noches. Puede que Owen tuviera algo que ver. No lo había visto en los últimos dos días. Ahora me daba cuenta de que había reaccionado exageradamente. Tal vez no era asunto suyo juzgar a los Cohen o hablar sobre mi trabajo, pero no había sido maleducado. Solo presuntuoso. Y yo había respondido siendo... Bueno, maleducada. Me había educado con *Maneras en la mesa para adolescentes de Tiffany* y *Cómo ser una señorita*. Libros que veneraba, pensando que me llevarían a comprender un mundo que no conocía. No era, en ninguno de los casos, propio de mí ser innecesariamente mezquina.

Sin embargo, en los últimos tiempos había estado muy estresada. Mis primeras clases habían resultado difíciles y no estaba haciendo muchos amigos en el campus. Únicamente tenía una clase con Morgan, que me miraba desconcertada después de la noche de la fiesta, como si apenas recordara que habíamos estado juntas (y probablemente no lo recordaba). Quería gustar a Libby, pero se mostraba irascible y parecía que siempre la fastidiaba al poner el preparado para biberón equivocado, al ponerle al bebé los pañales para nadar en vez de los normales, al lavar la ropa de Zoe con agua caliente en vez de fría, al poner la ropa de color con la blanca. No era que no pudiera trabajar como niñera. Era increíble con los niños y sabía exactamente lo que estaba haciendo. Simplemente, estaba muy desconcentrada.

—¿Y cómo fue? Cuando fuiste a hablar con aquel chico, me refiero —preguntó Libby en tono amistoso.

Habían pasado dos días desde el incidente con Owen. Resultaba extraño que sacara el tema de nuevo, especialmente después de que hubiera mostrado su desaprobación la primera vez. Estaba haciendo café con la máquina de Nespresso y yo preparaba la avena con melocotón y nata para Zoe mientras, simultáneamente, le daba al niño un puré de plátanos de un tarro. Di unos toquecitos en las comisuras de los labios del bebé, donde había babeado un trozo de puré de plátano.

—Bien, supongo —aunque no había ido nada bien.

Lo último en lo que quería pensar era en Owen y la cita que nunca tuvo lugar.

—¿Solo bien?

Libby levantó la ceja.

—Creo que Zoe se divirtió con su perro —dije con cautela, dudando de si lo aprobaría.

Sentí un nudo en la garganta mientras recordaba lo mucho que nos habíamos

divertido bromeando antes del incidente en el césped y se convirtiera en un ruin sentencioso. ¿O estaba proyectando? Traté de ignorar la vocecita de mi cabeza.

—Eh —dijo Libby, colocando su taza cuidadosamente sobre la superficie de mármol de la barra y quitándome la cucharilla de Jackson de las manos—. Puedes contármelo todo, ¿recuerdas?

Colocó habilidosamente el puré de plátano en la boquita de gorrión de Jackson, muy abierta y esperando ahora que Libby estaba al mando de la cuchara.

—No hay gran cosa —respondí—. No es tan magnífico. Me refiero a que supongo que esperaba que fuéramos amigos. —Sacudí la cabeza y traté de sonreír—. Fue una estupidez. Pensé que sería agradable tener a alguien cerca para charlar.

—¿Y por qué no puedes? ¿Ha pasado algo? —presionó.

Suspiré. Realmente, no quería contarle a Libby lo que me había molestado. Lo último que quería era causar tensiones entre ellos y los vecinos, o hacer que se sintieran mal.

—No sé, supongo que sencillamente he considerado que era inmaduro —admití, tergiversando un tanto la realidad—. Quiero decir que, ¿quién vive con sus padres a los veinte años? No tiene trabajo y ni siquiera va a la universidad.

—Walker dice que está montando su propia empresa *startup* en tecnologías —dijo Libby—. Al parecer, es por lo que se salta la universidad. Ha conseguido algunas inversiones y ha querido meterse a fondo. Al parecer, ha comenzado a despegar en los últimos seis meses más o menos. Trabaja como técnico en emergencias sanitarias una vez a la semana porque le gusta —prosiguió—. Imagino que siempre ha sentido interés por la medicina y pensó en estudiar medicina durante un tiempo. A Walk le dio muy buena impresión.

—Oh —dije, con sentimientos de culpabilidad mientras me sacudían sus palabras—. ¿Así que está montando su propio negocio?

—Sí, supongo. Creo que quería poner sus ahorros en la compañía más que canalizarlos en un alquiler.

—Oh.

—De modo que tal vez no es tan inmaduro como crees.

Sonrió con complicidad, desechando los restos de comida del tarro.

—Tal vez.

Oficialmente me sentía fatal. Había juzgado a Owen basándome en... casi nada. Y, ahora, aunque me disculpara, no importaba, porque el daño ya estaba hecho. Pensaría que me disculpaba porque creía que su trabajo «seguía mis pautas» o algo por el estilo. Pero nada de eso hubiera sucedido si no se lo hubiera mencionado a Libby. En general, ni siquiera me importaba que a alguien le costara despegar. En todo caso, lo entendía mejor que nadie. Pero él no lo vería de este modo.

—¿Hay algo más, no? —preguntó Libby, al ver la expresión de mi cara.

—En realidad, no —dije—. Solo es eso.

—¿Ha dicho algo que no te ha gustado? —La voz de Libby se había vuelto más

sería, más intensa—. Pensé que teníamos un trato, Nanny. Pensé que entendías que ibas a tener que contármelo todo.

Me sentía confusa, aturdida. Intentaba brindarme apoyo, ¿entonces por qué sonaba como una amenaza? ¿Y por qué me llamaba «Nanny»?

—Yo...

—¿Te acostaste con él? —preguntó repentinamente.

—¿Qué? No, pues claro que no. ¡Por Dios!

No pude ocultar mi estupor.

Esperé desesperadamente que no se ofendiera.

—¿Eres virgen, Nanny?

Miré en dirección a Zoe para ver si lo había oído, aunque no era probable que supiera lo que significaba el término.

—Señora Cohen, no me gusta que me llame «Nanny».

Se me escaparon las palabras antes de que pudiera pensarlas un segundo.

—¿Qué?

Libby dejó su taza abruptamente.

Golpeó la barra con tanta fuerza que temí que la rompiera. Zoe alzó la vista de sus dibujos y nos miró con curiosidad.

—Yo... Yo solo...

—No —Libby me cortó con voz firme, levantando una mano para que me callara—. ¿Qué es eso de llamarme «señora Cohen» de repente? ¿Y a qué te refieres cuando yo te llamo «Annie»? ¿De qué otra forma debería llamarte?

—Annie es magnífico —dije—. Pero me acabas de llamar «Nanny».

De pronto, ya no estaba tan segura. La mirada en el rostro de Libby era una mezcla de asombro y confusión.

—No —dijo lentamente. Luego en un tono más agudo—. ¡Zoe! Ve a mirar «Dora». El iPad de mamá está ahí. Nanny y yo estamos conversando.

Y lo dije de nuevo. «Nanny», donde tenía que haber oído «Annie».

—Es ridículo —prosiguió, volviéndose hacia mí—. ¡Nunca haría algo así! Me siento ofendida de que siquiera lo hayas sugerido. Nunca te trataría como... No sé, una sirvienta o algo así.

Parecía consternada de verdad.

—No sé —tartamudeé—. Pensé que tal vez había hecho algo que te había molestado.

—No tiene ni pies ni cabeza. Probablemente lo hayas oído mal. «Nanny» y «Annie» acaban de una forma diferente, sabes. Pero yo nunca te llamaría de otro modo que no fuera tu nombre.

Asentí. Sentí que se me anegaban los ojos de lágrimas. Me abrumaba la confusión. Lo había oído en otras ocasiones. Tenía certeza de ello. ¿Pero por qué lo haría? No tenía ni pies ni cabeza. Libby se dirigió hacia el taburete que había junto al mío y me colocó un brazo alrededor del hombro.

—Escucha —dijo—. Has tenido un par de semanas duras. El estrés de la universidad, lo que sucedió el otro día... Con razón, le estás dando a todo un giro negativo. Yo cursé una asignatura en psicología, sabes. Y me parece que estás interpretando mal las cosas al oír lo que quieres oír.

—Tal vez tengas razón. Me siento demasiado débil y confundida para discutir.

Tal vez tenía razón. Si creía en algo es que la mente te podía jugar malas pasadas si se lo permitías.

—Ahora deja de intentar cambiar de tema —dijo con una sonrisa sardónica—. ¿Eres virgen o no?

Yo no sabía cómo responder. Todo aquello me resultaba muy extraño.

—No estoy segura de que me sienta cómoda hablando de esto —balbuceé.

Libby apretó la mandíbula.

—Nada de secretos —dijo—. Te lo estoy preguntando por una razón.

Tras recordar la escena del garaje y cómo me había defendido frente a Walker, decidí que tenía razón. Nada de secretos. Incluso si no imaginaba qué razones tenía para querer saber semejante cuestión.

—No soy técnicamente virgen, pero como si lo fuera —admití finalmente.

Ahora la risa de Libby era más bien un ladrido, alto y estridente.

—Ninguna de nosotras queremos reconocerlo —dijo—. O, al menos, es lo que intentamos creer cuando tenemos tu edad.

—Es que solo lo he hecho una vez —empecé a decir.

Pero Libby se dedicaba a hojear una revista, aparentemente desinteresada en la conversación ahora que me había sonsacado la respuesta.

—Hay más —admití finalmente, captando su atención.

—¿Más?

—Owen dijo otras cosas. Dijo que su madre había intentado trabar amistad con vosotros y no os habíais mostrado muy afables.

Libby apretó la mandíbula y la relajó poco a poco, como si la contrajera una y otra vez.

—Bueno —dijo al fin—. Imagino que he estado un poco ocupada, intentando levantar un negocio, criar a Jackson y todo eso.

—Eso es lo que le dije —contesté—. Ni siquiera sé por qué lo mencionó. Es absurdo. Probablemente su madre sea una entrometida.

—Estoy segura de que es muy agradable. Supongo que tengo que hacer un mayor esfuerzo para entablar relación con los vecinos.

—Libby, yo...

—No, no... —dijo, pidiendo que me callara—. Probablemente haya algo de verdad en lo que ha dicho. No he dedicado demasiado tiempo a hacer amigos, y posiblemente me iría bien. Hoy me pasaré por su casa. ¡Oh, ya sé! Los invitaré a cenar. ¿Te gustaría?

—No sé. Fui bastante maleducada con él.

—Siempre estás a tiempo para disculparte. Y valoro que me hayas defendido. Recuerda, nos apoyamos mutuamente.

—Gracias —dije sonriendo.

En realidad, Libby era sorprendente e increíblemente amable. Un tanto extravagante, de vez en cuando, eso era todo. Por otro lado, ¿quién era yo para juzgar lo que era normal y lo que no lo era? Nunca había tenido un barómetro fiable para los modales. Tal vez, en el mundo de Libby era completamente normal y en absoluto entrometido preguntarme acerca de mi virginidad. La clase a la que ella pertenecía tenía una cultura del todo distinta a la mía. Yo únicamente era una invitada y ella me había acogido en su hogar. No tenía derecho a criticarla. No se lo merecía.

—¿Por qué no te tomas el día libre para descansar? —continuó—. Pareces agotada. Tal vez te estoy apretando demasiado.

—Estoy bien —protesté.

—Insisto.

—Pero ¿y qué me dices de Zoe?

Libby lanzó una mirada sorprendida a Zoe, como si se hubiera olvidado de ella.

—Mmm... —Golpeó un dedo contra la barra, reflexionando—. La dejaré en la oficina de su padre. No pasa nada.

—Oh, no puedo dejar que...

—No pasa nada —me cortó, con mayor brusquedad en esta ocasión—. Es su padre, después de todo. Desde luego, puede pasar un día cuidando de ella.

—¿Voy con papá? —preguntó Zoe, abriendo los ojos como platos, esperanzada.

—Sí. Ahora, acábate la comida y ve a buscar los zapatos.

—Yo la llevaré, no te preocupes —le dije a Libby—. Ya te has tomado media hora hablando conmigo. No quiero que pierdas la mitad del día.

Ya había conducido en un par de ocasiones hasta el campus y disfrutaba de la sensación de estar tras el volante.

—Genial. Pondré su dirección en el GPS.

Preparé una bolsa con libros y juguetes para Zoe y la comida. Estaba tan emocionada por conducir el BMW nuevo de Libby por la ciudad que no me percaté hasta más tarde del hecho de que Libby no había besado a Zoe al despedirse. No obstante, Zoe tampoco se había dado cuenta. Estaba tan emocionada por la posibilidad de pasar el día con su padre que, al parecer, se había olvidado temporalmente de su madre. Era bastante obvio que Zoe quería más a su padre, pero era normal en los niños de esa edad. El padre, raramente en casa, era la novedad. Y Libby estaba ocupada con el bebé. Todo era muy normal.

Después de dejar a Zoe en la empresa de arquitectura de su padre, conduje sin rumbo por la ciudad durante largo tiempo, siguiendo las señales del barrio Marina District. Hacía un tiempo magnífico para ser otoño. El barrio era pintoresco. La gente de mi edad se lanzaba discos y balones de fútbol ataviados con camiseta y pantalón corto en la costa, riendo y pasándose a hurtadillas bebidas alcohólicas que sacaban de

sus mochilas. Por lo que había visto, San Francisco era una pequeña ciudad aletargada muy diferente de lo que había dejado en Detroit. Suspiré. Me iba a llevar un tiempo conocer a gente. Pero me dije a mí misma que podría comenzar cerca de casa. Sabía que tenía que pedirle disculpas a Owen. Solamente que no se me ocurría cómo. Lo pensé durante dos horas mientras conducía. Pasé por teleféricos que serpenteaban por las avenidas y músicos callejeros tocando de todo, desde el acordeón hasta el saxofón y el kazajo. Conduje sin rumbo hasta la plaza Union Square, pasando por Saks Fifth Avenue. Quería perderme en la ciudad. Fui hasta Chinatown, donde los edificios bajos y abarrotados de gente se apretujaban unos contra otros, con cada fachada mostrando su mercancía expuesta en los escaparates o en pequeños tenderetes en el exterior. Bajé haciendo un gigantesco zigzag hasta Lombard Street, sonriendo porque lo había visto en fotografías, pero nunca había soñado en verlo en persona. Pasé por el mercado Alemany Flea Market, en el que docenas de vendedores habían colocado sus puestos bajo los toldos para resguardarse de la ola de calor.

Me dirigí a Haight, una diminuta comunidad llena de color que me gustó a la primera. Sus casas eran de un rosa, azul, rojo y verde vívidos, con elaboradas molduras. Me recordaban a los enormes huevos Fabergé. Las avenidas y las fachadas estaban cubiertas de pintadas, del tipo que se parece más a una expresión artística que al vandalismo. Hasta el momento, Haight era mi parte preferida de San Francisco. Podría haber conducido durante más horas. Incluso detenerme y pasear a pie. Pero, al fin, la amenaza de la desconfianza de Libby bastó para detenerme, tomando todas las indicaciones de regreso a Isla Belvedere, que había comenzado a convertirse en una prisión opresiva, debido a la cantidad de horas que pasaba trabajando allí.

Días más tarde, todavía estaba dándole vueltas. Por suerte, no había visto a Owen. No quería verle antes de tener un plan. Algo que le mostrara que era sincera. Solamente me quedaba un día para pensar. Él y sus padres vendrían a cenar el viernes por la noche. El problema era que no me podía concentrar. La maldita puerta, o su falta, actuaba como un agujero abierto que me fustigaba. Me hacía sentir expuesta. Me devolvía a lugares en los que no quería estar. Cada vez que cerraba los ojos, me encontraba con unas imágenes de las que no podía deshacerme.

El sonido del suelo crujiendo...

Alguien tropezándose fuera de mi entrada. Mi medalla de San Cristóbal cayendo desde el armario hasta el suelo.

Mi madre desmayándose en su habitación. Sus ronquidos estridentes llenando la casa.

El calor de Dean, su aliento sudoroso contra mi cuello.

Pánico.

Lo había intentado todo. Me había deshecho de mi voluminoso armario, había

puesto un cierre en la puerta. Sin embargo, no había servido de nada. El día que puse mi primer cerrojo, había desaparecido al regresar de la escuela.

—¿Qué ocultas, Annie? —Era lo que mi madre había dicho—. ¿Te estás metiendo en las drogas? ¿Qué me escondes?

—Nada de cerrojos —había dicho él—. Es el único modo de educar a una adolescente.

Esa habitación, en mi cabeza, en la oscuridad de la noche, cuando no podía ver nada y podía haber estado en cualquier lugar, me trasladaba a aquella otra habitación. Esperaba que no durara mucho tiempo. No podía dormir. No podía hacer otra cosa que tumbarme y rezar para volver a tener aquella puerta y su cerrojo de hierro macizo. Estaba muy asustada. No había querido admitir cómo me había afectado la despedida, que no había sido capaz de dejar mis demonios atrás, después de todo. Y, durante el día, podía disimular, pero por la noche no había escapatoria.

Debí de haber permanecido tumbada durante al menos una hora, moviéndome de un lado a otro, sin poder dormir, antes de que la oyese llorar por primera vez. Era el tipo de sollozos que esperas que nunca tenga un niño pequeño; profundos y desesperados. El tipo de sollozos que, hasta el momento, no sabía que podía tener un niño. Pero no cabía duda de que era Zoe. No me moví, esperando que su madre fuera a ver qué le sucedía. Walker se había marchado unos días de viaje de negocios, de modo que Libby tenía que ser la que iba a ver a su hija. Encendí la lamparilla de noche y miré el antiguo reloj de pared al que me había acostumbrado poco a poco. Era el tipo de objeto vintage, grande y estridente, que marcaba el tiempo segundo a segundo. Vi que eran las cuatro y media de la madrugada.

Los gritos de Zoe se agudizaron y me di cuenta de que ya no estaba soñando. Parecía del todo despierta y completamente lúcida. Mi corazón comenzó a latir con fuerza mientras me preguntaba dónde estaba Libby. Me cuestionaba si rebasaba los límites al ir a ver a la niña en vez de su madre. Al fin, el temor de que le pasara algo ganó. No eran unos gritos alarmantes, pero no podía aguantar escuchar cómo sollozaba un segundo más. Podía ser, razoné, que Libby no pudiera oír a Zoe desde la planta de abajo. Pero, entonces, ¿por qué poner una niña ahí? ¿Había gritado así, sola en medio de la noche, antes de que yo apareciera? No podía dejar de pensar en ello, incluso si había un atisbo de traición.

Me levanté y me puse una bata; apagué la luz tras de mí mientras caminaba por el pasillo hacia la habitación de Zoe. Sus gritos eran más altos y agudos a medida que me aproximaba, con unos estallidos de temor tan impetuosos que tuve que dirigirme a la habitación rápida como una centella. Cuando llegué hasta la puerta, ya se había levantado de la cama. Su cuerpecito parecía un espectro en medio del resplandor de la noche que entraba a través de la ventana; sus rizos eran salvajes y flotaban por encima de unos hombros inquietos, el camisón le llegaba hasta los pies y le daba el aspecto pálido de un fantasma.

—Zoe, ¿cariño?

Lanzó sus brazos a mi alrededor en respuesta y ocultó su cara acalorada y empapada en mi hombro.

—¿Qué pasa, pequeña?

No pudo hablarme durante varios minutos. Estaba tan consternada que había entrado en un estado de pánico, hiperventilando y asfixiándose en sus sollozos intensos y apesadumbrados.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Has tenido una pesadilla?

Zoe asintió.

—Sobre mamá —dijo al fin.

—Oh, no, tesoro, ¿y qué le pasaba a mamá?

—Mamá murió —dijo Zoe, calmando sus sollozos hasta que se convirtieron en hipo.

—No, Zoe, no. Solamente era un sueño, ¿lo entiendes?

Cogí la cara de Zoe entre mis manos y la miré a los ojos.

—Mamá está en el piso de abajo. ¿Quieres ir a verla?

Zoe sacudió la cabeza y se limpió la nariz con la mano. Parecía que se había tranquilizado. Sus ojos parecían más brillantes y más despiertos. La llevé al baño que estaba junto a su habitación y le puse un pañuelo sobre la nariz.

—Suénate —ordené, y se sonó con todas sus fuerzas.

Entonces, humedecí una toalla y le sequé las lágrimas. Cuando hube acabado, Zoe bostezó. Todavía parecía un tanto triste, pero el cansancio había comenzado a apoderarse de ella.

—¿Estás segura de que no quieres bajar abajo y ver a mamá? —pregunté.

—No —dijo con firmeza—. Annie, no mamá.

Suspiré, la acaricié, pero una pizca preocupada de que me prefiriera a mí. «Es solo porque estoy aquí —me dije—. Porque estoy aquí y soy la novedad».

Los niños solían ser así, se apegaban a las nuevas niñeras, se encaprichaban y tenían curiosidad por conocer a un nuevo amigo. Zoe me cogió de la mano.

—Quédate —pidió en voz plañidera.

De modo que fui, a cuatro gatas, hasta su lado y le pasé la mano por sus rizos húmedos y apelmazados hasta que se metió, medio somnolienta, el dedo gordo en la boca y cayó dormida.

CAPÍTULO ONCE

EN MI CLASE de literatura éramos pocos. Solamente doce estudiantes en total. Nos encontrábamos dos veces por semana, los martes y jueves, durante dos horas y cuarenta y cinco minutos. Era más intenso de lo que esperaba. Estábamos tratando la dialéctica socrática y todo el mundo tenía que comentar los textos. Sin embargo, yo me estaba rezagando en mis lecturas. Me resultaba difícil compaginar el trabajo y la escuela. Estaba decidida a llevarlo todo a cabo, pero tenía que crear una estrategia más efectiva.

El otro problema lo encarnaban mis compañeros. Todo el mundo parecía un tanto bobalicón y, fuera de la universidad, hablaban como unos hippies críticos con el gobierno. Pero, de hecho, eran unos estudiantes muy inteligentes y serios. Sentía que no daba la talla y sobresalía por mi silencio, mi aspecto convencional, mi ropa de niña buena y porque todavía no había estado en ninguno de sus encuentros. Después de lo que había sucedido la primera semana, ya no confiaba en mí para ir a una fiesta, pero decían que aquellos encuentros eran algo completamente distinto. Se rumoreaba que los estudiantes serios y liberales empleaban estas fiestas como una excusa para beber vino, quemar trabajos escritos, y filosofar. También instruían en drogas como el LSD. Pasaban la noche en vela, leyendo e inventando ideas brillantes e innovadoras.

Eran los bichos raros de la SFSU. Los bichos raros y los genios. Iban en grupo y eran intocables. Yo no encajaba en su grupo. Era demasiado conformista, demasiado normal. No me gustaba sobresalir. No obstante, tampoco encajaba con el resto de la facultad, donde la mayoría iba de fiesta en fiesta y quedaba cuando no iba a clase.

—¿Annie? —preguntó el profesor Malone—. ¿Tienes algo que comentar acerca de la lectura?

Sí lo tenía. Pensé que la novela rusa de quinientas páginas que nos habían mandado leer era demasiado larga como para acabarla en dos semanas y tener un nivel de comprensión simultáneamente.

—Me fascina el personaje de Alexei —intenté—. No podía dejar de preguntarme si era un producto de su fe o si lo generó el conflicto con su padre.

Lo había extraído del manual de grandes obras para estudiantes *Cliff Notes* y rogaba que el profesor Malone no se hubiera dado cuenta. En la periferia, atisbé al menos una sonrisita de alguien que probablemente también lo había leído.

—Sí —dio su beneplácito el profesor Malone—. La naturaleza de la vejez versus el debate de la educación. ¿Alguien quiere comentarlo?

Nadie pronunció una palabra. Algunos de los chicos más inteligentes adoptaron expresiones de burla manifiesta. Me pregunté por quinta vez si debía dejar de asistir a

las clases. Fue el único comentario que hice. Sufrí las siguientes dos horas en silencio, contemplando el tictac de la manecilla del reloj.

—Muy bien, ¡eso es! —dijo el profesor Malone al fin—. Ahora algo un poco más ligero para la lectura de la próxima semana. O, al menos, más breve, aunque probablemente lo encontraréis más complejo. Vamos a comenzar nuestra unidad de literatura feminista. Es un gran salto, viniendo de la literatura rusa, pero Charlotte Perkins Gilman es una de mis escritoras preferidas del siglo XIX. Creo que su trabajo os resultará gratificante.

Suspiré interiormente y recogí mis cosas. Había visto *El papel de pared amarillo y otras historias* cuando nos habían dado el programa por primera vez, y comenzaba a pensar que las preferencias del profesor Malone en literatura feminista diferían drásticamente de las mías. Yo esperaba leer los pasajes de Virginia Woolf y Anaïs Nin que contenía el programa de muestra y que había leído antes de matricularme en el curso. Pero, en el último momento, había salido a la palestra Malone, un nuevo profesor que tenía su propia visión de lo que constituían las lecturas más feministas.

—¿Sabes? —dijo una chica rubia que mascaba chicle mientras me alcanzaba en el pasillo—. Cuando me matriculé en este curso, no me esperaba esto.

—Todavía queda una semana para desapuntarse —respondí sin empatía.

Había tenido que dejar de lado la necesidad de entablar amistades al aceptar que mi experiencia en la universidad no iba a ser la típica debido a mi trabajo. Tampoco quería henchirme de expectativas después de lo que me había ocurrido con Morgan.

—Me llamo Trista —me informó, caminando a toda prisa para seguirme el paso.

—Annie.

—¿De dónde eres?

—Texas —mentí.

—¿De veras? Yo soy de San Antonio —dijo Trista emocionada, casi derramando su café helado de Starbucks del entusiasmo.

—Soy de fuera de Dallas —me aventuré a decir, lamentando mi mentira.

—Es magnífico. ¿Has venido en coche? Yo sí. Tal vez podemos compartir el coche en vacaciones.

—No sé —dije cuando llegamos a la parte de delante de Hasting Hall—. No me veo yendo mucho a casa.

—Oh —contestó Trista, obviamente decepcionada—. Bueno, ¿qué vas a hacer ahora? ¿Quieres ir a tomar un café o algo por el estilo?

—Me parece que tienes el vaso lleno —dije sin pestañear, señalando su vaso.

Trista enrojeció.

—Lo siento —dijo ella—. ¿Te estoy molestando? No quiero resultar molesta. Es solo que estoy nerviosa. No conozco a nadie aquí. Y mi compañera de habitación es terrible. Ni siquiera se ducha todos los días. Como mucho, dos veces a la semana. Y se rocía con colonia barata para ocultar el mal olor. Realmente lo estoy pasando mal. Nunca había tenido que compartir habitación antes y...

—Eh, Trista —interrumpí—. Lo siento de veras, pero tengo que volver a casa, al lugar en el que vivo, quiero decir. No estoy en el campus y tenemos gente esta noche, de modo que...

—¿Una fiesta? —inquirió Trista emocionada.

—No, no, nada de eso. Solo gente que viene a cenar.

Comencé a sentirme culpable mientras me observaba con avidez. Parecía el tipo de chica que había sido bastante pijotera, pero bienintencionada, en el instituto. El tipo de chica completamente ajena a la intuición, tan inocente que no podías soportar aplastarla. Apreté los dientes.

—¿Te gustaría... venir? —pregunté—. Tengo que decírselo a la familia con la que estoy, pero...

—¡Me encantaría! —respondió efusivamente—. ¡Es magnífico! Gracias por invitarme. No tenía planes, y no quiero quedarme sin hacer nada siendo jueves y, ya sabes, es sencillamente genial.

—No te hagas ilusiones. Seremos los únicos jóvenes ahí. Y Owen. Pero no va a ser muy excitante.

—No me importa en absoluto. Me muero por salir. ¿Quién es Owen?

Aquella chica era demasiado. Revisé mi valoración previa. Tal vez, la habían educado en casa. Yo había sido una solitaria en el instituto, pero tenía algo que Trista no poseía: mi orgullo. Resultaba que la única chica en humanidades, que saltaba a la vista, quería ser mi amiga. Recordé que la había oído hablar en clase, mientras tecleaba un texto para Libby en el que le preguntaba si le importaba que Trista me acompañara a la cena. Era muy inteligente. Muy inteligente. Su personalidad entusiasta se desvaneció mientras hablaba de la lectura y, entonces, se convirtió en alguien distinto, alguien con confianza, que se sabía expresar y se mostraba desenvuelta.

No recibí noticias de Libby en aquel momento, de modo que tomé la decisión de que no pasaría nada. Seguro que no le importaría que trajese a una compañera de clase.

—Yo me voy, por si necesitas que te lleve —le dije a Trista.

Me siguió hasta el aparcamiento y silbó mientras se subía al asiento de pasajeros del BMW de Libby.

—Genial —dijo con admiración.

—No es mío —contesté—. La señora con la que vivo me lo presta en ocasiones. Yo tendré mi propio coche el próximo mes.

El próximo mes, al fin, tendría dinero suficiente. No podía seguir tomando prestado el coche de Libby, aunque insistiera que no importaba. Sencillamente, no gozaba de la libertad que necesitaba. Me sentía culpable al cogerlo por algo que no fueran las clases y quería empezar a aprovechar más la ciudad. Tal vez cuando acabara el otoño, cuando todo se calmara.

—¡Vaya por dónde! —dijo Trista cuando cruzábamos el puente para llegar a la

isla de Belvedere—. ¿Tú vives aquí?

Trista no había dejado de hablar durante casi todo el trayecto sobre su familia, su perro, su afición por bailar jazz... Y yo no había tenido la oportunidad de explicar mi situación.

—Vivo aquí, pero es gratuito. O algo parecido —expliqué—. Me refiero a que trabajo para la familia que vive aquí. Hago de niñera cuando no estoy en la universidad.

—¿Eres niñera?

—Sí, niñera —apreté los dientes, tratando de no resultar irritada.

—Maravilloso.

Me di cuenta de que era hipócrita y se mostraba diplomática. Suspiré a mi pesar.

En el instante en que me disponía a entrar el coche, Libby respondió. «No», decía el mensaje de texto. Ahí estaba. Yo no sabía qué hacer. Zoe ya había salido a recibirnos. Trista abrió la puerta del coche y salió antes de que pudiera mediar palabra.

—Oh, hola —dijo a Zoe rebosante de alegría—. ¡Estás preciosa con este vestidito de flores!

Libby salió a la puerta de entrada, con los brazos cruzados encima del pecho. Apretaba la boca adustamente.

—Hola, Zoe —dije saliendo del coche—. Un segundo —dije a Trista, caminando rápidamente en dirección a Libby.

—Libby —empecé a decir—. Acabo de recibir tu mensaje.

—¿Por qué la has traído hasta aquí sin esperar primero mi respuesta?

La voz de Libby era alta, lo bastante alta como para que lo oyera.

Miré por encima del hombro a Trista, que se había erguido, observándonos presa de la confusión.

—Pensé que no te importaría —contesté con aire tranquilo—. ¿Puede quedarse? ¿Por favor?

Libby me ignoró. Me rodeó y se aproximó a Trista.

—Hola —dijo Libby con una voz excesivamente delicada—. Soy Libby. Lo siento mucho, pero Annie no me ha dicho que esperábamos visita. Y ahora tiene que trabajar. Me temo que ha habido un malentendido.

Vi cómo me ardían las mejillas. Me sentía avergonzada. Tan molesta como Trista. Ella era la única persona que se había molestado en tener una conversación de verdad conmigo desde la noche de la fiesta. Era agradable, a pesar de resultar excesivamente entusiasta.

—Oh —balbuceó Trista—. Lo siento. Entonces, me iré. Si Annie pudiera llevarme de regreso al campus...

—Imposible —interrumpió Libby—. Te pediré un taxi. Annie está en horas de trabajo. Ahora tiene que cuidar de mi hija. Y me tendrá que ayudar con la cena.

Trista asintió como si lo hubiera entendido, pero yo pude leer la confusión en su

mirada cuando Libby se volvió en dirección a la casa y pasó por mi lado sin pronunciar una palabra.

—Escucha —empecé a decir.

—No te preocupes. —La voz de Trista era inexpresiva—. Será mejor que vayas dentro.

—¿No quieres esperar dentro al taxi?

—Estoy bien aquí —dijo Trista de pie, sobre los ladrillos que conducían a la entrada.

—Entonces, ¿por qué no espero contigo?

—Annie. —La voz de Trista era inusitadamente seca—. Ya la has oído. Quiere que te pongas a trabajar ya.

—Sí.

Permanecí de pie violentamente unos segundos antes de que Trista comenzara a hablar de nuevo.

—Sabes, me va a costar al menos treinta dólares volver al campus.

—Lo siento. Te daré el dinero.

—No te preocupes.

Y, entonces, me volví y me dirigí al interior de la vivienda con Zoe detrás, dejando a Trista y a mi vergüenza fuera de la casa.

—¿Por qué has hecho eso? —susurró Libby mientras entraba en la cocina.

Estaba ocupada sacando platos cubiertos de papel de aluminio de dos grandes bolsas de papel con el logo Vic's Catering.

Desenvolvió uno tras otro, cuidadosamente, y colocó tantos como pudo en el horno. Pero tenía cierta rigidez en los hombros, había un agarrotamiento en el modo en el que se comportaba.

—Pensé que... Siempre me estás animando a que haga amigos —balbuceé.

—Déjame que te aclare algo —dijo Libby—. Esta no es tu casa. No puedes invitar a gente sin preguntar primero, especialmente en una cena que estoy preparando. Tal vez no he dejado los límites demasiado claros, Nanny. Tú formas parte del personal. No sé en qué estabas pensando.

Respiré profundamente, luchando por no llorar. Al parecer, la relación que había estado desarrollando con Libby, que yo creía era una especie de mentora-amiga, solamente había existido para mí. Sentía cómo el corazón me latía en las orejas.

—Otra cosa —dijo Libby, subiendo el tono de voz—. No quiero desconocidos metiendo la nariz por esta casa. Ni ahora ni nunca.

Walker asomó la cabeza en la cocina mientras ella estaba acabando la frase. Se aproximó a Libby, al tiempo que se ajustaba la corbata mientras entraba. Sus ojos fueron de una a otra.

—¿Tesoro? —dijo a Libby—. Annie, ¿qué pasa?

—Annie ha invitado a una desconocida a cenar sin preguntar.

—He preguntado.

—¡La has traído aquí sin mi permiso!

Libby estaba furiosa. Su piel de porcelana estaba incluso más pálida de lo normal, casi como si la ira hubiera consumido el pigmento.

—¿Dónde está la chica? —quiso saber Walk.

—Fuera —dije—. Esperando un taxi.

—¿Un taxi? Es ridículo. La llevaré. Llegaré en media hora.

—¡Walker! ¡No lo harás! ¡Ya lo creo que no! —exclamó Libby, horrorizada—. Estoy segura de que esa chica se las arreglará perfectamente con un taxi.

—Pero el dinero, Libby. ¿Por qué hacerle pagar un taxi cuando podemos llevarla sin problemas?

—Te necesito aquí —dijo ella—. Necesito que me ayudes a preparar las cosas para los invitados.

—De acuerdo —suspiró él, alzando las manos al aire—. Muy bien. ¿Qué necesitas que haga?

—Primero de todo, me gustaría que hablaras con Annie —dijo, a pesar de que yo estaba ahí—. Estoy cansada de ser yo la que pongo todas las normas aquí, como si se tratara de otra niña.

Me estremecí. Sus palabras me hirieron profundamente.

—No pueden venir desconocidos a casa, Annie —dijo Walker, volviéndose hacia mí—. Al menos, sin preguntar con anterioridad. Incluso si fueras nuestra hija, esperaríamos esta norma de cortesía. Queremos incluirte en nuestra vida diaria, en cenas como esta y en los días en la playa, pero tienes que preguntar sobre todo lo demás. No puedes suponer que puedes invitar a personas como si se tratara de tu casa.

Asentí intentando no llorar, con todas mis fuerzas.

—Lo siento mucho —dije—. No lo volveré a hacer.

—Está bien —dijo, mientras Libby lanzaba una mirada fulminante desde la esquina, junto a la cocina—. Está bien. Ya está, de modo que cambiemos de tema y disfrutemos de la noche.

Parecía extremadamente estresado, como si los conflictos no fueran su fuerte.

—Voy a tener que arreglarme, lavarme la cara con agua, echar unos tiros... —Hizo una pausa—. ¿No es divertido? Sí. Muy bien. Estaré arriba. Libby, pega un grito si me necesitas.

—Por favor, Annie, arréglate para la cena, y ponle a Zoe algo bonito —dijo Libby intentando aparentar normalidad.

Asentí y me retiré a mi habitación. No estaba segura de lo que había sucedido. Solamente sabía que había hecho algo que había entristecido profundamente a Libby. Y ahora estaba temblando, como si mi cuerpo hubiera experimentado un intenso choque. Me cogí las manos, intentando que dejaran de temblar. Pero no podía. También estaba sudando. Y faltaba muy poco para que viniese Owen, por lo que tendría que actuar con normalidad. No sabía cómo salir airoso. No había sabido nada

de él durante días, ni había hecho un movimiento en Apalabrados. Había desaparecido de escena. Y, ahora, con el enfado de Libby, nunca me había sentido tan sola. Necesitaba llorar, gritar, hacer algo. Sin embargo, no podía pegar un portazo ni podía esconderme detrás de una puerta. El pensamiento de actuar con normalidad, guardando las apariencias, era inconcebible. Tendría que encontrar el modo de no desmoronarme.

Una cosa estaba clara. Sabía que no podría llevar una vida normal o, al menos, el tipo de vida que los demás universitarios consideraban normal. Entré en el baño contiguo y cerré aquella puerta. Era el único lugar en el que podía tener intimidad. Mi baño: mi santuario. Reí miserablemente. Todo se había convertido en una pesadilla, parecía que Libby me odiaba, y no sabía cómo arreglarlo.

Entonces, me vino una idea a la mente: Libby odiaba que hubiera desconocidos en la casa, pero me había acogido a mí. A mí, a quien conocía desde hacía menos de un mes. Confiaba en mí. Cuidaba de mí. Tenía que hacerlo. Todo aquella rabia se debía a que sabía que yo era mejor que ella comportándome. La estaba decepcionando.

No podía decepcionarla.

Me limpié la nariz y me humedecí la cara con una toalla fría. Entonces, me dirigí hasta la habitación de Zoe, con parsimonia, y empecé a rebuscar en su armario. Estaba desbordada de emociones conflictivas. Ira, confusión, pero principalmente culpabilidad. No quería ser una fuente de problemas. Toda mi vida, había echado las cosas a perder. Esta vez, no.

—El rosa —dijo Zoe.

—No seas boba. Al menos, hay siete rosas —le informé—. Vamos, dime cuál.

Tras unos pocos minutos discutiendo con Zoe sobre algo tan banal como el vestido que tenía que ponerse en una cena, me sentía mucho más tranquila.

Zoe me llevó de nuevo a la realidad.

—¡Este! —gritó, señalando un atuendo con el que estaba muy familiarizada.

Había visto el vestido rosa con volantes en las fotografías de Halloween del año pasado. Tenía unos lazos azules y morados, y reflejos plateados.

—Zoe, esto es un disfraz —dije—. Tienes que escoger un bonito vestido para la visita de mamá y papá.

—Este —dijo Zoe con obstinación.

Sopesé mis opciones. Los Oswald estaban al caer, y todavía no me había cambiado. Podía permanecer ahí y vérmelas con Zoe, o podía ponerle un disfraz con el que todo el mundo creería que estaba magnífica, de todos modos, y bajar y acicalarme. Escogí lo último.

No creía que hubiera para tanto. Sabía que los Cohen eran de otro mundo, un mundo en el que había reglas sociales y códigos de vestimenta con los que nunca

había tratado en mi vida real, pero todo resultaba un tanto excesivo para una cena con los vecinos. Libby se había obsesionado con el menú durante toda la semana y había acabado pidiendo un montón de comida de su restaurante italiano preferido. Aquella mañana, antes de que me marchara a la universidad, me había dicho que la ayudara a limpiar la vajilla de plata y a aclarar la porcelana china del regalo de bodas. Había comprado velas nuevas para los candelabros, a los que había dado brillo. Había pensado en contratar a alguien para ayudar a servir, pero había cambiado de opinión cuando le había asegurado que estaría allí para ayudar en todo lo que necesitara. Parecía muy complicado. Parecía muy extraño.

De nuevo, ¿qué sabía de todo aquello? Me había criado en Detroit. Tal vez era totalmente normal en Isla Belvedere. Y, de todos modos, admiraba su deseo de perfección. Cuando Libby llevaba a cabo algo, lo hacía al ciento diez por ciento bien. Y tal vez era el modo de alcanzar lo que tenía. Escudriñé en la cómoda en busca de un atuendo que pudiera complacerle. Finalmente, me puse una falda negra sencilla, una blusa de seda roja y unas bailarinas. Me recogí el cabello en una cola, me añadí brillo de labios, y me volví hacia Zoe para tener su aprobación. Ella estaba sentada en el borde de la cama, jugando con mi pintalabios, mientras escogía qué ponerme.

—¿Qué crees? ¿Estoy guapa?

—Guapa —confirmó, con la boca cubierta de pintalabios color frambuesa.

Le quité el pintalabios a toda prisa, y echó a correr escaleras abajo justo cuando sonó el timbre.

—¡Papá! —gritó Zoe, apresurándose a bajar las escaleras para abrazar a Walker, que vestía una chaqueta con pantalones caquis.

—¡Tesoro! —dijo él como respuesta y alzando los brazos.

Libby me miró a Zoe y a mí, y su cara se endureció con aire de desaprobación.

—¿Te importaría vestirla correctamente? —inquirió.

No tuve tiempo de responder, porque ya estaba abriendo la puerta. Me recorrió un escalofrío de pavor y resentimiento.

—No te preocupes —susurró Walker con una sonrisa tensa, dándome unos golpecitos en la espalda.

Zoe sonrió desde su otro brazo.

—Tan solo se estresa cuando recibe invitados.

Los Oswald llevaban vaqueros. Miré cómo la señora Oswald observaba los pantalones blancos impolutos, su camisa negra sin hombros y el collar de perlas.

—¡Oh, Dios! —exclamó la señora Oswald atentamente después de que nos hubiéramos saludado—. ¡Me siento terriblemente mal! ¡No vamos bien vestidos! Esperábamos una barbacoa en el jardín.

—He cambiado de opinión —dijo Libby con una sonrisa de oreja a oreja—. Quería compensarles por mi confinación solitaria autoimpuesta en los últimos dos meses.

Los adultos rieron entre dientes, educadamente.

—De todos modos, no podéis evitar tener un aspecto fabuloso —añadió Libby.

No exageraba. Para tener, más o menos, cincuenta, la señora Oswald tenía un aspecto sano y en forma, y su rostro agraciado estaba bronceado y no tenía arrugas. Ella y su marido parecían compartir el interés de su hijo por el aire libre. La familia se parecía a un póster de la vida activa californiana.

—¿Qué les puedo ofrecer para beber? —preguntó Walker—. ¿Whisky? ¿Vino?

—Me tomaré una copa de vino tinto, si tenéis —dijo la señora Oswald—. Y whisky para Terry, solo.

—Chicos, creo que vosotros ya os conocéis, ¿no? —preguntó el señor Oswald con una agradable sonrisa.

—Annie —interrumpió Libby, antes de que tuviera oportunidad de responder—. ¿Por qué no le enseñas a Owen la habitación de los juegos? Tal vez, podéis echar una partida de billar mientras esperamos a que se caliente la cena.

Asentí, molesta. Libby se había mostrado muy condescendiente. Pero, aparentemente, no éramos amigas de verdad. Su tono era, supuse, apropiado para una empleada.

—¡Annie! —exclamó Libby bruscamente cuando nos dirigíamos a la habitación—. ¿No te olvidas algo?

—Disculpa —respondí—. Zoe, vamos, cariño. Vamos abajo.

—Zoe se lleva muy bien con Annie —dijo Libby mientras nos marchábamos de la habitación.

Por mi parte, intentaba actuar sosegadamente con Owen caminando tras de mí. Técnicamente, ¿no estaba fuera de servicio en aquel momento? ¿Por qué estaba insistiendo en que vigilara a Zoe? Pensaba que estaba yendo a la cena como una invitada y no como una niñera.

—¿Siempre te hace trabajar toda la noche? —preguntó Owen, dando voz a mis temores.

—No. Eh, ¿qué me dices de jugar a hockey de mesa? —pregunté rápidamente, deseosa por cambiar de tema.

No podía defender algo que yo misma no comprendía. Y, realmente, no quería adentrarme en una situación espinosa. Por alguna razón, estar con Owen desencadenaba ese sentimiento que, en ocasiones, tenía, cuando alguien me cuestionaba sobre algo que creía sin ser capaz de expresar por qué. Únicamente me había sucedido unas pocas veces antes, y cuando tenía lugar, terminaba por sentirme acorralada, como si no hubiera salida. A veces, titubeaba y no me sabía expresar. Odiaba aquella sensación de tartamudear, buscando las palabras. Quería evitar desesperadamente ponerme nerviosa de nuevo.

—¿O el fútbol? —sugirió.

—¡Cómo no!

Históricamente, era terrible jugando a fútbol, pero me había prometido ser agradable para mostrarle a Owen otra parte de mí.

—Zoe, tú y yo, estamos en el mismo equipo, ¿vale? Yo me ocuparé de esta manilla y tú de la otra.

Acerqué una silla hasta la mesa, para que Zoe pudiera subirse. Resultó que tenía una vena competitiva bastante subrayada para una niña de tres años, a juzgar por cómo se emocionaba cuando Owen la dejaba marcar. Pero no era de los que dejaba ganar, ni siquiera a una niña pequeña. Después de perder cuatro partidas seguidas, partidas en las que quien marcaba más en nuestro equipo era Zoe, fui consciente de que no podía soportarlo más.

—¿Qué pasa, Phillips? —bromeó—. ¿Ya no puedes con ello?

—De hecho, hay algo de lo que quería hablarte —dije, incapaz de mirarlo a los ojos.

—Ah, por supuesto.

De pronto, parecía incómodo y me hubiera apostado lo que fuera a que esperaba que lo dejáramos pasar.

—Zoe, ¿qué me dices de unos dibujos animados?

—¿«Dora»? —preguntó esperanzada.

—¡Claro que sí!

La senté en el sillón, envolviéndola en una manta, y le puse su DVD preferido de «Dora». En unos segundos, estaba anonadada.

—Nunca se cansa de verla —dije a Owen—. Es sorprendente.

Solamente había un sillón en el sótano, una anomalía en una casa que, aparte de eso, estaba impecablemente amueblada. Por suerte, era grande. Nuestras piernas no se rozarían. Zoe estaba hecha un ovillo en uno de los lados, y me senté en el medio, a su lado. Ella colocó los pies debajo de mis piernas, sin prestar atención. Owen permanecía sentado en la esquina contraria con una expresión de miedo palpable.

—Relájate —dije—. No es nada. Me quería disculpar por lo del otro día.

—Oh —dijo visiblemente aliviado—. No tienes por qué disculparte. De veras. No era asunto mío decir nada sobre los Cohen. Y, de todos modos, parece que estaba equivocado. Son muy agradables.

—Lo son —coincidí—. Pero quiero decir una cosa al respecto. Di por descontado que eras un vago, como algunos chicos que conocí en mi ciudad. Eran como sanguijuelas. Solo chupaban el dinero de sus padres hasta que los dejaban sin nada. Y, entonces, se quedaban a vivir en casa de sus padres, engordándose y sin trabajar.

—Vaya —dijo él—. De modo que, en tu cabeza, estoy gordo y soy una sanguijuela perezosa.

—Todavía no lo eras —reí—. Pero ibas en camino.

—Entonces, imagino que me debes unas disculpas, porque estás sumamente equivocada.

Cuando tuve el valor de mirarlo a la cara, me percaté de que se lo estaba pasando en grande.

—Lo siento —dije—. Siento haber dado por descontado que sabía quién eras sin

molestarme en conocerte. Y siento haberte juzgado. Dios —sacudí la cabeza—. Precisamente, no soy quién para juzgar. Normalmente no soy así.

—No tienes por qué explicarte.

—No, de veras. Me he pasado de la raya. Me siento fatal. No te lo mereces.

—Disculpas aceptadas —dijo Owen suavemente, aguantándome la mirada—. Y si quieres compensarme, también está bien.

—¡Puaj! —dije.

—«Puaj» no era la respuesta que esperaba. No obstante, estaba pensando que podrías recompensar tu deuda con brownies o cualquier otro manjar delicioso. No sé qué has pensado, me refiero a...

Sentí cómo mi cara enrojecía por milésima vez desde que nos habíamos sentado, y Owen rompió a reír.

—Lo sé —dije—. Lo sé. Sería mejor que estuviera morena de por vida.

—Es gracioso —respondió—. No lo cambiaría.

Me mordí el labio y le di la espalda, tímida de repente. Nunca se me había dado bien flirtear... Si era lo que estaba haciendo.

—Zoe, ¿qué tal «Dora»? —pregunté deseosa de llenar el silencio.

Sin embargo, Zoe me ignoró. No estaba escuchando nuestra conversación. Estaba mirando a Dora y Boots balanceándose en una cuerda, sobre una laguna.

—Ah... Tener tres años y la suerte de no enterarse de nada —observó Owen.

Le sonreí. Había algo en él que era sencillamente abierto y franco. Me relajaba de un modo que nadie lo hacía. No es que tuviera muchas experiencias para contrastar.

—No sé hasta qué punto tiene suerte. Tuvo una pesadilla muy inusual la noche pasada. Fue un tanto escalofriante.

—¿Monstruos? ¿Fantasmas? ¿Qué sueños tienen los niños, por cierto? Apenas pueden formar una frase completa.

—Mamá moría —dijo Zoe despreocupadamente, todavía concentrada en la pantalla.

—¿Qué?

Owen comenzó a decir algo, pero sacudí la cabeza con brusquedad y mantuvo la boca cerrada.

—Nada, nada... —dije, mientras los créditos de «Dora» comenzaban a pasar.

Zoe comenzó a tararear la canción de cuna, pero pronto su tarareo se convirtió en *Rockabye Baby*, como siempre. Canturreaba entre dientes «*Cwadle and all*»^[4].

—Ya basta —dije fingiendo seriedad, acercándome a sus axilas para hacerle cosquillas. Gritó, riendo con tanta fuerza que se cayó del sillón.

—¡No, no! —chilló alegremente como si quisiera ir a por ella.

Al fin, me desplomé en el suelo melodramáticamente, permitiendo que me devolviera las cosquillas.

—¡Me rindo! —rompí en una carcajada—. ¡Me rindo!

Pero continuó, riendo alegremente hasta que Owen entró en escena, cogiéndola

por las axilas y dándole vueltas por los aires.

—¡Suelta a la señorita! —ordenó, lanzándola al fin al sillón, donde permanecía, todavía sonriendo pero más calmada esta vez, como si estuviera perdiendo fuerza.

Mientras Zoe estaba repantigada en el sofá, yo estaba despatarrada en el suelo. Owen permanecía a mi lado, sobre la alfombra, su cuerpo lo bastante alejado del mío para no tocarnos, pero lo bastante cerca para sentir su calor.

—Zoe, ¿qué me dices de jugar a «Simón dice...»? —sugerí una vez hube recuperado el aliento, intentando desesperadamente de nuevo ignorar la sensación del cuerpo de Owen a tan solo unos centímetros del mío.

—Annie —me cortó Owen—. Hay algo que quiero decirte...

Entonces, el chirrido familiar en la puerta del sótano sonó desde lo alto, y Walker gritó.

—¡A cenar!

Zoe soltó un grito de felicidad y subió a toda prisa las escaleras. Me levanté y corrí tras ella para asegurarme de que no se caía.

—Parece que es su fan número uno, señor Cohen... —dijo Owen mientras Walker levantaba en brazos a Zoe y la colocaba sobre sus hombros.

—Es mi compinche —respondió—. Esta muchachita es mi mejor amiga.

Owen me lanzó una mirada y, cuando Walker se volvió, me tendió la mano, ayudándome a subir los últimos peldaños. ¿Estaba siendo caballeroso? ¿Se trataba de un seductor? O bien —parecía poco probable—, ¿le gustaba? ¿Qué había estado a punto de contarme? Parecía muy... serio. Una pena. Me vi abocada a darle vueltas cuando me percaté de un hecho importante: no importaba. En aquel momento, me estaba dando la mano. La sostuvo unos segundos más de los necesarios y dio un pequeño apretón antes de dejarla ir. Era como si mi corazón estuviera a punto de estallar. Latía con tanta fuerza que estaba segura de que todos en la casa podían oírlo.

La cena transcurrió en un abrir y cerrar de ojos. Cada vez que cogía un poco de puré de patata o mi vaso de agua, Owen estaba allí para distraerme. Su mano, alcanzando el cuchillo de servir. Sus ojos encontrándose con los míos en la mesa. Su voz, su sonrisa, su olor. Era como si mis sentidos estuvieran saturados. Cuando estábamos en la mesa, Owen estaba por todas partes. Me envolvía en un escudo cálido y protector. No estaba enfadado conmigo, ni siquiera un poco. Todavía había una oportunidad.

Estaba tan entretenida con la dinámica entre Owen y yo que ni siquiera percibí el silencio helado de Libby durante la comida. Finalmente, me di cuenta de que algo no iba bien cuando se levantó de la mesa a la mitad del postre, arguyendo que tenía jaqueca y que necesitaba tumbarse. No obstante, no me pareció anormal. Tal vez debería haberlo sido, no lo sé, pero es lo que ocurre cuando comienzas a enamorarte. El amor te ciega. Todos los signos que deberías ver, todos los detalles que normalmente no dejarías pasar, dan paso a lo único que deseas ver realmente: su rostro. ¿Y las advertencias, los detalles que te habrían hecho reaccionar en el pasado?

No los oyes, porque no son el sonido de su voz. El amor es un sentimiento muy hermoso y peligroso.

CAPÍTULO DOCE

EL DOMINGO ERA mi día libre, pero tenía muchos deberes. Cuando me desperté, a las diez, me vestí, y bajé. Walker, Libby, Zoe y Jackson ya se habían ido. Libby me había dejado una nota en la encimera. «Volveremos a eso de las cuatro», leí, sin los detalles habituales o una cara dibujada con una sonrisa.

Aunque era una buena noticia que se hubieran marchado. Tenía muchos deberes por acabar y Owen y yo habíamos hecho planes provisionales para quedar aquella noche. Nos habíamos visto unas cuantas veces desde que él y sus padres habían venido a cenar, pero aquellas pocas veces ya dificultaban concentrarse. Y debía entregar una crítica la semana siguiente en mi clase de literatura. Para mi sorpresa, la unidad sobre el feminismo se había convertido en mi preferida. En general, la clase era de lejos mucho más interesante que la de elementos del diseño y me sentía fatal por decepcionar a Libby.

El papel de pared amarillo y otras historias era realmente magnífico, con diferencia, pero acababa de empezar a leerlo, y se suponía que iba a ser el fundamento de mi trabajo. Habíamos estado hablando de un período de opresión femenina en el que se enviaban a las mujeres a psiquiátricos por cualquier razón — por ser «fulanas» si eran víctimas de una violación, por tener ansiedad, por resultar problemáticas—, y se suponía que esta historia ilustraba una mente femenina enajenada. En clase habíamos hablado mucho acerca de las enfermedades mentales como un producto de la época y del entorno más que como un desequilibrio químico, y cómo se empleaban como una excusa para controlar a las mujeres que se molestaban en hablar claro o actuar de un modo considerado rebelde.

Mi profesor dijo que *El papel de pared amarillo* era interesante porque lo había escrito una mujer que casi había enloquecido siguiendo el consejo del doctor que la trataba.

Luego, cuando narró su historia sobre una mujer cuyo marido le impedía trabajar, la animaba al aislamiento y a descansar en la cama para curarse de una depresión nerviosa, cambió el modo en el que los doctores trataban a sus pacientes. De manera que, a su modo, esta escritora había dado pasos de gigante en la causa de las mujeres.

Realmente, conocía el trasfondo —estaba interesada en la teoría literaria en su totalidad— y me había mentalizado en sentarme fuera, en el balcón de la planta de arriba de la casa de los Cohen, con sus magníficas vistas del Pacífico, beber un té helado y leer el relato. Para lo que no estaba preparada era para lo espeluznante que iba a ser la historia.

Al cabo de media hora, no me creía lo que leía. El personaje principal de la

historia había comenzado a ver una mujer que se arrastraba por detrás de los dibujos de la pared empapelada. Al final de la historia, tenía tanto miedo como si fuera medianoche y no mediodía. De hecho, echaba en falta la presencia de Zoe que me llevaba a la normalidad —si bien ligeramente plañidera. La mujer en la historia se había convencido de que era la mujer atrapada en el papel de pared. Se arrastraba por la habitación y rasgaba el papel de las paredes a jirones. Cuando su marido la encontraba, solamente un día después de dejar la terrible prisión de la habitación, ya había enloquecido. Se había convertido literalmente en una trepadora. Casi me sentí agradecida por la falta de privacidad en mi propia habitación.

Justo cuando acababa de leerlo, sonó el teléfono. Me dio un brinco el corazón, pues esperaba que fuera Owen. Nos habíamos escrito mensajes de texto desde la cena. Sin embargo, una llamada era algo nuevo. Miré entusiasmada el nombre que se iluminaba en pantalla: Libby Cohen.

—Hola, Libby —dije tratando de esconder mi decepción.

—Necesito que hagas algo —respondió sin molestarse en saludar—. Enciende el horno hasta las tres y cincuenta y pon un estofado, ¿vale? La carne y las verduras están en la nevera y puedes coger una lata de salsa de tomate de la despensa. Tardará menos de cincuenta minutos.

Sabía que llevaría más tiempo, pero no me concernía.

—¿Habréis llegado a casa para sacarlo? —pregunté.

—¿Por qué? ¿Tú no estarás?

—He quedado con Owen a las...

Libby suspiró desde el otro lado del teléfono.

—Muy bien, ponlo en la olla de cocción lenta. Aunque no estará tan sabroso. Vaya, no la he usado desde... nunca. Está al final de la despensa, en la parte de atrás. Simplemente conéctalo y ya me encargaré yo cuando llegue.

Hizo que sonara como si le estuviera dando un mal servicio permitiendo que se ocupara ella de eso. Y, por otro lado, ¿la finalidad de las ollas de cocción no era que hicieran todo el trabajo por sí solas?

Corté la carne en dados y añadí una pizca de romero. Había usado una olla de cocción lenta muchas veces antes, siempre que mi madre no podía cocinar. Me despertaba pronto, antes de ir a la escuela, y lo echaba todo en el interior para que Dean tuviera algo que comer al regresar por la tarde de la tienda de bricolaje. Ni siquiera tenía que pensar en lo que estaba haciendo.

Cuando acabé, necesitaba un cambio. Decidí que podría hacer mi trabajo más tarde. ¿Por qué no iba a buscar a Owen entonces? Era un tanto ridículo que no nos hubiéramos vuelto a ver, ya que vivíamos puerta con puerta. A menos que no le gustara. Pensar eso resultaba absurdo. Odiaba lo insegura que me mostraba con Owen. Las últimas semanas, no habían ido y venido otras chicas precisamente. Sabía de cierto que no existían porque me había convertido en una espía atenta en mis horas libres. Sin embargo, había algo en él muy confiado, muy seguro, que tenía el efecto

opuesto en mí. Me hacía descarrilar. Me hacía sentir que no era lo bastante buena.

Me tragué mi paranoia —la terrible fantasía que tenía de ponerme en evidencia al no haber avisado y encontrarlo con otra chica— y me puse el traje de baño. Prepararía un picnic y tal vez podríamos ir a la playa.

Preparé dos bocadillos de pavo en un pan de focaccia, algo de queso, un puñado de aceitunas, cerezas frescas, pan de plátano y un San Pellegrino. Uno de los beneficios de vivir allí era que Libby tenía frutos secos, pero no se los comía. Estaba obsesionada en comprar comida de calidad y siempre me la endilgaba, al detestar ver cómo se estropeaba. De modo que había comido más tipos de queso en el último mes que durante toda mi vida. Le había echado el ojo a las camisas del garaje... Si es que eran suyas.

Estaba a punto de salir por la entrada cuando sonó otra vez mi teléfono. Cambié la cesta de picnic, con incomodidad, a mi mano derecha, hurgando en el bolsillo de mis vaqueros. Saqué el teléfono justo cuando saltó el buzón de voz. Era Libby de nuevo. Pulsé responder antes de que pudiera dejar un mensaje.

—Nanny, agradecería que cogieras el teléfono un poco más rápido cuando llamo —dijo.

Se me pusieron los pelos de punta.

Lo había cogido tan rápido como había podido... ¿Me había llamado «Nanny» otra vez?

—Lo siento —mascullé entre dientes.

—Antes de que te vayas, tengo que asegurarme de que la comida de Zoe está preparada para cuando vaya a jugar mañana —dijo—. Quién sabe a qué hora llegaremos esta noche y no quiero tener que preocuparme antes de irme a la cama.

—De acuerdo —dije suspirando interiormente—. ¿Algo más?

—No —dijo al cabo de una pausa—. Pero te llamaré si se me ocurre algo.

Decidí dejar la cesta del picnic en la entrada mientras preparaba la comida de Zoe. Cuando acabé, al cabo de unos minutos, solo quedaban treinta minutos hasta que diera la hora en la que había planeado encontrarme con Owen. Me pregunté brevemente si debería esperar en casa, pero decidí que no quería llevar a cuestas la cesta del picnic más tiempo del necesario.

—Justo la chica que esperaba ver. —Owen abrió la puerta segundos antes de que llamara al timbre—. ¿Y traes comida? ¿Cómo sabías que era mi fantasía?

Sonreí.

—¿Cómo sabías que estaba en la puerta? —pregunté—. Eres un acosador.

—Estamos conectados —contestó—. Además, da la casualidad de que he visto una extraña cesta abandonada en medio del camino de entrada de tu casa.

—Ah, claro —dije.

—Oh, ¡aquí hay alguien que ha pensado que le tenía puesto el ojo! Te lo estás creyendo, ¿no?

Me lanzó una mirada que iluminó sus ojos verdes.

—Solamente me he pasado por aquí para preguntar si tenías algo de agua —dije en tono serio—. Estaba llevándole este picnic a un chico al final de la calle y, maldita sea, me he dado cuenta de que no tengo refrescos...

—De acuerdo —dijo él—. De acuerdo, voy a por los refrescos. Haré un descanso. Suponiendo que estés bromeando acerca del novio misterioso. ¿Dónde vamos?

—¿Tienes coche? —pregunté—. Estar en tu casa es genial, pero me muero por dar una vuelta por la ciudad. Me parece que lo único que hago estos días es trabajar.

—A su servicio, señorita. Tan solo dame un segundo.

Asentí, dirigiéndome al vestíbulo mientras él corría escaleras arriba, de dos en dos. Owen me gustaba de veras. Me gustaban sus bromas, y que era abierto y honesto. Me gustaba que no tuviera miedo de mostrar que le gustaba. Puede que fuera porque tenía veinte años. Puede que los hombres mayores fueran así. Entonces pensé en Dean y, de algún modo, dudé que fuera la excepción. Owen salió de la cocina al cabo de un minuto, cargando una bolsa al vacío llena de galletas. Intenté, sin salirme con la mía, ocultar mis nervios. Se había puesto una camisa encima de su camiseta y los pantalones cortos, y se había subido las mangas por encima de sus antebrazos bronceados. Era muy diferente de los chicos con los que había salido. Tenían una energía salvaje y sexy, pero Owen era real, dulce y buena persona. Todo combinado con el deseo más poderoso que había sentido.

—Te has puesto elegante para mí —espeté.

Y, en vez de responder con algo agudo, le llegó el turno de sonrojarse.

—No quería avergonzarte —dijo amablemente—. Estas son las galletas de chocolate famosas de mi madre.

Me tendió la bolsa, obviamente entusiasmado por cambiar de tema.

—¿Qué es lo que las hacen famosas? —quise saber.

—Simplemente lo son. Cuando pruebes una, lo sabrás.

Owen indicó la puerta de entrada y caminamos juntos, subiendo a su jeep. Me encantaba que Owen fuese probablemente el último chico en el planeta en conducir un Jeep Wrangler. Le daba un toque incluso más fabuloso.

—¿Has advertido, alguna vez, que la palabra «famoso» convierte automáticamente algo en una cosa más atrayente? —pregunté—. Si abriera mi propio restaurante, llamaría a todas mis creaciones «Las famosas habichuelas de Annie» y «El famoso crujiente de manzana de Annie» o algo por el estilo.

—¿Qué tendrías, un restaurante al estilo del sur? Tengo noticias para usted, señorita. Estas galletas, de hecho, son famosas. Ganaron el Concurso de Cocina Hershey en 1987.

Rompí a reír. No pude evitarlo.

—Eh. —Me miró fingiendo estar herido—. ¡Es un gran premio! Te llevan a Nueva York por este tipo de cosas.

—Lo creo —dije con seriedad—. ¿Cuál fue el gran premio?

—Fue un premio en metálico —respondió—. Además de un libro con las recetas

de todos los demás concursantes.

—De modo que, básicamente, un recetario con todas las recetas que perdieron —esclarecí.

—Sí, diría que fue más o menos eso.

—Con un poco de suerte, el premio en metálico fue generoso.

—Hablar de dinero es de mala educación —dijo.

Únicamente estaba bromeando, pero sus palabras me recordaron al incidente en el garaje de los Cohen.

—Uf —dije en voz alta.

Mi determinación se dobló y alcancé la bolsa en busca de una galleta.

—¡Oh, Dios! ¡Son increíbles!

Era cierto. Las virutas de chocolate todavía estaban derretidas en el interior, en una especie de masa suave y masticable. Pero la galleta estaba fría, como si se hubiera horneado durante horas o incluso un día entero. ¿Cómo podía haber virutas derritiéndose dentro de una masa fría? Era un milagro de la ciencia.

—¿A qué viene el «uf»? —quiso saber Owen.

—Oh, nada —dije agitando la mano—. Solamente que una cosa que has dicho me ha recordado algo que me ha sucedido hace poco. Di accidentalmente con unos documentos que se suponía que no tenía que ver y estuvieron a punto de despedirme.

—Increíble —contestó Owen, visiblemente sorprendido.

—¿Qué? No tenía que haber figoneado entre sus cosas.

—Bueno, ¿lo estabas haciendo? Me refiero a figonear...

—No, estaba intentando cambiar unas cajas de sitio en el garaje y una de las cajas se rompió y todo se cayó por los suelos. Pero debería de haber tenido más cuidado al controlar la vista.

—Bueno, ¿qué viste?

—Tan solo unos datos financieros —dije yéndome por la tangente—. Nada terriblemente personal.

—No puedo creer que quisieran despedirte cuando es obvio que fue un accidente —masculló Owen.

Estábamos conduciendo por la carretera 1, con vistas a la costa. Owen era un conductor experimentado, y esquivaba el tráfico con confianza, con un brazo descansando en la ventanilla abierta.

—¿Qué? De hecho, no me han despedido.

Ni siquiera le había contado la peor parte, pero su cara se había ensombrecido en cuestión de segundos.

—Tienes razón. Ha sido una reacción instintiva. Lo siento. Creo que son buena gente, solo que... No sé de qué se trata. Algo que no acaba de encajar. Probablemente me esté equivocando.

Puso música, moviendo la cabeza con un gesto divertido. Sin embargo, de reojo, pude ver que fruncía el ceño, y cómo frotaba su labio inferior con el dedo índice,

controlando el volante con la otra mano. Entonces, sonó el teléfono. Lo saqué del bolsillo y le hice una indicación a Owen para que bajara la música.

—Hola, Libby —dije mirando claramente en dirección a Owen.

Él apretó los labios con un signo de desaprobación.

—No, estoy con Owen. No, estamos bastante lejos ahora. Sí. Vale. Muy bien. Ningún problema. Ayer puse el verde en la lavadora. Muy bien. Gracias. Y siento que se quedara fuera. Sí. Gracias. Adiós.

—¿Qué? —pregunté a la defensiva cuando colgué—. Necesitaba saber si una de las camisetas de Walker estaba limpia. E imagino que dejé mi libro en la terraza y me lo ha guardado dentro.

—¿También te hacen limpiar la casa?

—No. Solamente cosas sin importancia aquí y allá cuando la asistenta no puede venir o si se acumula antes de su día libre. Le han reducido el horario un poco, dado que puedo hacer varias cosas fácilmente.

Evité su mirada, pues sabía que tenía que decir algo al respecto.

—¿Te ha costado mucho que te dejara salir? —quiso saber—. Parecía que te estuvieras disculpando.

—Realmente no. No le gusta el desorden —dije a la defensiva.

—¿Eres su niñera o su asistenta? ¿Y no se supone que este es tu día libre?

—No te pongas así —dije—. Relájate.

Soltó un quejido parecido a un león recién nacido y afligido. Un gruñido de desconsuelo que me hizo reír. Me gustaba cómo Owen era solo Owen conmigo, sin pretensiones, sin un verdadero esfuerzo de ser otro más que el que siempre era. Solamente lo conocía desde hacía unas pocas semanas, pero ya me sentía más cerca de él de lo que lo había estado nunca con nadie, de veras. Había salido con un par de chicos en el instituto y, por supuesto, había pasado aquellos meses con Daniel; sin embargo, aquellos chicos solamente eran caras. Cuerpos. Formas de pasar el tiempo. Resultaba difícil de explicar; no obstante, aquellas personas únicamente eran manos sosteniendo mis manos, labios que apretaban los míos, personas con las que miraba películas e iba a fiestas y tenía historias. Owen era distinto: más y mejor en formas que no entendía muy bien. Y, entonces, caí en la cuenta. Con él, no me sentía fuera de lugar. No me sentía herida, mala, deforme.

«Pero no sabe nada sobre Lissa —decía una voz persistente en mi cabeza—. No sabe quién eres, no de verdad. ¿Y qué pensará de ti entonces?». »

Decidí ignorar esa voz tanto como me fuera posible. Por otro lado, Owen no era como Daniel. Podía dejar que entrara en mi mundo.

—Y, sabes, incluso mi padre se ofendió un poco —continuó Owen—. Ella fue un tanto crítica. Me refiero a que tiene veinticuatro años. Mi madre tiene unos cincuenta. Sabe un poco más de la vida que Libby.

—Espera, ¿qué? —pregunté interrumpiéndolo—. ¿Quién tiene veinticuatro años?

—Libby. ¿No lo sabías? Dios, échale una ojeada —soltó un silbido lento.

—Bueno, está claro que tú se la has echado.

Owen puso los ojos en blanco.

—No sé si lo has notado, pero no soy un mujeriego. Me refiero a que, vaya, probablemente duerme con maquillaje. Definitivamente, no es mi tipo.

Reflexioné. Había pensado que Libby tenía alrededor de treinta años. El modo en que vestía, el modo en el que se comportaba. Sencillamente, parecía que tuviera unos treinta. Era hermosa y tenía buen aspecto, no cabía duda. Pero ¿veinticuatro años? Parecía imposible.

—No puede ser que tenga veinticuatro años —argüí—. Eso significa que acabó la universidad hace tres años. Walker no es tan repulsivo. Y Walker no tiene veinticuatro años.

—Tiene treinta y tres —dijo Owen.

—De acuerdo. ¿Cómo sabes todo eso?

—Mi padre fue su agente inmobiliario. Rellenó toda la documentación cuando compraron la casa.

—Tiene unos valores morales elevados en lo que concierne a la confidencialidad del cliente —observé con severidad.

No quería tener otra discusión con Owen. Sin embargo, sentía un gran abanico de emociones. Por alguna razón, la edad de Libby me importaba. No sé por qué, pero no cuadraba con aquella imagen que tenía de mujer número uno, a la que había comenzado a endiosar muy a mi pesar. El hecho de que Libby pareciera tan joven parecía demasiado falso. Demasiado turbio. Una traición a la memoria de la mujer de Walker. Y Walker y Libby daban la sensación de ser perfectos. Y ahí estaba Owen, perforando agujeros minúsculos en su idílica fachada. Eso también me disgustaba. Sentía que no daba abasto con todo lo que los Cohen esperaban de mí. Era mucho más difícil de lo que había previsto. Lo último que necesitaba era sentir también la presión de Owen. Quería que me sirviera de fuga de escape.

Había algo más que me preocupaba sobre esa cuestión. Me daba cuenta de que cuanto más tuviera que enfrentarme a la realidad, más difícil sería continuar con todo sin sentir que me impregnaba de su parte más oscura. Pero era tan solo un trabajo. Tenía que pensar en ello. Lo que ellos hacían no tenía nada que ver conmigo.

—Oh, por favor... —dijo Owen, con aire molesto y poniendo los ojos en blanco—. Mi padre solamente lo mencionó porque mi madre se estaba entrometiendo. No podía creerse que tuviera una hija de tres años. No sé tan siquiera cuánto les costó la casa o cualquier otro detalle, salvo que pagaron en efectivo, pero puedes encontrar estos datos en páginas web públicas.

—¿Tenemos un poco de curiosidad, no? —apostillé.

—Trabajo con internet —respondió Owen encogiéndose de hombros—. No es tan difícil averiguar estas cosas.

—Así pues, ¿sabes algo de mí? —espeté de repente—. ¿Qué tipo de búsquedas llevas a cabo?

—Solamente he echado un vistazo a detalles de tu vida básicos, dónde creciste, tu coeficiente intelectual, este tipo de cosas...

Sentí que me ponía pálida. Clavé las uñas en la palma de mi otra mano, luchando contra el pánico.

—Por Dios, Annie —dijo Owen, inquieto—. Solo bromeaba. Nunca, en un millón de años, buscaría información sobre ti de este modo.

Me llevó un segundo asimilar sus palabras, un largo segundo en el que me las vi y me las deseé para volver a respirar con normalidad.

—Tienes mala idea —dije empezando a llorar—. Tienes muy mala idea.

—Eh —exclamó, inquieto, poniéndome una mano en la rodilla—. Eh. Ssss... ¿Qué pasa? Solo bromeaba.

—Está bien —dije tratando de mantener la compostura. Probablemente pensaba que estaba como un cencerro—. Lo siento. No sé por qué me ha sabido tan mal.

—No, tienes razón. No ha estado bien. Toma.

Hurgó en la guantera y me dio una caja con pañuelos. Condujo hasta que aparcó y paró el motor. Me cogió la mano, comenzó a dibujar semicírculos en mi muñeca con el pulgar.

—No quería hacerte rabiar. Era solo una broma.

—No —dije—. No hay para tanto, mientras prometas que nunca te entrometerás en mi vida privada de este modo.

—No lo haré nunca —juró, con una mirada sincera—. Te lo digo en serio. Nunca busco a gente. Incluso con los Cohen, tenía más curiosidad con la casa que otra cosa.

—Vale —respondí; me sentía más tranquila.

Mirando hacia atrás, los últimos quince minutos habían resultado más intensos de lo que era necesario.

—Es solo que... No sé. He vivido demasiadas emociones últimamente. Lo siento de veras. No pienses que soy un bicho raro. Es que no duermo bien y...

Puso su mano en mi cara para acariciarme la mejilla, el cuello, el cuero cabelludo. Se inclinó hacia mí y me besó en la mejilla una y otra vez.

—No eres un bicho raro —me susurró al oído y sentí cómo un estremecimiento me recorría la columna—. Eres perfecta.

Su mano izquierda sostuvo mi barbilla. Le permití que me volviera la cara hacia él. Cuando nuestros labios se encontraron, fue puro, perfecto, surrealista. Me sentía tan electrificada que casi no podía percibir nada. Sus labios se dirigieron hacia los míos, cuidadosamente, con un ritmo parsimonioso que me aproximó, que propició que deseara más y más. Como se había materializado lo que había fantaseado desde que lo había conocido cinco semanas atrás, por un instante resultó imposible separar la fantasía de la realidad. Todo se entremezclaba en un caos hermoso y caótico. Me permitió dejarme llevar, satisfecha de abandonarme a él.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, habíamos llegado a nuestro destino: Dolores Park, una magnífica extensión de césped en Mission Dolores. Encontramos el lugar perfecto para tumbarnos, lo bastante aislados como para que recreáramos nuestro oasis particular entre un océano de mantas para picnic, escudados por una palmera y un roble. La ciudad se alzaba en el fondo, contrastando de un modo descarnado. Tuve que sonreír. Uno no se esperaba ver la ciudad, un batiburrillo de cientos de elementos completamente distintos que se entremezclaban para formar una imagen maravillosa y caótica. Parecía un surtido de frutos secos.

—Comida... —dijo Owen en voz baja y gutural, interrumpiendo mis sueños.

Al parecer, nuestros besos le habían abierto el apetito.

—Este chico malo necesita algo de comer —afirmó, y se pinzó el estómago (no tenía un gramo de grasa) y lo apretujó.

—Se llama Garth —dijo—. Un derivado del latín *girthius maximus*.

Puse los ojos en blanco. ¿Cómo podía pasar de ser supersexy a un crío en tan solo diez minutos? No me explicaba si era divertido, o burdo e inmaduro. Fuera lo que fuese, estaba echando a perder mi subida de adrenalina posbesos.

—Te está mirando con cara rara la persona que está a las seis en punto —le informé.

—No es una persona —me susurró Owen—. Solo es un niño. ¡Eh! ¿Qué pasa, pequeño?

Owen saludó con la mano al niño, tal vez de unos cuatro años, que agarraba la mano de su madre y nos miraba mientras su madre conversaba por el móvil. Mi subida de adrenalina estaba descendiendo... hasta que se esfumó del todo.

—Sí. Está aterrorizado. Has cambiado su vida a peor. Lo has traumatizado.

—Mientras haya cambiado la tuya a mejor...

Owen soltó esa frase como una promesa medio en broma, medio en serio. Y ahí estaba el hormigueo. Una vez más.

—No me lo has dicho —hablé con rapidez, rompiendo el silencio—. Qué es lo que a tu madre no le gusta de Libby, quiero decir, me lo has dicho, pero se me ha olvidado. ¿Me lo repites?

—¿Podemos posponer la charla sobre los Cohen durante el resto de la tarde? He aprendido la lección. Y, por otro lado, preferiría hablar de otras cosas.

—De acuerdo —dije a regañadientes—. ¿De qué?

Y me ocupé de sacar los bocadillos, colocar el queso y la fruta junto a las galletas y servir agua con gas.

—¿A qué te dedicabas antes de llegar a California? ¿De dónde vienes? ¿Qué te trajo aquí? ¿Qué te gusta hacer cuando no vendes tu alma a Libby Cohen?

No podía haber hecho unas preguntas más difíciles. De modo que decidí hacer lo que siempre hacía: esquivar las respuestas.

—Tú primero —respondí—. ¿Qué tipo de chico es paramédico? Y háblame de tu negocio. Apenas he oído una palabra sobre ello.

Owen cogió aire con la boca y lo soltó en un suspiro.

—Unas preguntas difíciles —dijo—. Muy bien, ahí va. Pero no creas que te vas a zafar.

—No te preocupes —respondí.

—Muy bien, imagino que soy lo que tú llamarías un colgado obsesionado por la ciencia.

Rompí a reír.

¿Un Owen fuerte, bronceado, norteamericano de pura cepa, sano y equilibrado? De acuerdo.

—Nada de atacar —dije—. Pero no puedo imaginarte encorvado frente a un vaso de precipitados.

—Nada de vasos de precipitados —estuvo de acuerdo—. Ordenadores. No sé por qué te sorprendes. Diseñaré mis gafas de montura metálica de sabihondo para ti más tarde.

Me encontré sonriendo. Parecía que no estaba bromeando. De repente, me sentía fascinada. Lo quería saber todo.

—Así pues, ¿siempre habéis vivido juntos, tus padres y tú? —pregunté.

—Sí. Mis padres y yo, concursos de matemáticas, exposiciones de ciencia y la competición nacional de deletrear palabras.

Casi me ahogo con el trozo de queso que tenía en la boca.

—No —susurré—. ¿Eras uno de esos chicos que salía por la tele? ¿Esos tipos raros?

—Lo fui —dijo con seriedad—. Eso fue en primero de secundaria. Me echaron en la cuarta ronda con la palabra «verosimilitud». Una estupidez —refunfuñó echando la cabeza hacia atrás en un gesto afligido—. Lamento aquel día. Si hubiera preguntado por el origen de la palabra, hubiera ganado. Me sabía el resto de las palabras.

—¿Crees que tu vida hubiera sido distinta si hubieras ganado?

—Tal vez —contestó—. Sí, probablemente. ¿Qué ganador de la competición nacional de deletrear palabras no va a Harvard?

Levanté una ceja. No conocía la respuesta.

—Pero si hubiera ganado, no hubiera conocido a Rebecca Carver en la habitación para llorar.

—¿Qué es la habitación para llorar?

No sabía que se pudiera sentir pavor y alegría simultáneamente.

—Donde vas a llorar cuando te equivocas con una palabra. Rebecca Carver perdió con «oscilar». Una palabra muy fácil. —Sacudió la cabeza con desdén—. Pero no se lo eché en cara porque tenía un pelo precioso.

—Naturalmente.

—Salí con Rebecca, a distancia, durante todo segundo. Íbamos en serio. Vivíamos

en dos estados diferentes, y sabía cómo usar un transistor. Teníamos docenas de conversaciones por la noche en código morse.

—Lo dirás en broma.

—Puede —sonrió—. ¿No te gustaría aprender cómo funciona?

Su mano se aproximó a la mía por encima de la manta.

—No conozco el código morse —confesé.

—Puedo enseñarte.

—No quiero aprenderlo.

Su dedo meñique se cruzó con el mío.

—Me gustas a pesar de tus puntos débiles.

Se inclinó aún más, sus párpados cayeron un poco mientras miraban mis labios, luego mis ojos y luego de nuevo mis labios. Podía sentir su respiración en mis mejillas. Bajé la cabeza, permitiendo que sus mejillas rozaran las mías. Entonces, me volví hacia él y sus labios estaban ahí, esperando. En esta ocasión, cuando su boca se encontró con la mía, sabía qué esperar, pero no fue por ello menos excitante. Estaba tan nerviosa como antes y advertí la presión de su lengua mientras se movía con la mía. Lo sentí en su totalidad. Sus olores, la rugosidad de su barbilla, cómo su valentía mostraba una cualidad que no sabía que poseyera. Cuando se apartó, incliné la frente hacia la suya. El corazón se me salía del pecho y todo lo que deseaba era una palabra que inmortalizara para siempre este instante. Resiguió mi brazo con los dedos arriba y abajo, y sentí un hormigueo por todo el cuerpo.

—Ahora tú —dijo suavemente—. Cuéntamelo todo.

Y aquel instante llegó a su fin.

—No puedo seguir con esto —respondí.

—Inténtalo.

Del modo en que lo dijo, supe que no importaría lo que contara. Podía haber navegado por todo el mundo, por mi cuenta, o pasado el instituto mirando una pared en blanco que no le hubiera importado. Le gustaba porque le gustaba, y nada de lo que hubiera hecho o no hubiera hecho antes de conocernos lo cambiaría.

—Crecí en Detroit —expliqué—. En una casa de dos habitaciones del tamaño de tu cocina. Mi padre nos abandonó cuando tenía tres años. Se fue con una camarera del Steak'n Shake, el bar de abajo en el que le gustaba atracarse de comer después de sus borracheras. Mi madre nos crió a mí y a mi hermana Lissa ella sola mientras...

Y proseguí explicando la historia. Yo hablaba y él escuchaba... Y escuchaba... Y escuchaba. No interrumpía ni me miraba con pena ni sorprendido. En algún momento, a media historia, entrelazó sus dedos con los míos y me echó atrás contra la manta que habíamos extendido. Mientras hablaba, sostuvo mi cabeza contra su pecho. Así es cómo nos quedamos hasta que hube terminado. Y cuando lo hice, no ocurrió nada. Todo era más o menos igual, salvo cuando apartamos las manos; una red invisible nos envolvía aunque nuestros cuerpos ya no se tocaran. Era la única diferencia. No era en absoluto lo que esperaba. Era mucho mejor.

No me di cuenta de que nos habíamos dormido hasta que me desperté y encontré una docena de hormigas encima del queso.

—Oh, vaya... —dije sentándome de golpe—. ¡Owen! Despierta.

Se alzó y se frotó los ojos.

—Anda... —espetó mirando el queso—. ¡Qué mala suerte! Tenía ganas de comérmelo.

—Bueno, al menos el resto de la comida está a salvo —contesté aliviada.

—Sí, porque me muero de hambre.

Comenzó a desenvolver la comida con avidez.

—Comamos rápido antes de que oscurezca.

Tenía razón. El sol se estaba poniendo en un abrir y cerrar de ojos y, como por arte de magia, habían aparecido docenas de luces blancas en las bases de las palmeras que rodeaban el parque. Era encantador.

—Has preparado todo un banquete —dijo Owen.

—Mucha de la comida ya estaba preparada. Solo he hecho los bocadillos.

—¿Qué es esto?

—Libby trajo pan de plátano casero la otra tarde. Me dijo que me lo comiera. A decir verdad me lo suplicó. Creo que está obsesionada por el peso. Es de esas personas que compra comida y obliga a los demás a comérsela.

—Podría hacer unos cuantos comentarios al respecto, pero como tengo el firme propósito de no hablar de los Cohen, me niego a hacer observaciones.

—Lo valoro —respondí, mirándolo con seriedad.

—Eh, después proyectan una película en el otro lado del parque.

Owen desenvolvió un queso y lo colocó sobre la pequeña tabla de madera que había traído.

—¿Quieres ir? Es al aire libre y gratis.

—¿Ah, sí? Suena bien.

—Es una de mis actividades preferidas en verano y otoño. Instalan una pantalla de proyección enorme. Es muy entretenido.

—¿Qué ponen esta noche?

—No estoy seguro. Creo que la película de los Teleñecos, pero puede que me equivoque.

—Supongo que no importa —dije sin pensar.

—¿Por qué?

Owen sonrió de un modo petulante. Tenía la sensación de que comenzaba a divertirse con el hecho de que me sintiera incómoda e insegura de mí misma.

Rápidamente unté un poco de queso en una rebanada y me la metí en la boca esforzándome por eliminar, de un modo convincente, cualquier tipo de charla incómoda. El queso dejaba un resabio poco frecuente y campestre que no me entusiasmaba. Cogí un pedazo de pan de plátano y lo engullí para saborearlo. El pan,

por otro lado, era delicioso: tierno, mantecoso y salteado con virutas de chocolate.

—Me he adelantado a las circunstancias y he traído una botella de vino —dijo Owen.

Dio un enorme mordisco a su bocadillo y soltó un gran suspiro de satisfacción. Estaba a punto de contarle lo que pensaba de su confianza cuando se me hizo un nudo en la garganta. Tragué con fuerza, forzando que me pasara el último trozo de pan. Sin embargo, la situación empeoró después de que lo hubiera tragado. Era como si tuviera un puño dentro de mí y estuviera obturándome el esófago. No podía respirar.

—Annie, ¿estás bien?

Owen se incorporó con los ojos abiertos como platos.

Asentí. Entonces, sacudí la cabeza. No estaba bien. Me estaba inundando el pánico demasiado rápido como para pensar. Notaba el cuerpo pesado y me picaba, y sentía la cabeza cada vez más liviana. La voz de Owen empezó a desvanecerse. Luché por respirar, pero la tráquea se me había cerrado hasta convertirse en lo que parecía una cabeza de alfiler. Como si se me hubieran amontonado en la garganta capas y capas de algodón hasta el punto de que no quedaba espacio suficiente para que entrara oxígeno en ella. Nunca me había sentido tan aterrorizada. De repente, me acordé de Lissa. Pero, en esta ocasión, su respiración era la mía. Su cuerpo, esforzándose por salir a flote, era el mío. Sus pulmones y los míos eran los mismos. Ninguna de las dos podíamos respirar. Nos estábamos ahogando.

Y entonces fui plenamente consciente de que estaba a punto de morir.

CAPÍTULO TRECE

—ME HUBIERA GUSTADO que nos hubieras informado de que eras alérgica a la nuez moscada —dijo Libby al día siguiente, con el rostro demacrado—. Hubiera leído los ingredientes. —Vaya por Dios.

—Lo hice —insistí—. Estoy segura de que lo hice.

Juraría que lo había mencionado, pero tenía la mente tan confusa que ya no podía garantizar nada. Todavía notaba el cuello hinchado y áspero, pero habían desaparecido completamente las ronchas de la boca. No me podía quejar. No estaba como para aguantar el enfado de Libby. Estaba demasiado cansada. Era alérgica a la nuez moscada desde que tenía uso de razón, de modo que me extrañaba que no lo hubiera mencionado a los Cohen. Siempre lo había tenido presente e incluso llevaba la información en una pulsera de identificación fina y plateada, que fue cómo Owen supo lo que me sucedía. En mi caso, la nuez moscada era el equivalente culinario a la picadura de una araña viuda negra. Podía resultar letal con mucha facilidad. De hecho, era una especie de milagro que me hubieran llevado a urgencias a tiempo. Una vez allí, en cuanto me administraron epinefrina, me trasladaron al hospital, donde pasé la noche en observación.

Ahora estaba de nuevo en casa de los Cohen. Me sentía muy cansada. Mucho más que eso, algo parecido a una depresión me pisaba los talones. Tendría que saltarme las clases de aquel día a causa del episodio. Me había saltado algunas clases porque Libby me había necesitado en el último minuto. Me estaba quedando rezagada en la universidad y fallaba en el trabajo, y solo era el primer semestre. Era consciente de todo ello, la vida que había estado esperando vivir durante tanto tiempo se me escapaba entre los dedos.

—No —la voz de Libby era fría—. No te excuses. Y no creas que puedes culparme. Lo hemos hecho todo para que te sintieras bien recibida. ¡Todo! Hemos pasado por alto todos los incidentes que deberían habernos disuadido. Hemos aceptado tus excentricidades, hemos...

—¿Qué... excentricidades? —pregunté con voz débil, como si procediese de otro universo, a miles de kilómetros de distancia.

—El sonambulismo, que hables sola, ¡todo! ¿No crees que me preocupa? Estás durmiendo bajo nuestro techo, ocupándote de nuestros hijos... ¡Es inconcebible! Ya te hemos hecho muchas concesiones. Incluso me he peleado con mi marido para no despedirte. Y ahora esto.

No me podía concentrar. Sus palabras eran como un fango en el que no podía caminar. ¿Sonambulismo? Nunca había sido sonámbula, que supiera. Y aunque tenía

el hábito de hablar sola, nunca lo hacía con gente a mi alrededor. O, al menos, no normalmente. No recordaba las veces que me habían cogido haciéndolo cuando creía que estaba sola. Sus palabras no tenían ni pies ni cabeza.

—¿Pero recuerdas la primera vez que hablamos? —insistí—. Durante mi entrevista por teléfono. Me preguntaste si había algo que tuvieras que saber sobre mí, y mencioné mi alergia. Lo comento allí a donde voy, y siempre que como algo que no he cocinado yo. ¿Puede que lo hayas olvidado?

—Nunca olvidaría algo así. —Libby me miró enfurruñada—. Debes de referirte a otra entrevista.

Pero solamente había habido esa entrevista. Me revolví en el sillón azul marino en el que permanecía sentada, con los dedos temblándome más de lo que deberían bajo la intensidad de la mirada de Libby. Ella tamborileó sobre el brazo de su silla con impaciencia con unas uñas cuidadosamente pintadas. Tac tac tac. Antes de que Lissa muriera, cuando mi madre se preocupaba por mí, siempre le contaba a todo el mundo lo de mi alergia. Estaba segura de que podrían haber puesto nuez moscada en alguna parte, y le daba miedo de que la ingiriera sin saberlo. En mi infancia, acostumbraba a llevar un autoinyectable de epinefrina en mi mochila, pero dejé de llevarlo al hacerme mayor y comencé a confiar en que me mantendría lejos de las comidas que pudieran contenerla.

—No estoy segura de qué hacer contigo —dijo Libby al cabo de un largo silencio—. ¿Cómo puedes culparme de esto, Nanny? Hemos tenido bastantes confrontaciones últimamente. Unos cuantos momentos difíciles. Sencillamente ya no sé cómo tratarte.

—Puedes despedirme —dije—. Dímelo si es eso lo que quieres hacer.

No podía soportar la tortura de estar sentada ahí, sin saberlo.

—Oh, pero no puedo —dijo Libby suavemente—. No puedo dejarte ir cuando me debes tanto. Tienes que pagar tu deuda, Nanny. ¡Piensa en todo lo que he hecho por ti! Todo lo que he hecho, pero también todas las veces en las que he dado la cara por ti. Walker quería despedirte después del incidente con las carpetas. Sin embargo, ¿tú ya lo sabías, no? —Su voz adoptó un tono tranquilo, casi melódico—. Sí, lo sabías, porque eres más falsa de lo que parece. Tú entraste aquí con ojos inocentes, pero ya sabías la verdad. Todo lo que has causado no tiene nombre. No, Nanny. No te vas a ir a ningún lado. Te vas a quedar con nosotros mientras te necesitamos. Y sospecho que será mucho tiempo. Me lo debes.

Me puse a temblar, comenzando a llorar levemente. Todo parecía surrealista, como una pesadilla. Todavía me sentía exhausta por los medicamentos que me habían administrado en el hospital y confundida por lo que recordaba que le había explicado a Libby en contraposición con lo que decía que había omitido. Puede que estuviera enfadada conmigo, puede que hubiera cometido algunos errores, pero nunca me hubiera dado, a sabiendas, una sustancia que pudiera ser letal. De modo que o bien estaba obviando algo o bien era ella la que lo hacía. En aquel preciso instante, me

sentía confundida, dudaba de todo lo que creía que sabía. Todo tenía otra cara, las demás posibilidades que no se habían explorado. Lo que pensaba que era la verdad, ya no lo parecía. Sentí que mi cuerpo se agarrotaba. Las lágrimas se deslizaron por mis mejillas, dejando unas líneas saladas y picantes en su recorrido.

—Nanny —dijo Libby suavemente—. No pasa nada. Tal vez haya sido muy dura contigo.

Me frotó la espalda con una mano, y con la otra me secaba las lágrimas. Muy a mi pesar, me incliné hacia ella.

—Me llamo Annie —dije con calma, tanta calma que no estaba segura de que pudiera oírme—. Por favor, llámame por mi nombre.

—Siempre lo hago —dijo Libby cuidadosamente—. Siempre empleo tu nombre.

Dejé caer mi cuerpo sobre el suyo, llorando con más fuerza, y ella me envolvió fuertemente con su brazo, reposando su mentón sobre mi cabeza.

—No te preocupes —me consoló—. No te vamos a echar. Vamos a dejar que te quedes aquí, Nanny. Podemos ayudarte. Solo necesito que colabores conmigo. Confía en mí y todo irá bien, te lo prometo. Tienes que dejar de llevarme la contraria. Solo tienes que dejar que cuide de ti.

Asentí mientras me acariciaba el cabello, apartándome los rizos húmedos y sudorosos de la cara. No protesté cuando me acompañó arriba para conducirme a la cama como si ella fuera la nanny y yo una niña pequeña.

Ni siquiera le pregunté qué le había ocurrido al papel de pared estampado que me gustaba cada vez más, por qué lo habían arrancado, revelando una pintura azul chillona, y por qué había grandes rollos de papel de pared amarillo en el suelo de mi habitación. En vez de eso, dejé que el sueño se apoderara de mí.

CAPÍTULO CATORCE

EL PAPEL DE pared no era un sueño, a pesar de que el resto de mi vida resultaba bastante confusa. El papel de pared estaba ahí cuando abrí los ojos a las siete de la mañana para ir a clase. Estaba en mi cabeza de camino, hasta cuando avanzaba entre la densa niebla que se aposentaba en la ciudad como una sábana fría y brumosa por las mañanas. El papel de pared no desapareció en todo el día, ni mientras sostenía una taza de café llena de nerviosismo mientras el profesor de filosofía política del siglo XVIII se dedicaba a impartir clase, ni siquiera cuando Morgan me pasó una nota en clase de diseño: «¿Estás bien? Pareces hecha polvo. ¿Nos hacemos la manicura/pedicura después de clase?». Estuve tentada de hacer una bola con la nota e ignorarla. «No tengo tiempo», respondí. «Tengo que volver con los niños». Ella lo leyó e hizo un gesto de irritación. Y en el salvapantallas de mi móvil, el papel amarillo apareció y empezó a dar vueltas.

Mi mesa estaba cubierta de papel de pared con un estampado amarillo. El aula comenzó a asemejarse a una prisión amarilla.

«¿Por qué mi habitación? ¿Había decidido jugar a algún juego mental enfermizo conmigo después de que hubiera visto lo que estaba leyendo? Pero ¿por qué?». Sentía que miraba desde lo alto, pero no me había tomado nada. Sentía que no había comido o dormido durante semanas. Sentía que algo había cambiado en mi interior y estaba demasiado débil para comprender qué.

No había recibido ningún mensaje de Owen durante toda la mañana. Sin embargo, había jugado con la palabra «pirata» en Apalabrados. Traté de convencerme a mí misma de que sus diecisiete horas de silencio eran normales. Pasé muchas horas escribiendo mensajes y, luego, borrándolos, en vez de atender en clase. Bebí té con menta de un termo para mantenerme despejada. Me temblaban las manos. Ahora me temblaban constantemente, porque estaba demasiado cansada y al límite de mis fuerzas. Me preguntaba cuándo me escribiría Owen y por qué no lo había hecho todavía. Me preguntaba si no pensaba en mí tanto como pensaba en él. Creía que probablemente no lo hacía, porque si lo hubiera hecho, me hubiera llamado. ¿Y si me veía como una chica con la que podía enrollarse y luego olvidarse de ella? Estos pensamientos me destrozaban. Se colaban en mi mente y se adueñaban de mí. Decidí que quería que Owen se enamorara de mí. Realmente no importaba si estaba enamorada de él.

Morgan me alcanzó después de clase. Otra chica —una de sus amigas, supongo— merodeaba incómoda tras ella.

Me sonrió ligeramente y sostuvo los libros contra el pecho.

—Chica —dijo Morgan—. ¿Dónde has estado? No te veo desde hace siglos.

—He tenido mucho trabajo. Hola —señalé con el mentón a la amiga.

—Oh, lo siento, esta es Lily —dijo Morgan—. Estamos en el equipo de animadoras. ¡Estoy en el equipo! Deberías de venir a un partido. Es impresionante.

—No sé —contesté divagando.

—Bueno, puedes pasarte cuando puedas —dijo Morgan—. Sé que estás ocupada y todo eso, pero quería decirte que el viernes damos una fiesta en la casa de las animadoras. Será increíble, vamos a tener cuatro barriles de cerveza, van a haber un montón de chicos guapos y no hemos salido juntas en todo el semestre. ¿Vendrás?

—Por supuesto —dije sabiendo perfectamente que no iría. Estaba demasiado cansada—. Intentaré ir sin falta.

—¡Genial! —La cara de Morgan se iluminó, como si me hubiera perdonado por algo que no sabía que había hecho—. Tengo que irme volando. Entreno. Será mejor que el viernes vengas pronto. Vamos a hacer antes una exhibición en casa.

—Perfecto. Desde luego. Lo intentaré.

Morgan alzó los ojos ante mi respuesta.

—Annie, al menos llama por teléfono de vez en cuando —dijo antes de marcharse.

Lily se despidió con un gesto.

—Encantada de conocerte —dijo antes de pegarse a Morgan, taconeando el suelo con sus botas.

Ni siquiera había hablado con Morgan durante el mes pasado. Era extraño que, de repente, se mostrara tan amigable. ¿Y estaba enfadada conmigo porque no la había llamado? ¿Por qué había de llamarla cuando ella no se había molestado en telefonarme?

—¡Morgan! —le grité, y se detuvo, volviendo medio cuerpo hacia mí.

Corrí hacia ellas hasta alcanzarlas.

—Veras... yo...

Quería preguntarle por qué me había dejado tirada en la fiesta. Al final, no me atreví.

—¿Ya has leído el libro para la clase de literatura femenina? ¿En el seminario de literatura? ¿*El papel de pared amarillo*?

Morgan me miró extrañada, frunciendo el ceño.

—No voy a esa clase —dijo—. Lo siento.

Entonces, dio media vuelta y se marchó, dejándome de piedra.

—Te has estado saltando muchas clases —subrayó Libby.

Como si fuera culpa mía, como si no me hubiera pedido que me saltara las clases, un día y otro, para llevar a Zoe a fiestas de cumpleaños o porque ella tenía una cita que «no podía perderse bajo ningún concepto», algo que normalmente acababa

siendo el importantísimo tratamiento para una celulitis invisible o la depilación láser de sus ingles.

—Probablemente sería más fácil tener amigos si fueras a la universidad más a menudo.

No se molestó en levantar la vista de su papeleo. Había bajado las gafas hasta el puente de la nariz y observaba atentamente un puñado de diseños.

—Únicamente creo que podría sentarme bien salir más —contesté con inquietud.

Había llegado a la conclusión que, tal vez, la fiesta de Morgan no estaría tan mal después de todo. Estaba pensando que debería hacer un último esfuerzo por tener una vida social normal en la facultad. Mientras Libby hablaba, contemplé la grieta que había empezado a formarse en el techo, encima de ella. Parecía una gotera. No podía creer que no me hubiera dado cuenta antes. Ni tampoco Libby.

—Creo que iría menos estresada si empezara a salir con más gente —mencioné.

La grieta se extendía desde un borde de la moldura hasta la otra, casi toda la longitud de la pared. Tenía ramales diminutos como dedos. La pintura se desconchaba bajo los ramales y formaba ampollas blancas y gruesas.

—Lo siento Nanny, ¿me he perdido algo? —Libby alzó la vista de sus papeles frunciendo el ceño—. En las últimas semanas, te has saltado tus deberes de nanny nueve veces. Obviamente, no te culpo por tu examen. —Agitó la mano con desdén—. No se podía evitar. Pero esa alergia a la nuez moscada podía haberse evitado. ¡De veras! ¿Y no es cierto que ocurrió cuando estabas fuera, en una cita, con tu novio? Por consiguiente, ¿en tu tiempo libre? Tal vez, si fueras un poco más responsable, ¡no pasarían estas estupideces! Tal vez si gestionaras mejor tu tiempo...

Se detuvo y tomó aire, aparentemente esforzándose para calmarse.

Froté con aire ausente una mácula de su mesa con la punta de la camiseta. Alcé la vista y me miró con severidad.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó con parsimonia, indicando el fajo de papeles que tenía delante.

Sacudí la cabeza. Solamente había pedido un viernes libre para ir a la fiesta de Morgan. De todos modos, Zoe estaría durmiendo, y Walker y Libby no tenían vida social. ¿Por qué hacía un castillo de un grano de arena?

—Son nuestras facturas —arguyó—. Para ser exactos, tus facturas del hospital. ¿Sabes cuántas horas extras nos debes para compensarnos?

Me peiné los cabellos con los dedos. Tenía razón. No había sido más que una carga desde que había llegado. Después de todo se habían esforzado para hacerme sentir cómoda.

—Te compensaré —contesté—. Lo entiendo. Lo siento. Trabajaré duro.

—Nanny, siéntate —dijo con un suspiro, indicando la silla de tela de damasco frente a la mesa—. Tengo que decirte un par de cosas.

—Muy bien —respondí, y me senté.

Me había comenzado a doler la cabeza. Había empezado a dolerme pocos

instantes después de que hubiéramos comenzado a hablar sobre la fiesta, y ahora empezaba a resultar lacerante.

—Primero de todo, me pregunto si deberías reducir tus horas en la universidad a media jornada. Antes de que protestes... —me mandó callar con la palma de la mano—, escucha mi razonamiento. Primero, muchos jóvenes apenas pueden ir a la universidad sin trabajar a media jornada. Y los que trabajan normalmente esperan hasta que tienen puestos de responsabilidad, cuando tienen horarios más flexibles. ¿Sería tan negativo tomarse un año de más para licenciarse? A mí me parece lo más lógico.

Hizo una pausa para evaluar mi reacción. Trabajar a media jornada, dijo. Era ridículo. Había estado trabajando a jornada completa desde que había comenzado, excepto los días que no había trabajado a causa del incidente con la alergia. Sin embargo, únicamente había tenido un día libre a la semana. E, incluso, no tenía garantías de disfrutar de todo el día. Apenas era media jornada. «Lo que hace que su argumento sea más válido todavía», expresó una voz en el interior de mi cabeza.

—Tengo que hablar con mis profesores... —empecé a decir.

—Muy bien —interrumpió—. Hagas lo que hagas, me parece bien. Estoy segura de que Walker también puede hablar con ellos, si es necesario. Uno de sus contratos es la nueva instalación en ingeniería. Están muy agradecidos de que haya contribuido. Estoy seguro de que recibirán muy bien nuestras sugerencias para tu currículum.

Había algo desalentador, pero también reconfortante en el modo en el que los Cohen tomaban las decisiones por mí. Si hubiera tenido más energía, puede que me hubiera enfrentado. Sin embargo, era un alivio dejarse llevar, permitir que las cosas sucedieran. La alternativa era simplemente demasiado cansada.

—¿Qué más? —pregunté.

Libby suspiró de nuevo, frotándose las sienes.

Se levantó y rellenó la tetera eléctrica con agua, sacando un manojito de bolsas de té del cajón de la mesa.

—Es Owen —dijo bruscamente, mientras el agua comenzaba a hervir.

—¿Qué le pasa? —intenté mantener un tono de voz neutro.

—No estoy segura de que te convenga.

—¿De qué hablas? —la obligué a explicarse—. Es mi único amigo aquí.

—Tesoro —rompió a reír Libby—. ¡No lo saques todo de quicio! Y, por otro lado, ¿no somos amigas? —Asentí ligeramente, aunque todavía estaba confundida sobre este punto—. Únicamente creo que ocupa el tiempo libre que deberías dedicarte a tus tareas de la facultad. Como sabes, deberías llevar una vida universitaria normal. Pero también me siento responsable de ti. No puedo imaginar lo que tus padres pensarían si supieran que tienes relaciones sexuales con alguien mucho mayor que tú.

—Solamente tiene veinte años. Y no tenemos relaciones sexuales.

Estaba demasiado desconcertada para hablar coherentemente o incluso mencionar que no era asunto suyo.

—Entonces, ¿de dónde ha llegado esto? —quiso saber Libby, hurgando en su escritorio para sacar una caja de condones—. Al parecer, Zoe lo encontró en tu habitación. Gracias a Dios es demasiado pequeña para saber qué es. No estoy segura de que me sienta cómoda con una persona que trae a desconocidos a esta casa. ¡Con mi hija merodeando por la vivienda! ¿Qué sabemos de él?

Me sentía confundida, contrariada. Cogí la caja de preservativos y le eché un vistazo. Era la primera vez que tenía una entre las manos. Era prácticamente virgen, exceptuando el error cometido con Daniel.

—No son míos. Y no hemos tenido relaciones.

—Bueno, desde luego no son nuestros, si es lo que quieres dar a entender —dijo Libby, con expresión indignada y encolerizada.

—Hace meses que Walker y yo no tenemos relaciones sexuales, por el bebé —aclaró—. No porque tengamos algún problema. Pero incluso si tuviéramos, desde luego no usaríamos condones. Estamos intentando construir una familia.

—Tal vez sean de otras veces —sugerí—. De antes.

—No seas ridícula —dijo Libby bruscamente—. Responsabilízate de tus errores.

—Libby —protesté—, ni siquiera tengo una puerta en mi dormitorio. ¿Cómo podría tener relaciones sexuales?

—¡Aquí! ¡En la caseta de la piscina! ¡En el coche! En todas las habitaciones disponibles. ¿Cómo puedo saberlo? Esta no es la cuestión.

—La cuestión es que no son míos —repetí.

—Entonces, ¿qué es esto? —preguntó, extrayendo un recibo de su cajón.

—¡No tengo ni idea! Es un recibo de la farmacia. ¿Cómo puedo saberlo? Podría ser tuyo.

—La tarjeta de crédito no cuadra con ninguna de las nuestras —me informó.

Miré más abajo. El recibo tenía el número «6686». Revolví en mi bolso buscando en mi monedero, para sacar la tarjeta de crédito. Los últimos cuatro dígitos eran «6686». Volví a alzar la vista hacia Libby sin comprender.

—¿Y bien? —quiso saber.

—Concuerta —susurré.

El recibo tembló bajo mis dedos.

—No recuerdo haberlos comprado. Pero si no los compré, ¿quién lo hizo? ¿Libby, en una conspiración, para culparme por tener sexo?

Era muy extraño. Nada tenía sentido.

—Dime, Nanny. ¿De qué habláis Owen y tú cuando estáis juntos?

—No lo sé —logré decir, retorciéndome en la silla—. Solo de cosas normales y corrientes. Su familia, mi familia...

—¿Nosotros? —preguntó Libby—. ¿Tu vida aquí?

—En ocasiones —tartamudeé—. Pero nada específico. Lo normal.

—¿Vosotros dos habláis de Walker y de mí? ¿Os reís de nosotros? ¿Owen te dice lo mezquina que soy y cómo no deberías soportarlo? ¿Te dice que deberías trabajar

menos? ¿Es por eso por lo que has estado tan vaga últimamente?

—¿Qué? No —insistí—. ¡No! Nunca.

—Tal vez quiere que te vayas, que huyas con él —sugirió—. Tal vez te dice que estará contigo para siempre, si se lo cuentas todo.

—No sé a qué te refieres —susurré.

Hablaba tranquilamente, pero sus palabras eran monstruosas y totalmente injustificadas. Ahora las lágrimas brotaban en silencio. No podía hacer nada para detenerlas.

—No me gusta vivir con mentirosas —dijo Libby, levantando la caja de preservativos—. De modo que voy a tener que aceptar que te has olvidado que los compraste. Tienes una pésima memoria, Nanny. Me estoy comenzando a preguntar si fuiste honesta al decir que podrías ocuparte del trabajo de nanny. Creo que tal vez haya llegado el momento de que consideremos cómo ayudarte.

La pared en la parte posterior de Libby se descomponía y se desvanecía. Había caléndula y sol y el color del anillo de compromiso de mi madre. En el interior había caras. Una capa sobre la otra, con las bocas abiertas como si gritaran por debajo de una balsa de líquido dorado.

—No tengo puerta en mi habitación —dije al fin—. ¿Por qué la estás empapelando de amarillo?

—¡Nanny! —gritó bruscamente—. ¡Céntrate! ¿Qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando?

—Annie —dije—. Me llamo Annie.

—Que es exactamente lo que he dicho —respondió furiosa—. Es exactamente como te he llamado siempre. Estoy empezando a pensar que no riges bien, Nanny. Me falta un pelo para despedirte.

Indicó lo cerca que estaba entre el dedo pulgar y el índice. Había suficiente espacio como para que, tal vez, se deslizara una hoja de papel.

—Me siento con las manos atadas.

—No lo hagas —me oí rogar—. Por favor, no lo hagas.

Si me despedía, tendría que irme. Se acabaría con Owen. Se acabaría con todo. La idea de que Libby me odiara era insoportable.

—No lo haré, por ahora, únicamente porque sé que no tienes adónde ir. ¿Te acogerían incluso esos padres aprovechados que tienes? ¿En tu situación? No, Annie. Dejaré que te quedes porque siento lástima por ti y porque me pregunto si puedo ayudarte.

—Sí —contesté.

Mi voz emergió del oscuro túnel de mi cabeza, atravesando un cuerpo enlodado y algodonado.

—Ayúdame.

—Bebe esto —dijo, dándome una taza de té—. Y coge esto.

Me tendió una pastilla blanca sobre una servilleta.

—Te tranquilizará.

—¿Qué es?

—Valium. Nada de lo que preocuparse.

Cogí la pastilla y me la tomé con un trago de té. Mi cuello entró en calor con el líquido templado y de sabor a menta, provocando que tuviera dificultades para respirar.

—¿A qué te referías con que Owen no tiene veinte años? —quise saber una vez me hube calmado—. ¿Por qué lo has dicho?

—¿Qué quieres decir? —El rostro de Libby estaba confuso—. ¿Cuándo he dicho eso?

—Hace solo un minuto... —tartamudeé—. Pensé... Me refiero a que...

—Debes de haberlo entendido mal —dijo decididamente—. Parece que tenga veinte. Su madre comentó algo sobre que hubiera sido un niño en la facultad si hubiera ido.

—¿Pero qué me dices de mis padres? Dijiste que estarían muy tristes si supieran que me acostaba con alguien mayor que yo.

—Por Dios. —Libby sonrió—. Sé que a tus padres no les importa lo que haces, ¿de modo que por qué habría de decir eso?

Entonces, hizo una pausa como si se le hubiera ocurrido algo.

—Oh, Dios —dijo—. Oh, Annie...

—¿Qué? ¿Qué sucede?

—Me pregunto si has interpretado mal algo que dije por lo de tu padrastro.

—¿De qué estás hablando?

Se me aceleró el pulso y sentí que todo lo que había alrededor me daba vueltas. El té había comenzado a ejercer su efecto balsámico o tal vez se trataba del Valium. Podía sentir el pánico, pero se había transformado, como si alguien le hubiera echado una sábana encima. Estaba allí, en algún lugar, pero lo bastante socavado como para que no me incomodara por más tiempo. Ya nada me incomodaba. El Valium era increíble, realmente lo era.

—Tesoro —dijo con suavidad—. Por supuesto, sé todo lo de tu padrastro. Era un hombre vil. No temas admitir lo que te hizo. El abuso. No hay duda de que es la razón por la que te dan miedo los hombres mayores.

—Dean no lo hizo. Nunca hizo nada. Le impedí entrar.

Mi voz suave nos envolvía. «Muy bien —me dije—. No te enfades con ella. Solo quiere ayudarte».

—Lo entiendo —asintió Libby con una mirada llena de lástima—. Lo sé. Tenemos más cosas en común de lo que crees. A las dos nos han manipulado y presionado. Los hombres mayores se aprovechaban de nosotras.

La furia soterrada en sus palabras era inconfundible.

—No —protesté débilmente—. Dean nunca tuvo una oportunidad. Nunca le di una oportunidad.

Sin embargo, el mundo se estaba desvaneciendo, y mis párpados cada vez pesaban más. Solo eran las nueve de la noche, y tenía que acostar a Zoe. No me podía quedar dormida de nuevo. No podía dejar de lado mis tareas.

—¿Dónde está Zoe? —pregunté, con mi lengua de trapo era difícil pronunciar las palabras—. Tengo que llevarla a la cama.

—Yo me ocuparé de ello —dijo Libby—. Está en el piso de arriba con su padre. Eh... —prosiguió, como si estuviera experimentando una epifanía—. Quizá tú y yo podríamos pasar un buen rato este fin de semana. ¡Podemos acabar de redecorar tu habitación! ¿No sería divertido?

No podría explicar por qué las palabras de Libby me producían temor mientras me cubría los hombros y me llevaba a otro lugar. No podría explicar exactamente qué me aterrorizaba cuando me metió en la cama, acariciándome el cabello tan afectuosamente como nunca nadie lo había hecho.

CAPÍTULO QUINCE

EL MIÉRCOLES SIGUIENTE, Owen llamó al timbre a las nueve de la noche. Lo oí desde mi habitación, pero fue Libby quien abrió. Ya me había puesto los pantalones del pijama y una camiseta y estaba lista para acostarme temprano. Me sentía exhausta desde mi discusión sobre Owen con Libby. Parecía que todo comenzaba a ir a peor, había cada vez más confusión y perdía el control, a pesar de mi esfuerzo por hacerlo bien de nuevo. Todo lo que deseaba era regresar a aquel momento de felicidad que había sentido durante mis primeras semanas en la isla. Sin embargo, recordé algo que mi madre me contó hacía mucho tiempo, cuando era pequeña y mi mejor amiga había comenzado a salir con otros —alguien con más dinero y todo lo que uno pueda desear—, dándome esquinazo. Ella me había dicho: «A veces, cuando las cosas se rompen, cariño, no puedes arreglarlas, no importa cuánto lo intentes». Es cómo me había empezado a sentir en mi relación con Libby durante las últimas dos semanas. Las cosas se habían empezado a romper de un modo que indicaban un destrozo inminente e irreparable. Y por mucho que me esforzara por taponar aquellas grietas, cada vez me resultaba más difícil.

No hubiera oído a Owen en la puerta, de no haberme dirigido a mi habitación de vuelta del baño. El murmullo de la voz helada de Libby —la que reservaba a los invitados indeseables— era inconfundible. Me detuve en el rellano, y cuando oí el tono familiar de Owen, bajé disparada justo a tiempo para escuchar cómo Libby decía:

—Le diré que te has pasado.

—Estoy aquí —dije con la voz entrecortada—. Hola.

Ni siquiera me importó llevar el pelo revuelto y vestir un pijama de lunares con botones y una camiseta de los Rolling Stones sin sujetador. Owen miró a Libby, obviamente confuso, pero ella sencillamente se irguió y se dirigió a su habitación.

—Si vas a alguna parte, Annie —dijo—, por favor, vuelve a las doce. No es tu día libre.

No me molesté en responder. Me lancé a los brazos de Owen y sentí la calidez de su cuerpo envolviéndome. Adoraba el modo en el que tenía que levantarme de puntillas para alcanzar su cara mientras se acercaba para besarme.

—Hola —dijo suavemente—. Así es como se saluda a un chico.

—Lo siento —dije—. Estoy muy contenta de verte. He pasado dos días muy duros.

—Bueno... —dijo apagando la voz, al darse cuenta de que iba en pijama—. Espero que no hayan sido tan duros como para no salir un rato, ¿no? Quería una

segunda parte del picnic. Hay un sitio al que quiero llevarte. Es uno de mis lugares preferidos en la ciudad, y creo que te encantará.

—Dame cinco minutos —dije inclinándome para que me diera otro beso—. No te vayas.

Subí las escaleras lo más rápido que pude. Solo teníamos tres horas para salir, aunque mi toque de queda era arbitrario, dado que los niños ya estaban en la cama. Aun así, no estaba de humor para discutir con Libby de nuevo. Me puse unos vaqueros y unos zapatos planos, me hice una cola, me lavé los dientes, me puse un sujetador y una camiseta de tirantes. Owen era... Uff, odiaba como me hacía latir el corazón. Odiaba lo colada que estaba por él. Pero no tenía suficiente. Lo quería y lo odiaba por no estar conmigo a cada segundo.

—Estás preciosa —dijo cuando estábamos en el coche.

Y, entonces, de pronto se inclinó hacia mí y me besó, y en esta ocasión fue distinto, más intenso y pasional. No reconocí los sonidos que emitía. Emergían de algún lugar, en las profundidades, en el que habían estado encerrados hasta entonces. Sus dedos se movían en mi pelo y bajaban por mi espalda, y me sentía insaciable, embriagada e inconsciente de lo que estaba haciendo incluso si mis manos se desplazaban con independencia de mi cerebro, tocando sus hombros y su cara. Al final, nos separamos, respirando intensamente.

Y entonces la vi.

Libby estaba de pie en la terraza de la segunda planta, mirándonos. No estaba segura de lo que podía ver, pero de todos modos di un respingo.

—Mierda... —dijo Owen—. Imagino que deberíamos haberlo dejado para más tarde.

—Vámonos —dije, transformándose la adrenalina de nuestros besos en una adrenalina cargada de odio contra Libby.

¿Qué había estado haciendo ahí fuera? ¿Había estado espiándonos? Miré a Owen y también parecía incómodo. Tamborileaba el volante con los dedos y tenía el ceño fruncido en un gesto que ya me resultaba familiar.

—¿Por qué se pone así? —quiso saber mientras nos alejábamos de la isla—. ¿Es por mí?

—No, no... —le aseguré—. Es por mí, supongo. Me refiero a que no sé. Las cosas fueron muy bien durante un tiempo y entonces encontré aquellas carpetas y es como si hubiéramos cambiado de dinámica.

—¿Qué carpetas? ¿Aquellas que me comentaste? ¿Por las que estuvieron a punto de despedirte?

—Sí —contesté suspirando—. No sé por qué, pero las cosas han sido distintas desde entonces.

—Bueno... ¿qué había en ellas?

—Me siento mal al hablar de ello, Owen, realmente no es asunto mío.

—No te preocupes —dijo apretando la boca.

—Lo más extraño, que es no había en ellas nada del otro mundo. Creo que Libby está un poco celosa. Para Walker este es su segundo matrimonio. Su exmujer murió, y creo que Libby sufre una especie de complejo porque él todavía no lo ha superado.

—¿Cómo sabes que murió?

—En las carpetas que encontré... había un testamento.

—Ah...

—¿Podemos cambiar de tema, por favor? De veras, no quiero pensar en nada de eso y contigo no tengo por qué hacerlo. No lo echas a perder.

Sonrió ligeramente y me cogió la mano, pero me di cuenta de que no estaba satisfecho. La cabeza de Owen estuvo dándole vueltas todo el camino hasta que llegamos a nuestra cita sorpresa, que acabó siendo en el Audium. Percibí por su silencio, y por las líneas que fruncían su cara, que no había dejado de pensar en ello.

Cuando llegamos al Audium, ya habíamos pasado página. El Audium no era lo que esperaba, pero de nuevo, no me había hecho una idea de qué esperar. Era un espacio circular con paredes planas, pintadas color crema y el techo cubierto de altavoces. En conjunto, debía de haber al menos cien altavoces rodeándonos, tal vez doscientos. Había unas sillas rojas en círculo y no estaba permitido hablar. Durante un minuto, estuvimos a oscuras. Owen había entrado de tapadillo una botella de espumoso y unos vasos de plástico dentro de su mochila, y era imposible que se oyerá saltar el corcho por encima de las esculturas musicales. No sé cómo se las arregló para servirlo sin derramar una gota. Tal vez colocó un dedo por debajo del chorro para que siguiera su camino por los vasos. Pensar en ello parecía normal, dada la atmósfera. No había nada de inquietante en el Audium. Pasamos las siguientes dos horas inmersos en una oscuridad impenetrable, dejando que la música de al menos doscientos altavoces surgiera desde lo alto, los alrededores y por los lados hasta que nos sentimos inmersos en un remolino de sonidos que únicamente presenciábamos nosotros. El sonido era envolvente. Lo único que me mantenía unida a la realidad era la mano en Owen en el interior de la mía.

—Ha sido increíble —respiré cuando hubo acabado.

Nuestros pasos resultaban torpes en comparación con la cacofonía que acabábamos de experimentar.

—Es uno de mis lugares preferidos de la ciudad —dijo mientras nos acercábamos al coche.

—¿Cuáles son tus otros lugares preferidos?

—Las salas de cine en Castro —dijo—. Ya iremos alguna vez. Son unos cines a la antigua, con cortinas de terciopelo, asientos de ópera y mobiliario por el estilo. Y el Museo Mecánico. No hay duda de que te tengo que llevar.

Me miró por el rabillo del ojo, sonriendo maliciosamente.

—¿Qué? —pregunté, pues su sonrisa me hacía sospechar.

—Hay una colección enorme de videojuegos y cosas similares, como muñecas mecánicas.

—Muñecas mecánicas.

—Así es, como la adivina de *Big*. Es genial.

—Porque es mejor que los terroríficos autómatas —dije.

—Exactamente.

—Me alegro mucho de que hayamos venido aquí, al menos esta vez —observé.

—Sí —contestó en un tono de voz más serio—. Desde la primera vez que vine, intento venir cuando necesito recordarme por qué la vida es más que solamente nosotros. Es el único lugar al que puedo ir en el que me siento trascendental.

—Gracias por llevarme —dije suavemente.

Se volvió hacia mí, inclinándose y aproximando mi cintura hacia la suya. Lo rodeé con mis brazos y sentí sus labios sobre los míos.

—Eres la única persona a la que he llevado —dijo—. Eres la única con la que he querido compartirlo.

Inclinó su frente contra la mía y agarró fuerte mis manos entre las suyas.

Entonces, me pregunté si lo quería.

Llegamos a casa justo en el toque de queda.

—Gracias —dije mientras bajaba del coche—. Será mejor que me vaya antes de que comencemos a besarnos de nuevo, y montemos un espectáculo ante Libby sin saberlo.

—Eh, Annie —dijo, con aquella mirada de preocupación cruzándole la mirada otra vez—. Acerca de esto... Hay algo que parece un tanto fuera de lugar.

—¿A qué te refieres?

—De cómo se disgustó después de las carpetas, de cómo se disgusta por todo, de cómo te trata desde entonces.

—Owen —le advertí, a sabiendas de adónde quería llegar—. No cometas ninguna estupidez.

—Solo pensaba husmear un poco en la red —dijo sonriendo—. Te prometo que no me meteré en problemas.

Suspiré. Sabía que no podía detenerlo ahora que se le había metido aquella idea en la cabeza.

—Muy bien —repuse—. Pero recuerda: tus problemas son mis problemas. De modo que, por favor, no te atrevas a arruinar mi trabajo argumentando que lo haces por mí.

—No va a suceder —me aseguró—. Ven, pequeña.

Me incliné para darle otro beso y se despidió con la mano mientras yo cerraba la puerta de un portazo. Lo último que vi antes de dirigirme a la casa fue su sonrisa adorable y pérfida.

Libby me necesitó a jornada completa a lo largo de aquella semana. Incluso hizo que me encargara de Jackson y que le cambiara los pañales, «privilegios» que

normalmente se reservaba para ella, ya que no lo soltaba casi nunca de los brazos, ni le quitaba el ojo de encima. Sin embargo, aquella semana fue distinto. Era como si yo estuviera de guardia, preparada para atajar cualquier crisis. No obstante, en vez de heridas de bala o aneurismas, las crisis que tenía que atender eran rasguños o cazos que amenazaban con salirse en un hervor. Sabía que debía insistir en que necesitaba algunas horas para descansar —para hacer los deberes, al menos—, pero me faltaban fuerzas. De modo que daba un brinco cuando llamaba, respondía cuando me daba un toque, estaba permanentemente pegada al interfono, como un animal atado a su correa. Era casi como si intentara mantenerme apartada de Owen a propósito.

Estaba exhausta. Pero pronto llegaría a su fin aquella semana ajetreada. Y entonces descansaría.

La casa se empequeñecía mientras correteaba incesantemente. En ocasiones, era capaz de verme desde fuera: una rata zascandileando en un laberinto, de una habitación a otra, sin dirigirse realmente a ninguna parte. Todas las habitaciones y su tamaño habían comenzado a perder interés. El papel amarillo, que había puesto en la pared aprovechando mi día libre, se burlaba de mí desde el dormitorio. Ya no me sentía libre en ningún lugar debido a aquel papel de pared. Cada mañana, cuando me despertaba, tenía que evitar el impulso de llorar. Pero no era solamente eso.

Las baldosas calientes de mi baño que encontraba tan relajantes, cuando el tiempo comenzó a cambiar, me abrasaban los pies. Eché un vistazo al termostato una y otra vez. Incluso lo apagué. Salí de mi baño de suelo rojizo y me estremecí de dolor. Mi habitación había empezado a adquirir un tono raído bajo la mirada del papel de pared amarillo. En vez de ser brillante y jovial, parecía forzado y macabro, como una gran sonrisa falsa, como la sonrisa de mi madre cuando llamaban visitantes inesperados a la puerta.

Owen era lo único que me proporcionaba normalidad.

La mañana del jueves me desperté alrededor de las seis con el sonido del teléfono. Todavía estaba oscuro, el sol apenas había empezado a imprimir su luz grisácea en las persianas de mi dormitorio. Pero Owen también se había levantado, aparentemente, porque la campanilla señalaba un movimiento nuevo en Apalabrados, que él había llamado en broma «Guerrero supremo». Necesitaba dormir más, pero quería hablar con Owen. Querer ante necesitar. Siempre había pensado que tenía un autodomínio excepcional, que era una persona lógica —hasta que conocí a Owen—. Y entonces se convirtió en todo lo que quería y necesitaba; en las dos cosas.

Owen había jugado con «sincero» por diecisiete puntos. Yo tenía una «a» acumulada, así como un cuadrado en blanco. La podía conservar o usar. Con el fin de ser franca, la usé. Jugué con «arrebato» a setenta y ocho puntos, porque me dio una pista increíble y porque me hacía sentir «arrebato» cuando lo veía. Me reí ante mi propia broma. Esperé unos minutos, echando una cabezadita hasta que respondiera. Finalmente sonó el teléfono y levanté los párpados doloridos y pesados. Sonreí. Había jugado «Tú» por siete puntos.

Me preguntaba si sabía que había creado un doble sentido.

Mi siguiente movimiento fue «abrazo». Ahora que tenía una pista, me alegraba de jugar. Hurgué bajo el edredón hasta que creé una cueva oscura para mí, iluminada solamente por la luz del teléfono móvil.

Él jugó «caliente». Dejé ir un silbido suave. ¿Era consciente de que estaba dando un giro a la situación? Decidí arriesgarme y jugar «muslos». Mi corazón latía a toda velocidad. ¿Había sido demasiado atrevida? No. No lo había sido, porque la siguiente palabra, usando la letra «s» de «sincero» fue «desnudo». No podía respirar. Un hormigueo se extendía desde el centro hasta el exterior, bajando por mis brazos hasta sentirme ligera y temblorosa.

En vez de responder, me deslicé por debajo de las mantas y crucé la habitación, cogiendo el vestido de donde estaba colgado, en la parte de atrás de la puerta del dormitorio. Tal vez si me veía fuera, bajaría. Y entonces... «¿Qué? ¿Qué planeaba hacer, que nos desnudáramos en la piscina?».

Solamente quería verle, tocarle, que me tocara. Lo demás ya no me bastaba y estaba cansada de esperar días y días por un par de horas robadas, cuando él vivía en la casa de al lado. Estaba cansada de jugar afuera con Zoe, con la esperanza de que él e Izzy pasearan por los alrededores. Lo quería en aquel momento. Quería enredar mis manos en su pelo, su mandíbula mal afeitada, acercarlo a mí, sentir sus brazos y su estómago y los músculos de su pecho contra los míos, sentir sus labios en mi cuello y el estremecimiento de mi cuerpo. Ya no podía esperar más. Era una urgencia que no había sentido con anterioridad, una sensación de inmediatez que me hacía ignorar cualquier preocupación por las consecuencias.

De modo que bajé las escaleras con la ropa que me había dado Libby: una bata de algodón, y una camiseta y pantalones cortos de conjunto. No me angustiaba quien me pudiera ver, mientras me viera él. Bajé a toda prisa por la escalera de atrás y salí por la puerta trasera cruzando la puerta de la piscina y el camino de entrada. Me escabullí a hurtadillas por la reja que dividía las dos propiedades. Reseguí con la mano los listones de madera mientras caminaba, sintiendo el rocío húmedo en los dedos de los pies. Las libélulas zumbaban a mi alrededor, pero no me molesté en apartarlas. En San Francisco, estaban por todas partes y me había acostumbrado a su presencia. Hacía frío, hacía más frío de lo que pensaba que haría en otoño en California, y demostraba que no sabía lo que me hacía, ni siquiera en lo fundamental. Pero me gustaba, el modo en el que las gotitas de agua humedecían mis pies y me hacían cosquillas en las plantas. Me gustaban la aspereza de la valla de madera bajo mis dedos, y el modo en que el viento levantaba mi bata abierta y me acariciaba la piel y el pijama. Levanté la mirada hacia su ventana, y ahí estaba, mirándome. Me acerqué a la reja, apretando mi cuerpo como si pudiera traspasarla y subir a su habitación.

Vi como presionaba su mano en el cristal. Sus dos manos estaban ahí, y retiró la cara mientras creaba una imagen con las yemas de sus dedos. Entrelazó los dedos y entrecerró los ojos, tratando de leer su mensaje entre la niebla perpetua que decoraba

la isla. Al fin se hizo la luz. Un corazón. Había dibujado un corazón con sus manos, solo para mí. Sonreí, y volví a ver su rostro; también él sonreía. Hice un gesto para que bajara, levantó un dedo: un minuto. Estaba empezando a coger frío por la humedad, de modo que decidí regresar a la terraza de la piscina. La piscina estaba caliente y podía controlar la temperatura de las baldosas de alrededor. Al menos, si alguien se despertaba no parecería que nos escondíamos. Se me pasó por la cabeza que Libby se enfurecería conmigo por invitar a alguien a casa... pero era distinto. Era Owen. Ahora lo conocía.

Regresé y me dirigí hacia la piscina, concentrándome en el reflejo del sol en la bahía. Cuando alcancé la puerta, desvié la mirada a regañadientes de la magnífica imagen a la que todavía no me había acostumbrado. Esperaba no hacerlo nunca. No quería dar por sentado algo tan maravilloso. Abrí el pestillo de la puerta, con el corazón latiéndome con fuerza ante la expectativa. Comencé a contar hasta sesenta para acortar la llegada de Owen.

Fue entonces cuando vi la figura en la piscina.

Era pequeña y oscura. Primero, pensé que tal vez era un colchón de aire que habíamos olvidado el día anterior. Era difícil de decir, porque se hallaba bajo el saliente del suelo, y el sol no había salido lo bastante como para iluminar aquel extremo de la piscina. Me aproximé, sintiendo que el corazón se me aceleraba tal y como lo hacía cuando estaba cerca de una piscina. Me comenzaron a sudar las palmas de las manos. La forma parecía más sólida que la imagen que tenía desde el otro lado.

Di otro paso y me inundó una fría ola de comprensión.

Y con ella llegaron los recuerdos.

«Una puerta sin el pestillo puesto. Tenía catorce años. Olvidé cerrarla. Un cuerpecito vestido con un bañador rosa asomándose cerca de la superficie. Lissa pidiéndome que la llevara a nadar solamente una hora antes, pero refunfuñé y me volví, deseosa de leer un poco más.

»“¡Lissa!”, grité riendo en voz alta, imaginando que estaba haciéndose la muerta. Sin embargo, ella no se puso de pie y rio, no me dijo “¡has caído!”, con su voz infantil. Aquel verano iba a cumplir siete años».

Hiné las rodillas en el borde de la piscina, observando cómo flotaba el cuerpo de Zoe. Había ocurrido lo mismo de nuevo: mi maldición, mi pesadilla, aquello de lo que intentaba escapar. Lo que había hecho enloquecer a mi madre. Deseaba acurrucarme y ponerme a dormir allí mismo, pero me levanté con todas mis fuerzas, me quité la bata y salté a la piscina.

—Zoe —me oí gritar una y otra vez mientras chapoteaba hacia ella, el agua helada lamiéndome la camiseta y los hombros, impidiéndome avanzar, burlándose de mi intento por salvarla—. ¡Zoe! —vociferé una y otra vez mientras me aproximaba.

Recé para que no fuera demasiado tarde. Mis lágrimas se mezclaron con el agua hasta que no estuve segura de si estaba llorando o no.

Sentí un gran dolor en la parte de atrás del cráneo. Un vacío en el pecho. No lo

conseguiría. No la alcanzaría.

Entonces, la puerta trasera se abrió y me encontré con los ojos de Walker, vi a Libby de pie tras ella. Vi la expresión en la cara de Libby pasar de la confusión a la alarma y, luego, al horror. Apenas tuve tiempo de preguntarme por qué llevaba un traje de baño debajo de la bata (¿había dormido con él?) antes de que me sobrecogiera el pánico.

El tiempo se detuvo.

Me sumergí en la oscuridad.

La realidad se desvaneció.

CAPÍTULO DIECISÉIS

RESULTÓ QUE ZOE no estaba muerta. Ni por asomo. Su cuerpo estaba flotando bajo la superficie del agua, en aquel curioso modo en el que lo hacen los cuerpos de los niños con sobrepeso, pero su mente estaba más despierta que nunca. Y había hecho oídos sordos a mis gritos, como si estuviera jugando. Solamente cuando salté al agua, Zoe se levantó y miró mi cara y el modo cómo la agarraba. Entonces sus gritos se igualaron a los míos, y su voz estridente se entremezcló con la mía, más madura, en una armonía discordante.

Pero no recordaba nada de eso. Después de haber visto el cuerpo de Zoe flotar en el agua —después de haber sentido que el pánico me consumía—, caí desmayada. Me desperté con el sonido de unos murmullos tensos.

—... Ha sufrido una conmoción.

—... ¿Al hospital?

—... Vamos.

Esperé un poco antes de permitir que mis ojos se abrieran para enfrentarme a la realidad de lo que fuera a suceder.

—Está despierta.

Aquella frase provenía del rostro bronceado de un joven de mi misma edad, su piel rojiza rodeada de una masa de cabello ondulado y cobrizo. Lo vi a él primero porque estaba inclinado hacia mí, sus ojos llenos de desasosiego. Me llevó lo que pareció una eternidad identificarlo como Owen. Entonces, me permití mirar alrededor y vi a Walker de pie a mi izquierda, con un pijama empapado y observándome más crispado de lo que creía que su cara parsimoniosa era capaz.

—¿Dónde está Zoe? —inquirí, irguiéndome, sobrecogida por una de las muchas oleadas de náuseas a las que me había acostumbrado.

Me vino a la mente una imagen del cuerpo de Zoe, flotando boca abajo y sin vida, en la piscina.

—Se encuentra bien —respondió Walker con severidad—. Está en casa.

—Pero...

—Solo estaba jugando, Annie... —dijo Owen amablemente—. No le ha pasado nada. Tienes un instinto maternal fuera de lo común. Parece que ha contratado la chica ideal para el trabajo, señor Cohen.

—Gracias, Owen —logró decir Walker con frialdad—. Hemos tenido suerte de que estuvieras por aquí cerca.

—Estoy contento de haber estado —contestó.

—Owen, ya puedes irte —dijo Libby, lacónica.

—Sí —estuvo de acuerdo Walker, colocando una palma sobre el hombro de Owen.

—Ya nos ocupamos nosotros.

Owen me miró con expresión reacia. No movió la mano de donde estaba, sobre la mía. No obstante, una mirada a Libby me convenció de que sería mejor que se marchara.

—Hablamos luego —dije.

—¿Estás segura de que estás bien?

Libby puso los ojos en blanco al oírlo.

—Estoy bien —aseguré, forzando una leve sonrisa para él.

—Muy bien. Nos vemos luego. Vendré a ver cómo estás.

Me dio un beso rápido en la mejilla antes de irse. Cuando llegó a la reja que separaba nuestras casas, dio un brinco como si saltara con pértiga.

—Disculpe, señor Cohen —dijo—. Es más rápido por aquí.

—Esperemos que no se convierta en un hábito —masculló Walker entre dientes—. Al parecer, te oyó gritar y te sacó de la piscina antes de que me diera tiempo a salir de casa. Algo muy de agradecer con el frío que hace. ¿Qué te ha pasado? —preguntó Walker entrecerrando los ojos.

—Estás muy pálida. ¿Tomas drogas? Sé que la universidad puede ser muy estresante, pero sabes lo que pensamos sobre este tema...

—No, no... —Sacudí la cabeza con firmeza—. Solo pensé... pensé...

—Zoe estaba jugando, eso es todo. Ella y su madre se han levantado pronto esta mañana para tomar un baño.

—Lo siento.

Me costó ponerme de pie y fue entonces cuando me di cuenta del terrible aspecto que debía de tener. Tenía la ropa empapada y colgaba de mi cuerpo, mi camiseta era casi transparente. Me envolví con la toalla apretándola con más fuerza.

Lo estaba echando todo a perder. A este paso, no duraría el año entero.

—Siéntate, Annie —ordenó Libby.

—Le estoy hablando —dijo Walker.

Una comunicación oculta discurrió entre ellos: el deseo por parte de Walks de tomar el control.

—Me estoy ocupando de ello.

—Está bien, Walker —respondió Libby con calma y firmeza.

Lo miró fijamente y vi cómo echaba hacia delante sus hombros en señal de conformidad, antes incluso de que se molestara en hablar.

—No estoy seguro.

—Está bien. ¿No tenías que ir al gimnasio? Ya son las siete y media.

Libby se sentó sin esperar una respuesta.

En lo que se refería a Libby, la conversación ya había llegado a su fin. Comprendía a Walker y admiraba cómo se conducía Libby, cómo tomaba las riendas

de la situación. Era muy extraño ver este tipo de equilibrio. Si mi madre hubiera sido de ese modo, mi vida hubiera tomado otro cauce. Por otro lado, me alegraba la idea de conversar con Libby. Ella entendería por qué me había asustado. Ella sabía qué me perseguía en mis pesadillas. Walker se detuvo para besarle la mejilla, se despidió de mí con la mano y desapareció por la parte de atrás de la terraza en dirección a la entrada.

Libby dio unas palmaditas al espacio vacío en el que estaba sentada, en una de las sillas marrones que decoraban la terraza.

—Será mejor que hablemos sin Walker delante —dijo—. De mujer a mujer. Imagino que, para ti, es duro.

Asentí al intuir que era la respuesta correcta, sin embargo estaba demasiado cansada y abrumada como para sentir nada. Únicamente quería que se acabara.

—No era plenamente del pavor que aún te causan las piscinas, Annie; debería de haberlo sabido.

La voz de Libby era amigable, bondadosa. No estaba enfadada. Estaba preocupada.

—Estoy bien, es solo...

Levantó la mano para que me callara.

—Es completamente normal, tesoro, y es algo que deberíamos de haber previsto. Y entendemos si... —Fue disminuyendo el tono de voz como si buscara las palabras exactas—. No deberías de sentirte presionada a quedarte con nosotros si supone demasiado esfuerzo para ti.

Sentí que me invadían las náuseas. Me estaba pidiendo que me marchara. Debía de tener un aspecto afligido, porque Libby se apresuró en acabar.

—¡Queremos que te quedes, Annie! En cierto modo, ha tenido su lado positivo. Has sido rápida en reaccionar... Incluso aunque te hayas desmayado. Pero si hubiera sucedido de verdad, tu grito nos hubiera alertado, y supongo que un ojo avizor es mejor que la alternativa. Y, como ya te he comentado anteriormente, estás en deuda con nosotros.

—Me gusta estarlo —dije con cautela—. Tienes que entender que este tipo de cosas nunca suceden, yo...

—No tienes que contarme nada —dijo Libby—. Y no estoy sugiriendo que deberías irte a tu casa. Sencillamente, estaba pensando... Con un trauma así, tal vez sería mejor que pidieras ayuda profesional. Te lo he comentado en otras ocasiones, y necesito saber qué piensas.

Hubo un largo silencio. ¿Estaba insinuando que visitara a un doctor?

—Estoy bien —repetí.

—Muy bien, entonces —contestó Libby con una sonrisa decidida—. En lo que a nosotros respecta, esto no ha ocurrido nunca. Y me aseguraré de que estoy disponible si Zoe quiere nadar alguna vez, de modo que no tendrás que preocuparte por llevarla. Vosotras dos podéis manteneros alejadas del área de la piscina.

Tal vez, lo mejor sería evitar la piscina. Por mucho que quisiera superarlo, por mucho que deseara haber pasado página de aquel día con Lissa, al parecer no lo había hecho. Y la visión de Zoe... Me estremecía. Era el tipo de cosa que no quería experimentar de nuevo.

—Creo que iré arriba y dormiré un rato, si no tienes inconveniente.

—Por supuesto. No te olvides de que tengo una llamada por la tarde y que mi entrenador de yoga vendrá después. Te necesito llena de energía y bien despierta por la tarde.

—No hay problema.

Dormí unas cuantas horas y pasé el resto del día ofuscada. Recibí unos mensajes de Owen del tipo «¿Estás bien?», pero no volvimos a tener la intimidad que habíamos experimentado antes de mi escena en la piscina. Esperaba no haberlo asustado. Esperaba que entendiera por qué había tenido un ataque de pánico como aquel. No obstante, cuando lo llamé más tarde, aquella misma noche, después de haber acabado mi trabajo de niñera, no pude ponerme en contacto con él. No quería ponerme paranoica, pero su silencio me angustió. Aquella noche, me revolví en la cama y el papel de pared amarillo se adentró en mis sueños, entremezclando la vigilia y el sueño en una especie de bruma parecida a una pesadilla.

CAPÍTULO DIECISIETE

LIBBY Y WALKER me dieron la noche del viernes libre para ir a la fiesta de las animadoras, lo que significaba que podría marcharme cuando hubiera acostado a Zoe.

Lo más lógico, después del incidente en la piscina, era que saliera y me divirtiese.

—Es una cría, Libs —le había dicho Walker a Libby la noche anterior—. Déjala salir, le sentará bien. Hemos estado muy tensos últimamente.

Luego, le hizo cosquillas en el cuello, haciéndola reír.

—Además, podríamos estar un rato solos —dijo en voz baja, pero no tan baja como para que no pudiera oírlo desde donde me dedicaba a cortar los raviolis de Zoe en trozos más pequeños.

Libby fingió pensárselo, pero sabía que diría que sí. Aunque siempre llevaba la voz cantante, se deshacía cuando se ponía romántica. Me había comenzado a dar cuenta de que le encantaba ser el centro de atención. No únicamente de su marido, si no de cualquiera. Era obvio por el modo en el que se le iluminaba la mirada cada vez que le preguntaba cómo quería el café, qué tipo de cenefa deseaba para las baldosas de la cocina o qué tipo de comida debía dar al bebé.

Le hice prometer a Owen que vendría a la fiesta conmigo. Todavía no conocía a Morgan tan bien y no quería quedarme sola como la última vez.

—De veras —refunfuñó—. No puedo creer que haya accedido. Pensaba que me había salvado de los lamentables eventos sociales cuando decidí no ir a la facultad. Era una de las ventajas.

—¿Nunca has echado en falta tener vida social?

—Tengo amigos, cielo. Solo que no los has conocido. Y ya sabes que no me gusta mucho salir de fiesta.

Sabía que no tenía segunda intención, pero sus palabras me hirieron.

Estábamos sentados en el invernadero jugando al Memory con Zoe.

—¡Ajá! —dije—. ¿Amigos? Cuentos chinos.

Intentaba darle poca importancia, ya que no quería darle vueltas a por qué no había conocido a nadie de su vida exactamente y por qué íbamos a su casa solo cuando sus padres estaban fuera. Removí un montón de cerezas y alcancé la tercera tarjeta en la fila de la izquierda. Más cerezas.

—¡Tienes una pareja! —exclamó Zoe, dando un brinco arriba y abajo.

Cada día estaba más adorable. Era una niña muy divertida, siempre feliz de ver a los demás felices si estaban un poco serios. Tenía sus momentos, por supuesto, pero había visto cómo otros niños gritaban a sus padres en público, mentían para obtener lo que querían y pedían atención constante.

—Zoe, solo tengo dos más que tú —informé.

—Sí, estás a punto de darnos una patada en el culo —dijo Owen.

—¡En el culo! —exclamó Zoe.

—Gracias. Muy maduro, Owen. Zoe no está bien decir «culo».

Zoe se limitó a mirarnos por debajo de sus grandes pestañas y sonrió.

—Espera, ¡hay más!

Owen se aproximó para pellizcarme el trasero, provocando que Zoe rompiera a reír. Tener a Owen cerca de mí me devolvía el equilibrio. Me sentía más yo misma de lo que me había sentido durante días. Incluso estaba emocionada por la fiesta. Esa pequeña dosis de normalidad me daba esperanzas.

—Ya es hora de ir a la cama, Zoe —dije—. Guarda todo esto.

Ella canturreó entre dientes mientras recogía las piezas.

La canción de cuna se me había vuelto tan familiar por aquel entonces que pensaba que formaba parte de Zoe, al igual que sus rizos castaños y brillantes.

La metí en la cama a regañadientes. Me preocupaba estar fuera, incluso unas pocas horas. Se había despertado histérica dos veces más desde aquella terrible noche. En una ocasión Walker había ido y en la otra, había esperado cinco minutos antes de ir yo misma. Cinco minutos de gritos ensordecedores resquebrajándola. Cinco minutos preguntándome qué podía poseer a una niña con tanta exasperación. Había sido tan horrible para mí como para ella.

—Dulces sueños, pequeña.

La besé en la mejilla y volví a recorrer el pasillo a toda prisa, despidiéndome de Libby con un rápido movimiento de la mano mientras pasaba por el salón. Me sonrió desde el sillón en el que jugaba con Jackson. Las cosas entre nosotras se habían normalizado desde el incidente en la piscina, y tenía razones para creer que las dificultades podrían haber llegado a su fin.

—Está dormida —grité, a pesar de que Libby no lo hubiera preguntado.

Luego, nos pusimos en camino con el jeep de Owen, dejando atrás las colinas de la isla, a través del puente de Golden Gate hasta San Francisco y hacia el campus. Owen tendió una mano y agarró la mía entre la suya, frotando las yemas de mis dedos con su pulgar. Miré por la ventana a la ciudad centelleante que se reflejaba en el agua y sentí algo parecido a la paz. Los principios habían sido duros, pero las cosas iban a mejorar, no me cabía ninguna duda.

—Recuérdame quiénes son esas personas.

—Persona. Es Morgan. Aquella chica con la que voy a algunas clases.

—Morgan. ¿Es su apellido?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Por nada. Solo curiosidad. —Me apretó la mano, tranquilizándome—. Perdona por haberme quejado. Será entretenido.

Sin embargo, en cuanto entramos, supe que no lo sería. Estaba abarrotado. Aún no había dado dos pasos en aquella casa desvencijada y mis compañeros de clase,

ebrios, ya me habían derramado cerveza en los zapatos y vaqueros por delante y por detrás. La música retumbaba. Owen me gritó algo al oído, y su aliento caluroso me envolvió. Me sentía pegajosa, tenía calor y estaba aturdida.

—¿Qué? —grité.

—¿Dónde quieres ir? —vociferó otra vez.

Me encogí de hombros a modo de respuesta, y me cogió de la mano, llevándome de la cocina al patio.

—¿Dónde está tu amiga? —preguntó en cuanto conseguimos volver.

Uno de los cuatro barriles estaban a unos centímetros a nuestra derecha, y la gente pululaba como moscas alrededor de un animal muerto. Temblé. Hacía frío ahí fuera y me invadió un sentimiento extraño, de ansiedad.

—No estoy segura —dije—. Tendremos suerte si la encontramos entre todo este gentío.

—Supongo que no es tan difícil —observó Owen irónicamente.

Señaló de un modo no demasiado discreto a una chica recostada contra el hombro de un chico enorme y musculoso, que permanecía apoyado contra la verja del porche de delante. Llevaba una falda azul corta y un top que ponía su ombligo al descubierto. Las manos de él se apoyaban en la piel desnuda de sus caderas.

—Creo que van de uniforme —preguntó Owen—. ¿O es que le sobra la energía?

—¡Para! —Le di un codazo en las costillas e intenté reprimir la risa—. Seguro que no van todas en uniforme. Seguro que no.

—Yo no estaría tan seguro —masculló Owen mientras notaba un golpecito en el hombro.

Me volví y me encontré con Morgan sonriéndome.

—¡Hola! —gritó lanzándose alrededor de mi cuello—. ¡Me alegro de que hayas podido venir!

Por sus mejillas coloradas, pude darme cuenta de que había empujado bastante el codo. Y no había duda de que estaba vestida con el equipo de las animadoras, con zapatillas blancas y una cinta violeta en el pelo. Estaba a punto de responderle cuando vi que su foco de atención había cambiado. Entrecerró los ojos observando por encima de mi hombro y ladeó la cabeza, frunciendo el ceño a Owen.

—¿Owen? —preguntó incrédula.

Retiré sus manos de mi hombro y me volví hacia Owen, cogiéndole de la mano. Tenía una expresión recelosa, incómoda.

—¡Hola! —respondió.

—¿Os conocéis, chicos?

Mis ojos fueron de una cara a otra. La visión de Owen había despejado a Morgan de golpe y Owen había perdido su sonrisa.

—Fuimos juntos al instituto —dijo él—. Morgan iba un par de años por detrás.

—El mundo es un pañuelo —dije, deseosa de rebajar la tensión—. Pero pensaba que eras de Kentucky.

Nada de eso tenía ni pies ni cabeza.

—Un internado —confirmó Morgan—. Te has hecho con un buen partido, Annie.

Por su tono de voz, no estaba claro de si estaba siendo sarcástica o sincera.

—¿Y cómo os habéis conocido vosotros dos?

—Somos vecinos —se apresuró Owen a decir, soltándome la mano para llevársela al pelo.

La ausencia de aquella mano me hizo sentir desnuda e insegura. ¿La había soltado por Morgan? ¿Por qué se sentía tan incómodo?

—¡No me habías contado que estabas saliendo con alguien, Annie!

De repente, el tono de voz de Morgan había recobrado su energía, como si nunca hubiera tenido lugar aquel momento incómodo.

—Lo siento —dije—. En realidad, no...

Antes de que pudiera acabar, me cogió de la mano y me arrastró hasta la puerta.

—¿Vamos al baño? —preguntó, alejándome de Owen antes de que pudiera responder.

—De acuerdo —dijo él—. Id a poner os al día. Yo iré a por unas bebidas.

Morgan no abrió la boca hasta que me hubo llevado a rastras entre el gentío, subido las escaleras y encerrado en el lavabo de la segunda planta.

—¿Cuánto hace que sales con Owen Oswald? —preguntó cruzando los brazos en el pecho.

—Mmm... Tal vez un mes —dije—. ¿Por qué?

—Tienes que dejarlo, Annie. Es terrible. Solamente te lo digo porque soy tu amiga. Sin duda, te la va a jugar. Se acostará contigo y luego te dejará.

—¿De qué me hablas? —pregunté ruborizada.

La cara de Morgan se retorció dando lugar a una expresión de asco, algo que se encontraba entre el odio y la repugnancia.

—Mira —dijo—. Salió con mi hermana durante un tiempo. Le rompió el corazón. Actuaba como si estuvieran muy enamorados, como si todo fuera perfecto y entonces...

Su voz se apagó, dejando la frase a medio terminar.

—Entonces, ¿qué?

—Entonces, se trasladó a California y le rompió el corazón.

—Bueno —me encogí de hombros—, rompieron. Eso no lo convierte en un mal chico.

—Es el modo en el que lo hizo, Annie. Te digo que es frío. Este chico no tiene sentimientos.

La miré sin saber qué decir. Nada de aquello sonaba muy bien.

—Es de locos, lo sé. —El tono de voz de Morgan se había suavizado, y ahora parecía intentar empatizar—. Es solo que no quiero verte liada con un bastardo tan turbio.

Asentí.

—Gracias por decírmelo —dije, aunque no estaba segura de si lo decía en serio.

Me dolía la cabeza del modo en el que lo hacía cuando una situación me sobrepasaba. Nada de lo que Morgan contaba cuadraba con el chico que pensaba que era Owen. Pero, por otro lado, no lo conocía desde hacía tanto tiempo. Y mi intuición sobre la gente... no siempre era la correcta. No podía confiar en mi intuición. Lo cierto era que Dean me había caído muy bien antes de que mi madre se casara con él, antes que se trasladara a vivir con nosotros. «Nunca supe cuál era la diferencia entre lo correcto y lo incorrecto, porque no podía confiar en mi propia intuición. Dean me caía bien y acabó convirtiéndose en un monstruo. Con Owen podría acabar igual».

—Sabes, no me siento muy bien —le dije a Morgan—. Y para ser sincera mañana tengo que madrugar. En realidad, solo he venido a verte. Pero deberías estar ahí fuera para recibir a los invitados. Le diré a Owen que me lleve a casa. Solo me llevará un minuto, puede que me refresque con agua un poco la cara.

—Vale. ¿Quieres que me quede contigo?

Sacudí la cabeza.

—¿Le puedes decir a Owen que estaré abajo dentro de un minuto, si lo ves?

Todo lo que quería es estar a solas para aclararme las ideas.

—Por supuesto.

Morgan me abrazó y me besó suavemente en la mejilla.

—Estoy contenta de que hayas venido, ¿sabes? Sabía que seríamos amigas. Tuve esa intuición en cuanto te vi por primera vez.

Esbocé una leve sonrisa.

—Ya quedaremos otra vez —dije—. Diviértete.

Y, entonces, se fue, y me quedé de pie frente al espejo, mirando a unos ojos que ya no parecían míos, si no los de una extraña. Parecía cansada. Lo advertí. Tenía unas ojeras que ningún maquillaje podía ocultar. Me había adelgazado y mis pómulos eran más prominentes que nunca. Mi pelo tenía un aspecto ligeramente grasiento y me vino a la cabeza que no lo había lavado desde la mañana anterior. Incluso cuando estaba viviendo en nuestra casucha en Detroit —incluso en mis peores momentos—, había sido meticulosa con la higiene. No tenía un gran vestuario, pero me aseguraba de estar limpia y con aspecto aseado.

Ahora, mientras observaba el blanco de mis ojos, advertí por vez primera lo dejada que estaba. Me había cepillado el pelo, puesto máscara y pintalabios, y una camiseta que me favorecía, pero no tenía la piel lisa, y el pelo me caía sobre el rostro en mechones mustios y grasientos. Me olí por debajo de los brazos y apestaba. Había olvidado ponerme desodorante. ¿Cuándo, en las últimas semanas y meses, había olvidado de cuidar de mí? ¿Cuándo había dejado de ser una prioridad? Y qué podía ver en mí un chico como Owen, incluso si era alguien temporal para él. Owen podía haber escogido a cualquiera, pero me había escogido a mí. Miré tan largo y tendido al reflejo que me devolvía el espejo que comenzó a metamorfosearse frente a mí como algo cada vez más terrible hasta que no pude soportar mi propia imagen. Me volví

hacia el espejo y me hundí en el suelo, abrazando mis rodillas al pecho mientras me reclinaba contra el armario. Y, entonces, al fin, comprendí. Owen estaba saliendo conmigo porque necesitaba algo. No había otra razón. Tenía que ser eso. ¿Pero qué podía querer? Yo no tenía dinero o amigos poderosos, ni nada de nada, en realidad. ¿Quería tener acceso a la casa? ¿Esperaba que Walker invirtiera en su *startup* tecnológica y aquel era el modo más fácil de conocer a la familia? O peor aún, ¿sentía una especie de fascinación enfermiza por Libby? Pensé en todas las ocasiones en las que nos habíamos burlado de ella. ¿Existía una especie de pasión sexual peculiar bajo aquel desdén? Resultaba bastante extraña la intensidad con la que la rechazaba, cómo su presencia siempre acechaba en nuestras conversaciones. ¿Era este desdén la tapadera de un deseo no correspondido? Después de todo, había mencionado su edad y su cuerpo más de una vez. Su presencia física no le pasaba desapercibida.

«¿Era yo una especie de títere para que Owen estuviera cerca de quien realmente deseaba?».

Di un brinco y salí disparada bajando las escaleras. Estaba perdiendo la cordura. Necesitaba ir afuera. Necesitaba alejarme de todos aquellos universitarios normales que pensaban sobre cosas normales como exámenes, beber y salir. No tenían preocupaciones, algo que yo nunca podría ni imaginar. Iba a llamar a un taxi. No estaba dispuesta a pedirselo a Owen, no después de todo. Por Dios, tal vez era peligroso. Me estremecí y me apreté el fino jersey alrededor de la camiseta. Estábamos a principios de noviembre y empezaba a refrescar. El cielo se había nublado y había una gran capa de niebla adornando la calle frente a mí. Pronto empezarían las lluvias, tal y como Libby me había avisado que sucedía cada otoño e invierno. Ojalá me hubiera puesto una prenda que abrigara más, pero había supuesto que iría directamente de la fiesta al coche, que solamente estaría fuera un par de segundos.

Marqué el 411 y el operador me dio el número telefónico de una compañía de taxis. Estaba marcando el número cuando Owen se acercó.

—¡Eh! ¡Annie! —gritó—. ¿Qué pasa?

—Llevo esperándote veinte minutos. Pensaba que me habías plantado por otro chico.

Intentó esbozar una sonrisa, pero pude ver la confusión que ocultaba.

—Sabías que estaba hablando con Morgan —dije—. Tendrías que haber pensado que me hablaría de su hermana y de ti.

Owen suspiró.

—Pensé que tal vez mantendría la boca cerrada por respeto a nuestros sentimientos —dijo.

—¿Y así podrías continuar manipulándome?

—Annie —repuso un tanto enfadado—. ¿Cómo que estoy manipulándote? Salí con su hermana hace cuatro años, por muy poco tiempo. ¿Por qué habría valido la pena mencionarlo? Ni siquiera sabía que Morgan y tú erais amigas.

—No pasa nada, llamaré a un taxi —dije, sin desear conocer el resto.

Me preguntaba exactamente cuánto era para él «muy poco tiempo».

—¡Desde aquí te costará unos ochenta dólares! Déjame que te lleve, por favor.

Lo miré con suspicacia. Sería mucho más fácil que Owen me llevara a casa. ¿Estaba lo bastante enfadada como para gastar toda la paga de un día en un taxi?

—De acuerdo —dije—. Dejaré que me lleves. Pero no quiero hablar más de esto y quiero ir directamente a casa.

—Hecho.

Cuando llegamos a la entrada de casa, Owen se revolvió en su asiento y puso una música suave en vez de parar el motor. Había empezado a caer una ligera lluvia, una predicción de lo que iba a ocurrir.

—¿Qué? —dije—. ¿Es algo acerca de Morgan?

—No —dijo Owen lentamente—. Pero hay algo que creo que debería decirte.

—Muy bien.

Me pregunté si estaba interesado en otra persona, si no quería quedar más conmigo, o si estaba a punto de confiar mis peores temores sobre Libby.

—No quería sacar esto a la luz, de este modo, después de habernos peleado.

—¿Puedes decirlo ya, por favor? —pregunté—. Es insoportable el modo en el que lo estás alargando.

—Lo siento —dijo.

Se desató el cinturón de seguridad y se acercó, cogiéndome de la mano.

—No es nada malo, creo que son buenas noticias. De hecho, son muy buenas noticias. El hecho es que —respiró profundamente, como si estuviera nervioso sobre fuera lo que fuese que iba a decir—. Un inversor muy importante al que le interesa lo que estoy haciendo en mi compañía ha contactado conmigo.

—Muy bien —respondí todavía dubitativa—. Es magnífico.

—Sí, lo es —asintió—. Es todo lo que he deseado desde hace no sé cuánto tiempo. Realmente es mi oportunidad para hacer algo grande... Pero eso significaría mudarse.

—¿De la Isla Belvedere? —inquirí.

—Fuera de San Francisco —contestó—. A Durham.

—El norte de Carolina —dije con rotundidad—. Felicidades.

—Pensé que te alegrarías por mí.

—Me alegro por ti —dije amargamente, pero el hecho era que sentía que me habían arrancado el corazón del pecho.

—No es que no podamos estar juntos solo porque no vaya a saltar la valla para rescatarte más —dijo, acariciándome el cuello con su dedo.

No respondí. Estaba esforzándome por no llorar. Justo cuando pensaba que me estaba sucediendo algo increíble, desaparecía.

—Nena —dijo—. No estés triste. Alégrate por mí, por favor... No tiene por qué ser algo malo para nosotros. Y ni siquiera es seguro todavía.

—¿Cómo no puede ser algo malo? —pregunté antes de que pudiera evitarlo—. Apenas he tenido tiempo de verte. ¡Apenas he tenido tiempo de salir de esa casa!

No me podía imaginar haciendo planes para estar con Owen el fin de semana. Libby no me permitiría nunca tener tanto tiempo libre.

«Al menos, puede que venga a visitar a sus padres —pensé esperanzada—. No es como si tuviera que estar en casa de los Cohen para visitarme». Sin embargo, sabía, en las profundidades de mi ser, que lo que sucedería sería que estaríamos en contacto y nos veríamos de vez en cuando y, entonces, se iría apagando la pasión. No habíamos tenido tiempo de conocernos. No podríamos mantener nunca una relación a larga distancia.

—¿Cuándo te vas? —inquirí.

Al menos tuve la esperanza de que podríamos divertirnos mientras durase.

Owen apretó la mandíbula y, cuando respondió, procuró evitar mi mirada.

—Me voy a conocer al individuo en cuestión dentro de tres semanas —dijo—. Todo irá bastante rápido a partir de ese momento.

—¡Tres semanas! ¿Por qué me lo dices ahora?

—¿Qué querías que hiciera, sacarlo en la primera cita?

—Tal vez. ¡O tal vez deberías de haber caído en la cuenta de que era un sinsentido tener una primera cita cuanto estabas a punto de cambiar toda tu vida! —dije con voz ahogada sin poder evitarlo.

Comenzaron a derramárseme las lágrimas por las mejillas y por la pechera de mi camiseta blanca.

—Vaya... —dijo fríamente—. Pensaba que te alegrarías por mí. Pensé que te importaría lo suficiente como para estar dispuesta a apoyarme, a darme un empujón.

Estaba hablando, pero en sus palabras yo oía otra cosa.

Escuchaba que me estaba haciendo lo mismo que le había hecho a la hermana de Morgan. Apartarme a un lado cuando se había cansado y se presentaba algo mejor. Al menos Morgan me había avisado.

—Corta el rollo —dije—. Por supuesto que me alegro por ti. Deja de hacerme sentir como la mala. No lo he planeado. Tú, por otro lado, lo sabías. Pero continuaste saliendo conmigo de todos modos.

—Para ser sinceros, no pensaba que fuera a haber para tanto —dijo.

—Bueno, pues lo hay. Hay para tanto —contesté abriendo la puerta del coche—. Hay para tanto.

—Ya lo veo —replicó Owen con cansancio.

Alzó la mirada y permanecí de pie junto al coche durante un segundo, evitando el contacto visual.

—Buenas noches —dije finalmente, dando un portazo detrás de mí y dirigiéndome, a grandes zancadas, hasta la puerta de entrada de los Cohen.

Un segundo después de haber entrado en casa, supe que había algo que no iba bien. Era una de esas intuiciones que te invaden. Era la misma sensación que tuve el

día que encontré a Lissa flotando boca abajo en la piscina.

Me quité los zapatos en la puerta de entrada y subí las escaleras rápidamente hasta mi habitación, tratando de no hacer ruido. A medida que subía, oía lo que parecía el leve sollozo de Zoe. Me dirigí hacia su habitación y los lloros se intensificaron. Abrí la puerta cuidadosamente y entré.

—¿Tesoro? —inquirí—. Soy yo.

Los sollozos de Zoe tenían el aspecto fatigoso, exhausto e hiposo de un niño que ha estado llorando durante mucho rato. Estaba sentada en la cama y, a través del brillo de la lamparilla, pude ver que tenía la cara surcada de lágrimas y enrojecida. Así que me senté a su lado, me rodeó el cuello con los brazos y sollozó, presionando sus húmedas mejillas contra las mías.

—Zoe —dije—. Zoe, cariño, cálmate. ¿Cuál es el problema?

—Estoy sola —dijo al fin entrecortadamente—. ¿Dónde está mamá?

—Está aquí, cariño. Está dormida.

La arropé mientras le acariciaba el pelo con delicadeza.

Coloqué las piernas sobre la cama y me tumbé a su lado. Estaba acurrucada cerca de mí, con un aire angelical, sus diminutos puños contra el cuello y un dedo en la boca. Y ahí estábamos, tumbadas una al lado de la otra, perdidas en nuestras pesadillas hasta que amaneció.

CAPÍTULO DIECIOCHO

—TE OÍ LLEGAR ayer por la noche —dijo Libby después de comerse sus tortitas al día siguiente.

Walker las había preparado, un festín inusual. Zoe se estaba comiendo las suyas con nata montada, fresas y azúcar molido, y se había manchado el pelo y la parte de delante del pijama. En condiciones normales, me hubiera encantado comer tortitas, pero no tenía apetito. Desde la noche anterior, sentía un nudo en el estómago. Miré por la ventana de la cocina en dirección a la bahía y suspiré interiormente. El tiempo se adecuaba a mi estado mental. Principalmente nublado y con un pequeño resplandor en el horizonte.

—Regresaste temprano. ¿Sucedió algo?

—En realidad, no —farfullé—. Es que no era tan divertido.

—¿Te acompañó Owen?

—Sí —dije engullendo un mordisco considerable de tortita para interrumpir la conversación.

—Bueno, ¿conseguiste lo que buscabas? ¿Te sientes más liberada y rejuvenecida?

—No ha sido un viaje a un centro termal —dijo Walker—. Probablemente tenga resaca.

—No bebí —dije.

Miré a Zoe para asegurarme de que no estaba prestando atención. Estaba haciendo garabatos, alegremente, en su bandeja de plástico, usando nata para pintar con los dedos. Hacía caso omiso, pero a mí todavía me preocupaba si se daría cuenta.

—¿Ya te ha pedido Owen que seas su novia?

—¿Los chicos de hoy en día tienen esta clase de conversaciones? —interrumpió Walker, como si mi edad se aproximara más a la de Zoe que a la de su mujer.

—¡Sí! Lo hacemos. No sé. Me refiero a que no sé cómo se terea. Pensaba que ya era su novia.

Sentía que me iba a poner a llorar. Ambos alzaron la vista con mi tono de voz, que había aumentado varias octavas más de lo que pretendía. Incluso Zoe pareció estar más atenta, durante un momento.

—¿Estás bien, Annie? —quiso saber.

—Sí —dije—. Solo tengo una mañana con la moral baja.

—Oh —dijo con aire inquieto.

—También he tenido una mañana así —concluyó Zoe.

—No —negué—. Tú eres la niña más feliz del mundo. Tú en esto no tienes ni voz ni voto.

—Muy bien —dijo Walker—. Creo que me ha llegado el turno. Me da que va a ser una conversación femenina.

Colocó su plato en el fregadero, dándole un golpecito en el trasero a Libby con su periódico mientras se marchaba. Nunca había visto a un hombre tan incómodo con su virilidad. Pensé que tal vez tenía algo que ver con que fuera de Texas. Entonces se me ocurrió que probablemente estaba estereotipando.

Libby llevó su taza de café a la mesa de la cocina y aproximó su silla a la mía. Tendió el brazo y colocó la mano suavemente sobre mi antebrazo.

—¿Ha roto contigo? —preguntó con cautela.

Sentí que respondía físicamente a sus preocupaciones: relajándome un poco, inclinándome hacia ella.

—No —respondí—. No todavía, no. Se traslada.

—¿Se traslada? ¿Se traslada adónde?

—A Durham, por lo que sé —dije con desdén—. ¿Por qué empezó una relación conmigo si existía esta posibilidad?

—Bueno —contestó Libby en un tono maternal—. Sé que estarás bien. Tenías que haber pensado que no iba a vivir con sus padres eternamente.

Tal vez debería haberlo pensado, pero para ser sinceros no se me había pasado por la cabeza. Todavía no había llegado a ese punto. Simplemente, me estaba divirtiendo, deseando que durara.

—Desde luego es obvio lo que tienes que hacer —dijo, entonces, Libby.

—¿Qué?

Levantó las cejas, como si le sorprendiera incluso que tuviera que preguntarlo.

—Rompe con él. Es de tontos.

—No sé —dije—. Tal vez podríamos conseguir que funcionara.

No había perdido la esperanza. Después de todo, ¿no era esto lo que se suponía que la gente hacía cuando encontraba a alguien especial? ¿Luchar para que funcionara contra viento y marea?

Libby se reclinó en su silla con una expresión de enojo.

—Nanny —dijo—. Tienes que romper con él de todas todas. Hay un sinfín de razones. Primero de todo, nunca podrás verlo. No con el trabajo y la facultad. No hay alternativa. Y las relaciones a distancia no funcionan, a menos que haya luz al final del túnel. ¿Pero qué probabilidades hay de que venga a Isla Belvedere? Ninguna. Cero. No a menos que le salga el dinero por los bolsillos.

Asentí, aunque me sorprendió un tanto la referencia a su propia riqueza.

Lo que decía, por otro lado, era lo que ya había estado pensando. Aunque hubiera sido mejor oírle decir que me apoyaría dándome más días libres de vez en cuando.

«Pero viniste aquí a trabajar —me dijo una voz en mi cabeza—. No puedes culparla. Las visitas de fin de semana al novio no estaban incluidas en el contrato laboral».

—También tienes que controlar la situación —prosiguió Libby—. Necesitas

adoptar una postura, tomar las riendas. Es lo único que funciona. Confía en mí. He salido con unos cuantos. He aprendido cómo hacer que funcione. ¿Cómo crees que acabé con Walker? Sé cómo manejar a los hombres, y sé cómo manejar mis propios sentimientos. Si rompe contigo, te llevará meses salir a flote. Puede que más, porque sentirás que no estabas preparada. Sin embargo, si tú rompes con él, sentirás que tuviste voz y voto en lo que estaba ocurriendo. El resultado final es romper. Va a suceder de todos modos. ¿Por qué no querías hacerlo en tus condiciones?

Asentí. Tenía razón, pero solo pensar en hacerlo —acabar con él— me dolía el estómago. No estaba segura de que fuera capaz. No sin intentarlo antes.

—Annie, tienes que hacerlo —dijo Libby—. Es lo correcto. Y tienes que enfrentarte ya. Cuanto más esperes, más te dolerá.

—De acuerdo —dije—. Solo quiero un día para digerirlo, reflexionar un poco.

Libby empujó la silla de la mesa bruscamente.

—Haz lo que quieras —espetó—. No es mi problema, mientras no te pases todo el día llorando en la cama cuando se supone que tienes que vigilar a mis hijos.

—No he querido decir que...

—No te preocupes —interrumpió—. De veras, no tenía que haber abierto la boca.

Por su tono de voz, era obvio que la había ofendido al rechazar su consejo. No obstante, sencillamente no sabía si estaba preparada para lo que estaba sugiriendo.

Mientras transcurría el día y no sabía nada de él —ni siquiera una palabra, ni un mensaje—, pensé que tal vez ella tenía razón. La sensación de esperar resultaba terrible. Era peor de lo que había imaginado. Miraba de un modo compulsivo el teléfono. No podía pensar en otra cosa. Al menos, si le decía que no me hablara, sabría qué esperar. Tendría un papel activo en todo. Sencillamente tenía que olvidar el modo en el que me miraba, pronunciaba mi nombre, con una voz suave y profunda, me rodeaba con sus brazos, haciéndome sentir el ser más diminuto y delicado sobre la tierra. Hasta que conocí a Owen, nunca en mi vida había sentido que nadie cuidara de mí. Decidí llevarlo a cabo aquella noche, después de arropar a los niños. Le envié un mensaje de texto: «¿Quedamos junto a buzones esta noche, 11 h? Tengo q hablar contigo». Al cabo de poco más de un minuto, obtuve la respuesta: «Vale». Solo «Vale». Nada más.

Sería valiente, más valiente de lo que había sido nunca. Y, luego, se lo contaría a Libby por la mañana y se alegraría. A Libby se lo debía todo. Romper con Owen nos acercaría. Le mostraría que confiaba en su consejo. Ayudaría a reparar algunos de los daños que había causado con los pequeños errores que parecía cometer día tras día. Y, para acabar, sería lo mejor para mí. Lo creía de veras.

CAPÍTULO DIECINUEVE

APROXIMADAMENTE A LAS once menos diez, comencé a ponerme nerviosa. Todo el mundo estaba en la cama y no quería despertar a Libby y a Walker. No quería que se preguntaran qué hacía ahí fuera tan tarde por la noche. Hubiera esperado, si no fuera que no sabía cuánto tiempo transcurriría hasta que tuviera la oportunidad de volver a hablar con Owen. Por otro lado, quería ser yo quien lo dejara a él, tal y como Libby había dicho.

Su figura se confundía con la oscuridad hasta tal punto que apenas podía distinguirlo con el fondo de árboles y cubos de basura. Vestía una sudadera gris y me daba la espalda. Se volvió cuando oyó que me acercaba. No podía verle la cara.

—Hola —dijo.

—Hola.

Nos quedamos de pie, incómodos, durante un minuto, sin saber qué hacer con las manos. Crucé los brazos sobre el pecho. Él metió las manos en los bolsillos.

—Hay algo de lo que tenemos que hablar —dije al fin.

—Sí. Me imagino que hay un motivo para esta cita a altas horas de la noche, pero esperaba estar equivocado.

—Oye —comencé tratando de mantener la voz firme—. Me importas de veras, lo sabes. Pero estoy muy dolida por todo lo que está pasando.

—Con mi traslado, quieres decir.

—Sí —respondí, y me mordí el labio, esperando.

—Para ser sinceros —me contestó—, creo que tu reacción es excesiva, que no hay para tanto, que podemos llevar bien esta situación. Y considero que lo estás embrollando todo con este tinglado, cuando en realidad podría ser algo para celebrar.

—¿Que lo estoy embrollando?

Era como si sus palabras me hubieran atestado un puñetazo tras otro hasta dejarme sin aliento. Me sentí desfallecer, como si mi cuerpo ya no pudiera soportar mis emociones.

—Sí, no lo quería decir, pero lo haces. Y, ¿sabes qué? No estoy seguro de cómo me siento al respecto.

—Bueno, deja que te ahorre el problema de averiguarlo —susurré—. No puedo hacerlo. No quiero formar parte de esto, de modo que puedes continuar y disfrutar de tu formidable y encantadora vida, en Durham, sin mí. Dado que sabes claramente lo que quieres, y es obvio que a mí no me tienes lo bastante en consideración como para cambiar nada.

—¿De qué estás hablando? —alzó la voz hasta casi gritar—. ¿Te das cuenta de lo

ingenua que eres? Y además, solo nos conocemos desde hace cuánto..., ¿dos meses? ¿Se te ha pasado por la cabeza que decírtelo en cuanto me he enterado de la noticia muestra exactamente lo mucho que significas para mí?

En cuanto acabó de hablar, los dos estábamos furiosos. Las palabras «ingenua» y «solo dos meses» se reproducían en un bucle cada vez más rápido hasta que se entremezclaron en una fusión de dolor y rabia. No podía oír nada más, solo eso.

—No importa —dije al fin para llenar el silencio—. En realidad, ya no importa, porque no puedo con esto.

Y, entonces, me fui.

Pasé el resto de la noche en mi habitación, llorando. Sin embargo, por mucho que llorase no me sentía mejor. El dolor era profundo y angustiante, peor del que había sentido nunca, peor que cualquier dolor físico que pudiera imaginar. Me sentía enferma por dentro, e increíblemente sola. Quería que los brazos de Libby me envolvieran, me abrazaran, diciéndome que todo iría bien, que en breve tendría a alguien como Walker, y nada de eso importaría.

Eran aproximadamente las cuatro de la madrugada cuando me desperté, con los ojos cubiertos de sueño y lágrimas. La luz estaba apagada, pero no recordaba haberla apagado. Estaba dormida encima del cubrecama con la ropa puesta. Me senté en la cama, frotándome los ojos. Me sentía desorientada y confusa. Habría jurado que había apagado el ordenador antes de quedar con Owen, pero ahí estaba, emitiendo un tenue resplandor azul en la habitación. Noté que comenzaba a latirme el pulso con más fuerza. No había duda de que alguien había usado el ordenador recientemente porque la pantalla no estaba en hibernación.

—¿Hola? —susurré con la carne de gallina.

Me rodeé la cintura con los brazos, al sentir que me estremecía por el miedo y el aire que se filtraba por las rendijas de la ventana, un aire que anticipaba el invierno y soplaba por la habitación, me subía por los tobillos y muslos como si intentara consumirme.

La ventana. ¿La había dejado abierta? ¿La había dejado un poco abierta como hacía, de vez en cuando, en las noches cálidas? Entonces, todos mis sentidos se pusieron en alerta. Permanecí helada, recorriendo la habitación con la mirada, llevando a cabo una investigación como si tuviera vida propia. Encima de la mesilla de noche, tenía mi diario. El reloj, haciendo tictac. Y todos los cajones de la mesa estaban bien cerrados.

¿Pero aquel cuadro estaba colgado en la pared el día anterior? El papel de pared amarillo giraba alrededor, iluminándolo, creando una especie de centro de atención. Por un segundo, vi caras reflejadas en el papel sonriendo, llorando, burlándose de mí. De repente, recordé la pintura. Tan solo se trataba del boceto de un barco de pesca anclado en un muelle de madera, con las aguas picadas levantándose en el fondo. Era

del todo posible que hubiera estado ahí la noche anterior y el día anterior. Se parecía a un cuadro que había visto un millón de veces. No obstante, algo en él me resultaba nuevo bajo la luz del alba. ¿Y el armario que contenía mi bisutería, libros y el televisor estaba ligeramente entreabierto?

La pantalla del ordenador se apagó, retornando la habitación a una oscuridad gris opaca. Caminé hasta la ventana y miré al exterior. El sol comenzaba a salir sobre las aguas, en la distancia, y mientras miraba las tonalidades anaranjadas que se reflejaban, empecé a sentirme segura. Más tranquila. Me comenzó a resultar plausible haberme dejado el ordenador encendido, que mis pasos se hubieran movido impulsivamente hacia la mesa y el ordenador, poniéndose en funcionamiento. Después de todo, no aparecía nada en la pantalla. Eché un vistazo al historial y la última entrada era la de mi cuenta de correo electrónico a las diez y cinco, la noche anterior. Debía de haber abierto la ventana en aquel estado medio dormido en el que me encontraba desde que había iniciado la agotadora labor de ser la niñera de Zoe. Decidí hacer una cosa, solamente una para confirmar que nadie había entrado en mi habitación.

Bajé las escaleras y abrí cuidadosamente la puerta que daba al ala de Walker y Libby. Tenían su propio pasillo con varias habitaciones que salían de los lados. Solamente había ido en dos ocasiones: cuando Libby me había dado su antigua ropa y el primer día que había llegado. Aquel primer día, Libby me la había mostrado en un santiamén, antes de cerrar la puerta e informarme de que no había razón aparente para que regresara a ese lado de la casa. A Zoe no se le permitía. Se trataba del espacio privado de sus padres, su oasis lejos de su vida como pareja casada con niños.

El pasillo estaba enmoquetado, de modo que pude deslizarme sin hacer ruido. Solamente tenía que confirmar que Libby estaba durmiendo, que no se había despertado y había metido la nariz en mi habitación. Sabía que corría un riesgo. No había ningún motivo para que ella fisgoneara. Sin embargo, últimamente estaba olvidando demasiadas cosas, y comenzaban a fallarme los nervios. Había comenzado a tener ansiedad y a sobresaltarme con asiduidad. Tenía que conocer el alcance de lo que me estaba sucediendo.

La puerta de Libby estaba entreabierta. Miré en el interior y dejé que la vista se adecuara a la oscuridad de su habitación, que era más densa que la del pasillo. Todas las persianas permanecían cerradas. Un olor extraño y avinagrado impregnó los orificios de mi nariz. Di un paso hacia la cama, una cama estilo trineo, de gran tamaño, que permanecía en el centro de la habitación, como en un escenario. No se apoyaba en la pared; la estancia era lo bastante grande para un uso tan extravagante del espacio. Podía escuchar la respiración de Libby, profunda y parsimoniosa. Me aproximé. Me atraía mirarla para demostrarle a mi cerebro que ella era la que estaba en la cama, profundamente dormida, de un modo que nadie más podía estarlo.

Me tropecé con una pila de ropa. El olor aumentaba a medida que los rodeaba, como si hubiera enterrado algo fétido. Lentamente, a medida que mis ojos se

acostumbraban, percibí montones parecidos por la habitación. Pilas de ropa, plásticos y envoltorios de papel desechados, maquillaje desparramado en el tocador... Había un olor agrio entremezclado con algo pestilente y rancio. Ahí estaba ella, desaliñada, en la intimidad de su alcoba, un espacio que pensaba que nadie podía ver. Cuando hay intimidad es cuando dejas que emerja tu verdadero yo. Libby respiraba profundamente, convenciéndome de que había estado dormida todo el tiempo. No había tenido la oportunidad de estar en mi habitación, regresar y caer dormida de nuevo. ¿Y por qué lo habría de hacer? Era mi aliada. Libby era todo lo que tenía. Lo era todo para mí.

Sin embargo, no bastaba con saberlo. Me acerqué sigilosamente a su cama hasta que estuve encima de aquel cuerpo dormido. Podía verlo todo: la curva de sus pestañas, las subidas y bajadas de su pecho. Su cabello rizado y suelto, sin su acostumbrado recogido, cayendo en ondas despeinadas sobre los hombros.

Sentí que me invadía una especie de adoración. Me imaginé ahí, en su cama —no con ella, no así—, sino yo en vez de ella. Por un instante, vi mi propio cuerpo dormido sobre aquella cama. Me vi como Libby, con su vida, con su marido, con sus hijos.

Observé a Libby. No estaba segura de lo que me atraía. Pero la contemplé en la oscuridad durante largo rato antes de regresar a mi cama.

CAPÍTULO VEINTE

ERA DOMINGO. Mi día libre oficial. Si en alguna ocasión me había merecido un día libre, era esa. El sol brillaba a través de las delicadas cortinas de gasa, proyectando unos dibujos en el suelo. La noche —todo lo que había sucedido después de Owen— me parecía fruto de mi imaginación.

Lo que había vivido con Owen era distinto. Owen era espontáneo, abierto y formidable. Era una herida con mal aspecto que tal vez sanaría con tiempo y cuidados, o tal vez degeneraría e iría a peor. Sabía que para que lo primero se cumpliera, tenía que salir de la cama. Tenía que cuidar mi herida, curarla antes de que empeorara.

Me sorprendió que mi reloj marcara las once en punto. Era la primera vez que había dormido hasta tan tarde sin que nadie viniera a despertarme. Me preguntaba por qué me habían dejado sola, si Libby intuía de algún modo lo que había sucedido con Owen. Cada vez que pensaba en él, tenía que tranquilizarme.

Abrí las cortinas y miré el jardín. Mi habitación tenía vistas a la piscina, al césped y, más allá, al agua y la ciudad. Era magnífico. La isla se extendía en cada uno de los lados de la casa como una zona inexplorada. Y Zoe, Walker, Libby y Jackson estaban jugando en la piscina, que ahora estaba acondicionada, de modo que podían usarla en meses prehibernales. Contemplé cómo Walker empujaba al pequeño Jackson en su flotador y Zoe chapoteaba con sus manguitos puestos. Libby salió del agua y se sentó en una tumbona encima de una toalla, aparentemente satisfecha y dejando que el sol absorbiera la humedad de su cuerpo. Desde la lejanía, eran la viva imagen de la felicidad. Deseaba bajar y hablar con Libby de lo que había sucedido la noche pasada con Owen. Sentía que merecía un reconocimiento por animarme a dar aquel paso. Y, como siempre, necesitaba su apoyo. Pero todos juntos parecían una unidad. Yo sobraba.

Aun así, tenía mucha energía y emociones reprimidas que liberar. ¿Qué era lo que había hecho en el pasado, cuando estaba triste por algo? Correr. Acostumbraba a correr todo el tiempo. En cualquier sitio, por Detroit, incluso por las zonas peligrosas, que me llevaban a correr más rápido. Había estado tan exhausta desde que había ido a California que no había pensado en ir a correr ni una sola vez. Había sido una parte tan importante de mi vida en Detroit que me sorprendía no haber pensado más hasta aquel momento. Cogí el teléfono y miré los mensajes, como de costumbre. Luego, cliqueé en internet antes de que pudiera compadecerme de mí misma. En el buscador de Google, tecleé «senderos excursionismo Isla Belvedere» y apareció una lista de resultados. El sendero más cercano se encontraba en los Bosques Muir, a once

kilómetros. Al mirar las fotografías de los bosques me entusiasmé. En San Francisco había flores formidables. La amapola de California de un color naranja intenso y acogedora. La aquilegia Formosa, que tenía la forma de una estrella boca abajo con una diminuta flor en el medio. Las azucenas de forma estrellada, que desde lejos parecían un cúmulo de copos de nieve. Y docenas de otras flores con tonos naranja y violeta intenso que no sabía cómo llamar. A Lissa le hubieran encantado las flores y aquellas especies exóticas le hubieran impresionado.

Me puse los pantalones de *jogging* de licra, una camiseta de tirantes y una sudadera, remanentes de mi guardarropía de Detroit, y bajé las escaleras. El sendero abarcaba una extensión de seis kilómetros y medio. Tardaría aproximadamente dos horas, si iba a paso ligero. Abrí la puerta corredera de la terraza que daba a la piscina justo cuando Libby estaba a punto de entrar en la cocina. Casi nos tropezamos.

—¡Oh! —dije sobresaltada—. ¡Lo siento!

Libby se llevó la mano al pecho.

—¡Por Dios, Nanny! Ve con más cuidado la próxima vez, ¿de acuerdo? ¿Dónde vas con tantas prisas? Aunque me alegro de que hayas bajado. Pensaba que probablemente necesitabas un buen descanso, pero no me iría mal un poco de ayuda para preparar la comida. ¿Qué? —preguntó al advertir mi decepción—. No me digas que vas a quedar con Owen.

—No —sacudí la cabeza—. Hemos roto. He roto con él —esclarecí—. Ayer por la noche, después de acostar a Zoe —dije, y respiré hondo.

Era muy difícil reconocerlo como una realidad y creer que había tomado la decisión correcta.

—Oh, Annie —dijo Libby—. Me siento muy orgullosa de ti.

Me abrazó y, luego, se apartó, cogiéndome de los hombros y mirándome fijamente a los ojos. Sus dedos eran como garras sobre mis hombros. Sus uñas se clavaron en mi piel, lo bastante como para dejar cardenales.

—Ha sido la decisión correcta —dijo—. Pronto encontrarás a otra persona. Sabes, había algo que no me gustaba en él desde el principio. Siempre parecía un tanto reservado, como si escondiera algo...

Erigí un escudo invisible a mi alrededor para que sus palabras fluyeran por encima de mí sin llegar a penetrarme. En esos momentos me resultaba imposible manejarlas.

—Sabes —interrumpí—, esperaba tener algo de tiempo para mí, solo para pensar. ¿Te importa si cojo uno de los coches para ir a aquel sendero de excursionismo en los Bosques de Muir? Quiero dar un paseo, y me encantaría verlo.

—Por supuesto —contestó Libby—. ¿Pero no quieres ir a un sitio más cerca? ¿Por qué no vas a caminar hasta el lago? Es muy bonito. Por otro lado, puede que te necesite por aquí hoy, en caso de que surja algo. Walker está ocupado preparando su viaje a Shanghái y no me iría mal que me echaras una mano.

—Supongo... No sé, supongo que quería ir a un lugar un poco más privado —

respondí.

Necesitaba aquel día libre para no perder el juicio. Y lo cierto era que siempre me habían encantado los bosques. Me encantaba cómo los árboles se replegaban formando una bóveda sobre mí, protegiéndome del mundo exterior. Solo había estado en unos pocos campings —en una ocasión, con los amigos de la escuela en Michigan, y en otra ocasión con mi madre y Lissa hacía mucho tiempo—, pero recordaba que me sentía como si pudiera haber vivido para siempre en el bosque. Había mucho que ver, y muchas formas de perderse, pero por alguna razón me había inspirado desahogo y felicidad, más que temor. Quería sentirme de nuevo así. En la costa de Belvedere, cualquiera me podía ver en una de esas casas. Estaría expuesta, vulnerable. No quería. Quería paredes. Quería que los árboles me envolvieran y hacerme un ovillo en medio del bosque, donde pudiera sentirme como la única persona allí y que nadie en el mundo pudiera encontrarme. Pero no podía contar nada de eso a Libby.

—¡No seas ridícula! —insistió—. La bahía es perfecta para reflexionar y para la soledad. Y es maravillosa. ¿Por qué diablos quieres ir al bosque? Está sucio y lleno de chinches. ¿Y si regresas con garrapatas? ¿Eres una hippie? Solamente los drogadictos y los hippies van al bosque, Nanny. No apruebo la filosofía que hay detrás de este tipo de vida.

Removió los cajones, extrayendo los ingredientes para la comida de los niños.

—Me apetece de veras ir de excursión —dije— para ver un poco de naturaleza.

Libby salió de la despensa con un bote de manteca de cacahuete en la mano.

—¿Qué es? —preguntó con voz fría.

—Manteca de cacahuete —respondí a la obviedad.

No sabía adónde quería ir a parar.

—Nanny, ¿por qué traes manteca de cacahuete a nuestra casa? ¡Sabes muy bien que Zoe es alérgica!

—Pensé que no quería depender demasiado de tu comida y hay cerraduras de seguridad en el armario.

—Lo siento, no vas a poder tomar prestados uno de nuestros coches hoy —dijo en un tono estridente, cortándome—. Sencillamente, no es posible. Puede que los necesitemos. Te sugiero que vayas a la playa si quieres salir fuera.

Libby abrió la basura debajo del fregadero y tiró la manteca de cacahuete de golpe.

Al caminar por la bahía, media hora más tarde, tenía la extraña sensación de ser el objetivo de un telescopio. Las olas rompían contra las rocas que se alzaban a mi alrededor, salpicándome con su espuma. No había duda de que las laderas escarpadas ocultaban algunas de las casas. Me sentía como si todo el mundo en las casas palaciegas que rodeaban la costa me estuvieran observando. ¿Pero por qué lo harían?

En su mundo, yo era un ser insignificante.

¿Por qué Libby tenía que estar observándome? Había algo extraño en el modo en el que se interesaba por mí, en cómo pasaba de la preocupación y el cuidado a la frialdad y la desaprobación. Y que mi felicidad en el condado de Marin dependiese de su aprobación no me convenía. Lo sabía. No iba a ir tan lejos y llamarlo patológico, pero tenía que tomar las riendas y crearme una vida social fuera de la familia Cohen.

¿Cómo podía hacerlo, cuando Libby le había cerrado las puertas a la única chica que había traído a casa? ¿Por qué me había empujado a romper con la única relación que tenía? Cuando me había trasladado al condado de Marin, había creído que lo podría tener todo. Pensaba que sería pan comido comparado con la angustia y el estrés que había experimentado por el destino de mi madre y mi incapacidad para romper los lazos de pobreza que me ataban a Detroit. Sin embargo, la realidad era que las cosas no habían cambiado en California. Seguía esclavizada a mi destino. Había acabado siendo una vida distinta sin elecciones. Y mientras no pudiera elegir, ¿qué importaba la esfera aislada en la que me encontrara? Sabía que me había comportado de un modo emocional, exaltado y dependiente. Pero ¿qué decisión había tomado por mí misma y qué había hecho dejándome influir por Libby? Cuanto más vueltas le daba, más presentía que me había conducido incorrectamente con Owen. Debería haber reflexionado más sobre mis decisiones o al menos esperarme hasta haberme calmado. Y ahora lo había echado todo a perder.

Me alejé del agua, acercándome al borde de la colina, en un intento de ocultarme de las miradas curiosas. Me quité las chanclas y sentí cómo la arena se filtraba por mis dedos. Froté los granos entre mis dedos, únicamente para asegurarme de que era real. Era una persona real, racional y reflexiva. Y sabía, de corazón, que había cometido un error.

Me erguí y comencé el camino de vuelta, pensando en una nueva solución. Pediría disculpas a Owen. Le contaría que quería que funcionara y que me sentía preparada para apoyar sus esfuerzos por el negocio, sin importar adónde le llevaran. Pondría límites con Libby. Le diría lo que yo quisiera. Le diría que tenía que sacar el papel de pared. Y que tenía que colocarme la puerta de nuevo. Y que necesitaba más de un día libre para ir a la facultad. Si podía manejarlo todo de un modo distinto, todo iría mejor. Aunque tenía que hablar con Owen enseguida. No podía dejar que transcurriera más tiempo.

Caminé hasta la costa, de regreso a casa. Tomando un atajo por nuestro césped, comencé a cruzarlo en dirección a la casa de los Oswald. Oí a Izzy ladrando en el jardín delantero mientras me acercaba por la parte trasera. Me reí interiormente. Izzy tenía un modo extraño de volver todo a la normalidad. Cuando rodeé el lado de la casa, Izzy y Owen ya estaban fuera. Había un coche en la entrada, un descapotable rojo. No pude ver al conductor, pero era obvio que se trataba de alguien a quien Izzy conocía bastante bien. Había levantado las patas sobre la puerta del conductor y metía la cabeza en el asiento, donde alguien estaba acariciándola.

Entonces, la persona en cuestión apagó el motor y abrió la puerta. Salió la chica más hermosa que había visto en toda mi vida. Tenía unas piernas largas y bronceadas y una figura atlética. Su melena rubia caía por la espalda con una especie de ondas que siempre había supuesto que eran obra de los estilistas, no naturales. Llevaba unos zapatos de cuña y unos pantalones cortos con una blusa blanca holgada. Tenía las muñecas repletas de pulseras y lucía unas gafas de sol grandes y con montura negra. Era demasiado hermosa para ser real. Era incluso más hermosa que Libby.

Owen caminó hacia ella y ella saltó a sus brazos. Ella envolvió sus manos detrás de su cuello y le dio un gran beso en la mejilla. Presté atención en el modo en el que sus brazos envolvían su estrecha cintura, aproximando su cuerpo. Me estremecí. Ya estaba a medio camino del jardín delantero, en el lado de la valla. Me volví, puede que me hubieran visto. A lo mejor me habían visto.

Y entonces lo hicieron. Ella lo hizo. Le dio un codazo a Owen y él se volvió. Su cara pasó de una sonrisa alegre a una inexpresividad total. Caminé hacia delante, colocando un pie delante del otro, deseando soportar la mortificación porque debía. Izzy ladró dos veces y corrió hacia mí, cubriéndome de besos.

—Izz, para —dijo Owen, enojado.

—Hola —saludó la chica, confusa—. Soy Alexis.

—Annie —respondí inexpresiva.

Continué caminando delante de Owen. No podía explicar por qué estaba en el jardín. Entonces, escuché sus pasos tras de mí, y su mano en mi muñeca.

—Annie... —dijo—. Annie... Mira. Espera. Necesito contarte algunas cosas.

—Eso parece —mascullé, tratando de no llorar.

—¿Qué?... Annie, es sobre Libby. Sobre los Cohen.

—Owen, déjalo —dije en un tono de voz demasiado alto.

Miré más allá y vi a su nueva novia observándome con los ojos abiertos como platos.

—Solo pones las cosas más difíciles —contesté.

Y entonces me volví y me marché caminando. Fuere lo que fuese lo que tenía que decir, no merecía la pena. En vez de eso, volví a casa. En aquel momento dejé que el torrente de lágrimas sacudiera mi cuerpo. Me arrodillé en el suelo del vestíbulo y sollocé hasta que Libby me encontró. Walker se llevó a Zoe de la habitación y Libby me rodeó con el brazo.

—Nanny —dijo Libby—. No pasa nada. Te ayudaré. No te preocupes, no pasa nada. Ese Owen es muy listo. Es un chico listo, pero no sabe un ápice sobre las mujeres. Es listo para lo que le conviene.

Apretó la mandíbula y me inclinó hacia ella. Lloré sobre su hombro con un sonido sordo, pero intenso. Me sentía avergonzada. No podía evitar desear que Walker se marchara de viaje de negocios a China al día siguiente. Me brindaría la oportunidad de estar con Libby, que cuidaba de mí. Walker solo era una cosa, un accesorio que deseaba para decorar mi vida algún día. Libby era mi alma gemela. Me entendió sin

tener que contárselo. Lloré, lloré y lloré sobre el hombro de Libby, porque claramente había perdido a la persona que más me había importado durante todo aquel tiempo. Ya no podía confiar en mí, mi mente confusa y mis normas retorcidas sobre lo que estaba bien y no resultaba enfermizo. Tenía que depender de Libby y, a partir de ese momento, escucharía todo lo que tenía que decirme. Al fin, dejé que me llevara a mi cuarto. Lo primero que advertí fue que me había vuelto a colocar la puerta mientras estaba fuera. Tenía de nuevo una puerta y todo volvería a marchar bien. Aun así, no podría descansar tal y como Libby había sugerido. Miré la puerta durante horas. Era mi única protección ante todas las cosas que podían herirme.

CAPÍTULO VEINTIUNO

ANTES INCLUSO DE que supiera lo que había sucedido, una sensación de temor me consumía, invadiéndome hasta que supe que no existía otra verdad que aquel momento inminente de terror. Me adentré en la ruinoso y destartalada plataforma de la piscina hinchable. El agua estaba tranquila y serena. La piscina parecía sosegada, como si nada malo pudiera suceder. Si me centraba en un punto frente a mí, podía tener la certeza de que todo iría bien.

Si ignoraba la forma dispar y curva anclada cerca del sumidero, también podría creerlo. Si pudiera rebobinar dos horas atrás y detenerme para siempre, todo iría bien. Demasiados «si».

Di un paso porque tenía que hacerlo. Su pequeña mano me alcanzó. Hacía tiempo que estaba muerta y todavía pedía ayuda. Cualquiera podía ver que intentaba salvarse. Si al menos hubiera estado boca abajo. Pero descansaba sobre su espalda, justo por debajo de la superficie del agua, sus ojos abiertos del todo y desconcertados, su boca con una expresión de terror que no había visto antes. Me rompió el corazón. Solo deseaba que muriera sin experimentar ese tipo de miedo. Si tenía que morir, quería que muriera con inocencia, libre de cualquier sensación de horror que pudiera existir en este mundo.

Tenía el pelo atado en una gran masa y enmarañado en el sumidero. Se estaba hundiendo y la había succionado hasta las profundidades. Me pregunté si había muerto pidiendo ayuda, si había creído que la podría salvar hasta el último segundo en el que perdió el conocimiento.

Era un sueño, pero también era un recuerdo. Era el tipo de recuerdo del que luchaba por escapar durante el día. No lo había sentido tan vívidamente hasta que me había trasladado al Área de la Bahía. Había pensado que estaba mejorando, superando la muerte de mi hermana. Una necesidad desesperada de frotarme el hombro izquierdo me despertó del todo. El picor descendía hasta los muslos y las pantorrillas. Observé mi cuerpo: estaba cubierto de ronchas rojizas y restos de sangre y la piel en carne viva donde aparentemente me había estado rascando toda la noche. No podía parar de rascarme. Mis dedos se movían por decisión propia, ansiosamente, como si estuvieran ansiosos por librarse a los sentimientos que había estado ocultando durante tanto tiempo. Mis pestañas se habían enganchado ahí donde mis lágrimas habían convertido el rímel en una pasta pegajosa. No recordaba haberme frotado, pero mis piernas estaban cubiertas de manchas rojizas bajo el dobladillo de mi falda de punto de algodón y tenía costras sangrientas, recién coaguladas, en los brazos. Miré debajo de las uñas y había pequeños restos, porquería roja y negra de la

suciedad, de la piel y de la sangre.

Mientras emergía de mi ofuscación, recordé dos cosas. Primero, que Owen y yo habíamos roto. Segundo, que antes de haber soñado con Lissa, había soñado con un millón de gusanos minúsculos con tenazas que escarbaban bajo mi piel, amenazando con convertirme en uno de ellos. El recuerdo de ese sueño me generó más picor. Noté un hormigueo bajo las manchas del mulso y la pantorrilla, en ambos antebrazos y en el cuello. Se extendió cada vez más, el picor invadió todo mi cuerpo hasta que sentí que me ardía la piel. Por un segundo, imaginé que los gusanos eran reales, que mi sueño no había sido un sueño ni mucho menos, que se encontraban allí, retorciéndose bajo mi piel con sus diminutas tenazas, apoderándose de mi «yo» y reemplazándolo por la Nanny, únicamente por la Nanny. Tragué con dificultad para no vomitar. Rogué a mis dedos que no se movieran. Pensé que si podía controlarlos, también podría controlar las sensaciones en mi piel. Sin embargo, mis dedos no ansiaban más que hacer daño. Aquella profunda sensación en mi pecho donde acostumbraba a residir todo el amor por Owen me dio ganas de arañarme la cara. Y el vívido recuerdo de Lissa desató que deseara lacerarme los ojos. El dolor físico era mucho más fácil de llevar. Era la primera vez que llamaba «amor» a mis sentimientos por Owen. ¿Pero por qué no? Me había preocupado por él más de lo que me había preocupado por nadie. No obstante, tal vez no era capaz de sentir un amor verdadero. Después de todo, lo único en lo que no podía confiar era en mi intuición.

Según la pantalla de mi móvil eran las ocho. Salí de la cama cuidadosamente y caminé en dirección a la habitación de Zoe, con un fuerte dolor de cabeza. Zoe todavía estaba durmiendo, con los párpados hinchados y el pelo enmarañado. Le alisé el pelo y bajé las escaleras. La casa estaba vacía y no había ninguna nota. Sabía que Walker estaba en Shanghái para dar una conferencia, pero no tenía ni idea de lo que podría estar haciendo Libby tan temprano. Miré por la ventana de atrás en dirección a la piscina. El agua estaba sosegada. Me serví un capuchino y deseé que Zoe permaneciera dormida un poco más. Tenía mucho dolor de cabeza.

La cocina estaba hecha un desastre. Libby raramente fregaba, pero raramente cocinaba, de modo que pedíamos bastante comida preparada o comíamos algo ligero que compraba en un *delicatessen*. En los últimos meses, me había habituado al foie-gras y las huevas de salmón. Una dieta estrambótica y variada, variada porque por cada paté tocaba una caja de galletas saladas y perritos calientes. A veces, dejaba que Zoe diseñara nuestro menú.

«Tal vez Libby tenía una sola dieta», pensé para mí misma, aunque lo sabía de cierto. (Libby no comía). Había quesos abiertos con grandes pedazos cortados y un pedazo de solomillo rociado con salsa de champiñones. Había fresas bañadas con chocolate con la parte de abajo mordisqueada. Parecía que la comida se había quedado fuera toda la noche. Un grupo de hormigas se congregaba encima, cubriéndola por todos lados. No había advertido el desorden al regresar la noche anterior, pero era presa de mi ansiedad, así que no me sorprendía.

Me dirigí al armario de los abrigos y extraje uno de los muchos guardapolvos de cachemira que básicamente eran jerséis largos y modernos. Cogí el rojo. Me lo puse, disfrutando del modo en el que su fibra suave rozaba mi piel. Cogí el café con una mano y caminé descalza hasta el jardín delantero. Era un hermoso día. Quería sentarme al sol, durante un rato, antes de limpiar aquel desbarajuste.

Quería sentarme al sol para siempre para entrar en calor después del frío que había sentido la noche anterior, calmando la intensidad de la erupción que me había irritado brazos y piernas. Ahora tenía el cuerpo cubierto de ronchas. Podía verlas. Habían salido en un abrir y cerrar de ojos. Estaban empeorando. Tendría que ir al médico en cuanto Libby llegara a casa. Sentarme con las piernas cruzadas en el césped no ayudaba. Puse los dedos suavemente en las hebras de hierba enredadas y recé para tener fuerzas y no arañarme. No había nada más horrible que tener la piel dañada y enferma. Me encontraba peor que nunca.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

EN LA CASA de al lado ondeaba suavemente una cortina en la habitación de Owen. Miré hacia su ventana, sin fingir desinterés. Quería que me viese. Imaginaba que vendría a salvarme de nuevo. Pero no lo sabía. Esperé un mensaje en la ventana. Recordaba el día que dibujó un corazón con sus manos y deseaba que lo hiciera de nuevo.

No obstante, no era el rostro familiar de Owen el que vi perfilado contra las sombras de la ventana. Decididamente, era un cuerpo de mujer, con el pelo largo y suelto. Alexis. Me vino al instante a la cabeza. Alexis. Simplemente. Alexis, tan rápido y doloroso que no podía evitarlo. No era ella, no podía ser ella. No era Alexis. Él no haría eso. No tan rápido.

Un furgón se paró en seco, un furgón de correos. Se detuvo en la entrada. Salió un hombre. Se dirigió hacia mí, por el césped, como si no estuviera seguro de qué se suponía que tenía que hacer. Había un buzón justo delante de él, pero me miraba como si dependiera de mí echar la carta o no.

—¡Está bien! —dije desde el césped—. Puede echar la carta en el buzón.

Me miró y esbozó media sonrisa, y le devolví la sonrisa tranquilizándolo. Echó la carta, entró en el furgón y se marchó. Y, entonces, me puse en pie e intenté no mirar a la ventana. Pero miré de todos modos. Aun así había desaparecido. Llamaría a Owen cuando estuviera dentro de casa. Cogí el montón de cartas. Una de las cartas estaba dirigida a Annie Phillips. Era de la Universidad de San Francisco. Caminé hacia el interior y tiré la carta a la basura sin abrirla y sin saber por qué no quería leerla.

Cogí el teléfono móvil y marqué el número de Owen. Telefoneé una vez, dos veces, tres veces... siete veces... Buzón de voz.

«Este es el contestador de Owen. Deja un mensaje cuando escuches la señal. Bip».

Lo llamé de nuevo. Necesitaba saber quién era Alexis. Necesitaba saber cómo podía hacerme esto. Siete llamadas y, de nuevo, apareció el buzón de voz.

Lo intenté de nuevo.

Otra vez.

Otra vez.

Salí fuera y su coche ya no estaba. Se habían marchado. Me los imaginé mirando su teléfono y riéndose de mis llamadas. Saliendo sigilosamente cuando estaba llamando y tildándome de bicho raro. «No sé lo que vi en ella», diría. Y ella respondería: «Sí, ¿y no olía como un contenedor de beneficencia?». No me sentía exactamente celosa. Lo que sentía era un tanto más complicado. Me sentía inferior.

Me sentía como una niña jugando a tener novio. E idiota. ¿Cómo había creído que podría enamorarse de mí cuando podía tener a una chica como ella?

No podía apagar los sonidos de mi cabeza, de modo que abrí el iDock conectado al iPod de Walk. Apareció la música de Pearl Jam. Moví la cabeza distraída con Pearl Jam y comencé a limpiar. Pero estaba hambrienta. Todavía había un cuchillo en la encimera, cubierto del jugo de la carne y salsa de champiñones. Me corté una gran rodaja del solomillo y la cogí con los dedos. Le di un buen mordisco, como si se tratara de un trozo de pizza, y lo mastiqué. Estaba tierno y un poco seco por la parte exterior, por haberse quedado toda la noche fuera de la nevera. Estaba cocinado al dente, del modo en el que Libby siempre pedía la carne. Espanté una mosca, mientras el jugo rojizo me caía por la barbilla y los dedos. Estaba delicioso. Me apoderé de uno de los quesos. No me molesté en coger un cuchillo porque, de todos modos, ya me había puesto perdida. El envoltorio de queso todavía estaba allí, arrugado frente al pedazo. «Taleggio», ponía. Cogí la cuña de queso y le di un mordisco. Su sabor se mezcló con el bistec de un modo contraproducente. Me hice con una de las fresas mordisqueadas cubiertas de chocolate y me la comí hasta eliminar el mal sabor de la boca.

Cuando acabé de comer, no había mucho que limpiar, excepto mis propias manos. Me las lavé bajo el grifo y junté los restos en una pila en la encimera para tirarlos a la basura. Al final, cuando hube acabado, llamé de nuevo a Owen. No respondió.

Zoe todavía no había salido de la cama, de modo que decidí aprovecharlo y dormir un poco más. Subí las escaleras y me quité toda la ropa, excepto la ropa interior y la camiseta, y me metí en la cama. Estaba a punto de caer dormida cuando los gusanos reaparecieron y comenzaron a clavármese en la piel y no pude controlar más mis manos. Era cosa de la especie y podían hacerlo mientras quisieran.

—¿Te importaría explicar esto?

Libby estaba de pie frente a mi cama, agitando un papel, y durante un minuto estuve segura de que todavía permanecía dormida y soñando. Tenía la cara roja como un tomate. Bostecé, me estiré y me senté.

—¿Por qué gritas? —no quería resultar plañidera y petulante, pero de todos modos fue así.

—Son las cuatro de la tarde, Nanny —dijo Libby—. Las cuatro de la tarde de un día laboral, y mi hija está corriendo por la casa haciendo lo que le viene en gana, ¡porque su nanny no se molesta en despertarse de su borrachera para cuidarla!

—No estoy borracha —protesté, intentando todavía comprender los detalles de la escena frente a mí.

—Eres un fracaso —dijo fríamente Libby.

—Me he levantado para limpiar —dije, detestando mi tono de voz tembloroso—. He limpiado toda la cocina. Solo me he tumbado para echar una siesta.

—Vaya... —dijo Libby con un amago de sarcasmo—. Muchas gracias por limpiar el desorden que has causado.

—¿A qué te refieres?

Estaba totalmente perpleja.

—Tu desorden. Ayer debiste de haber echado a perder doscientos dólares en comida, por lo menos. Un mordisco aquí, un trozo ahí, del modo en el que lo cortas todo con las manos. Es muy desagradable.

—No fui yo. Me acosté temprano.

—No estaba ahí cuando me metí en la cama a las once.

—No he sido yo.

—Entonces, dime, ¿quién?

—Déjalo estar —dije, intentando desesperadamente controlar el tono de voz—. Deja de intentar volverme loca.

Me tapé las orejas con las manos.

—La la la la la la —canté una y otra vez.

—¿Qué es lo que te pasa? —gritó Libby, cogiéndome las muñecas y apartándome las manos de las orejas.

No obstante, continué cantando con un tono de voz más alto hasta que me propinó una bofetada.

El dolor de la bofetada me encendió la cara. Me ardía. No podía pensar más que en el dolor. Solamente podía pensar en el enfado que estaba segura era permanente, como si su mano hubiera quedado tatuada en mi cara. Lo único que podía escuchar era el jadeo de ambas causado por nuestra rabia.

—He encontrado esto en la basura —dijo Libby al fin—. Creo que no podría haber llegado en un mejor momento. Necesitas ayuda, Nanny. Ayuda de verdad.

Me entregó el sobre de la Universidad de San Francisco. Lo había abierto, rasgando con las uñas una línea irregular del centro hacia abajo. No como con el suyo. El correo de Libby siempre se abría en línea recta, con precisión, y formaba unos montoncitos prolijos. El abrecartas era inviolable.

—¿Por qué lo has abierto?

Me temblaban las manos. El aturdimiento se extendió por todo mi cuerpo.

—Vamos, ahora no vayas de moralista —espetó Libby—. Tú hurgaste en mis pertenencias, en el garaje, por Dios. Yo he abierto una mísera carta. Y doy gracias por haberlo hecho.

—¿A qué te refieres?

Tenía miedo. No quería saber lo que había escrito en la carta.

—Ábrela. Léela tú misma.

Libby cruzó los brazos sobre el pecho y me observó hasta que desdoblé la carta y eché un vistazo al contenido.

Estimada señora Phillips:

Nuestro control de asistencia deja constancia de que su presencia ha sido insatisfactoria en más de una de sus clases. Los profesores así lo han corroborado. Además, su media académica apenas supera lo requerido. Faltan solamente unas pocas semanas para que acabe el semestre y corre el riesgo de suspender.

Dado que nuestra labor consiste en garantizar el bienestar económico y académico de nuestros estudiantes, le damos a conocer sus opciones. El decano de la Facultad de Diseño ha propuesto que posponga el curso para el próximo año. Se eliminarán sus notas de estudio (aunque únicamente se le reembolsará en proporción a los créditos inacabados).

Su segunda opción es continuar con un alto riesgo de suspender. El profesor Meyers y el profesor Malone han expresado su preocupación en distintas ocasiones. Se les ha informado de que tendría que puntuar el noventa y siete por ciento y el noventa y nueve por ciento, respectivamente, en sus exámenes finales para pasar curso. Estas puntuaciones tan elevadas, como ya debe saber, rara vez se alcanzan a un nivel universitario. Nos dirigimos a usted como asesores y amigos. Nos preocupamos de cada uno de nuestros estudiantes y confiamos que elija lo mejor para usted. Por favor, escríbanos a studentadvisorboard@sfsu.com en caso de que tenga alguna pregunta. Puede dirigirse a nuestra sección llamando al 415 273 1192 para concertar cita con un asesor, en caso de que lo considere necesario. Le deseo lo mejor,

DEAN GRAHAM

Me recliné en la almohada, no exactamente sin aliento, porque lo había visto venir. Era el motivo por el que temía abrir la carta. ¿Cómo podía pasar curso cuando me había saltado la mitad de las clases para hacer de niñera o porque me estaba recuperando de una cosa u otra? Tampoco había tenido tiempo para estudiar. Había sido una estudiante diligente y responsable en el instituto, sin embargo trabajaba demasiado, estaba alterada y hecha un amasijo de nervios.

—¿Y entonces? —quiso saber Libby—. ¿Qué vas a hacer? Walker pidió que le informaran, sabes. Nos avisaron primero.

—¿Os avisaron? ¿Por qué?

—Porque extendemos los cheques —espetó—. Nos inscribimos como tus tutores, y somos nosotros quienes ponemos el dinero. ¿O lo has olvidado?

Sacudí la cabeza. Era cierto que pagaban parte de mi salario a la facultad. Únicamente había visto una pequeña fracción del pago de mi trabajo. No obstante, era lo mejor. Me permitía administrar el dinero en vez de gastarlo antes de pagar las clases.

—Qué me dices de darme las gracias —dijo entonces—. Dudo que hubieran sido tan indulgentes si Walker no hubiera metido baza.

—Gracias —susurré y se sentó en la cama.

—¿Gracias, qué? —quiso saber.

—Gracias, Libby —contesté.

Como era de esperar, sonrió de oreja a oreja y me sujetó mis manos entre las suyas.

—¡Piensa, Nanny! ¡Puedes dejar la facultad a un lado y trabajar como aprendiz en mi empresa! Puedes trabajar más horas y ahorrar dinero. Será fabuloso.

—Odias a Zoe, ¿no es cierto? —la interrumpí.

—¿Qué?

—Odias a tu propia hija. Nunca preguntas nada sobre ella. Son las cuatro de la tarde y por supuesto está despierta, pero ni siquiera sabes dónde está.

Libby miró a su alrededor, nerviosa.

—Pues claro que no la odio —dijo con entereza—. ¿Por qué dices algo tan terrible?

El rostro de Libby palideció.

—No tienes ni la más remota idea de lo que estás hablando. Estás peor de lo que pensaba. Tu trabajo es vigilar a Zoe, no el mío. Estoy muy ocupada con el bebé y el despacho. Ya lo sabes.

—No la quieres —susurré, con los ojos anegados de lágrimas—. No te ocupas de ella.

Libby se inclinó hacia mí, cogiéndome el mentón con una mano. Forcejeé para escapar de sus garras, pero ella me cogió con firmeza. Me forzó a mirarla a los ojos.

—Deja de proyectar tu vida en nosotros —dijo en voz baja.

Entonces, se levantó abruptamente y se dirigió, a grandes zancadas, hacia la puerta.

—Nanny —dijo volviéndose hacia mí—. Voy a pensar qué hacer contigo. No podemos continuar así. Por ahora, quiero que te quedas. Pero no estás lo bastante cuerda como para tener a los niños cerca de ti.

El temor permaneció suspendido en el espacio entre nosotras hasta que me encerró, encarcelándome en mi tumba amarilla. Aunque momentos antes de que la puerta se cerrara, vi el pequeño cuerpo de Zoe petrificado, en el pasillo, detrás de Libby. Tenía el dedo en la boca y me miraba con tristeza. No sabía qué había oído.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

OÍ UN CLIC después de que abandonara la habitación, pero fue diez minutos antes de que pudiera levantarme a echar una ojeada. Me había cerrado desde fuera con un pestillo instalado por fuera erróneamente. Aporreé la puerta con el puño. Tenía que ser una equivocación. No sería capaz, no me habría encerrado allí como a una prisionera. No estaba bien. Era algo perverso.

Aporreé la puerta hasta que me dolió el puño. Cuando ya no funcionó, grité su nombre una y otra vez. No vino. En algún momento, me dejé caer en el suelo con la espalda descansando contra las tablas de madera. Podía escuchar el sonido de mi propia respiración. Podía sentir una presencia allí, conmigo, justo fuera de la puerta.

—¿Zoe? —susurré, corriendo para colocar el oído en la puerta—. Zoe, tesoro, ¿eres tú?

Escuché el sonido de alguien caminando a modo de respuesta y suspiré aliviada. Mi pequeña había venido a salvarme.

—Zoe, cariño, ¿puedes abrir la puerta?

Esperé cinco latidos. Nada.

—¿Zo? —Lo intenté de nuevo—. Tesoro, no tengas miedo.

Oí cómo se movía de nuevo. Incliné la cabeza contra el marco de la puerta y comencé a llorar.

—Por favor, cariño, deja que salga la Nanny.

Oí cómo giraba el pomo. Al levantar la vista, vi que trataba de moverse y se atrancaba con algo sólido.

—Zoe —dije—. Es el pestillo. ¿Llegas? Si llegas, la Nanny girará el pomo.

Mi pregunta fue recibida con otro silencio. Sentí que la sangre me corría más rápido y me sudaban las manos. Comencé a aterrorizarme. Todo lo que tenía que hacer era abrir el pestillo. Era demasiado sencillo.

—Zoe, por favor.

Entonces oí sonido de pasos en el corredor. Los pasos confiados y rápidos de un adulto.

—¿Zoe! —se oyó la voz de Libby en voz alta y terrorífica, como si Zoe la hubiera apaleado con su comportamiento—. ¿Qué haces junto a la puerta de la Nanny? Ven aquí.

Los pasos de la pequeña Zoe se alejaron mientras Libby se la llevaba, a toda prisa, escaleras abajo. Entonces, oí otra vez su voz.

—No intentes salir, Nanny. No te lo permito. Te quedarás en la habitación el tiempo necesario hasta que te calmes.

—Estoy calmada —insistí con las lágrimas corriéndome por las mejillas.

—No pareces tranquila —contestó Libby—. Pareces bastante alterada, casi como si estuvieras llorando.

—Estoy calmada —repetí—. Por favor, Libby, déjame salir de aquí.

—No hasta que vea que no eres un peligro para los niños.

Rompí a llorar.

—Nunca les haría daño —insistí entre sollozos—. Nunca.

—Sé que nunca les harías daño ex profeso, Nanny —dijo Libby con suavidad—. Pero ya no puedo confiar en que te quedes sola con ellos por más tiempo. No puedo estar en todas partes a la vez. Te quedarás aquí hasta que encontremos a alguien para que te ayude.

—Lo estás haciendo a propósito —dije.

Era un pensamiento que había estado fraguándose en mi inconsciente durante largo tiempo, un pensamiento que había considerado paranoico. Algo que nunca me había permitido reconocer. Sin embargo, ahora le daba voz.

—¿Mantener a mi familia a salvo? —dijo—. Por supuesto.

—Intentar volverme loca —repuse—. Pero ¿por qué, Libby? ¿Por qué lo haces? ¿Qué ganas?

—Eso no tiene ni pies ni cabeza —dijo Libby—. Acuéstate y duerme.

—¿Por qué pusiste el papel amarillo en las paredes de mi habitación? Porque viste el libro —dije respondiendo a mi propia pregunta—. Sabías que lo tenía metido en la cabeza. Querías volverme loca.

—No voy a consentir este tipo de conversaciones —respondió.

Oí cómo sus pasos se alejaban por el pasillo y entonces desapareció.

Grité, golpeando la puerta con todas mis fuerzas. Sollocé abiertamente. Grité más fuerte, con la esperanza de llamar su atención. Al no sacar nada en claro, me estiré del pelo tan fuerte que me lastimé. Me gustaba el dolor, porque se diferenciaba de mi sufrimiento interior. Estiré con fuerza y escuché cómo lo arrancaba de mi cuero cabelludo. Miré hacia abajo y vi unos mechones en la mano. Me coloqué la mano en el cuero cabelludo y la sangre manó hasta las yemas de mis dedos y la piel debajo del pelo me ardía.

Deseaba tanto a Owen que no sabía qué hacer. Quería que regresara y me negaba a creer que no tuviera solución. Golpeé los puños contra la puerta y, luego, me golpeé la cabeza. Lo quería. Necesitaba que regresara. La furia animal que sentía me llevaba a que deseara estrecharlo contra mi cuerpo una vez más. Me invadía la lujuria y la cólera, llevándome a la desesperación.

—¡Déjame salir! —grité—. ¡Déjame salir de aquí!

No hice más que dar patadas y gritar hasta que me dolió el cuello. Entonces, me hice un ovillo en la cama, llevándome las rodillas al pecho, y me puse el dedo en la boca. Aquel viejo hábito nervioso me aportaba calma. Sentí cómo se me cerraban los párpados de extenuación. Tal vez Libby tenía razón. Tal vez necesitaba dormir.

Una voz me despertó. Murmuraba sin sentido. Me llevó un minuto darme cuenta de que era la mía y, cuando lo hice, me eché a reír estridentemente. La habitación empapelada de amarillo. Pensé en la mujer de mi historia, la historia que tenía que leer para la clase de literatura y volví a reír. ¡Libby me había convertido en aquella mujer! Me había encarcelado en la habitación amarilla. Sin embargo, en la historia, la mujer se encarcelaba a sí misma. Se encerraba ella misma. ¿Me lo había hecho a mí misma? No, necesitaba salir. Libby no podía marcharse con su pestillo, su papel de pared amarillo y su voz tranquila que puede que también estuviera hecha de cortaplumas, pues era letal. Cogí el teléfono. Me sorprendió que Libby lo hubiera dejado. Me rompí la cabeza pensando en la gente que podía ayudarme.

Owen. Morgan. Ya está. Tenía una relación tensa con los dos, pero eran mis únicas opciones. Mi teléfono fijo no tenía llamadas perdidas. Owen no me había respondido todavía a las llamadas, pero no tenía elección. No tenía a nadie. Estaba más sola que cuando vivía en Detroit.

Llama. Llama, pensé mientras marcaba el número con la mano derecha. Trazaba dibujos en el papel de pared con la mano izquierda. Por favor, llama. Otra vez tuve la sensación inquietante de que había estado pronunciando las palabras, en voz alta, sin conseguir controlar mi cerebro. Era como si hubiera dos Nannies. ¿Nanny y Annie? ¿O Nanny y Nanny? Me di cuenta de que había comenzado a llamarme «Nanny». Qué maravilla. A Libby le emocionaría haberme persuadido. Annie ya no existía. Había desaparecido el día en el que había accedido a convertirse en una Nanny. Ahora no era más que una Nanny. No era más que una Nanny. Ahora era la Nanny que pensaba y la Nanny que parafraseaba en voz alta. La Nanny que actuaba y la Nanny que lo olvidaba todo al día siguiente. La Nanny que Libby quería y la que aborrecía y encerraba como un animal que se había portado mal.

Miré el teléfono en mi mano. Había escuchado cómo sonaba durante dos minutos y cincuenta y cinco segundos. ¿Cuántas llamadas eran? ¿Una llamada cada tres segundos? Muchas llamadas. Me dio por reír. Owen no iba a responder. Lo intenté con Morgan. Tampoco lo cogió. Me imaginé a Owen y Alexis sentados en el jardín trasero, tomando una cerveza al borde de la piscina, riéndose juntos de lo desesperada que parecía. No sabían que estaba encerrada en una habitación amarilla. Tampoco lo entenderían si lo supieran. Owen era mi única esperanza y no iba a responder.

Lo intenté con Walker. Recé para que su teléfono en Shanghái todavía funcionara. Llamé una vez, dos...

—¿Annie?

Su voz se oía distante, apresurada.

—Walker, Walker, gracias a Dios.

Las palabras me salían de la boca, embrollándose las unas con las otras.

—Walker, tienes que regresar. Tienes que ayudarme.

—Nanny, ¿qué quieres decir? ¿Qué ha pasado? —Me consoló la oleada de pánico

en su voz confusa—. ¿Les pasa algo a los niños? ¿Alguien está malherido?

—No, no —rompí a reír.

Su preocupación era un consuelo. Al fin, alguien que se preocupaba.

—Tienes que volver a casa y sacarme de esta habitación, Walk. Libby me ha encerrado y...

—¿Que ella qué? —dijo con rotundidad.

—Me ha encerrado en la habitación empapelada de amarillo. No me dejará salir hasta que me calme, pero estoy calmada. ¡Necesito salir! ¡Necesito salir de esta habitación ya! Vuelve y sácame —rogué al borde de la histeria.

—¿La habitación amarilla? ¿Te refieres a tu habitación?

—Sí, no me quiere dejar salir —sollocé al teléfono.

—Pero nadie está herido.

—¡No! Pero intenta volverme loca. Libby, ella...

—Annie —comenzó a decir Walker con voz fría—. ¿Tienes idea de cuánto me cuesta responder a una llamada de Estados Unidos en China? ¿Tienes idea?

—No, yo...

—¿Y sabes lo ocupado que estoy aquí? ¿Y lo temprano que es? ¡Son las cuatro de la madrugada!

—Lo siento Walk. Estoy desesperada.

—Joder —se murmuró a sí mismo.

Oí cómo respiraba dos veces profundamente.

—Lo que tú estás no es desesperada. Y no me llames «Walk». Necesitas empezar a respetar los límites. Por Dios, Annie, ¿por qué crees que me he ido tan lejos? Me he escapado del constante drama en casa en cuanto se me ha presentado la oportunidad. Hay demasiada tensión entre Libby y tú. No podía soportarlo más. No quiero esto para mí. Quiero a mi familia. Una familia normal.

—¿Límites? ¿A qué te refieres?

—Para —ordenó—. Deja de actuar como si fueras tan inocente. Sabes exactamente lo que estás haciendo. Mira, lo que pase entre Libby y tú es asunto tuyo. Es entre vosotras dos. ¿Me entiendes? Déjame fuera de esto.

Su voz se había alzado hasta gritar. Estaba furioso. No lo entendía. No iba a venir a salvarme.

—Sí, lo entiendo.

—Bien.

Y, entonces, la línea se cortó.

Me arrodillé en el suelo, con las lágrimas resbalándome por el rostro. Afuera, el sol brillaba como si todo marchara bien. No obstante, las cosas no podían ir peor. ¿Cómo podía el sol resplandecer cuando la Nanny se estaba desmoronando? ¿Cómo podía el resto del mundo continuar cuando todo, en la habitación amarilla, era oscuro y silencioso? No había nadie literalmente a quien pedir ayuda. Dolía pensar que nadie se interesaba por la Nanny. Cogí el teléfono y marqué el único número que me sabía

de memoria.

—¿Mamá? —dije cuando una voz congestionada por el humo respondió—. Mamá, soy la Nanny.

—¿Quién? —gruñó la voz.

Sonaba como un montoncillo de tierra juntándose.

—¿Mamá? Soy la Nanny. Tu hija.

—No conozco a ninguna Nanny —respondió la voz.

Entonces, se hizo un silencio y escuché una voz en la lejanía preguntando quién era.

—Una chica que se llama Nanny —dijo la voz terrosa.

—Se deben de haber equivocado. Lo siento —contestó la voz—. No hay nadie con el nombre de «mamá» aquí. Será mejor que compruebes el teléfono al que llamas.

Y, entonces, la línea se cortó.

Era la voz de mi madre. No me cabía duda. Y la voz de Dean era la que se oía en la lejanía. No me cabía duda. Peor estaba segura de muchas cosas que habían acabado por ser erróneas. ¿Por qué habrían de fingir que no me conocían? ¿Por qué habría de hacerme esto mi propia madre? Me envolví con el edredón, temblando con fuerza. Lo único que podía hacerse en una situación como aquella era dormir.

—Nanny, tesoro —dijo la voz.

Era una voz reconfortante, cálida e incorpórea. Se parecía al olor del chocolate: nublado, dulce y cálido.

—Nanny, despierta, te he traído la cena.

Abrí los ojos en una habitación tenuemente iluminada. Me llevó unos minutos ser consciente de que tenía los ojos abiertos porque la luz era demasiado tenue. Y me sobresalté cuando vi a quién pertenecía aquella voz. Traía una bandeja llena con un bol de sopa y una pera cortada en trocitos. Había un zumo de naranja y una pastilla.

—Solo te he traído algunas cosas, tesoro, para asegurarme de que estás mejor.

La miré con cautela, sin saber si confiar en su amabilidad.

—¿Significa que puedo salir?

—Oh, Nanny —dijo como si fuera una niña necia.

—Vamos, cariño, no vamos a dejar que una pequeña disputa estropee las cosas. Al fin y al cabo, somos hermanas. Ahora tú eres de la familia. Las familias superan los malos momentos, pero siempre se mantienen unidas.

Asentí. Deseaba formar parte de la familia.

—¿Zoe? —llamó Libby—. Ven a dar un beso a la Nanny.

Zoe asomó la cabeza desde detrás de la puerta y entró en la habitación, circunspecta. Parecía un tanto tímida, algo que no era normal en ella.

—Hola, Zoe —saludé—. Gracias por venir a verme.

—Zoe, dale un beso a la Nanny —dijo Libby.

Zoe se negó vehementemente. No pude evitarlo. Me resbaló una lágrima por la mejilla.

—Mira, Zoe, mira lo triste que está la Nanny. Si le das un beso, se sentirá mejor.

Zoe avanzó y se subió a mi cama, arrastrándose hasta alcanzarme, lentamente. Estaba canturreando, como siempre, canturreando *Rockabye Baby* una y otra vez. Cuanto más se acercaba, más alto canturreaba, hasta que Libby hizo una mueca, afligida.

—Simplemente dale un beso —dijo apretando los dientes—. Y deja ya de canturrear. Le estás dando dolor de cabeza a mamá.

Sin embargo, Zoe continuó canturreando hasta que llegó a mi mejilla. Entonces, hizo algo inesperado. Cantó la letra de la canción. «*Wockabye baby on the twee top, when the wind blows, the cwadle will wock*»^[5]. Y me besó en la mejilla.

—Gracias Zo-zo —dije—. Muchas gracias.

Me miró y, con los ojos clavados en mí, bajó de la cama y se marchó de la habitación, canturreando.

—Lo siento —dijo Libby con una mirada de dolor—. Creo que estaba un poco asustada por tu... explosión.

Asentí, sintiendo que todavía me pesaban los párpados. Me zumbaban los oídos y la Nanny estaba diciendo «ten cuidado con la sopa», pero tenía el estómago vacío, de modo que hice caso omiso a su voz.

—Nanny —dijo Libby con suavidad—. Siento haber perdido el control. Soy una adulta, y no debería haber permitido que mi mal genio pudiera conmigo. Quiero que sepas que he pensado en ello y sé cuál es el mejor modo de ayudarte.

—¿Qué? ¿Qué necesito?

—¿Recuerdas cuando te pedí que confiaras en mí, al empezar a trabajar para nosotros?

Volví a asentir. Siempre me había pedido que confiara en ella y me había dicho que nunca me mentiría, pasara lo que pasara.

—Bueno, este es uno de esos momentos en los que tienes que tener fe en mí, Nanny. ¿Puedes hacerlo?

Tendió la mano y peinó hacia atrás los rizos despeinados de mi frente. Su caricia sobre mi rostro con fiebre fue reconfortante.

—Sí —dije, y verdaderamente lo creía—. Cuida de mí. Solo quiero que alguien cuide de mí.

—Por este motivo, he tomado una decisión —dijo en aquella voz empalagosa—. Necesitas más ayuda que la que puedo brindarte, Nanny. Necesitas ir a un lugar donde hay muchas personas que pueden ayudarte. Estarás a salvo, te lo prometo. Y todos te visitaremos hasta que estés recuperada de nuevo.

—¿Dónde me llevas? —pregunté.

Pero en mi interior ya había dicho que sí. No me importaba dónde, mientras no

tuviera que luchar nunca más.

—A un buen hospital que se llama Richmond-Fost. Recibirás los mejores cuidados. Walker y yo los pagaremos. E incluso no te lo sustraeremos de tu salario. Tienes suerte de contar con nosotros, Nanny. Tenemos bastante dinero como para hacernos cargo de ti.

—¿Volveré a trabajar algún día?

—Por supuesto, cariño, algún día; cuando te encuentres bien.

Si se ocultaba una mentira tras sus palabras, no pude encontrarla. Continuó acariciándome el pelo suavemente.

—No estoy enferma —protesté sin fuerzas.

—Lo estás, Nanny, pero no es por tu culpa. Todo lo que ha sucedido en tu vida... Haría que cualquiera fuera frágil —dijo, y se detuvo en la palabra «frágil», como si deseara que sintiera sus implicaciones.

—No creo que sea frágil —susurré débilmente.

—Pero tesoro, lo eres —dijo con dulzura—. Lo has pasado mal, ¿no es cierto?

Algo en su voz provocaba que accediera a todo lo que decía. Asentí en dirección a su voz, aunque ya me había inclinado en el cojín y cerrado los ojos de nuevo. Tal vez tenía razón. Tal vez, únicamente necesitaba que alguien cuidara de mí por un tiempo.

—Tómate la sopa —contestó Libby— y tómame este Valium. Te relajará. Mañana nos ocuparemos de todo.

Dejó la bandeja sobre la mesa que había junto a mi cama y se marchó de la habitación.

La puerta se cerró tras de sí. Estaba demasiado cansada para mirar si estaba puesto el cerrojo y, de todos modos, ya no tenía importancia. Incluso si me marchaba, ya no tenía adónde ir.

«Sería mucho más fácil que la Nanny se tomara un Valium», pensé.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

ZOE Y JACKSON estaban en sus sillitas de seguridad con el cinturón abrochado y mi bolsa de viaje contenía lo esencial. Para esconder los arañosos del cuerpo, había decidido ponerme una camiseta negra de manga larga. En el último minuto, había cogido la preciosa bufanda verdeazulada que había encontrado en el garaje y me la había puesto en el cuello. Imaginaba que Libby no se daría cuenta. Tenía tanta ropa y accesorios que era imposible recordarlos todos. Todavía no se me había pasado el efecto del Valium, de modo que, mientras Libby me llevaba de la habitación amarilla hasta el coche, me sentía obnubilada. Al salir del cuarto, sentí una breve sensación de éxtasis, seguida inmediatamente de un vacío. Una vez te has librado de lo que te molesta, ¿entonces qué? Me había acostumbrado tanto a ser infeliz que ya no sabía cómo ser feliz. O cómo no estar sola.

Mientras subía al coche, miré hacia la habitación de Owen. Owen me había hecho feliz durante un tiempo. Me había henchido de esperanzas. Creí ver una sombra que se movía ágilmente tras la ventana y entonces se corrió suavemente la cortina. Me volví. No quería ver el perfil de aquella chica burlándose otra vez. Me deslicé en el asiento de atrás, junto a Zoe, y cerré la puerta tras de mí, negándome a mirar atrás. Quería estar lo más cerca posible de Zoe antes de que tuviera que dejarla.

—¿Ya estamos todos listos? —preguntó Libby alegremente.

Miré a Zoe y ella me observó con una mirada pensativa, como si estuviera canturreando alrededor de su dedo pulgar arrugado de tanto estar en la boca. Me llevé un dedo a la boca y la contemplé con un gesto solidario. Por el rabillo del ojo, vi cómo Libby se estremecía, de modo que dejé la mano sobre el regazo y la estreché con la otra.

Zoe se sacó el dedo de la boca y juzgó la situación con seriedad.

—Ezto es de mamá —dijo con su ceceo de niña pequeña, alargando la mano para estirar de la bufanda que llevaba alrededor del cuello.

—Lo sé, cariño —dije, mirando a Libby para ver su reacción—. Estaba para tirar, de modo que la tomé prestada. Espero que no te importe —dije—. Estaba en aquellas viejas cajas y olvidé preguntártelo.

—Está bien —respondió Libby, frunciendo el ceño.

Zoe arrugó la cara y comenzó a llorar. Sollozos largos y entrecortados, parecidos a los que acompañaban sus pesadillas.

—Cálmate Zoe —espetó Libby—. Solamente está triste porque te vas —explicó—. Está irritable.

—¡No! —gritó Zoe—. ¡No, no!

—Zoe, tesoro, cálmate.

Libby sonrió apretando los dientes, mirando hacia nosotras a través del espejo retrovisor y sonriendo a la Nanny de un modo tranquilizador.

Pero la Nanny no se tranquilizó. La Nanny tenía miedo de ir al hospital y de quedarse ahí para siempre. ¿Y si Libby no volvía a buscarla?

«Me vendrá a buscar —me dije para sosegarme—. Me quiere. Dijo que éramos como hermanas».

Es lo que la gente dice cuando siente amor. La Nanny tenía que aprenderlo, las acciones que están asociadas con el amor, pero Libby se lo estaba enseñando. ¿Qué me dices de lo que más temes? ¿Y si la Nanny no se recupera nunca más?

Sacudí la cabeza, con fuerza, para aclararme las ideas. Cada vez más pensaba en las dos voces que tenía en la cabeza, incapaz de fundirlas en una otra vez, en la persona que era antes. Cada vez era más difícil recordar quién era Annie y quién era Nanny y quién de las dos hablaba más alto.

Llegamos a aquel gigantesco hospital y salí del coche, agarrando la bolsa con firmeza. Libby me había contado de camino que Richmond-Fost, el ala en la que permanecería, era parte de un gran hospital. Vi cómo llevaban a un paciente al hospital en silla de ruedas. Estaba deforme y tenía una mirada obscena, con costras en el cuero cabelludo. No había pensado en eso, en el tipo de personas con las que me encontraría. Sentí que el terror se apoderaba de mí.

—Espera —dije mientras Libby sacaba a Jackson de su asiento y cerraba el coche detrás de ella—. ¿Qué me dices de Zoe?

—Estará bien —dijo con desdén—. Solamente estaremos unos pocos minutos. Cerraré las ventanas si te preocupa.

—No —dije, aunque lo estaba—. Solo quería despedirme.

—No estoy segura de que un psiquiátrico sea el mejor lugar para una niña pequeña —explicó Libby.

Sentí una punzada en el estómago. La palabra «psiquiátrico» me desgarró. Me lo había imaginado como un lugar feliz para recuperarme. La Nanny había pensado que era como un retiro de meditación, en el que se centraría en aclarar las ideas. Si era un psiquiátrico, eso significaba...

—Habrá muchas personas perturbadas aquí, ¿no? —pregunté.

Sentía que mi cuerpo empezaba a temblar.

—No te preocupes, cielo —respondió Libby poniéndose las gafas de sol y caminando a grandes zancadas hacia el edificio—. Te integrarás, estoy segura.

—Por favor —grité por detrás—. Por favor, deja que me despida de Zoe.

—Por supuesto —dijo al fin.

Caminó a grandes pasos hasta donde estaba recostada contra el coche y pulsó el botón para abrir.

—Pero hazlo rápido.

—Tesoro —dije mirando a mi niña—. Te voy a echar mucho de menos.

El rostro de Zoe estaba anegado de lágrimas. Miró hacia otro lado, colocándose el dedo en la boca y canturreando en voz alta.

—Nanny, tenemos que irnos —dijo Libby—. Nos están esperando. Y luego tengo una cita con un cliente, a la que no puedo llegar tarde, a las cuatro.

—Muy bien, Zoe. Vamos a arreglarlo rápido —dije—. Este es el trato. Vas a darme un beso y dejar de canturrear un segundo y te prometo que nos veremos pronto.

—«*Cwadle will fall, down will come baby!*»^[6] —gritó la última parte enfadada y con la cara enrojecida—. Me vas a abandonar —me acusó—. No volverás.

—No —dije suavemente—. No, tesoro. Volveré, te lo prometo.

Sin embargo, no estaba segura. Comenzaba a sentir que me llevaría un buen tiempo recuperarme.

Noté una mano en mi hombro, unas uñas clavándose en mis omoplatos.

—Nanny —dijo Libby—. Creo que he sido clara. Tendrás tiempo de sobra para las despedidas. Ahora, ven conmigo.

Me apartó del coche con más fuerza de la que me había percatado que tuviera en su delgado cuerpo. Me volví para mirar el automóvil mientras caminábamos.

Los ojos de Zoe apenas podían asomarse por encima del costado donde la carrocería acababa y el cristal de las ventanillas empezaban. Parecía tan diminuta, tan vulnerable...

—Tiene que firmar aquí, señora —dijo un recepcionista con aspecto cansado en la entrada de la cuarta planta, que era donde estaría.

—¿Puedo echar un vistazo antes?

Más allá de la recepción, había una puerta de acero cerrada con una ventanita. A través de la ventana, vi a una mujer mayor dando un paso tras otro, con lentitud, por el pasillo con ayuda de un caminador ortopédico, y dejando el rastro de algo húmedo que goteaba por debajo de su pie izquierdo.

—Me temo que no tenemos tiempo para eso, Annie. —Libby sonrió de oreja a oreja al recepcionista—. Firma simplemente en la línea de puntos y ya está.

—Ya está —repetí débilmente.

Acepté el bolígrafo y su punta planeó por encima de la línea en la que me disponía a firmar. Unas frases sobresalieron de la página: «recurso legal», «autolesión». No entendía nada. El Valium me había dejado el cerebro inservible. Era algo denso y obnubilado. Lo sentía más como materia y menos como impulsos neuronales. Intenté leer las primeras pocas líneas de un modo sistemático, pero vi la mirada impaciente de Libby aniquilándome, de modo que firmé.

—¿Puedo irme cuando quiera, no? —pregunté a la enfermera.

Sonrió como si se apiadara de mí.

—¿Puede decirle al doctor Clarkson que estamos aquí? —preguntó Libby con una

gran sonrisa—. Nos está esperando.

—¿Lo conoces? —pregunté—. ¿Conoces a uno de los doctores?

—De vista. Le decoré la casa. Lo suficiente como para ponerme en contacto con él y preguntarle acerca de la calidad del hospital. Fue muy amable. Se ofreció a ocuparse de tu caso.

—Primera puerta a la izquierda —gritó la recepcionista, pulsando el botón junto a la mesa recubierta de cristal—. Pero deja tu bolsa en la bandeja que hay al lado de la puerta. También necesitaremos que dejes la bufanda, la chaqueta, los zapatos y todo lo que lledes en los bolsillos, por favor.

Hice lo que me pedía y me quité la bufanda del cuello, muy a mi pesar. Era lo único que me hacía sentir normal y hermosa. Mientras la dejaba en la bandeja, doblándola cuidadosamente junto con mis otras pertenencias, escuché cómo Libby suspiraba por mi espalda.

—Deprisa, Annie —dijo con un destello de impaciencia en la voz—. ¿Qué hay entre esta cosa y tú? Ni siquiera es bonita.

Mientras lo colocaba junto a mi bolsa, percibí un bordado púrpura y delicado junto al dobladillo de uno de los lados: ACE. Adele algo, tal vez Elizabeth, Cohen. La bufanda no era de Libby. Eso lo explicaba todo. Acaricié el bordado con mi dedo, deseando más que nunca no desprenderme de ella, hasta que Libby me la arrancó de las manos y la colocó en la bandeja.

—Por Dios —dijo—. Vamos, Annie.

Y, entonces, se abrieron frente a nosotras las puertas de hierro. Libby me hizo pasar a la habitación que me había indicado la recepcionista.

El doctor Clarkson era un hombre delgado, con la piel pálida, mayor que Libby y con una calvicie incipiente. Parecía el tipo de persona cuyas ambiciones nunca habían estado unidas a su realidad. Tenía una cara permanentemente fruncida que solo se iluminó ligeramente al ver a Libby. Libby le dio un abrazo tenso.

—De modo que esta es la chica —dijo evaluándome—. ¿Le has dado el Valium?

—Lo he hecho —dijo asintiendo rápidamente.

El doctor Clarkson abrió la boca para balbucear algo más, sin embargo Libby lo cortó.

—Tendría que irme ya —dijo—. Tengo una cita con un cliente.

—¿No vas a quedarte a hablar un momento antes de que se instale? —preguntó lastimero—. Para discutir el caso, claro.

—De veras que no puedo —respondió Libby—. Siéntete libre de llamar a Walker si tienes alguna pregunta.

El doctor Clarkson miró cabizbajo.

—Muy bien —dijo, aclarándose la garganta.

Se volvió hacia mí y pulsó un botón en un teclado a la izquierda, con ademán resuelto.

—¿Te llamas Nanny, no?

Miré hacia Libby, que asintió ligeramente hacia mí.

—Annie —dije confusa—. Me llamo Annie.

—Muy bien —dijo de nuevo—. Miranda te acompañará hasta tu habitación.

Hizo un gesto hacia la puerta, donde había una mujer ataviada con un uniforme rosa esperando.

—Bueno, vamos —dijo sin sonreír.

—Adiós, Nanny —dijo Libby estrechándome rápidamente mientras entraba—. Todo irá bien, te lo prometo.

—¿Podré irme cuando esté mejor, no? ¿Y, entonces, regresaré?

—Podemos hablar de ello cuando estés mejor —respondió Libby—. No durará mucho. Estás en un lugar seguro. Mientras estés aquí, todo irá bien.

—Sí —accedí—. Todo irá bien.

Estaba tan cansada. Tal vez no estaría mal que cuidaran de mí una temporada.

—¿Qué miras? —me preguntó mi compañera de habitación por duodécima vez.

—¿Qué miras?

Había intentado esquivar su mirada, observando otra pared, pero me di cuenta de que no importaba hacia dónde mirase. Millie creía que la observaba sin cesar.

—No me digas que no me estás mirando —insistió—. Sé que me estás mirando, niña. Parece que quieras algo y no tengo nada para ti.

El primer día, intenté hablar con el doctor Clarkson. Libby no había mencionado la compañera de habitación, le expliqué. Creía que no debía tener una compañera. Valoraba mi intimidad. Quería estar sola. No me gustaba tener a gente en mi habitación por la noche. Cuando el doctor Clarkson me preguntó por qué, se lo expliqué. Le hablé de Dean y cómo había venido a mi habitación varias veces cuando era adolescente, y que me costaba dormir cuando creía que no estaba sola. Y, luego, el doctor Clarkson dijo:

—Lo sé todo sobre tus miedos, Nanny. ¿Y no crees, Nanny, que es mejor enfrentarse a ellos?

No obstante, yo no era como el resto de pacientes de RichmondFost. Algunos no sabían dónde estaban, no podían diferenciar el perro al que solían querer de una toalla de manos. No pertenecía a aquella gente. Estaba cansada, enferma y confundida. Pero no había perdido el juicio. Todo —Libby, las largas horas, la falta de sueño— me había revuelto la cabeza, de modo que los pensamientos se amontonaban unos encima de otros y nada permanecía bien organizado en su cajón. Solamente necesitaba algo de tiempo para descansar y lo clasificaría todo.

Había pedido mis pertenencias y me habían dicho que se las quedarían hasta que saliera. Mientras tanto, dijeron que con mi uniforme de algodón ya estaba bien. En aquella ala solo había mujeres. Sin embargo, un hombre entró sigilosamente en la habitación, tal vez un camillero, y pude oír cómo él y Millie se reían, se besaban y

jadeaban toda la noche. Salí de la habitación y se lo dije a la enfermera nocturna y me envió de nuevo a la habitación diciendo «deja de causar problemas, vete a dormir». Pero vino a comprobar que nuestra puerta estuviera cerrada. Cuando lo hizo, el hombre se había marchado. Al día siguiente, Millie me clavó con tanta fuerza las uñas que sangré. Me enviaron al doctor Clarkson. Se lo conté todo e insinuó que me había autolesionado, que me había inventado la historia del visitante nocturno como una manifestación de Dean y que me había arañado fuera de control, porque el hospital no permitiría nunca entrar a hombres en las habitaciones por la noche. Me dijo que me esperaba una larga estancia y que era mejor que me llevara bien con Millie antes que enemistarme con ella. Me dio una medicina y me dijo que ya había tenido suficiente tiempo para instalarme y tendría que asistir a sesiones de grupo al día siguiente. Le dije que ya me encontraba mejor, le pregunté si podía marcharme, y el doctor Clarkson me preguntó adónde me gustaría irme. ¿Regresaría con Libby? ¿Me acogería sin que hubiera intentado realmente llevar a cabo el programa? Entonces, me di cuenta de que tenía que hacerlo, tenía que obligarme a permanecer allí. No me quedaba otra opción. Y todavía estaba muy cansada.

La medicina me había dañado el estómago y no me permitía pensar con claridad. Era peor que el Valium. Principalmente me adormecía, pero la otra medicina, el montoncito de pastillas amarillas y blancas, me transformaba. Me hinchaba la lengua como una bola de algodón y me ponía nerviosa. Comencé a tener pensamientos que no había tenido normalmente. Comencé a querer pegar a Millie cuando me señalaba y reía, incluso si sabía que no podía evitarlo y se pondría a señalar y a reír de una pared blanca si fuera eso lo que tenía enfrente. Sentía una confusión con embistes de violencia. Quería cerrarle la boca para que dejara de reír espasmódicamente. Era por la medicina. La medicina me estaba cambiando, reformateando el cerebro. ¿Y si no podía volver a ser normal? ¿Y si dejaba de tomarla y me quedaba en una niebla huraña el resto de mi vida?

También tenía mucha hambre. Acabé mordiéndome las uñas. Era lo que hacía, me sentaba y me mordía las uñas e intentaba no escuchar a Millie acusarme de que la miraba y escuchaba sus pensamientos.

Ya no estaba segura del tiempo que había transcurrido. Tuve noción del tiempo los primeros tres días y luego la perdí. Un día me tomé las pastillas y caí dormida y cuando me desperté no estaba segura de si todavía era el mismo día o el día siguiente.

Acababa de regresar de un grupo de terapia. Justin nos había hablado de la relación con su hermano. Cara nos había hablado de la relación con su navaja. Me habían invitado a hablar, pero me había negado. No tenía nada que decir. Aunque Millie actuaba como si ella sí tuviera algo que decir.

—Eres demasiado delgaducha para saber cómo es —me informó—. Ni siquiera lo imaginas. La gente cree que las personas gordas siempre tenemos hambre, como si

tuviéramos elección, como si eligiéramos ser gordas, como si hubiera alguna especie de proceso inmaduro a la hora de tomar decisiones.

—No estás gorda, Millie —dije.

E inmediatamente deseé no haberlo hecho. Millie me enseñó los dientes.

—Y tú qué sabes si estoy gorda... —espetó—. No puedes mirar dentro de mi cabeza. ¿Estás mirando dentro de mi cabeza otra vez?

Me observó con suspicacia desde su sitio en la cama que había en el lado opuesto. Sacudí la cabeza. No me quedaban fuerzas. No entendía cómo a Millie le quedaba energía. Mi medicina me daba ganas de dormir todo el tiempo. Pero en ocasiones, como aquella, no podía. El rostro de Zoe entremezclado con el de Lissa lanzaba destellos en mi mente cuando trataba de dormir, o a mi voz interior se le ocurrían pensamientos ansiosos sobre tener que quedarme encerrada para siempre.

Kayla, la enfermera de noche, llamó a la puerta, interrumpiendo el monólogo de Millie.

—Una visita, Nanny —dijo—. Está esperando en la sala de recreo.

Sentí una ráfaga de adrenalina. Podía tratarse de Libby. Tenía tantas ganas de verla que casi me puse a llorar. Le diría que me llevara a casa. Salí de mi habitación, obligándome a mantener los ojos abiertos. Últimamente eran propensos a entrecerrarse. Era por los medicamentos, pero no me importaba demasiado. Quería descansar. Me gustaba pasar los días durmiendo. Todo parecía irreal y ya estaba bien.

—Dios...

Me llevó un minuto detectar la voz asombrada de Owen. Estaba sentado en una silla de plástico junto a una de las mesas. Había abierto una tabla de ajedrez y estaba jugando a solas. Parecía que jugaba contra él. Owen tenía muy buen aspecto. Casi lloré al verlo de aquel modo. Se levantó de golpe, en aquella habitación fría e inhóspita. Me miró fija y atentamente. Sus ojos se mantuvieron abiertos todo el camino. Vestía una visera girada, vaqueros y una camiseta. Tenía un aspecto normal, al contrario que cualquiera en el hospital. Me preguntaba si tendría un aspecto tan normal cuando se fuera. ¿Cuánto tiempo le llevaría transformarse en otro? Es lo que provocaba aquel hospital. Nos convertía en clones que caminaban, hablaban y permanecían inertes.

—No tenía ni idea.

Tenía los ojos húmedos, como si estuviera intentando no llorar. Pero tal vez eran los míos, cubiertos de una película de lágrimas. Cada día, cuando me despertaba, sentía que miraba a través de la cortina de una ducha.

—No perteneces a este lugar, Annie —dijo con voz tranquila, pero intensa—. ¿Por qué no me pediste ayuda?

—Te llamé —dije—. Pero no respondiste. Y entonces te vi con ella...

—¿Con quién? ¿Me viste con quién?

Me costaba pensar. No podía recordarlo. Entonces, sentí una ráfaga de dolor.

—Alexis. Me estás tomando el pelo.

Owen miró hacia su estómago con rabia. Me hizo un gesto para que pusiera la silla frente a él.

—Annie —dijo cogiéndome la mano—. Alexis es mi prima. Se quedó con nosotros aquella semana. Vino de Rhode Island.

—Vaya —dejé que hablara, temerosa de mostrar lo feliz que me sentía.

Sin embargo, todavía había varias cosas que no me había contado.

—¿Y qué me dices de las llamadas? —pregunté—. Nunca me respondiste. Te llamé un millón de veces.

—Te prometo que no me quedó ninguna llamada perdida.

—Es de locos. Te llamé más veces de las que desearía admitir. Todo se venía abajo, Owen. No sabía qué hacer.

Contuve las lágrimas, pero no pude controlar el movimiento de mis manos. Y la lucidez temporal que había sentido en presencia de Owen empezaba a dar paso a la niebla que había envuelto mis días desde que había llegado y comenzado a tomar el medicamento.

—Echemos un vistazo al móvil —insistí—. Veremos tus llamadas. Estarán en mi teléfono.

No obstante, en cuanto lo dije, me percaté de que ya no disponía del teléfono. Me lo habían confiscado.

—Por eso he venido, Annie —dijo Owen con delicadeza—. Creo que está sucediendo algo muy raro con los Cohen.

—¿A qué te refieres? —pregunté—. Han sido muy amables conmigo. ¿Están bien? Espero que estén bien.

—Annie, escúchame.

El tono de voz de Owen era bajo y apremiante.

—Tú no perteneces a este lugar. Creo que te han traído a propósito, para quitarte de en medio. O, por lo menos, para dañar tu credibilidad.

—No —dije soltándome—. No, tengo que estar aquí. Quiero estar aquí. Son muy amables al pagarme el tratamiento. Si no, no me lo podría permitir. Ahora solo tengo que recuperarme para que Libby me lleve a casa.

—Annie, ¡mira a tu alrededor! —dijo Owen señalando a los pacientes que permanecían sentados, en distintos estados, por la habitación.

Únicamente algunos prestaron atención. Varios de ellos estaban adormecidos o tenían la mirada perdida. Había una que tenía una gran mancha de sangre en la parte de atrás de su bata.

—No estoy seguro de que paguen por este lugar —dijo Owen—. Lo subvenciona el Estado y si vienes voluntariamente...

—Libby conoce al doctor Clarkson —dije con voz apagada—. Aquí tiene un puesto importante.

—Annie, fui a buscarte a casa. Vi cómo te ibas con la bolsa de viaje la semana pasada y me preocupé. De modo que me presenté al día siguiente y Libby me contó

que habías vuelto a casa, con tu familia. ¿Por qué iba a decir eso si planeaba que regresaras? Y, al día siguiente, estaba paseando a Izzy, y Zoe estaba fuera, en el jardín de la entrada jugando sola. Le pregunté si sabía dónde estabas y solamente dijo «hospital». No dijo más. Probablemente no lo entienda. De modo que llamé a todos los hospitales de la ciudad hasta que te encontré, pero cuando me contaron en qué ala estabas... no podía creerlo.

En aquel momento, comencé a llorar, con sollozos silenciosos que apenas percibía. Mis lágrimas trazaban caminos por mis mejillas, creando riachuelos y ensenadas que se separaban y se unían. Me hacían sentir viva.

—Has pasado por muchas cosas. Ojalá lo hubiera sabido.

Me incliné sobre su hombro un minuto glorioso, disfrutando de la calidez de su cuerpo. Le creí.

—Señorita Phillips.

Mis oídos captaron la voz del doctor Clarkson al tiempo que detectaba la palma de su mano sobre mi hombro.

—Se ha acabado la hora de visita.

—Caballero —dijo el doctor Clarkson a Owen—. Tengo que pedirle que se vaya ya. Está alterando a los pacientes.

—Pero... —empecé de nuevo, callándome cuando Owen me lanzó una mirada.

—Lo entendemos —dijo Owen—. Lo siento, señor.

El doctor Clarkson miró largamente a Owen antes de asentir.

—Despedíos rápido —dijo él echándole la culpa a otro paciente.

—No estamos haciendo nada —dije a Owen—. ¿Qué problema tiene?

—Se supone que tiene que vigilarte —observó Owen—. ¿No dijiste que era el que conocía a Libby? Te estoy hablando en serio, Annie, tienes que creerme. Voy a hacer unas cuantas indagaciones, me parece que en esa casa se vive un infierno. Sé fuerte. Lo averiguaré todo.

Asentí sintiendo que se liberaba un poco el peso de mi ansiedad.

Se inclinó para besarme una última vez y, luego, se marchó.

CAPÍTULO VEINTICINCO

ESPERÉ A OWEN, pero no vino. Comprobé los registros de visitas tantas veces que el doctor Clarkson me aumentó la medicación para la ansiedad, aturdiéndome todavía más. Dos o tres días más tarde, me desperté con un dolor de cabeza como si un hacha me estuviera partiendo el cerebro. Pensé que tal vez era una de aquellas migrañas que mi madre tenía, de las que me prometió que un día heredaría. Pedí cita con el doctor Clarkson.

—Cuéntame —dijo con un tono de voz benévolo—. ¿Cuándo sufría estas migrañas tu madre?

Toqueteaba un bolígrafo y escribía anotaciones en su tableta. Tenía las piernas cruzadas sobre una rodilla, como una mujer.

—No lo recuerdo exactamente. —Pensé en el pasado pero no encontré nada—. Creo que después de que hubiera estado bebiendo o cuando estaba deprimida.

—Explícame a qué te refieres con «deprimida».

—Deprimida, baja de ánimos, supongo.

El doctor Clarkson golpeó su bolígrafo contra el mentón cuidadosamente.

—¿Dirías que ahora estás deprimida? —preguntó.

—No lo sé —contesté—. ¿Tal vez? Sí.

Me sentía confundida. Él me confundía.

—¿Cómo era la relación con tu madre? —quiso saber el doctor.

—Al principio, buena. Pero cuando Lissa murió y se casó con Dean, comenzó a beber mucho. De modo que apenas hablábamos.

—Dices que Lissa murió. ¿Puedes hablarme de Lissa?

—Era mi hermana pequeña —contesté.

—¿Cuándo y cómo murió tu hermana, Nanny?

Respiré profundamente. Me resultaba difícil hablar de todo eso. No estaba preparada.

—Se ahogó en una piscina cuando tenía seis años y yo catorce. Hace unos cuatro años.

—Vaya... ¿Y crees que, tal vez, tener alrededor a una niña pequeña afloró sentimientos latentes sobre la muerte de Lissa?

—Puede —asentí.

Sentí las lágrimas en el interior de mi pecho, mucho antes de que me llegaran a los ojos.

—¿Doctor Clarkson? —pregunté—. ¿Cree que podríamos hablar de otra cosa?

—Muy bien, Annie. Hablaremos de esto otro día.

Asentí agradecida.

—Sabe —dije, cuando me recompuse—. Creo... creo que parte de mi estrés reciente... Creo que se debe a Libby. Me ha presionado mucho.

—Ya veo —respondió el doctor—. ¿Por qué lo piensas?

—No sé —me encogí de hombros—. Supongo que tiene sus propios problemas.

—¿Nada que ver contigo? ¿Podrías haber hecho algo para contribuir en la dinámica de la relación?

Sacudí la cabeza y luego me esforcé en pensar. Regresé al día del garaje y cómo Libby me había defendido frente a Walker. Pero después su comportamiento se había vuelto imprevisible, y no era tan agradable y compasiva como antes.

—Un día —comenté— encontré accidentalmente una caja en su garaje, y Walker pensó que estaba fisgoneando.

—Y la señora Cohen ¿cómo reaccionó?

—Bien. Me creyó cuando le dije que había sido un accidente. De hecho, se puso de mi parte frente a Walker. Sin embargo, después creo que las cosas comenzaron a ir de mal en peor.

—¿Qué contenía la caja? —preguntó el doctor Clarkson—. ¿Se trataba de algo delicado?

—Imagino que sí —admití—. Pero, en realidad, no vi nada especial.

—No obstante, creo que es importante tener en mente este momento. Por qué no hablar de ello en la próxima visita. Ahora vas a hacer un ejercicio de relajación que te ayudará a controlar los nervios.

Señaló mis manos temblorosas. Ni siquiera lo había advertido.

—Piensa en un lugar que te hace sentir bien y tranquila. Céntrate en él y deja que el aire llegue hasta la punta de tus dedos, hasta que los notes rígidos y pesados...

Pensé en los bosques de Michigan, a los que había ido con Lissa y mamá. Me concentré en eso, pero no podía contener los demás pensamientos. Me preocupaba algo de lo que había dicho el doctor Clarkson. Regresé al testamento, a aquel día en el garaje. Busqué en mi cerebro lo que fuera que estaba luchando por emerger.

Sacudí la cabeza. Estaba luchando por llevar a cabo alguna conexión, pero no era capaz. No era capaz de conseguirlo. Los ojos del doctor Clarkson se encontraron con los míos. Le alarmó mi reacción. Estaba comenzando a zarandearme.

—Cálmate, Annie —dijo—. Concéntrate en la meditación.

—Vine aquí por un dolor de cabeza, doctor —respondí groseramente.

Lo único que deseaba era salir de ahí, estar sola, pensar.

—¿Podría darme un paracetamol y lo damos por terminado?

—Háblame con más respeto —dijo con frialdad—. Tu dolor de cabeza es una manifestación de problemas de más envidia. Creo que te tienes que enfrentar a algunas verdades.

—¿A qué se refiere? —Me sentía aturdida, asqueada.

Sabía que no me iba a gustar lo que estaba a punto de decir.

—La señora Cohen ha sido lo bastante amable y me ha hablado sin ambages sobre tu comportamiento de estos últimos días.

—¿Todo? —pregunté.

Sentí como si un torrente de agua me inundara los oídos, como un océano, y las paredes y el suelo comenzaron a aproximarse. Tenía sofoco, calor.

—Estoy bien —insistí—. Solamente estoy un poco cansada, eso es todo. Necesito descansar un poco y me encontraré bien.

El doctor Clarkson me escudriñó por encima de sus gafas. Volvió a mirar el listado que tenía en la mano.

—¿Qué es lo que le ha contado? —pregunté con la voz presa de terror.

—Según la señora Cohen, naciste en Detroit hace dieciocho años. Viviste en una casa modesta.

Me miró buscando una confirmación y asentí.

—Tu padre os abandonó cuando tenías nueve años —prosiguió— y Dean se trasladó cuando tenías doce. Tu madre desarrolló una adicción al alcohol un año o dos después de que tu padre os abandonara.

—Sí, es cierto —respondí—. Y Lissa murió cuando tenía catorce años. Se ahogó en la piscina. Tenía que haberla vigilado más.

—Sí —dijo el doctor Clarkson—. Y cuando viniste a California, tu comportamiento era peligroso e imprevisible. Sufrías estallidos violentos y alucinaciones. Probablemente un trastorno por estrés postraumático.

—No —susurré—. No es verdad. Nada de eso es verdad.

—Me temo que lo es —dijo el doctor—. No tengo ninguna razón para dudar de la señora Cohen. Y para ser sinceros, la reacción que estás teniendo ahora únicamente corrobora su historia.

La terapia de electroshock no fue tan terrible como creía. Pensaba que sería tan dolorosa como estar en una cámara de torturas medieval. Pensaba que se me grabaría en la memoria cada minuto, que lo reviviría largamente cada noche en mis sueños. Pero entonces se acabó, ya no recordaba nada. Recordaba la anestesia, el trozo de plástico que me habían dado para morder, el gas que me habían hecho inhalar... Y, cuando hubo terminado, me llevaron con una silla de ruedas al área de reanimación.

El doctor Clarkson dijo que me ayudaría para la depresión. Dijo que me ayudaría a recordar y que no tendría que hacerlo muy a menudo. Luego, me dio más medicamentos. Me sentía alicaída, y ya no me importaba lo que hicieran con mi cuerpo. Le podían administrar electroshocks o sedar o drogar, y no importaba porque permanecería en el hospital, hundida.

De algún modo, me gustaba la terapia. Me daba la impresión de que avanzaba en mi recuperación. También me desobstruía un poco el cerebro. Pasaba mucho tiempo ahí, dijo el doctor Clarkson, y también que las migrañas eran una especie de pared

invisible en mi cabeza para evitar contemplar recuerdos indeseables.

En ocasiones, pensé en marcharme, saliendo sin más. Pero el hecho de pensar que no tenía adónde ir, resultaba demoledor. De modo que me quedaba un día tras otro para descansar, hasta que todos los días comenzaron a amontonarse. Todo lo que quería era ver a Owen de nuevo, o al menos ver a Libby y preguntarle si creía que estaba lo bastante bien como para regresar. Sin embargo, Libby nunca vino a visitarme. A veces, me preguntaba si soñaba con ella, Zoe y Walker. A veces, pensaba que tal vez Owen únicamente formaba parte de mi fantasía. Era difícil de explicar. Era como si el mundo estuviera concentrado en aquel largo pasillo y todo lo que existía fuera probablemente falso o incluso no se podía demostrar.

Las cosas que sabía que eran reales podían fastidiarme.

El doctor Clarkson era real. Mis horribles pantalones de algodón y la camisa eran reales. Millie era real y el hombre que venía a escondidas a verla por la noche era real, incluso si el doctor Clarkson decía que no. El puré de patatas y el tazón de frutas para comer cada día eran reales. Las pastillas que colocaba en mi lengua tal vez eran mágicas porque estaban ahí y luego no estaban. Desaparecían en mi interior día tras día.

De lo demás... Ya no podía estar segura. Y comenzaba a preguntarme por qué importaba. Lo único que importaba era Owen. Y Zoe. Si sucedía algo extraño en casa de los Cohen, ¿Zoe estaría a salvo? No podía imaginármelo y no podía hacer nada sin Owen, pero nunca venía.

—Aquí, aquí —dijo Miranda, la enfermera.

A Miranda le caía bien. Era consciente. Me limpió la comisura de los labios con su servilleta.

—Te haremos unas trenzas después de comer, ¿quieres?

Asentí, aunque a veces me hacía daño cuando las apretaba mucho. No obstante, era agradable sentir sus dedos en mi pelo. Ya nadie me tocaba. Solo Miranda. Era encantadora. Era extraño lo placenteras que me resultaban sus manos en mi pelo. Me hacía pensar que el contacto humano era muy importante.

Millie se suicidó el fin de semana. Me había dicho que iba a acabar con todo. Se mató en la ducha, con una hoja de afeitar. No lo había visto, pero Miranda me lo había contado y, luego, mi habitación estaba vacía, que era algo que Miranda dijo que celebraría. Miranda me había contado muchas cosas que tal vez no debería. Era como mi espía secreto. Por aquel motivo, se había ofrecido a trenzarme el pelo aquel día, porque sabía por el registro de visitantes que iba a tener una visita. Ella no sabía quién, pero yo creía que tal vez se trataría de Owen. Pensaba que sería Owen, pero en el fondo deseaba que fuera Libby.

Siempre había deseado ser como Libby. Quería que regresara y me dijera que me admiraba, que había hecho algo positivo, que había hecho un buen trabajo cuidando

de sus hijos. Si lo materializaba, sería feliz. En ocasiones, por la noche, estaba muy preocupada. Me preocupaba el hecho de que, como ya no cuidaba de Zoe, ya no era la Nanny. ¿Si ya no era la Nanny, quién era? Pasaba todo el tiempo confundida. Creía que se debía principalmente al medicamento, pero en ocasiones no estaba segura.

Tenía dos horas antes de las visitas. Quería hacer muchas cosas al salir del hospital. Quería acabar la facultad, casarme con Owen, tener un despacho y cinco niños como Lissa y Zoe. Cuidaría maravillosamente de ellos y me querrían y me harían trenzas.

Miranda me ayudó a acabar la comida y luego me pasó la esponja por la cara y el cuerpo, y me puso un uniforme nuevo. Tenía los músculos flácidos porque me sometían con frecuencia a sesiones de electroshock y me relajaba los músculos casi todo el día. Apenas podía caminar sin sujetarme a las paredes o a la enfermera. El fin de semana, después de cenar nos daban de postre Nutella y chips de pita. Me encantaba.

—¿Me querrá? —pregunté a Miranda—. Una vez me dijo que era su hermana. ¿Crees que querrá que regrese?

—Tal vez —dijo Miranda—. Estaría loca si no lo quisiera.

Me di cuenta de que era buena. Rio cuando dijo «loca».

Dejando de lado el grupo de terapia, pasaba casi todo el tiempo durmiendo. Dormía mucho más que antes. Puede que quince horas al día. Ahora que no tenía compañera de habitación, podía dormir sin pensar que alguien iba a perturbar mi privacidad.

Llamaron a la puerta. Miranda exclamó:

—¡Entra!

Era el doctor Clarkson y dijo:

—Tienes una visita.

—Estás muy bonita, tesoro —observó Miranda—. Espero que sea tu Owen.

Sonreí y seguí al doctor Clarkson, pero me dijo que dejara de sonreír, que parecía una idiota, de modo que se vinieron a tierra las comisuras de mis labios. Cruzaba los dedos para que Libby viniera a llevarme a casa.

Fue una gran sorpresa descubrir que no se trataba de Libby ni de Owen. Era Walker. El doctor Clarkson me dijo que me sentara y pidió a una de las otras enfermeras, Caitlin, que me trajera una manta para que dejara de temblar. Fue muy considerado. Walker parecía asombrado de verme, aunque para eso había venido. Estaba realmente sorprendido. Su rostro se parecía al de un pez globo, y me hizo sonreír. Me devolvió la sonrisa, pero solo con los labios, no con los ojos. Miranda me estaba enseñando cómo saber cuándo una sonrisa era auténtica o no.

—Annie —dijo—. Por Dios... Pero si solo llevas aquí seis semanas.

Volví a sonreír, en gran parte porque no tenía ni idea de qué decir. ¡Ahora sabía cuánto había transcurrido y podía volver a seguir el hilo del tiempo!

—¿Qué te están haciendo? —susurró.

En vez de responder, tendí la mano y le acaricié la cara. Se apartó con un movimiento brusco. Solo quería tocarle la barba. No tenía barba la última vez que lo había visto. Ahora tenía una pelusilla de distintos colores por sus mejillas, mentón, cuello y sobre los labios. Había pelos canosos y otros marrones y negros. Hizo un gesto a la enfermera y ella se inclinó hacia él.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —preguntó.

—Unos diez días. A veces, se encuentra mejor —respondió.

—¿Hay algo que pueda hacer para que esté mejor?

La enfermera dijo que regresaría. Volvió con agua y le dijo a Walker que era todo lo que podía darme.

—Annie —dijo—. ¿Puedes oírme?

Asentí. Podía escucharlo sin problemas, pero me estaba quedando dormida.

—Trata de centrarte. Tengo que contarte algo.

—De acuerdo —dije, asintiendo.

—Sé que esto no ha sido fácil para ti —arguyó, recorriendo su cara con las manos—. Cuando llamaste, sencillamente no comprendí...

Prosiguió, escogiendo sus palabras cuidadosamente.

—No sabía lo cruel que había sido Libby. Mira, Annie, Libby lo ha pasado mal. Parece fuerte, pero es más frágil de lo que crees. La cuestión es que...

Respiró profundamente, reuniendo el coraje para decir aquello que obviamente era una carga.

—Libby trabajaba para mí.

—De acuerdo —respondí de nuevo.

—Trabajaba para mí y Adele, mi primera mujer. Tal vez hayas notado una relación tensa entre Zoe y Libby. Se debe a que Zoe es la hija adoptada de Libby. Adele era su madre. Zoe no se acuerda de su madre. Libby y yo la hemos criado como si fuera de Libby, por el propio bien de Zoe. En adelante, por supuesto, se lo contaremos todo, pero siempre ha habido una tirantez entre ellas.

—Tirantez —repetí—. Pero si Zoe solo es una niña.

—Zoe es el vivo retrato de Adele —contestó—. Adele era preciosa.

Hizo una pausa, tomando aire y secándose los ojos toscamente con el dorso de la mano.

—Tuve una aventura con Libby, que entonces era nuestra nanny. La nanny de Zoe. No me siento orgulloso, pero Adele y yo estábamos pasando por un bache y... No me malentiendas, no debería de haberlo hecho, pero no era capaz de pensar con claridad. Luego Adele murió; nunca supo lo de la aventura y Libby se quedó para echarme una mano con Zoe y bueno... nos enamoramos. Nos casamos, tuvimos a Jackson y nos trasladamos a San Francisco para empezar de nuevo. A Libby le afectó mucho el accidente. Se sentía muy culpable por la aventura. Cree que Adele sospechaba algo. Quería a Adele. Ella era la protegida de Adele. Que se viniera abajo nuestro matrimonio no fue por Libby...

—No sabía que Libby fuera vuestra nanny.

—¿Cómo podías saberlo?

Hice una mueca de dolor como si una punzada se hubiera abierto paso a través de mi cráneo.

—En cualquier caso —continuó Walker—, puede que todo haya sucedido demasiado rápido. Creo que Libby nunca superó la muerte de Adele del todo o la parte que le correspondía en el fracaso de nuestro matrimonio. Y se pone paranoica. Es lo que ocurre cuando tienes una aventura. Dejas de confiar en todo el mundo. Y ella es muy joven. Tiene a su cargo muchas responsabilidades para alguien tan joven: se ocupa de la casa, dirige un negocio, cría a dos niños, una de los que le recuerda a su mentora. Pensé que si ella te elegía, si conseguía que tú y yo no tuviéramos nada, le devolvería la fe. Pero veo que no ha servido de nada. Te presionó, se aprovechó de tus debilidades, y creo que comenzó a verte como una especie de amenaza. —Walker se miró las manos cabizbajo, incómodo—. Aunque la realidad es, Annie, que no estarías aquí si no hubiera algo tangible y tú misma firmaste todos aquellos papeles. Ahora que estás aquí, el próximo paso depende de ti.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

Curiosamente, me sentía vacía. La historia tenía sentido y, en realidad, no distaba mucho de lo que ya había sospechado. Sin embargo, me fallaba tanto la mente debido a toda la medicación que, aunque comprendía todo lo que me contaba, era consciente de que probablemente lo olvidaría al final del día.

—Supongo que una parte de mí quiere que sepas la verdad —respondió—, para que entiendas que todo esto no ha sido por ti. Y la otra parte ya no quiere cargar más con la culpabilidad de haber mentado.

—Está bien —dije.

—Está bien. —Se levantó para marcharse—. Cuídate, Annie.

—¿Walker?

—¿Sí?

—¿Crees que volveré alguna vez? ¿A ser tu nanny?

—No lo creo, Annie.

Asentí con los ojos anegados en lágrimas. No podía enfadarme mientras veía cómo Walker se marchaba del hospital y de mi vida. Era como iban las cosas, pero Libby me había pedido que confiara en ella y, de algún modo, todavía lo deseaba. Me sentía mal por ella, aunque lo que había hecho hubiera sido terrible. También por Walker. Enamorarse. Ver cómo todo se venía abajo. Sentirse culpable.

Después de que Walker se marchara, llegó la hora de tomar la medicación y de la cena. Después de cenar, nos permitían ver media hora de televisión en la sala común de recreo. Estaban dando «I love Lucy», y todos nos echábamos a reír mientras Lucy pisoteaba una cuba llena de uvas. Me hizo pensar que deseaba sentir cómo las uvas se aplastaban bajo mis dedos. Disfrutaba de aquellos momentos en el hospital. A veces, tenía la impresión de que las demás personas estaban cerca de mí. A veces, resultaba

difícil comprender que no pertenecía a ese lugar.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

EL PROBLEMA ERA que, en el hospital, pasábamos mucho tiempo dándole vueltas a las cosas. Me pusieron a una compañera de habitación nueva, pero no me habló hasta al cabo de dos días. Tenía quince años y sus padres la habían internado. Pensé que sería un alivio en comparación con Millie, pero era peor. Te miraba con los ojos grandes como platos. Cuando al fin dijo algo —me pidió el cepillo—, tenía un aire asustadizo. Y se puso a morder el mango de mi cepillo. Dijo que no lo había hecho, pero cuando me lo devolvió, tenía las marcas de su dentadura. Era de las que pierden los nervios, así que lo dejé estar.

Me preocupaba. Pensaba en unos meses atrás, cuando era una estudiante universitaria y creía que podía tenerlo todo. Ahora creía que tal vez eso era lo que era y no podía luchar contra la realidad. Sonó el teléfono en el pasillo. Era Owen. Todas las chicas se pusieron a gritar como si fuera una gran cosa que un chico llamara a nuestro teléfono común. Dije que no había para tanto, pero entonces me comenzaron a sudar las palmas de las manos, de modo que tal vez estuviera equivocada.

—Hola —dije, al tiempo que apartaba a las mujeres que me rodeaban.

A algunas les traía sin cuidado y estaban fumando cigarrillos en la ventana y mirando la televisión. Les traía sin cuidado mi vida amorosa.

—Hola —volvió a decir Owen—. ¿Cómo estás?

—Bien —dije—. Cansada.

—Me voy a pasar hoy por ahí para verte.

—¿Ah, sí? —me toqueteé los mechones grasientos y me pregunté si quería que me viera—. No sé —respondí—. No sé si quiero que vengas aquí.

—¿Por qué?

—No puedo dejar que me veas así.

—Ya te he visto, Annie. Y no eres tú. Es este lugar... Cuando te vayas...

—Pero ¿qué sucederá entonces? Estaré sola. ¿Qué haré?

—He descubierto algo, algo que tengo que contarte ya. Y Annie, ¿por qué habrías de estar sola?

—Te trasladas —dije.

Era obvio. Me sorprendía que no se hubiera ido ya.

—Vaya... —respondió, con voz cansada—. Todavía no lo sabes.

—¿Saber qué?

—Estuve en Durham —me explicó Owen—. Y fue genial y quieren invertir. Pero entonces regresé a San Francisco y recibí una llamada de otro tipo, alguien que había visto mi trabajo y había oído hablar a mi padre de la inversión de Durham. Me ofrece

más, siempre que pueda tener stock en la compañía. Me quedo en San Francisco, Annie.

—Te quedas...

Me llevó bastante rato procesar lo que me estaba diciendo.

—Sí —dijo—. Es perfecto, ¿no crees? Podemos estar juntos. Puedo quedarme aquí y ayudarte a recuperarte. Pero creía que ya lo sabías. Te envié un mensaje en cuanto me lo dijeron.

—Vaya... —dije, comenzando a llorar por la impresión y de la felicidad—. Se han quedado con el móvil, ya no lo tengo. Owen, creía que habíamos acabado. Creía que te había perdido.

Owen rompió a reír, pero no se estaba burlando. Al contrario, estaba contento, aliviado.

—Bueno... —respiró profundamente—. Bueno... No, Annie, me quedo en San Francisco. Puedes venir y quedarte conmigo hasta que se solucionen las cosas. Si quieres —dijo, de pronto, con un amago de timidez.

—¿Que si quiero? —respiré hondo—. ¿Estás de broma? Owen, es mi sueño, pero puede que necesite ayuda. Aquí cuidan de mí. ¿De veras quieres hacerte cargo de mí? ¿Hasta que pueda valerme por mí misma?

—Annie, ¿no crees que es lo que Libby quiere? Libby quiere que seas dependiente de este lugar. Le gustaría que te quedaras allí para siempre para que no averiguaras ni dijeras la verdad. Aunque la sospecharas, no te creerán.

—¿Qué verdad? Cuéntamela.

Enrollé el cordón alrededor de mi muñeca con nerviosismo. No estaba segura de qué esperar. Qué había averiguado.

—Voy hacia ahí. Será más fácil en persona. Te veo dentro de un rato.

Me comenzó a preocupar que no llegara, que su coche se estampara contra un árbol o que encontrara a otra chica. Me senté en la cama e intenté esperar armándome de paciencia, sin embargo resultaba demasiado difícil. Me daba cuenta de que Aurora —era así como se llamaba mi compañera de habitación, un nombre tan frágil como ella— estaba asustada. Era algo que estaba aprendiendo del hospital. Siempre me tenía que preocupar por los sentimientos de la gente. Tenía que preocuparme sobre lo que la gente percibía y cómo reaccionaba ante las cosas que hacía.

—Vendrá —dijo Aurora—. Sé que vendrá.

—¿Qué sabes? —pregunté.

—Me lo estás diciendo. Estás susurrando: «Por favor, déjale venir». Él vendrá. Lo presiento.

—Tal vez.

Yo presentía otra cosa. Sentía, nuevamente, algo muy cercano a la esperanza, y me recordaba a la vida que había tenido antes del hospital. Y sentía que todo se balanceaba en una cuerda. Si Owen no venía a contarme lo que tenía que explicarme antes de que alguien lo detuviera, caería. Y no habría más esperanza. ¿Era una locura

pensar que le podía ocurrir algo? La palabra «locura» ya no significaba nada para mí. Podía pasar de todo, no se podía confiar en nadie, excepto tal vez en Owen. Era lo que había aprendido. Cuando tu definición de la realidad fluye, el mundo se expande ante ti. ¿Era una locura pensar que si le sucedía algo a Owen de camino al hospital, mi destino estaba escrito? Puede. Por eso tenía tanto miedo.

—¿Dónde está? —pregunté—. Es la hora de la visita y se suponía que tenía que estar aquí.

—Creo que el doctor Clarkson le ha dicho que lo acompañara —dijo Miranda—. Lo ha llevado a su despacho.

Salí a grandes zancadas de mi habitación y recorrí el pasillo. Miranda fue tras de mí como si quisiera detenerme con vanos intentos. Llegué al despacho permanentemente cerrado del doctor Clarkson y llamé a la puerta. Lo hice cinco o seis veces antes de que sacara la cabeza.

—Annie —dijo—, no deberías de estar aquí. Lo sabes.

—¿Dónde está Owen?

—No sé a quién te refieres —contestó—. Tengo un paciente dentro, rellenando un formulario.

—Sé que está ahí dentro —dije—. Sé que es él.

—Sabes que no hablo con las visitas —observó el doctor Clarkson, con una irritación palpable—. Si estás esperando una visita, te sugiero que vayas a la sala de recreo.

Me cerró la puerta en la cara y escuché como ponía el cerrojo tras de sí con un clic.

—Miranda —dije—. ¿Estás segura de que es Owen?

—Positivo —respondió—. Lo vi la última vez que te visitó. No lo confundiría con nadie.

—¿Por qué Miranda?

La miré con perspicacia y respondió ruborizándose.

Tenía aguzados los sentidos. No había visto bien el despacho del doctor Clarkson, de modo que no estaba segura de si contaba la verdad. Recorrí los últimos pasos hasta la sala de recreo. Y ahí estaba Owen, esperándome, tal y como había prometido.

—Miranda, vete —grité—. Simplemente, vete. No me ayudas. Me estás volviendo loca. Acabas de hacerme perder el juicio.

Miranda me miró confusa, incluso herida, pero se volvió y salió de la habitación.

—Owen —dije—. Te estoy muy agradecida. Pensaba que no vendrías.

—Pues claro que estoy aquí —dijo—. Ahora sé fuerte, Annie. Te voy a contar lo que he averiguado, porque es horrible. Necesito que lo memorices sea como sea. Necesito que te concentres atentamente en cada una de las cosas que voy a decir.

Luché por hacer lo que decía, por centrar mi mente. Miré sus ojos verdes y dejé

que me observaran con firmeza.

—Estoy escuchando —respondí.

—He hecho algunas averiguaciones. Fui a la biblioteca y saqué lo que pude. Y cuando comencé a encontrar cosas que no olían muy bien... entré en unos archivos de la policía y en el ordenador de casa de los Cohen. Encontré material bastante grave, Annie. Los Cohen vivían en Pensilvania antes de trasladarse al condado de Marin. Walker estaba casado con una mujer que se llamaba Adele. Su primera hija con Adele fue Zoe. Y Libby era su niñera.

—Sí, ya lo sabía. Walker tuvo una aventura con Libby. Su mujer murió y él y Libby se casaron y tuvieron a Jackson. Walker pasó por aquí y me lo explicó todo, para limpiar su conciencia, imagino.

Owen no se molestó en ocultar su estupor.

—Si sabías todo esto, ¿por qué te lo has guardado para ti? —preguntó.

—¿En qué iba a ayudarme nada de esto? ¿Qué importancia tiene?

—Annie —dijo Owen—. No estás al corriente de todo. Cuando buscaba las partidas de nacimiento y de defunción, me enteré de que Libby había tenido a Jackson seis meses después de que Adele muriera. Libby estaba embarazada cuando Adele falleció.

Todavía no veía qué importancia tenía.

—Muy bien —dije—. No se enamoraron exactamente después de que muriera, como dijo Walker, pero no negó que habían tenido una aventura. No parecía que le preocupara que lo supiese. No veo adónde quieres llegar.

—Vivían en una casa en el campo, cerca de un río —dijo Owen—. ¿Walker te contó cómo murió su primera mujer?

—No.

Sentí que estaba aterrorizada por lo que Owen iba a decir. Todavía era reacia a implicar a Libby. Todavía me preocupaba, a pesar de esforzarme por odiarla.

—Se ahogó —espetó Owen—. Y Libby estaba cuando ocurrió.

—Es terrible. Pobre Libby.

No me hacía a la idea de lo traumático que había sido para Libby ver a su empleadora ahogarse y no poder hacer nada para impedirlo. Explicaba por qué, en ocasiones, se mostraba tan frágil, por qué le preocupaba ser la segunda alternativa después de Adele.

—Annie, intenta dejar de lado tus sentimientos por Libby un segundo, ¿de acuerdo? No es quien crees que es.

—Owen —dije con ademán impaciente—. No tengo ni idea de adónde quieres llegar. Solo dilo.

—¿No lo pillas? La muerte de Adele no fue un accidente.

Me estaba enfadando e impacientando.

—Owen, ¿de qué estás hablando? ¡Deja de acusar y di algo que pueda entender! Había empezado a mordirme las uñas, en un intento por comprender.

—Lo siento —respondió—. Ayer encajé todas piezas, y le he dado mil vueltas, y no me cabe duda alguna de que todo es muy simple. Imagino que estoy demasiado nervioso. Solamente quiero que salgas de aquí.

Lo observé en silencio, deseando que prosiguiera.

—Libby contó a la policía que Adele había estado comportándose de un modo extraño, que habían tenido una discusión sobre la ropa sucia o una bobada. Libby había echado a perder accidentalmente el vestido de seda preferido de Adele. Libby no quería que Adele condujera en ese estado de rabia, pero no había conseguido convencerla para que se quedara o dejara a Zoe. Vio cómo se marchaban desde la puerta. Cuando estaban saliendo, una ardilla dio un brinco frente al coche. Adele dio un giro brusco, perdió el control del coche y se fue directamente al río. Libby corrió tras ellas, pero solo consiguió salvar a Zoe, que no estaba completamente atada en la silla de seguridad del coche. Libby la liberó sin dificultad, pero Adele estaba atrapada. Al fin, Libby tuvo que volver a la orilla con Zoe y cuando Zoe estuvo a salvo, Adele ya se había ahogado.

—Vaya... —dije aterrorizada—. Es terrible. Gracias a Dios, Zoe sobrevivió. Pero ver cómo moría su madre de esta forma... pobre niña. No me sorprende que tenga tantas pesadillas. Aunque no entiendo por qué Libby es responsable de esto. En todo caso, parece que intentaba ayudar.

—Sí. Básicamente es lo que informan los atestados policiales. Uno de los informes que he leído describe a Adele como una madre negligente, al no haber abrochado debidamente a Zoe en la silla de seguridad. Sin embargo, la causa de la muerte de Adele no fue ahogamiento. Se le paró el corazón a causa del pánico, antes de ahogarse, según dictamina el informe del juez de instrucción. A Libby se la consideró una heroína por haberse echado al agua para rescatar a Zoe. Había fotografías de Walker abrazando a Libby y a Zoe, como si fueran una familia. Estaba muy contento de que la pequeña se hubiera salvado.

—De modo que Libby salvó a Zoe y Zoe vio cómo moría su madre. Terrible.

De pronto, los cambios de humor de Zoe cobraban sentido. Todo empezaba a encajar.

—Pero, Annie, piensa —dijo Owen—. Piensa en el testamento que encontraste. Walker heredó mucho dinero, y si Libby conseguía que Walker se casara con ella, entonces ella también lo haría. Así pues, indagué un poco más. Al parecer, Adele dejó una nota. Supuestamente, el accidente fue intencionado.

—¡Dios! ¿Estás diciendo que fue un suicidio? Pero ¿cómo has conseguido toda esta información? ¿Por los atestados policiales?

—Te olvidas de que, en lo referente a ordenadores, soy un experto —observó Owen—. Puedo entrar en casi cualquier sistema. Pero, Annie, en serio. Piénsalo bien. Encontraste el testamento. Libby comenzó a comportarse de un modo distinto contigo. Te convenció para que ingresaras en este infierno con el fin de sacarte de en medio. Libby asesinó a Adele. Estoy seguro. Y salvó a Zoe para salvaguardar la

lealtad de Walker. Estaba embarazada de su hijo. Quería eliminar a Adele y tenía un motivo. Lo sabemos. ¡Tú lo descubriste! Es por lo que estás aquí, Annie. Todo encaja.

—¡Owen! —pronuncié con un grito ahogado—. ¡Fue un accidente!

—Es demasiado raro —respondió—. No cuadra, a menos que Adele se suicidara, no hay modo de que se desviara hasta el río. Estaba a unos veinte metros de la carretera. Hubiera deseado creerlo, pero tal vez se hubiera suicidado si Zoe no hubiera estado en el coche. No era una asesina y todo parece apuntar a que adoraba a Zoe. Pensé que era conveniente, de modo que eché una ojeada al ordenador de Libby. Pude entrar en su cuenta de correo electrónico y encontré algo que estoy bastante seguro de que lo prueba todo.

—¿De qué se trata? —susurré.

—Libby ha guardado toda la correspondencia que Walker le envió en su día por correo electrónico. En uno de los correos, él decía que desearía que las cosas fueran distintas. Si la hubiera conocido antes, se hubiera casado con ella en vez de con Adele. Pensaba que Libby era su alma gemela, pero no creía que fuera capaz de destrozar a su familia. Y entonces Libby respondió que haría lo que hiciera falta para estar con él.

—Pero eso no es una prueba —contesté—. ¿Qué crees que hizo?

—Creo que manipuló los frenos. Tengo una intuición. Tienes razón, el correo no es una prueba, pero es suficiente para comenzar una investigación. Y hay algo incluso mejor. —Se inclinó hacia delante, reposando los brazos sobre los muslos—. He encontrado el coche.

—¿A qué te refieres con que lo has encontrado? ¡Hace siglos de esto! ¿Dónde estaba?

—Está en un desguace en Pensilvania —respondió—. Nadie lo ha tocado. La investigación se cerró, aparentemente, al aparecer la nota. La encontraron al día siguiente en su joyero, pero el coche se había dejado como prueba y, mientras exista la posibilidad de que se reabra el caso, el vehículo no puede tocarse.

—Oh, vaya... —dije con las manos en la cara—. Oh, Owen... ¿Cómo no me he dado cuenta? Tiene mucho sentido, el testamento, la herencia... Pero ¿cómo pude confiar en ella tan a ciegas? ¡La quería, Owen! Creía que cuidaba de mí —dije, temblando y llorando, mientras él me rodeaba con sus brazos, abrazándome.

—Lo sé, cielo, pero no es culpa tuya. Obviamente es una persona con muchos problemas. Tal vez incluso sea una sociópata. Te ha engañado. Te ha mentado —escupió aquellas últimas palabras disgustado—. No podías haberlo sabido, porque no eres así. Tú eres una buena persona.

—Es una asesina —susurré—. ¡He estado viviendo con una asesina todo este tiempo! ¿Qué se supone que tengo que hacer, Owen? ¡Y, por Dios, los niños! ¿Qué me dices de Zoe y de Jackson? ¡No están a salvo en aquella casa! Le tenemos que contar a alguien lo que está sucediendo. ¿Qué hacemos?

—Ir a hablar con Clarkson, supongo. ¿Es la única opción?

—Es quien dirige este lugar. ¿Crees que Walker lo conoce?

—No lo sé —dijo Owen—. No hay nada en su correspondencia que lo sugiera. Creo que ella es tan manipuladora que ha jugado con él del mismo modo que contigo. Piensa en lo lejos que ha llegado para volverte loca, Annie. La puerta, el papel de pared, que rompiéramos... Por lo que sabemos, ha metido baza entre nosotros...

—Lo siento mucho, Owen —dije con los ojos anegados de lágrimas—. No quería que vivieras esto. No has hecho más que salvarme desde que me conoces.

Había hecho tanto por mí: había destapado un crimen él solo. Había querido hacerlo por mí. Había desenmascarado la verdad y, al hacerlo, me había devuelto un futuro.

—¿Annie? —preguntó Owen cogiéndome de la mano—. ¿Sabes lo que siento por ti?

—Ahora lo sé —dije llevándome sus dedos a los labios—. Y siento lo mismo. Te quiero desde el momento en que te conocí.

CAPÍTULO VEINTISIETE

—ANNIE, ME GUSTARÍA hablar contigo en mi despacho —resonó en el pasillo la voz autoritaria del doctor Clarkson.

Nueve cabezas se volvieron hacia mí, con los ojos llenos de curiosidad. Resultaba extraño que el doctor Clarkson quisiera ver a pacientes sin cita previa. Desapareció de nuevo antes de que pudiera ponerme en pie. Estaba a punto de estallarme el corazón de tantas expectativas que tenía. Había oído a Owen y mi teoría y había prometido que la comprobaría. Había transcurrido más de un día. Veintisiete horas sin tener noticias de él.

—Siéntate —indicó la silla con el respaldo de cuero, un lujo poco acostumbrado en el hospital, y esperó hasta que hube tomado asiento.

La presencia del doctor Clarkson aún me intimidaba, incluso después de nuestras sesiones. Nunca me había hecho sentir cómoda.

—Le pedí a un investigador privado que examinara tu teoría —comenzó—. Tengo que admitir mi escepticismo. Conocía a la señora Cohen desde hacía un tiempo y creía que era una persona ejemplar. —Cruzó y descruzó las piernas. Luego se frotó la mandíbula como si estuviera a punto de decir algo desagradable—. Sin embargo, incluso yo puedo juzgar mal en ocasiones. Especialmente, cuando se trata de una manipuladora, como la señora Cohen.

—Entonces, averiguó algo... —me incliné hacia delante en mi silla, ansiosa.

—Sí. Es como si quisiera que la cazaran. No fue muy cuidadosa. La policía ha reabierto el caso y no hay duda de que se manipularon los frenos del coche de la fallecida señora Cohen. La policía ha determinado que era una causa justificada para registrar la casa y se han apoderado del ordenador de la señora y del señor Cohen. El disco duro de Libby estaba repleto de alusiones a la fallecida señora Cohen. Al parecer, estaba bastante obsesionada con ella. Ahora Libby está detenida y se celebrará un juicio. Como es natural, el señor Cohen está destrozado. Su familia se ha ido a pique. Aquellos pobres niños...

Parecía que aquellas noticias desagradaban al doctor Clarkson. Más que reaccionar como si se hubiera puesto entre rejas a una asesina, parecía pensar que el arresto de Libby era algo lamentable.

—Como sabes, puedes marcharte cuando quieras. Pero te recomiendo que permanezcas aquí bajo mi supervisión. Francamente, Annie, creo que deberías hacerlo.

—No —dije intentando evitar que se me dibujara una sonrisa en la cara. Me entusiasmaba pensar en ser libre. Y también me aterrorizaba.

—No, me gustaría irme.

—Como quieras. Puedes irte por la tarde a menos que me informes de lo contrario. Nos encontraremos mañana a las nueve en punto, como de costumbre, para hablar de tu medicación y de las opciones de los pacientes externos. Por ahora, puedes dejar de ir a la terapia de grupo y despedirte, si lo consideras oportuno.

Intenté que sus palabras no me obsesionaran de camino a mi habitación, donde me saqué el disfraz con el que había llegado. Intenté no permitir que se reflejara la semilla de duda que me preguntaba si estaba realmente preparada para el mundo real.

—¿Por qué te lo quitas? —preguntó Aurora con timidez.

Estaba reclinada en su espalda, leyendo. Los libros eran el único modo de ocio permitido. En ocasiones, Aurora me dejaba algún libro de su pila de novelas. Ansiaba agradecer. Su madre le traía novelas cada vez que la visitaba y le gustaba compartirlas.

—Mañana me marcho —dije, intentando mantener un tono de voz neutro y tranquilo—. No se lo digas a nadie, ¿vale? No quiero que los demás lo sepan.

—Vale —dijo como si estuviera en otra realidad.

—Al parecer, no tenía que estar aquí. Se suponía que, en principio, nunca tenía que haber estado aquí.

—Lo sé —respondió con seriedad—. Tampoco yo. Tráeme galletas Mc Vittie's cuando vengas a visitarnos, ¿de acuerdo? Si es que no estamos fingiendo que nos vamos.

—No estamos fingiendo nada —espeté bruscamente.

—No te olvidaremos, lo sabes.

Suspiré, cogiendo su mano entre las mías. Era frágil y estaba surcada de cicatrices.

—Lo sé —dije—. Siento haberte hablado así. Te traeré cajas llenas de galletas Mc Vittie's, ¿de acuerdo?

Aurora se inclinó y me besó con tanta delicadeza en la mejilla que podría haber sido el roce de una pluma.

Eran las ocho y cincuenta y cuatro. Solo quedaban tres horas para que me marchara. Tenía cita con el doctor Clarkson y, luego, tenía que esperar hasta que Owen llegara. Entonces, mientras estaba sentada en la cama matando el tiempo, me invadió una sensación terrible que me hizo volverme. Me entraron náuseas, una arcada tras otra y parecían no tener fin. Me vinieron a la cabeza todas las veces en las que Libby me había dicho que me apoyaría a pesar de mi vida, todas las veces que había dicho que había comprobado mi pasado previamente y que ella y yo éramos de la misma especie. Y entonces pensé en las veces que había negado los abrazos de Zoe, sin contemplar sus necesidades más primarias. Y cómo la habitación de Zoe era la única en la casa prácticamente vacía, sin el toque de diseño de Libby.

«¿Por qué me había contratado Libby? ¿Por qué había contratado a alguien que

era indirectamente responsable de la muerte de un niño?». La única verdad plausible era tan fría que me daba vértigo, incapaz de creerla a pesar de todo lo que sabía en aquellos momentos.

«Libby quería que Zoe muriera». Había deseado una vida perfecta con Walker y su bebé, y sin rastro de Adele. Había deseado estar exenta de responsabilidad si tenía lugar un accidente. Era lo único que tenía sentido. Nadie más me hubiera contratado para cuidar de sus hijos, sin importar lo mucho que creyeran que merecía una segunda oportunidad.

Caminé hasta el despacho del doctor Clarkson llena de confianza. No me había molestado en tomar la medicación la noche anterior. Quería estar despierta y preparada para irme. Pero me sentía extraña, como si el mundo entero se transformara cuando movía demasiado la cabeza, como si mi cerebro estuviera agitándose en su interior e intentando mantenerse atento a pesar de las dificultades. Era como si me hubieran sacado un velo de los ojos, borrando parte de la niebla.

—Hoy tienes muy buen aspecto —dijo con sequedad cuando entré.

—Me siento bien —contesté.

Me miró entrecerrando los ojos.

—¿Estás tomando la dosis apropiada de medicina? —quiso saber.

—La he reducido un poco —admití, restándole importancia al hecho de que no la había tomado la noche anterior. Me pareció que tenía que reducir la dosis.

—Ya veo —dijo—. Aunque me hubiera gustado que me lo consultaras antes. Dejar de tomar psicofármacos de golpe puede causar síntomas de abstinencia. Voy a seguir con la medicación y te voy a recetar una dosis más baja. Quiero que la tomes una vez al día durante otras dos semanas, para asegurarme de que lo haces bien. ¿Me lo prometes? Y Annie —dijo al tiempo que me entregaba una hoja doblada—. Aquí tienes unos números de teléfono de unos magníficos psicólogos en la zona. Si vuelves a la universidad, deberías de estar cubierta con un buen seguro médico. Te pido que te pongas en contacto con alguno de estos doctores. Cuando te marches de Richmond-Fost, creo que deberías de continuar viendo a alguien.

—¿Por qué? —pregunté con cautela.

—Viviste una gran tragedia cuando eras muy joven —dijo—. Este tipo de experiencia no desaparece de la mente de una persona cuando ha causado estragos. Tienes que trabajar estos sentimientos para curarte adecuadamente. Y Annie, ¿puedo ser franco?

—Por supuesto —contesté.

En aquel momento se lo hubiera permitido todo.

—Libby es, claramente, una experta manipulando y una persona muy peligrosa. No hay duda de que jugó contigo, explotando tus debilidades. Pero el hecho es que, Annie, tú le dejaste ser el blanco. Si hubieras sido más fuerte, las cosas no hubieran llegado nunca hasta ese punto.

—¿Quiere decir que me puede suceder de nuevo? —pregunté con cautela.

—Teóricamente, sí. Sin embargo, ¿hay alguna probabilidad de que te tropieces con otra persona tan enfermiza como Libby a lo largo de tu vida? Diría que las posibilidades son pocas. Aun así, tienes que recuperarte. Este tipo de personas son inquietantemente hábiles a la hora de seleccionar a sus víctimas. Reconocen la vulnerabilidad psicológica a kilómetros de distancia. De modo que necesito que tengas cuidado. Necesito que te pongas bien.

—Muy bien —contesté—. Me aseguraré de visitar a un psicólogo.

—Al menos, una vez a la semana —apuntó con firmeza.

Asentí a modo de respuesta. Por primera vez, sentí algo parecido al afecto por el doctor Clarkson. Puede que le importara cómo evolucionara. Puede que no fuera tan terrible, después de todo. O puede que Libby fuera, sencillamente, muy taimada. Había conseguido manipularnos a los dos.

—Háblame de tu amigo Owen —espetó el doctor Clarkson como si estuviera a punto de despedirme.

—Bueno —empecé cuestionándomelo—, confío en él. De veras que lo hago y no creo que lo haya dicho nunca de nadie. Considero que se preocupa por mí sinceramente y quiere ayudarme a poner mi vida en orden.

—Solo preguntaba por qué no había salido antes a colación —mencionó el doctor Clarkson—. Y quiero asegurarme de que te estás protegiendo. Que puedes estar con alguien que puede brindarte apoyo.

—Lo sé —respondí.

Se me había ocurrido que con el apoyo de Owen podría volver a ponerme en contacto con mi madre. A lo mejor, cuando me encontrara mejor.

—¿Se parece Owen a alguien que conozcas? —insistió el doctor Clarkson—. ¿Puede que a tu padre? Intenta pensar en el pasado.

—No —contesté removiéndome en la silla con impaciencia—. ¿Por qué me recordaría a mi padre? Apenas recuerdo a mi padre.

—Estoy sugiriendo que, tal vez, Owen tiene un papel importante en tu vida. Tal vez es tu modo de llenar alguna especie de vacío masculino. Al fin y al cabo, en el pasado los hombres te han traicionado. Puede que Owen sea tu modo subconsciente de buscar algo que ansías.

—O el modo del universo, imagino —dije con escepticismo—. Pero, de veras, Owen es la persona más comprensiva que he conocido. No tiene que preocuparse por él.

—Annie, tengo que decir que me alegro de que tengas una visión positiva. Creo que es una buena señal.

—Gracias, doctor Clarkson —dije levantándome.

Había llegado el momento de poner orden en mi vida. De algún modo, era reacia a marcharme. Una pequeña dosis de temor recorría mis extremidades. Pero podía hacerlo. Ahora era más fuerte. No me cabía duda. Sabía confiar en mis instintos cuando percibía que algo no iba bien.

—Que te mejores —dijo—. Y tenme al corriente, si lo deseas.

Recorrí el pasillo después de firmar el alta del hospital, y no pude evitar darme cuenta de cómo me observaban todos esos rostros desde sus habitaciones mientras pasaba por el inhóspito corredor. Tenía cuidado de medir mis pasos para no resultar demasiado desesperada. Era extraño cómo debía concentrarme en parecer especialmente normal, porque a lo que me había acostumbrado y adónde me habían dirigido mis instintos en los últimos meses era exactamente al otro extremo. Tenía que reprimirme. Entonces, fui consciente de que el cerebro humano está en constante cambio, con sus mecanismos internos que se reestructuran y calibran para crear nuevos sistemas de pensar y sentir. Ahora necesitaba realinearme con lo que consideraba normal.

No quería volver a ser una de aquellas caras boquiabiertas nunca más. El problema era que me sentía peligrosamente cerca de la locura, como si fuera una de las tantas personas que caminaban por encima de una cuerda entre la normalidad y la anormalidad. ¿Cuánto tiempo podría recorrerla sin caerme?

CAPÍTULO VEINTIOCHO

ES DOMINGO POR la mañana. Me despierto con el rostro adormecido de Owen junto al mío y su brazo rodeando mi cadera. Le gusta tenerme frente a él, aunque estemos más cómodos del otro lado. Incluso dormido, me agarra como si no quisiera soltarme nunca. Acaricio su mejilla sin afeitarse suavemente con mis dedos. Me encanta acariciar su mandíbula y, cuando lo advierte medio en sueños, sonrío.

Lo que más me gusta es su sonrisa. Despertarme junto a él es como un milagro. Sentirme segura es como un regalo, algo que no merezco, pero que tengo mucha suerte de tener.

Me ha llevado mucho tiempo sentirme cómoda con Owen, dejar de esperar que se fuera todo a pique, saber que merecía un poco de felicidad.

Se contonea bajo la yema de mis dedos. Sus pestañas se abren para revelar la profundidad de unos ojos verdes asombrados mientras contemplaban los míos. Peino su pelo suavemente con mis dedos y sonrío con una mueca. Tiene un diente ligeramente más grande que los demás. Tiene un poco de vello sobre su hombro izquierdo. Los lóbulos de las orejas son distintos el uno del otro. Asumo todos estos detalles porque puedo, porque mi entretenimiento preferido es ver cosas de él que nadie más ve.

—Eh, preciosa —dice medio dormido, inclinándose hacia mí para besarme.

Presiona sus labios contra los míos y aproxima mi cuerpo al suyo hasta que siento mi piel desnuda contra la suya. Han pasado meses y continúa acelerándoseme el pulso cuando me acaricia. Me provoca, rozando mi labio inferior ligeramente contra el suyo y apartándose luego, jugando a quién se hace desear.

Permanecemos tumbados un buen rato, besándonos y hablando, como acostumbramos a hacer los domingos. Es mi momento favorito, cuando empieza la tarde y no tenemos nada que hacer excepto acariciar nuestros cuerpos, mirarnos a los ojos, reír y hablar de cosas que solo nos importan a nosotros.

Al final, iremos a comer, porque es lo que hacemos siempre cuando nos rugen los estómagos lo bastante como para desear salir de la cama. Nos gusta probar un lugar distinto cada vez. San Francisco tiene muchos sitios agradables para comer. Y hoy quiero comida mexicana. No quiero desayunar. Quiero un burrito de carne asada de El Tonayense. Sé que si se lo pregunto, Owen sonreirá y estará de acuerdo. Todo lo que sucedió con Libby parece oscuro e imposible y si lo comparo con estos seis meses, mi nueva realidad es celestial. Tengo que buscar mi lugar, pero no nos corre prisa a ninguno de los dos.

Me gusta pasear fuera del apartamento de Owen sin pedir permiso. Me gusta ir a

los senderos de excursionismo que hay por los alrededores de la ciudad. Algunas veces, Owen viene conmigo, pero otras recorro los senderos sola, vadeo los arroyos y cruzo los árboles caídos que sirven de puentes, tal y como hacíamos con Lissa cuando éramos pequeñas.

Así que acabo de vestirme, me meto en el coche, un elegante descapotable. El trabajo de Owen va viento en popa desde hace un año.

—Después de los burritos, vamos a Cups and Cakes —sugiere Owen.

—Al fin y al cabo, esto es una celebración.

Extiende el brazo y me coge la mano con la suya, grande y fuerte. Muy a mi pesar, me tenso con la palabra «celebración». Esta mañana, han condenado a Libby a cadena perpetua por la muerte de Adele Cohen. Imagino que hay algo que celebrar, pero no quiero pensar en ello.

—Me gustaría ver a Zoe —digo a Owen.

Durante todo este tiempo, me ha pedido que esperara hasta que acabara el juicio de Libby y la vida de Walker se hubiera apaciguado. Pero he echado de menos a mi pequeña. Espero que estén bien tanto ella como Jackson. Ahora ya debe de estar a punto de ir a preescolar. Owen gira a la izquierda para salir del vecindario, y me doy cuenta de que emprendemos el largo camino. No puedo evitar sonreír ligeramente a pesar de estar preocupada por los niños. Me encanta ir en coche y pasar por delante de las casas que decoran las cimas en hileras, y Owen lo sabe.

—Pronto —dice—. No te preocupes. Los iremos a visitar. Dales un poco de tiempo para que se recuperen de la noticia, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asiento—. Owen, tenemos otra cosa que celebrar.

—¿Qué? —me sonrío, con sus ojos verdes brillando al tiempo que recorremos la carretera, con la bahía de San Francisco a la izquierda, tal y como siempre imaginé que sería.

—Hoy me ha llegado el catálogo de cursos de la universidad. Estoy a punto de matricularme.

Me he tomado el resto del año libre mientras seguía una terapia intensiva con un doctor que Owen me ayudó a buscar. Ahora estoy motivada para regresar a la universidad. Completará mi transición a la «normalidad». Y, luego, visitaré al doctor Clarkson en persona para que vea que soy una historia con un final feliz y lo lejos que he llegado. Que ya no soy una víctima.

—Cariño, es magnífico —dice, aunque veo cómo frunce el ceño con aire de preocupación.

Sé que le intranquiliza cómo me va a afectar la presión de la universidad, ahora que acabo de aterrizar en un lugar seguro.

—Lo miramos juntos más tarde, ¿vale?

Asiento un tanto mosqueada y él lo percibe.

—Lo siento, Annie —dice, llevando las yemas de mis dedos a sus labios—. Es solo que me preocupas. Pero estás bien y podemos esperar grandes cosas.

Se vuelve y me sonrío, y me reclino en mi asiento de nuevo, inclinando la cabeza contra el apoyacabezas. Comprendo lo importante que es para mí comenzar de nuevo, por qué necesito una vida completamente nueva. Se preocupa, pero lo sabe. Buscaremos las clases juntos, dice, y sé que lo haremos. Owen nunca promete cosas que no va a cumplir. Pero por ahora, me dedicaré a disfrutar del viaje hasta que lleguemos al restaurante de burritos. Por otro lado, me siento un tanto cansada y me cuesta mantener los ojos abiertos.

Miro el cielo, con la cabeza inclinada contra el cálido cuero del asiento. Pienso en mi segunda oportunidad, el futuro que puedo crear para mí. Estoy decidida a tenerlo por esta vez. Sé que puedo tener la vida que quiera, mientras sea fuerte. Pienso en eso mientras dejo que Owen me acaricie la mano y permito que mis párpados se cierren. Estoy tan rendida que me pierdo mi parte favorita del recorrido: mirar cómo pasamos por la costa de California.

«Siempre soñé con ver la costa de California», pienso medio aletargada. Sin embargo, ahora no parece que encuentre las fuerzas para abrir los ojos. La costa de California puede esperar. Permanecerá aquí y yo también, pase lo que pase.

AGRADECIMIENTOS

Le doy las gracias a mis amigos, familia y compañeros de trabajo. Cuando empecé a escribir estos agradecimientos, me di cuenta de la suerte que tengo de que estéis en mi vida.

A Caroline Donofrio: mi editora, confidente, amiga y fuente de motivación. Eres un regalo sin el que no podría haberlo logrado. Siento mucho respeto por ti como editora y ser humano. Me alegro de que vinieras a Razorbill para guiarme en este proceso y en mi vida cotidiana. Eres una persona que entiende el valor de escribir una buena historia.

A Jocelyn Davies. Cuando recibí tu primer correo electrónico enviado desde la India con todas aquellas ocurrencias tan inteligentes, no sabía que sería el primero de un sinfín de correos electrónicos, llamadas, mensajes de texto y conversaciones que definen el tipo de amistad que dura para siempre. Tú eres la responsable del concepto inicial de esta novela y de muchas otras semillas brillantes (y melodramas) que me han inspirado. ¡Te quiero!

A Laura Bernier. Espero poder mostrarte un día la amistad con la que me has honrado. El año de la escritura de *La perdición* supuso un punto de inflexión. Tu apoyo y guía constante no tienen precio. Eres una persona que respeta y valora, más de lo que puedo expresar, a los demás.

A Ben Schrank. Gracias por haber escogido publicar esta novela que se ha tildado de extraña en tantas ocasiones, respaldarme en los momentos difíciles y ser, en general, divertido e inspirador. He aprendido mucho de ti.

A Josh y Tracey Adams. Por cuidaros de gestionar mi carrera profesional, pero también por creer en mí como persona.

A Louis Berger, por Z(Izzy) y las latas de sardinas, y por ser un primer lector y un amigo extraordinario. ¡Feliz cumpleaños!

A Jess Rothenberg, por dejarme acampar en su sofá durante (casi) cuarenta y ocho horas y servirme un sinnúmero de platos deliciosos mientras precisábamos fechas de entrega. Y por darme fuerzas para ser más valiente de lo que he sido en mi vida (sabes de lo que estoy hablando), cuando más te necesitaba.

A mis padres. Gracias por vuestras sugerencias, breves o amplias. Siento haber rechazado la mayoría en un arrebato de rabia. En el departamento de padres estoy de suerte y, aunque no lo digo muy a menudo, espero que intuyáis mi gratitud en mis acciones imprecisas y sutiles. Me habéis sorprendido (lo que es injusto, ya que no debería de haberme sorprendido nunca) con vuestro inquebrantable apoyo. No me habéis sorprendido nunca con vuestro amor, pero no lo daré más por hecho.

A Mandi Dillinger. Has inspirado indirectamente esta novela. El motivo es que

eres la mujer más alocada que conozco. Tan solo estoy bromeando. Eres una amiga de verdad porque alquilaste un coche Zipcar y me aceptaste a mí, a mis cosas y a mi perro en tu casa, porque me había quedado en la calle. Y porque te ríes de las cosas con las que otra gente arquea la ceja. Has sabido manejar mis cambios de humor, me serviste vino barato cuando perdí a mi gato, estuviste en la consulta del veterinario cuando parecía que tenían que operar a mi perro, me fuiste a buscar a aquel parque de Christopher Street y me compraste drogas (para aquellos que no lo sepan: este comentario es una exageración) y me has enviado docenas de cartas con tu firma adorable en el remite: «y's». Has sido mejor amiga para mí que yo para ti. Y has tolerado mis meses de ausencia, debido a mis fechas de entrega. Prometo que me esforzaré para compensarte, a sabiendas de que siempre estaré en deuda. Sin duda, eres mi compañera de delito (delito literal, pues me refiero al incidente de la botella de Grey Goose de 2006).

A Kourtney Bitterly. Dejé de quedar contigo porque tenía las fechas de entrega, me perdí Los Ángeles porque estaba esperando mi próxima revisión, y dejé de contribuir regularmente a tu blog porque no encajaba. En general, he sido un desastre de amiga y, aun así, cuentas conmigo. Y no solamente esto. Eres una de las personas más aventureras, creativas, divertidas e inspiradoras que conozco. Creo que el destino nos llevó a las dos a Nueva York. Y de ahí, a nuestro viaje a California y mucho más.

A Jackie Resnick. Espero con ansias nuestras charlas de escritura en el Building on Bond y en el jardín. Y también nuestras confesiones regadas con vino y todo lo demás. Brindemos por los fracasos y el olor a margarita y por quedarse en Brooklyn para siempre, preferiblemente combinándolo con algún garbeo por otra parte.

A Margot, Samantha, Madeleine, Alexander, Sydney y Reagan. Os quiero mucho, preciosas. Sois una maravilla. Me habéis inspirado con Zoe de un modo u otro (lo hice lo mejor que pude) y sois mis lectoras, de corta edad, preferidas. Tengo mucha suerte de tener estas sobrinas. Me muero por veros crecer.

A Chris, David y Alex, porque quiero que os sintáis obligados a leer mi libro y me siento generosa. También porque me encanta tener hermanos, y me encanta que hayáis acabado siendo vosotros tres.

A Wendy, Adelaide y Amy. Las compañeras de piso que más me han apoyado cuando regresé a Nueva York. ¡Os echaré mucho en falta! Echaré de menos compartir vino y hablar sobre hombres, echaré de menos intercambiar ropa y proteger a Amy de los niños pequeños, de las mujeres mayores y de los repartidores. Será una triste despedida, pero no permanente. (Ad, ¡iré a ver cómo compites en las Olimpiadas muy pronto!).

A Mochi / Pumpkin-Butt / Cheeser: por mordisquear palos como buenos perros y por quererme incondicionalmente a pesar de mis numerosas faltas y negligencias como madre de perros. Gracias por acurrucaros a mi lado cuando regreso de una mala cita, permitirme ponerme gel en el tupé, tropezarme con vuestras orejas y pelear con otros perros cuando invaden mi espacio vital. Y por coger aquel trapo cada mañana.

A Pam McEloy. Por estar de acuerdo en leer y revisar esta novela después de que quedáramos por primera vez en tres años y hacer un buen trabajo. Me has facilitado mucho las cosas.

A Mike O'Reilley y Andrew Bartlett, por una descripción detallada o semidetallada de San Francisco, según vuestra visión. Gracias por proporcionarme la información básica sobre el vocabulario la noche antes de entregar el borrador, en el Loki Lounge de Brooklyn, por sorpresa. Lo mejor suele ser inesperado.

NOTAS

[1] «La cuna y todo lo demás». (*N. de la trad.*) <<

[2] «Duérmete, niño». (*N. de la trad.*) <<

[3] «Duérmete, niño, en lo alto del árbol. Cuando sople el viento, la cuna se mecerá. Cuando se rompa la rama, la cuna caerá». (*N. de la trad.*) <<

[4] «La cuna y todo lo demás». (*N. de la trad.*) <<

[5] «Duérmete, niño, en lo alto del árbol. Cuando sople el viento, la cuna se mecerá. Cuando se rompa la rama, la cuna caerá». (*N. de la trad.*) <<

[6] «La cuna caerá, y abajo se irá el niño». (*N. de la trad.*) <<